

Temario de Fiestas Patronales

Diócesis de San Juan de los Lagos

2015 - 2016



Año del diálogo encarnado con el Dios vivo

Sumario

Presentación	1
Alternativa 1:	3
1. La oración es don, alianza y comunión	4
2. El hombre busca a Dios, quien lo llamó primero.	7
3. El Padrenuestro, la oración del Señor	9
4. Padrenuestro, oración del Señor y de la Iglesia.	12
5. Llamamos «Padre nuestro» a Dios	14
6. «Que estés en el cielo»	18
7. «Santificado sea tu Nombre»	21
8. «Venga a nosotros tu reino»	24
9. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»	26
10. «Danos hoy nuestro pan de cada día»	30
11. «Perdónanos como nosotros perdonamos»	33
12. No nos dejes caer en la tentación	38
13. «Líbranos del mal»	41
14. «Tuyo es el reino»	44
Alternativa 2:	32
1. La oración de Cristo	49
2. La oración de la Iglesia	52
3. Importancia de la Liturgia de las Horas	57
4. Consagración del tiempo	61
5. Ejercicio del Sacerdocio de Cristo	65
6. Del hombre a Dios y de Dios al hombre	70
7. Oración comunitaria	73
8. Laudes, oración de la mañana	76
9. Vísperas, oración de la tarde	81
10. Hora intermedia, pausas en el trabajo	84
11. Vigilias y oficio de lecturas	87
12. Las completas, última oración del día	94
13. Los salmos, oración cristiana	97
14. Los salmos, oración poética y musical	101
15. Los salmos recogen la oración de toda la humanidad	103
16. Elementos que facilitan la oración cristiana de los salmos	107
17. Modos de recitar los salmos	110
18. El canto en la Liturgia de las Horas	113

TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES

2015-2016



Presentación

Todos estamos convencidos de la necesidad de orar y de la importancia de hacerlo. Pero no oramos porque no sabemos. Necesitamos una iniciación en la vida de oración, para no hacerla una rutinaria recitación de fórmulas, sin llegar a esa comunicación íntima con el Señor, a un diálogo salvador que nos permita sintonizar con su voluntad en nuestra vida diaria y encontrar sentido a nuestras acciones.

El Año del Diálogo con el Dios vivo no puede dejar pasar la oportunidad de las fiestas para ofrecer a las multitudes una iniciación a la oración. Con la «*Traditio Orationis Dominicae*» (Entrega de la Oración del Señor), uno de los ritos del Catecumenado, se inició a tantas generaciones a la oración. La explicación del Padre nuestro, con sus siete peticiones, constituía la enseñanza básica para todo cristiano, pues fue la respuesta que dio el Señor Jesús a sus apóstoles cuando le pidieron: «Enseñanos a orar». Por eso ofrecemos como primer alternativa una serie de temas acerca del Padrenuestro, siguiendo el Catecismo de la Iglesia Católica (CEC).

La Iglesia, en continuidad con Israel, Cristo y los apóstoles, ha santificado las distintas horas de la jornada diaria con momentos oficiales de oración, cumpliendo así la palabra evangélica de «es necesario orar siempre sin desfallecer». Esos momentos de oración no se limitan a unos cuantos miembros del Pueblo de Dios que, por obligación, deben recitar el Oficio Divino en nombre de toda la Iglesia. El Concilio Vaticano II devolvió al pueblo cristiano esta oración y le llamó Liturgia de las Horas. Vivimos el Misterio Pascual en las distintas actividades, como un culto de alabanza en un dueto de Cristo con su Iglesia. La segunda alternativa versa sobre esta oración, siguiendo la Ordenación General de la Liturgia de las Horas (OGLH).

Como los temas eran muchos, se seleccionaron sólo los más comunes, pero en el Boletín virtual existen también otros que aquí no se incluyeron y pueden encontrarlos en la página de la diócesis:

www.diocesisdesanjuan.org o www.dsanjuan.org

Alternativa 1:**LA ORACIÓN
DEL SEÑOR**

1. La oración es don, alianza y comunión (*virtual*).
2. El hombre busca a Dios, quien lo llamó primero (*virtual*).
3. El Padrenuestro, la oración del Señor (*impreso: tema 1*).
4. Padrenuestro, oración del Señor y de la Iglesia (*impreso: tema 2*).
5. Llamamos «Padre nuestro» a Dios (*impreso: tema 3*).
6. «Que estés en el cielo» (*impreso: tema 4*).
7. «Santificado sea tu nombre» (*impreso: tema 5*).
8. «Venga a nosotros tu reino» (*impreso: tema 6*).
9. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (*impreso: tema 7*).
10. «Danos hoy nuestro pan de cada día» (*impreso: tema 8*).
11. «Perdónanos como nosotros perdonamos» (*virtual*).
12. «No nos dejes caer en la tentación» (*impreso: tema 9*).
13. «Libranos del mal» (*virtual*).
14. «Tuyo es el reino» (*virtual*).

Alternativa 2:**SANTIFICACIÓN DE LA JORNADA
(Liturgia de las Horas: LH)**

1. La LH como oración de Cristo (*impreso: tema 1*).
2. La LH como oración de la Iglesia (*impreso: tema 2*).
3. Importancia de la LH (*impreso: tema 3*).
4. LH, consagración del tiempo (*impreso: tema 4*).
5. LH, ejercicio del sacerdocio de Cristo (*impreso: tema 5*).
6. Del hombre a Dios y de Dios al hombre (*virtual*).
7. LH, oración comunitaria (*impreso: tema 6*).
8. Laudes, oración de la mañana (*impreso: tema 7*).
9. Vísperas, oración de la tarde (*impreso: tema 8*).
10. Hora intermedia, pausas en el trabajo (*virtual*).
11. Vigilias y Oficio de Lecturas (*virtual*).
12. Las Completas, última oración del día (*virtual*).
13. Los salmos, oración cristiana (*impreso: tema 9*).
14. Los salmos, oración poética y musical (*virtual*).
15. Los salmos recogen la oración de toda la humanidad (*impreso: tema 10*).
16. Para una oración cristiana de los salmos: títulos, antifonas y colectas sálmicas (*virtual*).
17. Modos de recitar los salmos (*virtual*).
18. El canto en la LH (*virtual*).

Agradecemos al P. Francisco Escobar Mireles la elaboración de este subsidio.

CoDiPaPro y Vocalía de Elaboración de Materiales

ALTERNATIVA I:

LA ORACIÓN DEL SEÑOR.

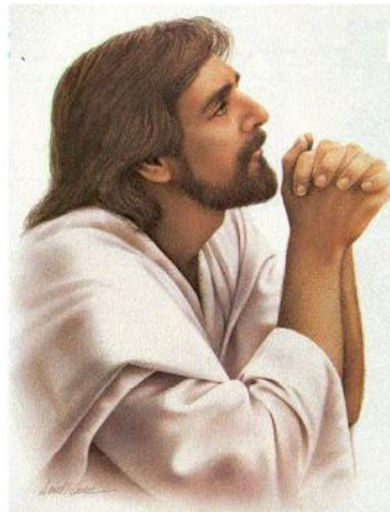
Rezar el Padrenuestro es una costumbre, arraigada desde pequeños, casi un acto reflejo, que podría esquivar la decisión y el compromiso, y no oraríamos al Dios que nos mostró Jesús. En nuestros tiempos, en una historia colectiva atravesada por la injusticia del anti-Reino, con exclusión creciente de las mayorías al acceso a una vida digna, rezarlo es un imperioso desafío diario, y un oasis donde abreviar en la lucha por la Vida. Rezarlo como Jesús es hasta ser un acto subversivo y una memoria utópica: trastorna los cimientos de una sociedad egoísta e injusta. Exige una vida compartida, entrega hasta la Cruz, apasionados por el Reino, en opción por los más débiles, con gestos liberadores de vida nueva, como hijos y hermanos, con los sentimientos y actitudes de Cristo.

En la Iglesia de los orígenes, y durante mucho tiempo, la oración de Jesús fue el camino para aprender a orar, y la mejor síntesis de la causa por la cual Jesús vivió y dio la vida. La *oratio dominica* pertenecía a la constitución fundamental del cristiano. Cuando la gente no sabía leer ni escribir, aprendían de memoria oraciones a fin de servirse de ellas al rezar. La más común era el Padrenuestro. Para que no fuera fórmula vacía, fue comentada y explicada en predicaciones y comentarios: Tertuliano (+220), Orígenes (†253), Cipriano (†259), Agustín (†430). En el medievo se incrementó aún más el interés por estos comentarios.

Los evangelios presentan esta oración a través de dos versiones: Mateo y Lucas.

En **Mateo** forma parte del Sermón de la Montaña (6,5-7), dentro de una serie de enseñanzas sobre la oración (de los tres pilares de la piedad

judía, con limosna y el ayuno). Jesús exhorta a no aparentar en la oración. Convoca a orar en secreto, lejos de la vista de los demás, pero cerca de los ojos de Dios; critica la disposición farisea a exhibir la oración (6,5-6). También enseña a no excederse en palabras, sino confiarse en las manos de Dios (6,7-8). Enseña el Padrenuestro como modelo de oración (Mt 6,9-13), y termina alentando a vivir el perdón sincero a los demás. La disposición propia para perdonar y la súplica de perdón es la condición previa por parte de los discípulos de Jesús.



En **Lucas** también se enmarca en una catequesis sobre la oración: el Padrenuestro (11,1-4), la confianza y seguridad de que Dios escucha siempre (11,5-8) y la eficacia de la oración al Padre (11,9-13). La nueva forma de orar en la práctica de Jesús impresiona a los apóstoles y quieren imitarla. Al finalizar su oración, uno le pide que les enseñe a orar. Cada maestro transmitía a su grupo de seguidores una oración que los uniera,

especie de credo de identidad. Los discípulos la reclaman al Señor. El Padrenuestro es una síntesis de su mensaje, un resumen de sus motivaciones más profundas. Par transmitir lo medular de su predicación y su vida, Jesús no utiliza un discurso doctrinal, sino esta breve oración que reúne el sentido de su vida. Jesús reza y enseña lo que vive y practica.

Mateo escribió para una comunidad cristiana de origen judío: orando en su tradición debían estar atentos para que su oración no se desvirtúe, como los fariseos. Lucas escribe a una comunidad de cristianos de origen griego: paganos provenientes de un mundo donde la oración se halla en crisis. Había que enseñarles a orar. En ambas comunida-

des, el Padrenuestro formaba parte esencial de la enseñanza de la oración. En la Didajé, tras la doctrina de los dos caminos y el Bautismo, sigue la instrucción sobre el ayuno y el padrenuestro. Llamar a Dios Papá Bueno, rogar que llegue ya su Reino, pedir por el pan y el perdón y comprometerse a realizar su proyecto fue, y debe ser la señal de los cristianos.

Decir «Padre nuestro» pide ver bien a todos como hermanos. No puedo decir: «que estás en el cielo», si lo que me preocupa son los bienes de la tierra. Ni decir: «santificado sea tu nombre», cuando la vida es una imagen contraria a la de Cristo. «Hágase tu voluntad» pide voluntad íntegra, en que lo que importa no es lo que quiero. «Danos hoy nuestro pan de cada día» pide compartir el pan con los necesitados. No puedo decir: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» si mi vida es una permanente ofensa a la justicia y a la caridad. «No nos dejes

caer en la tentación y líbranos del mal», pide no cerrar los ojos para no extender la mano a los olvidados y perdidos. Decir «Amén» supone no huir de las responsabilidades como hijo o hija de Dios en la construcción de un mundo mejor, porque mentiríamos al no aceptarlo.

Los temas que aquí ponemos son:

1. **El Padrenuestro, la oración del Señor.**
2. **Padrenuestro, oración del Señor y de la Iglesia.**
3. **Llamamos «Padre nuestro» a Dios.**
4. **«Que estás en el cielo».**
5. **«Santificado sea tu nombre».**
6. **«Venga a nosotros tu reino».**
7. **«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».**
8. **«Danos hoy nuestro pan de cada día».**
9. **«No nos dejes caer en la tentación».**

1. LA ORACIÓN ES DON, ALIANZA Y COMUNIÓN

Lecturas para elegir: -----

Génesis 32,24-29: Jacob lucha contra Dios

Salmo 62: Mi alma tiene sed de ti, Señor.

Apocalipsis 3,14.20-22:

Cenaré con él y él conmigo.

Juan 4,13-24: La samaritana

Lucas 10,21-24: Te bendigo, Padre,
porque te has revelado a los pequeños.

Primero veamos: -----

Muchas personas no saben orar, no les gusta, no le encuentran sentido ni valor, les parece perder el tiempo ante tanta trabajo, o hablar al vacío. No han descubierto el amor de Dios, pues el que ama a Dios ora y siente esa comunicación como la respiración. No es Dios quien necesita de nosotros, sino nosotros necesitamos de Dios.

La oración no es un impulso que surja espontáneo de nuestro interior; es necesario querer orar, decidimos y aprender a hacerlo. Dios toma la iniciativa al revelarse y nos faculta para comunicarnos con Él. Aunque nos olvidemos de Él, espera el momento en que estemos confiadamente con él. Rezar es recitar y repetir fórmulas; orar es comunicarse con Dios: darse tiempo de hablarse y escucharse mutuamente y sentirse en comunión.

La oración es la gran puerta de entrada en la fe. Quien ora, entra en una relación viva con Dios. Ya no vive de sí, para sí ni por sus propias fuerzas; hay un «Tú» con quien puede hablar, confía en Él y busca desde ahora la unión con quien un día verá cara a cara. No basta aprender técnicas, sino actitudes para recibir con fruto un regalo que Dios nos hace. Los santos repiten hasta el cansancio: «El que ora se salva; el que no ora, se condena».

A menudo nos olvidamos de Dios, nos escondemos de Él y hasta le rehuimos. Pero, aunque evitemos pensar en Dios, Él siempre está junto a nosotros. Nos busca antes que nosotros le busquemos, tiene sed de nuestra felicidad y salvación, nos llama hablándonos a la conciencia. Cuando estamos solos, sin nadie que nos acompañe y comprenda, en peligro, etc., entonces nos damos cuenta que Dios está dispuesto a escuchar, responder a nuestro grito silencioso de auxilio, y estar a nuestro lado.

Ahora pensemos: -----

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica que la oración es don, alianza y comunión:

La oración como don de Dios

2559 «La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes» (S. Juan Damasceno, *Expositio fidei*, 68). ¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y propia voluntad, o desde «lo más profundo» (*Sal* 130,1) de un corazón humilde y contrito? El que se humilla es ensalzado (cf *Lc* 18,9-14). La *humildad* es la base de la oración. «Nosotros no sabemos pedir como conviene» (*Rm* 8,26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (San Agustín, *Sermo* 56,6,9).

2560 «Si conocieras el don de Dios» (*Jn* 4,10). La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro entre la sed de Dios y la del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (S. Agustín, *De diversis quaestionibus octoginta tribus* 64,4).

2561 «Tú le habrías rogado a él, y él te habría dado agua viva» (*Jn* 4,10). Nuestra oración de petición es paradójicamente una respuesta. Respuesta a la queja del Dios vivo: «A mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas» (*Jr* 2,13), respuesta de fe a la

promesa gratuita de salvación (cf *Jn* 7,37-39; *Is* 12,3; 51,1), respuesta de amor a la sed del Hijo único (cf *Jn* 19,28; *Za* 12,10; 13,1).

La oración como Alianza

2562 ¿De dónde viene la oración del hombre? Cualquiera que sea el lenguaje de la oración (gestos y palabras), el que ora es todo el hombre. Sin embargo, para designar el lugar de donde brota la oración, las Sagradas Escrituras hablan a veces del alma o del espíritu, y con más frecuencia del corazón (más de mil veces). Es el *corazón* el que ora. Si este está alejado de Dios, la expresión de la oración es vana.

2563 El corazón es la morada donde yo estoy, o donde yo habito (según la expresión semítica o bíblica: donde yo «me adentro»). Es nuestro centro escondido, inaprensible, ni por nuestra razón ni por la de nadie; sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, en lo más profundo de nuestras tendencias psíquicas. Es el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que a imagen de Dios, vivimos en relación: es el lugar de la Alianza.

2564 La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre.

La oración como comunión

2565 En la nueva Alianza, la oración es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo. La gracia del Reino es «la unión de la Santísima Trinidad toda entera con el espíritu todo entero» (San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 16,9). Así, la vida de oración es estar habitualmente en presencia de Dios, tres veces Santo, y en comunión con Él. Esta comunión de vida es posible siempre porque, mediante el Bautismo, nos hemos convertido en un mismo ser con Cristo (cf *Rm* 6,5). La oración es *cristiana* en tanto en cuanto es comunión con Cristo y se extiende por la Iglesia que es su Cuerpo. Sus dimensiones son las del Amor de Cristo (cf *Ef* 3,18-21).

Luego actuemos: -----

Catequesis de san Juan María Vianney sobre la oración:

Considérenlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro. El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oran y aman, habrán hallado la felicidad en este mundo. La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada. Hijos míos, su corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan aprisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas, y durante ellas oraba al buen Dios, y, créanme, que el tiempo se me hacía corto. Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con él, del mismo modo que hablamos entre nosotros. Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin

embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: «Sólo dos palabras, para deshacerme de ti...». Muchas veces pienso que, cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

¿Qué tanto tiempo dedicamos al encuentro con Dios a través de la oración?

¿Qué cosas son favorables y que cosas nos estorban para hacerlo?

¿Cómo podemos integrar la oración en la vida de todos los días?

¿Cómo hacer de nuestra fiesta un amplio espacio para la oración del pueblo?

Propuesta para la Oración universal

Junto al pan y el vino para la Eucaristía, los dones para los pobres, y las ofrendas de quienes han peregrinado, presentamos al Señor nuestras peticiones, y como comunidad respondamos a cada petición:

R. Te pedimos unidos, Señor.

- Por todos los agentes de pastoral que tienen dificultades emocionales, económicas o físicas, para que a través de la oración tú los hagas fuertes, les quites los miedos, y los animes a entregarse con pasión a su apostolado. ***Oremos. R.***
- Por nuestras autoridades civiles, para que vean tu rostro en cada ser humano que necesita un encuentro contigo para poder con la vida, y le ayuden a salir adelante con la solidaridad de los demás. ***Oremos. R.***
- Por las familias, particularmente aquellas que pasan por situaciones difíciles, para que vivan la dificultad en confidencias contigo y con amor siempre renovado. ***Oremos. R.***
- Por los colaboradores de esta fiesta que conformamos entre todos, para que este aporte responda a las necesidades morales y espirituales de los hombres y mujeres de nuestra comunidad. ***Oremos. R.***

- Por los políticos, comunicadores, agentes de cultura y responsables de la marcha de la sociedad, para que sientan empatía por los más desfavorecidos y obren lo mejor posible para facilitar la vida de las personas. *Oremos. R.*

Escucha, Padre Dios, esta oración que hoy te presentamos como comunidad, para que nos ayudes a vivir unidos como hermanos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2. EL HOMBRE BUSCA A DIOS, QUIEN LO LLAMÓ PRIMERO.

Lecturas para elegir: -----

Deuteronomio 7,6-11: El Señor los ama y los ha elegido.

Jeremías 31,1-4: Te he amado con amor eterno.

Salmo 42. Mi alma tiene sed de Dios.

Hechos 17,22-31: Pablo en el Areópago.

Mateo 11,25-30: Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra.

Primero veamos: -----

«Religión», genéricamente, es una relación con la divinidad (del verbo «re-ligare»: consolidar o volver a establecer un vínculo o lazo de relación). El ser humano es religioso por naturaleza: reconoce algo divino como el poder que le ha creado a él y al mundo, y quiere agradecerlo mediante su vida y oración, pues se siente dependiente de él y orientado a él. «Todo su afán por la verdad, la felicidad y el bien son búsqueda de lo que absolutamente sostiene, lo satisface y lo reclama. Sólo es plenamente él mismo cuando se ha encontrado con Dios, sea o no consciente de él» (santa Edith Stein).

Todos los pueblos han tenido un determinado sistema de religión. Los filósofos han percibido su necesidad e intuido su ser. Mediante la razón podemos conocer que Dios existe, pero no cómo es. Por eso Él mismo decidió revelarse a sí mismo, para ser conocido por nosotros. En el amor humano podemos saber algo de la persona amada sólo cuando nos abre su corazón. Sabemos algo de los pensamientos y sentimientos íntimos de Dios gracias a que Él se ha abierto por amor a nosotros, mostrándonos su ser más íntimo.

La fe es un encuentro, diálogo y alianza, al igual que la oración. «Cristo ora en nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en Él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros. Cuando nos dirigimos a Dios con súplicas no establezcamos separación con el Hijo. Reconozcamos, pues, en él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros» (S. Agustín: LH III domingo ordinario).

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica acerca de este encuentro en la oración:

Vocación universal a la oración

2566 *El hombre busca a Dios.* Por la creación Dios llama a todo ser desde la nada a la existencia. Coronado de gloria y esplendor (*Sal 8,6*), el hombre es, después de los ángeles, capaz de reconocer ¡qué glorioso es el Nombre del Señor por toda la tierra! (*Sal 8,2*). Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de su Creador. Conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres (cf *Hch 17,27*).

2567 *Dios es quien primero llama al hombre.* Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en

la oración, la actitud del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y de actos, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de la salvación.

El deseo de Dios

27 El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador» (GS 19,1).

28 De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.). A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre *un ser religioso*: «Dios «creó [...], de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,26-28).

29 Pero esta «unión íntima y vital con Dios» (GS 19,1) puede ser olvidada, desconocida e incluso rechazada explícitamente por el hombre. Tales actitudes pueden tener orígenes muy diversos (cf GS 19-21): la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas (cf Mt 13,22), el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes del

pensamiento hostiles a la religión, y finalmente esa actitud del hombre pecador que, por miedo, se oculta de Dios (cf Gn 3,8-10) y huye ante su llamada (cf Jon 1,3).

30 «Alégrese el corazón de los que buscan a Dios» (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, «un corazón recto», y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios. «Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (San Agustín, *Confesiones*, 1,1,1).

26 La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Por ello consideramos primeramente esta búsqueda del hombre, a continuación la Revelación divina, por la cual Dios viene al encuentro del hombre, y finalmente la respuesta de la fe.

Luego actuemos:

¿Qué ocasión que olvidáramos y abandonáramos las oraciones y prácticas de oración que aprendimos de niños?

¿En qué falla nuestra catequesis que no forma para un encuentro vivo con Dios alimentado por una oración constante y perseverante?

¿Dejamos con facilidad de orar porque estamos cansados?

¿Hacemos una oración confiada, reconociéndonos amados por Dios, con el valor de sentirnos rejuvenecidos?

¿Procuramos hacer silencio y apagar los ruidos internos para orar?

Propuesta para la Oración universal:

Dirijamos nuestras peticiones a nuestro buen Padre Dios, que ha venido a nuestro encuentro para propiciar la anhelada comunicación que necesitamos para salvarnos, y respondamos a cada petición:

R. Padre, somos tus hijos y recurrimos a Ti.

- Para que abras nuestros oídos y vivamos atentos a todos los hermanos, para imitar tu acción de salir al encuentro de los alejados. Roguemos al Señor.
- Para que los cristianos vayamos creciendo en la fe y la oración, y formándonos constantemente, para que sepamos dar razones de nuestra fe. Roguemos al Señor.
- Para que los que formamos parte de esta comunidad cristiana y hemos peregrinado y sostenido el día de hoy no seamos gente sólo de

palabras sino que se nos note que te seguimos porque tenemos mucho Amor. Roguemos al Señor.

- Por todos los hermanos que están sufriendo alguna necesidad, enfermedad, dolencia o conflicto que otros podemos aliviar. Roguemos al Señor.
- Para que nos vayamos contagiando unos a otros la alegría de orar, para seguir a Jesús más de cerca y vivir como él. Roguemos al Señor.
- Por los que viven sin conocerte y disfrutarte, para que te hagas el encontradizo o te sepamos dar a conocer. Roguemos al Señor.

Escucha, Padre bueno, las peticiones que te presentamos tus hijos, aumenta nuestra respuesta sincera de fe, y danos lo que más necesitamos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

3. EL PADRENUESTRO, LA ORACIÓN DEL SEÑOR

Lecturas para elegir: -----

Éxodo 34,4-6.8-9: Señor, Señor,
Dios lleno de piedad y misericordia.

Salmo 32. Dichoso el pueblo escogido por Dios.

1 Timoteo 2,1-8: Dios quiere
que todos los hombres se salven.

Mateo 6,9-13 (Lc 11,1 al inicio):
Jesús enseña a orar.

Primero veamos:

Ej Padrenuestro fue una de las primeras oraciones que aprendimos en nuestro hogar y comunidad cristiana. Es la única que Jesús enseñó a sus discípulos. La sabemos de memoria y la recitamos con frecuencia: en Misa, en el rosario, al iniciar alguna actividad, al encomendar a



un ser querido, al sentirnos preocupados o agobiados, al recibir una buena o mala noticia, etc. Pero muchas veces la decimos sin atención, de forma rápida, automática, sin fijarnos en lo que decimos, ni darnos tiempo y oportunidad de contemplar su contenido, corriendo el riesgo de pasar por alto su riqueza.

Expresamos nuestro amor al Padre, de quien depende toda nuestra vida. La prisa, preocupación de tiempo, materialismo, indiferencia, autosuficiencia, son obstáculos que no nos periten descubrir su valor y tesoro. Es preciso cuestionar nuestras actitudes, pues el Padrenuestro, más que fórmula mágica, manifiesta las actitudes básicas de nuestra comunicación con Dios para que

sea eficaz el encuentro con Él en nuestra vida cristiana.

Es modelo de toda oración. Jesús con ella nos da ejemplo de confianza filial. Sus siete peticiones son un resumen completo del contenido doctrinal y moral del Evangelio. La Buena Noticia del anuncio del Reino, tema principal de la predicación de Jesús, se resume en la oración que Jesús nos legó a petición de sus discípulos. Si amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo con Él nos ama es la síntesis de los mandamientos, la Oración del Señor explicita y hace efectivo este anhelo, pues «quien pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Lc 11,10). Siete significa perfección: siete peticiones indica su completa confección.

Más que una oración, es un camino que conduce al corazón de nuestro Padre. Los primeros cristianos la pronunciaban tres veces al día, una vez que les era entregada en el camino de la iniciación cristiana como uno de los principales secretos que se revelaban, y nunca se recitaba frente a paganos o a catecúmenos que no habían llegado a ese paso.

Ahora pensemos: -----

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica acerca del Padre nuestro:

2759 «Estando él [Jesús] en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos»» (Lc 11,1). En respuesta a esta petición, el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental. San Lucas da de ella un texto breve (con cinco peticiones [cf Lc 11,2-4]), San Mateo una versión más desarrollada (con siete peticiones [cf Mt 6,9-13]). La tradición litúrgica de la Iglesia ha conservado el texto de San Mateo: «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

2760 Muy pronto, la práctica litúrgica concluyó la oración del Señor con una doxología. La Didaché

(8,2) afirma: «Tuyo es el poder y la gloria por siempre». Las Constituciones apostólicas (7,24,1) añaden al comienzo: «el reino»: y es la fórmula actual para la oración ecuménica. La tradición bizantina añade después: gloria al «Padre, Hijo y Espíritu Santo». El misal romano desarrolla la última petición en la perspectiva explícita de «aguardando (Tt 2,13) el glorioso retorno de nuestro Salvador Jesucristo»; después se hace la aclamación de la asamblea, volviendo a tomar la doxología de las Constituciones apostólicas.

2761 «La oración del Señor o dominical es, en verdad el resumen de todo el Evangelio» (Tertuliano, *De oratione*, 1,6). «Cuando el Señor hubo legado esta fórmula de oración, añadió: «Pidan y se les dará» (Lc 11,9). Por tanto, cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental» (Tertuliano, *De oratione*, 10).

Corazón de las Sagradas Escrituras

2762 Después de haber expuesto cómo los salmos son el alimento principal de la oración cristiana y confluyen en las peticiones del Padre Nuestro, San Agustín concluye: «Recorran todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que puedan encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical» (*Epistula* 130, 12, 22).

2763 Toda la Escritura (la Ley, los Profetas, y los Salmos) se cumplen en Cristo (cf Lc 24,44). El evangelio es esta «Buena Nueva». Su primer anuncio está resumido por san Mateo en el Sermón de la Montaña (cf Mt 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor: «La oración dominical es la más perfecta de las oraciones [...] En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también llena toda nuestra afectividad» (S. Tomás de Aquino, *STh* 2-2, q.83, a.9).

2764 El Sermón de la Montaña es doctrina de vida, la Oración dominical es plegaria, pero en uno y otra el Espíritu del Señor da forma nueva a

nuestros deseos, esos movimientos interiores que animan nuestra vida. Jesús nos enseña esta vida nueva por medio de sus palabras y nos enseña a pedirla por medio de la oración. De la rectitud de nuestra oración dependerá la de nuestra vida en Él.

2803. Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el Espíritu filial hace surgir de nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones. Las tres primeras, más teológicas, nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro últimas, como caminos hacia Él, ofrecen nuestra miseria a su gracia. «Abismo que llama al abismo» (*Sal* 42,8).

2804. El primer grupo de peticiones nos lleva hacia Él, para Él: ¡*tu* Nombre, *tu* Reino, *tu* Voluntad! Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquél que amamos. En cada una de estas tres peticiones, nosotros no «nos» nombramos, sino que lo que nos mueve es «el deseo ardiente», «el ansia» del Hijo amado, por la Gloria de su Padre, (cf *Lc* 22, 14; 12,50): «Santificado sea [...] venga [...] hágase [...]»: estas tres súplicas ya han sido escuchadas en el Sacrificio de Cristo Salvador, pero ahora están orientadas, en la esperanza, hacia su cumplimiento final mientras Dios no sea todavía todo en todos (cf *ICo* 15,28).

2805 El segundo grupo de peticiones se desenvuelve en el movimiento de ciertas epiclesis eucarísticas: son la ofrenda de nuestra esperanza y atrae la mirada del Padre de las misericordias. Brota de nosotros y nos afecta ya ahora, en este mundo: «*danos [...] perdónanos [...] no nos dejes [...] libranos*». La cuarta y la quinta petición se refieren a nuestra vida como tal, sea para alimentarla, sea para sanarla del pecado; las dos últimas se refieren a nuestro combate por la victoria de la vida, el combate mismo de la oración.

2806 Mediante las tres primeras peticiones somos afirmados en la fe, colmados de esperanza y abrasados por la caridad. Como criaturas y pecadores todavía, debemos pedir para nosotros, un «nosotros» que abarca el mundo y la historia, que ofrecemos al amor sin medida de nuestro Dios. Porque nuestro Padre cumple su plan de salvación para nosotros y para el mundo entero por medio del Nombre de Cristo y del Reino del Espíritu Santo.

Luego actuemos: -----

¿Rezamos el Padrenuestro con atención y devoción, o distraídos y por rutina?

¿Qué haremos para que se convierta en nuestra más perfecta súplica confiada?

Dice san Cipriano: «Oremos pues, hermanos queridísimos, como Dios, el Maestro, nos ha enseñado. Es una oración íntima y ferviente cuando oramos a Dios con lo que es suyo. Cuando hacemos subir a sus oídos la oración de Cristo. Que el Padre reconozca las palabras de su Hijo cuando las pronuncian nuestros labios. Consideremos que estamos ante la mirada de Dios».

Propuesta para la Oración universal:

A nuestro Padre Dios que tanto nos quiere a todos sus hijos, le dirigimos nuestros ruegos, contestando:

R. Ayúdanos, Padre, estamos en tus manos.

- Que a cuantos celebramos la Eucaristía de este día de fiesta se nos desapegue el corazón de las riquezas y seamos austeros y sencillos. **Roguem al Señor.**
- Que vivamos atentos a las necesidades de nuestros hermanos para facilitarles la vida. **Roguem al Señor.**
- Que seamos generosos, sin miedos ni desconfianzas, ante los hermanos que pasan por dificultades y viven entre conflictos. **Roguem al Señor.**
- Que quien tiene más poder y capacidad de decisión sea cada día más sensible a la desigualdad social y trabaje por mejorarla. **Roguem al Señor.**
- Que los cristianos seamos un puntal fuerte de intercesión y transformación a la hora de hacer un mundo más fraterno y humano. **Roguem al Señor.**

Mueve el corazón de los actores sociales, para que en su labor vean siempre a las personas que les necesitan. Buen Padre Dios, tú que conoces nuestras buenas intenciones y nuestra mala memoria, recoge nuestras súplicas y haznos más generosos cada día. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

4. PADRENUESTRO, ORACIÓN DEL SEÑOR Y DE LA IGLESIA.

Lecturas a elegir: -----

Hechos 2,42-47: Participaban unidos en la oración.

Salmo 102. Bendito sea el Señor,
Padre de misericordia.

Gálatas 4,4-7: No somos esclavos sino hijos.

Mateo 7,21-27: La casa construida sobre roca.

Juan 17,1-11: Padre, glorifica a tu Hijo.

Primero veamos: -----

La Iglesia, comunidad de creyentes, siguiendo la enseñanza de Cristo, eleva constante oración. El cristiano no ora nunca solo, pues su oración se enmarca en la de la comunidad. Sabiendo que nuestra oración no es única, podemos hacerla más fuerte y confiada de Dios.

Jesús, al enseñar a orar a los discípulos, a petición suya, inculca una tradición de constante oración a la naciente Iglesia, que surge como comunidad de creyentes que esperan y oran.

Esa oración es comunitaria. Incluso, cuando uno de sus miembros ora apartado, lo hace en el marco de la comunidad de creyentes. «Perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (cf Hch 1,14).

Como ellos, los cristianos de hoy sabemos que al orar no estamos solos. Nos acompaña una comunidad, en nuestras intenciones, peticiones y acciones. Aunque sea un ermitaño en retiro del mundo, sabe que su oración no obtiene su fuerza en sí mismo, sino en toda una comunidad que se esfuerza por agradar a Dios y tener una vida digna de Él.

Dios, en su bondad, escucha la oración, aun cuando sabe el futuro y respeta la libertad. Quizá lo que pedimos no es lo que más nos conviene. La fuerza de la oración viene de la fe, que es confianza

en un Dios bueno, n se agote en el individuo, sino que nace de él y se plenifica en la vida de comunidad. La comunidad es origen del poder de la oración por la esperanza que da a los creyentes y el modelo de vida que presenta. Quien ora lo hace con el apoyo de la comunidad creyente. Incluso la oración personal tiene un origen comunitario, pues la fe se ha transmitido por la asamblea de los creyentes. Esta fe crece en la esperanza vivida en comunidad. Quien ora tiene fe, confianza en la verdad de lo transmitido. Nuestra oración debería ser siempre un diálogo amoroso entre los que se saben amados. Dios, que en su perfección es bondad y ama sus criaturas, reflejo de su perfección. Dialogamos con quien nos ama, no tenemos miedo de dirigirnos a quien ama la humanidad. Nos dirigimos a Él con confianza, sabiendo que es un Padre bondadoso.

Oremos también por los demás. La oración de intercesión es un rasgo característico de la comunidad de creyentes. El amor es el deseo del bien, y la caridad es el amor del otro, el deseo de su bien. Intentan ser caritativos como Dios, no sólo como una meta de perfección personal. Por eso piden el bien incluso para quienes los persiguen y sus enemigos. La intercesión es una muestra de caridad a la que no hay que tener miedo. Abraham pidió la salvación de Sodoma y Gomorra aunque hubiera pocos justos en ellas. Pidamos a Dios sabiendo que es justo y misericordioso, y que quiere que todos los hombres se salven.

Ahora pensemos: -----

Nos dice el Catecismo de la Iglesia católica:

2765 La expresión tradicional «Oración dominical» (es decir, «Oración del Señor») significa que la oración al Padre nos la enseñó y nos



la dio el Señor Jesús. Esta oración que nos viene de Jesús es verdaderamente única: ella es «del Señor». Por una parte, en efecto, por las palabras de esta oración el Hijo único nos da las palabras que el Padre le ha dado (cf *Jn* 17,7): él es el Maestro de nuestra oración. Por otra parte, como Verbo encarnado, conoce en su corazón de hombre las necesidades de sus hermanos y hermanas los hombres, y nos las revela: es el Modelo de nuestra oración.

2766 Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf *Mt* 6,7; *1R* 18,26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre. Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que estas se hacen en nosotros «espíritu... y vida» (*Jn* 6,63). Más todavía: la prueba y la posibilidad de nuestra oración filial es que el Padre «ha enviado... a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: «¡Abbá, Padre!»» (*Ga* 4,6). Ya que nuestra oración interpreta nuestros deseos ante Dios, es también «el que escruta los corazones», el Padre, quien «conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios» (*Rm* 8,27). La oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu.

2774 «*La oración del Señor o dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio*» (Tertuliano, *De oratione*, 1,6), «*la más perfecta de las oraciones*» (Santo Tomás de Aquino, *STh* 2-2, q.83, a.9). *Es el corazón de las Sagradas Escrituras.*

2775 *Se llama «Oración dominical» porque nos viene del Señor Jesús, Maestro y modelo de nuestra oración.*

2776 *La Oración dominical es la oración por excelencia de la Iglesia. Forma parte integrante de las principales Horas del Oficio divino y de los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Inserta en la Eucaristía, manifiesta el carácter «escatológico» de sus peticiones, en la esperanza del Señor, «hasta que venga» (1Co 11,26).*

Luego actuemos: -----

Cuando Jesús nos enseña a orar con el Padrenuestro, más que darnos una fórmula de oración, quiere formar en nosotros una actitud y disposiciones orantes.

¿Oramos con pureza de corazón o con dobles intenciones (como «sentir bonito», presionar a Dios para lograr lo que queremos, enajenarnos de una obligación, salir de un apuro en que nos metimos irresponsablemente, lograr un don vistoso, etc.)?

¿Reconocemos la distancia que hay entre el Creador y la creatura, que en la oración nos ponemos en sintonía?

¿Oramos con confianza audaz de hijos, incluso en la enfermedad y el fracaso, o sólo por salir al paso y tranquilizar nuestra conciencia, cuando «nos nace» por sentirnos bien?

¿Nos sentimos en comunión con toda la Iglesia, con toda la humanidad, y con todos los conocidos, cuando oramos personal o comunitariamente el Padrenuestro?

Propuesta para Oración universal:

Presentamos en el altar nuestras peticiones, recogiendo los deseos de todos los miembros de la comunidad, para que el Señor unifique nuestros sueños y nos vaya haciendo mejores compañeros de camino. Nos uniremos a la oración común contestando:

R. Tú nos conoces bien, Padre.

- Ayúdanos a que mujeres y hombres vayamos viviendo cada vez más en armonía y complementariedad, en la vida familiar, laboral y social, a través de la oración. Roguemos al Señor.
- Haz que nuestras familias sean espacios de amor, crecimiento, diálogo, oración, reconciliación e ilusión. Roguemos al Señor.
- Enséñanos a vivir en sociedad con criterios de paz, justicia y fraternidad, a expresar el amor y la solidaridad, a tener una mesa y un hogar sencillo y acogedor, donde cada uno crezca como persona. Roguemos al Señor.

- Dinamiza la generosidad y el calor familiar en todos los que solemnizan esta fiesta, para acoger a los mayores, a los inmigrantes y a los extraños, con cariño. Roguemos al Señor.
- Impulsa en las instituciones, empresarios y gobernantes el deseo de fomentar la conciliación de la vida familiar y social. Roguemos al Señor.

- Que juntos, a través de la oración y la acción compartida, vayamos construyendo la gran familia humana de tus hijos, con los valores de tu Reino. Roguemos al Señor.

Acoge Padre, las peticiones que hoy te presentamos, junto al pan y el vino y ayúdanos a luchar unidos para hacerlo realidad. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

5. LLAMAMOS «PADRE NUESTRO» A DIOS

Lecturas a elegir: -----

Isaías 49,13-15: Aunque una madre olvidara a su hijo de pecho, ya jamás te abandonaré.

Oseas 11,1.3-4.8-9: De Egipto llamé a mi hijo.

Salmo 146. El Señor se complace en el pobre.

Romanos 8,14-17: Han recibido un espíritu de hijos adoptivos por medio del cual gritamos: «Abbá, Padre».

Lucas 12,22-31: Ustedes valen más que las aves del cielo.

Primero veamos: -----

Nuestra experiencia de paternidad puede alterar la imagen de Dios. ¿Cómo llamar «Padre» a Dios y sentir la confianza de abandonarse a sus manos quien tiene un padre ausente, desconocido, que abandona, atormenta o explota? ¡Cuántos hijos e hijas son violados por su padre! Debemos purificar nuestra imagen de Dios de nuestras ideas personales, para encontrarnos con Él con plena confianza. Nuestro Padre del cielo no coincide con nuestra experiencia humana de paternidad o maternidad.

Lo más profundo que Jesús enseñó es la paternidad de Dios. Se temía a Dios, por lejano y severo. «Abba» es un vocablo infantil, de las primeras voces que articula un bebé en arameo, al dejar el pecho («immá» = mamá y «abbá» = papá). Sólo Jesús se animó a llamar a Dios con tanta confianza; que se consideró una blasfemia.

Es tarea de la vida cambiar un amor negado de forma cruel por los hombres, por otro maravilloso más allá de toda comprensión humana. Cristo dice: «Te ha faltado un padre en la tierra que te quiera y te dé la firmeza, pero te doy el mío, que es ante todo Padre, siempre Padre, con todas las cualidades de un padre y sin ningún defecto de los padres de la tierra».

Este comportamiento innovador muestra el sentido filial de la relación de Jesús con Dios. En Él ve la fuente de su propia existencia y reconoce los íntimos lazos que le unen a Él. En este vivo sentimiento de paternidad presente en su existencia se apoya para enraizar su misión. Y enseña a llamarle con esa invocación tan confidencial. Nuestra relación con Dios como Padre se basa en la revelación de Jesús, no en nuestra experiencia. Decir «Padre nuestro» sería atrevimiento y osadía, si Jesús no nos llamara a ser hijos de su Padre. En comunión con Él, «que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), podemos llamarle «abba»: «Papacito querido». «No recibieron un espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino el Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ‘Abbá, Padre’» (Rm 8,15).

La paternidad de Dios se relaciona con el misterio del Reino: es la experiencia de que en el Hijo Dios nos ha engendrado, y como Padre vive y actúa junto a nosotros, se sumerge en nuestra historia, nos solidariza con Él para ser artífices de nuestro futuro. Completa nuestras acciones honra-

das, da fuerzas al vacilar, y espera el retorno cuando se alejan.

Ahora pensemos: -----

Así comenta esta invocación el Catecismo de la Iglesia Católica:

2777 En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: «Atrevemos con toda confianza», «Haznos dignos de». Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: «No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies» (Ex 3,5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que «después de llevar a cabo la purificación de los pecados» (Hb 1,3), nos introduce en presencia del Padre: «Hémos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio» (Hb 2,13): «La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: «Abbá, Padre» (Rm 8,15) ... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?» (San Pedro Crisólogo, *Sermón* 71, 3).

2778 Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: *parrhesia*, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado (cf Ef 3,12; Hb 3,6; 4,16; 10,19; 1Jn 2,28; 3,21; 5,14).

2779 Antes de hacer nuestra esta primera exclamación de la Oración del Señor, conviene purificar humildemente nuestro corazón de ciertas imágenes falsas de «este mundo». La *humildad* nos hace reconocer que «nadie conoce al Padre, sino el

Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar», es decir «a los pequeños» (Mt 11,25-27). La *purificación* del corazón concierne a imágenes paternas o maternas, correspondientes a nuestra historia personal y cultural, y que impregnan nuestra relación con Dios. Dios nuestro Padre trasciende las categorías del mundo creado. Transferir a Él, o contra Él, nuestras ideas en este campo sería fabricar ídolos para adorar o demoler. Orar al Padre es entrar en su misterio, tal como Él es, y tal como el Hijo nos lo ha revelado: «La expresión Dios Padre no había sido revelada jamás a nadie. Cuando Moisés preguntó a Dios quién era Él, oyó otro nombre. A nosotros este nombre nos ha sido revelado en el Hijo, porque este nombre implica el nuevo nombre del Padre» (Tertuliano, *De oratione*, 3, 1).



2780 Podemos invocar a Dios como «Padre» porque *Él nos ha sido revelado* por su Hijo hecho hombre y su Espíritu nos lo hace conocer. Lo que el hombre no puede concebir ni los poderes angélicos entrever, es decir, la relación personal del Hijo hacia el Padre (cf Jn 1,1), he aquí que el Espíritu del Hijo nos hace participar de esta relación a quienes creemos que Jesús es el Cristo y que hemos nacido de Dios (cf 1Jn 5,1).

2781 Cuando oramos al Padre estamos *en comunión con Él* y con su Hijo, Jesucristo (cf 1Jn 1,3). Entonces le conocemos y lo reconocemos con admiración siempre nueva. La primera palabra de la Oración del Señor es una bendición de adoración, antes de ser una imploración. Porque la Gloria de Dios es que nosotros le reconozcamos como «Padre», Dios verdadero. Le damos gracias por habernos revelado su Nombre, por habernos concedido creer en Él y por haber sido habitados por su presencia.

2782 Podemos adorar al Padre porque nos ha hecho renacer a su vida al *adoptarnos* como hijos

suyos en su Hijo único: por el Bautismo nos incorpora al Cuerpo de su Cristo, y, por la Unción de su Espíritu que se derrama desde la Cabeza a los miembros, hace de nosotros «cristos»: «Dios, en efecto, que nos ha destinado a la adopción de hijos, nos ha conformado con el Cuerpo glorioso de Cristo. Por tanto, de ahora en adelante, como participantes de Cristo, ustedes son llamados ‘cristos’ con todo derecho» (S. Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, 3,1). «El hombre nuevo, que ha renacido y vuelto a su Dios por la gracia, dice primero: «¡Padre!», porque ha sido hecho hijo» (S. Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 9).

2783 Así pues, por la Oración del Señor, hemos sido *revelados a nosotros mismos* al mismo tiempo que nos ha sido revelado el Padre (cf GS 22): «Tú, hombre, no te atrevas a levantar tu cara hacia el cielo, tú bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados. De siervo malo, te has convertido en buen hijo [...] Eleva, pues, los ojos hacia el Padre que te ha rescatado por medio de su Hijo y di: Padre nuestro [...] Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado. Di entonces también por medio de la gracia: Padre nuestro, para merecer ser hijo suyo» (S. Ambrosio, *De sacramentis*, 5,19).

2784 Este don gratuito de la adopción exige por nuestra parte una conversión continua y una *vida nueva*. Orar a nuestro Padre debe desarrollar en nosotros dos disposiciones fundamentales: El *deseo y la voluntad de asemejarnos a él*. Creados a su imagen, la semejanza se nos ha dado por gracia y tenemos que responder a ella. «Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios ‘Padre nuestro’, de que debemos comportarnos como hijos de Dios» (San Cipriano de Cartago, *De Dominica oratione*, 11). «No pueden llamar Padre suyo al Dios de toda bondad si mantien un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tienen en ustedes la señal de la bondad del Padre celestial» (S. Juan Crisóstomo, *De angusta porta et in Oratione dominicam*, 3). «Es necesario contemplar continuamente la belleza del Padre e impregnar de ella

nuestra alma» (S. Gregorio de Nisa, *Homiliae in Orationem dominicam*, 2).

2785 Un *corazón humilde y confiado* que nos hace volver a ser como niños (cf Mt 18,3); porque es a «los pequeños» a los que el Padre se revela (cf Mt 11,25): «Es una mirada a Dios y sólo a Él, un gran fuego de amor. El alma se hunde y se abisma allí en la santa dilección y habla con Dios como con su propio Padre, muy familiarmente, en una ternura de piedad en verdad entrañable» (San Juan Casiano, *Conlatio* 9, 18). «Padre nuestro: este nombre suscita en nosotros todo a la vez, el amor, el gusto en la oración [...] y también la esperanza de obtener lo que vamos a pedir [...] ¿Qué puede Él, en efecto, negar a la oración de sus hijos, cuando ya previamente les ha permitido ser sus hijos?» (S. Agustín, *De sermone Domini in monte*, 2,4,16).

2787 Cuando decimos Padre «nuestro», reconocemos ante todo que todas sus promesas de amor anunciadas por los profetas se han cumplido en la *nueva y eterna Alianza* en Cristo: hemos llegado a ser «su Pueblo» y Él es desde ahora en adelante «nuestro Dios». Esta relación nueva es una pertenencia mutua dada gratuitamente: por amor y fidelidad (cf Os 2,21-22; 6,1-6) tenemos que responder a la gracia y a la verdad que nos han sido dadas en Jesucristo (cf Jn 1,17).

2788 Como la Oración del Señor es la de su Pueblo en los «últimos tiempos», ese «nuestro» expresa también la certeza de nuestra esperanza en la última promesa de Dios: en la nueva Jerusalén dirá al vencedor: «Yo seré su Dios y él será mi hijo» (Ap 21,7).

2789 Al decir Padre «nuestro», es al Padre de nuestro Señor Jesucristo a quien nos dirigimos personalmente. No dividimos la divinidad, ya que el Padre es su «fuente y origen», sino confesamos que eternamente el Hijo es engendrado por Él y que de Él procede el Espíritu Santo. No confundimos de ninguna manera las Personas, ya que confesamos que nuestra comunión es con el Padre y su Hijo, Jesucristo, en su único Espíritu Santo. La *Santisima Trinidad* es consubstancial e indivisible. Cuando oramos al Padre, le adoramos y le glorificamos con el Hijo y el Espíritu Santo.

2790 Gramaticalmente, «nuestro» califica una realidad común a varios. No hay más que un solo Dios y es reconocido Padre por aquéllos que, por la fe en su Hijo único, han renacido de Él por el agua y por el Espíritu (cf *IJn* 5,1; *Jn* 3,5). La *Iglesia* es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho «el primogénito de una multitud de hermanos» (*Rm* 8,29) se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu (cf *Ef* 4,4-6). Al decir Padre «nuestro», la oración de cada bautizado se hace en esta comunión: «La multitud [...] de creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32).

2792 Por último, si recitamos en verdad el «Padrenuestro», salimos del individualismo, porque de él nos libera el Amor que recibimos. El adjetivo «nuestro» al comienzo de la Oración del Señor, así como el «nosotros» de las cuatro últimas peticiones no es exclusivo de nadie. Para que se diga en verdad (cf *Mt* 5,23-24; 6,14-16), debemos superar nuestras divisiones y los conflictos entre nosotros.

2793 Los bautizados no pueden rezar al Padre «nuestro» sin llevar con ellos ante Él todos aquellos por los que el Padre ha entregado a su Hijo amado. El amor de Dios no tiene fronteras, nuestra oración tampoco debe tenerla (cf *NAe* 5). Orar a «nuestro» Padre nos abre a dimensiones de su Amor manifestado en Cristo: orar con todos los hombres y por todos los que no le conocen aún para que «estén reunidos en la unidad» (*Jn* 11,52). Esta solicitud divina por todos los hombres y por toda la creación ha inspirado a todos los grandes orantes: tal solicitud debe ensanchar nuestra oración en un amor sin límites cuando nos atrevemos a decir Padre «nuestro».

Luego actuemos: -----

El Padrenuestro nos permite descubrir llenos de alegría que somos hijos de un único Padre, que ama a cada uno de sus hijos con el mismo amor exclusivo, como si fuera el único ser objeto de su amor, con el mismo amor con que ama a su Hijo Jesucristo.

¿Procuramos tratarnos entre nosotros como hermanos, en el respeto, amor y paz, de modo que cada uno pueda ser la maravilla que Dios soñó?

¿Consideramos nuestra vocación abandonarnos en las manos firmes y amorosas de nuestro Padre Dios y tratamos de valorar así la paternidad terrena?

Propuesta para la Oración universal

Presentamos al Señor nuestra fe que quiere ser adulta, y no estancarse en sentimentalismos sin compromiso, para ser agentes de transformación personal y social, y expresarlo en nuestras peticiones. Vamos a responder:

R. Ayúdanos, Padre.

- Para que todos los aquí reunidos sepamos ser como ángeles para cuantos nos rodean, porque les facilitemos la vida, el trabajo, la lucha, el dolor y la fiesta. Roguemos al Señor.
- Que seamos gente que, apoyados por la oración, perdona y olvida, que procura sanar relaciones y que está limpio de resentimientos y memorias enfermizas. Roguemos al Señor.
- Que encarnados en la realidad seamos cercanos a la gente y buenos compañeros de viaje, particularmente con los más desfavorecidos y frágiles. Roguemos al Señor.
- Para que cuantos peregrinamos y solemnizamos este día no nos conformemos con la mediocridad vital y no seamos una higuera seca que no da frutos. Roguemos al Señor.
- Para que tus agentes de pastoral, las autoridades civiles, los que tienen cargos de responsabilidad, los comunicadores y el resto de los seres humanos vivamos en armonía, fraternidad, justicia e igualdad. Roguemos al Señor.

Acoge, Padre bueno, nuestras peticiones hechas con corazón de hijos, y cambia nuestros corazones con la fuerza de tu Espíritu, para que sean motor de una nueva humanidad. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

6. «QUE ESTÁS EN EL CIELO»

Lecturas a elegir: -----

Isaías 65,17-23: cielos nuevos y tierra nueva.

Apocalipsis 21,1-7: He aquí que hago nuevas todas las cosas.

1 Corintios 1,1-9: Llamados a ser santos.

Juan 14,1-6: Voy a prepararles un lugar.

Juan 16,23-28: Salí del Padre y vine al mundo, dejo al mundo y vuelvo al Padre.

Primero veamos: -----

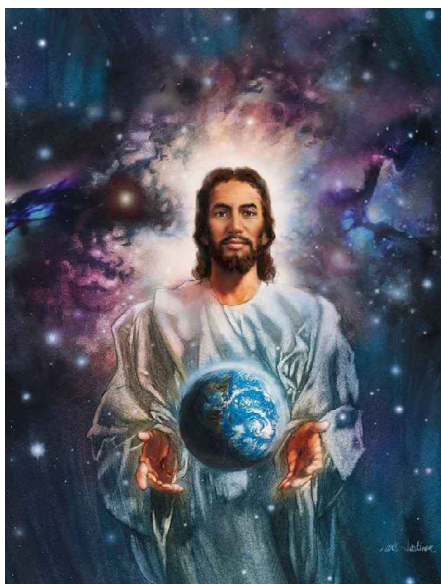
El cielo es tema de incontables libros, música y obras de arte. No está por encima de las nubes, ni es parte de la ciencia-ficción de la fe, sino está allí donde está Dios. No indica un lugar, sino la presencia de Dios, que no está sometido al tiempo y espacio: no está en un lugar inaccesible o una esfera superior; se ha hecho contradictorio y está cerca de nosotros. Cielo es cualquier lugar donde nos dirigimos a Dios en su gloria y al prójimo en su necesidad, experimentamos la alegría, nos dejamos reconciliar. La novedad del anuncio del Reino es la revelación del amor de Dios que carga nuestra suerte y planta su campamento entre nosotros. Nuestro nacimiento no es simple resultado de una serie de combinaciones; Dios pronunció nuestro nombre desde la eternidad, nos conoce y ama desde siempre.

Israel vivió la experiencia de un Dios amigo y cercano. Lo sintió a su lado para restituirle la dignidad de pueblo libre, procurarle el agua, el maná y la carne en el desierto, hacerlo su aliado para una misión. Dios no es un elemento más del mundo, ni siquiera la totalidad del mismo y la energía que lo anima, sino que es el Creador, que está más allá de lo creado, como señor de todo el universo y de la historia.

Dijo Jesús: «El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: ‘Helo aquí’, o ‘helo allí’; porque el reino de Dios está entre ustedes» (Lc 17,20-21). «No se hagan tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y ladrones minan y hurtan; háganse tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, ni ladrones minan o hurtan. Porque donde esté su tesoro, allí estará también su corazón» (Mt 6,19-21). ¿Dónde está tu tesoro? ¿Has aceptado el regalo de Jesús de una vida eterna que inicia desde aquí?. Jesús murió por tus pecados? (Jn 3,16; Rm 3,23), fue sepultado y resucitó (1Co 15,3-4).

«Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y saben ustedes que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (1Jn 3,15). Estaremos separados de Él si omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y los pequeños que son sus hermanos (cf Mt 25,31-46). «Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra ‘infierno’» (CEC 1033)

«El Cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha» (CEC 1024). Pertenece a otra dimensión; no puede ser visto por el humano a menos que Dios se lo muestre (Is 6, Ez 1, Dn 7,9-10, 2Co 12,1-4, Ap 1,4-5). Dios está en el trono del cielo. Jesús, el Cordero de Dios, se sienta en ese trono a la diestra del Padre hasta que vuelva a juzgar al mundo y establecer su reino en la Tierra.



Es una ciudad eterna, la «Nueva Jerusalén», un nuevo cielo, pues el primer cielo y la primera tierra habrán pasado (Ap 21,1-2). «He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y El habitará entre ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos. El enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, clamor, dolor, porque las primeras cosas han pasado. Y el que está sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.» (Ap 21,3-5) «La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.» (Ap 21,23). «Jamás entrará en ella nada inmundo, ni el que practica abominación y mentira, sino sólo aquéllos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero.» (Ap 21,27). Es preciso convertirnos en el cielo donde Dios habita.

El mundo pasará por la resurrección corporal de los muertos, y todos se sentarán ante el tribunal de Cristo (Ap 20,11-13). Jesús actuará como Juez. Aquéllos cuyos nombres no estén en el libro de la vida del Cordero serán arrojados al lago de fuego (Ap 20,14-15). Quienes crean en Él encontrarán la vida, pues «nadie viene al Padre si no es por mí» (Jn 14,6). Una multitud de gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 7,9) tendrá vida eterna por su fe en Jesús. Aquéllos que hayan rechazado a Dios no estarán con Él.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia católica:

2794 Esta expresión bíblica no significa un lugar [«el espacio»] sino una manera de ser; no el alejamiento de Dios sino su majestad. Dios Padre no está «en esta o aquella parte», sino «por encima de todo» lo que, acerca de la santidad divina, puede el hombre concebir. Como es tres veces Santo, está totalmente cerca del corazón humilde y contrito: «Con razón, estas palabras ‘Padre nuestro que estás en el Cielo’ hay que entenderlas en relación al corazón de los justos en el que Dios habita como en su templo. Por eso también el que ora desea ver que reside en él Aquel a quien invoca» (San Agustín, *De sermone Dominici in monte*, 2,5,18). «El ‘cielo’ bien podía ser también aquéllos que llevan la imagen del mundo celestial, y en los que

Dios habita y se pasea» (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, 5,11).

2795 El símbolo del cielo nos remite al misterio de la Alianza que vivimos cuando oramos al Padre. Él está en el cielo, es su morada, la Casa del Padre es, por tanto, nuestra «patria». De la patria de la Alianza el pecado nos ha desterrado (cf *Gn* 3) y hacia el Padre, hacia el cielo, la conversión del corazón nos hace volver (cf *Jr* 3,19-4, 1a; *Lc* 15,18.21). En Cristo se han reconciliado el cielo y la tierra (cf *Is* 45,8; *Sal* 85,12), porque el Hijo «ha bajado del cielo», solo, y nos hace subir allí con Él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión (cf *Jn* 12,32; 14,2-3; 16,28; 20, 17; *Ef* 4,9-10; *Hb* 1,3; 2,13).

2796 Cuando la Iglesia ora diciendo «Padre nuestro que estás en el cielo», profesa que somos el Pueblo de Dios «sentado en el cielo, en Cristo Jesús» (*Ef* 2, 6), «ocultos con Cristo en Dios» (*Col* 3,3), y, al mismo tiempo, «gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celestial» (*2Co* 5,2; cf *Flp* 3,20; *Hb* 13,14): «Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo» (*Epistula ad Diognetum*, 5, 8-9).

Luego actuemos: -----

Vivir el cielo es estar con Dios ¡verlo cara a cara! Esto basta para ser todo lo feliz que se puede ser, tener toda la alegría, vida, luz, paz que se puede tener, por toda la eternidad, para siempre y por siempre. Es el estado de infinita felicidad, donde podrás amar y ser amado por Dios para siempre. En una vida perfecta estar con el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la Virgen María, todos los santos y aquellos hermanos que ya llegaron al cielo. “Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, es lo que Dios preparó para los que lo aman” (1Co 2,9). No se compara para nada con la más grande felicidad de esta vida.

Jesús dijo que hay muchas moradas en el cielo y que Él ha ido antes para prepararnos un lugar; un día regresará y nos llevará donde Él está en el cielo (Jn 14,1-4). «Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos,

eterna en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida» (2Co 5,1-4). Poner la mirada más allá, en el hogar eterno del cielo, permite soportar las pruebas y desilusiones en esta vida. «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.» (2Co 4,17-18).

En la morada de un Dios santo y perfecto no hay lugar para el pecado. Dios nos proveyó en Cristo la llave que abre el cielo. Cuantos creen en Él y buscan el perdón de sus pecados, encontrarán sus puertas abiertas de par en par. «Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la Sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura» (Hb 10,19-20).

Propuesta para la Oración universal

Como cada día de esta fiesta, ponemos en el altar nuestra vida, con sus preocupaciones,

proyectos, sueños y miedos. Pidamos al Padre que personalmente y como comunidad seamos un cielo donde Él habite. Contestamos:

R. Porque Tú, Señor, nos haces grandes.

- Te pedimos Padre que nos ayudes a aceptar nuestras debilidades, fragilidades y carencias, para que nos sintamos humanos y confiados. Roguemos al Señor.
- También ponemos hoy en las ofrendas nuestros sueños de una sociedad más justa, una familia más feliz y un mundo más humano, para que nos ayudes a conseguirlo. Roguemos al Señor.
- Que vivamos comprometidos en mejorar la familia, la vecindad, los grupos humanos y organizaciones que nos rodean. Roguemos al Señor.
- Que cuantos solemnizan el día o vienen en peregrinación sean agradecidos a cualquier detalle o servicio que los demás les regalan. Roguemos al Señor.
- Que cada uno ocupemos el lugar que nos tienes designado, como hijos tuyos, y tú habites en nosotros como en tu cielo. Roguemos al Señor.

Padre del cielo, que nos amas con amor infinito y quieres habitar en nosotros, te presentamos todo lo que te hemos pedido y lo que llevamos en los corazones, confiando en la fuerza que Tú nos das. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



7. «SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»

Lecturas a elegir: -----

Éxodo 3,13-15: «Yo soy el que soy»
será mi nombre para siempre.

Sirácide 51,8-12: Alabaré siempre tu nombre.

Salmo: Isaías 12,2-6. R. El nombre del Señor
es nuestra salvación.

Hechos 4,8-12: No hay otro nombre
en el cual podamos salvarnos.

Filipenses 2,6-11: Dios le dio el nombre
que está sobre todo nombre.

Juan 14,6-14: Todo lo que pidan en mi nombre,
yo lo haré.

Primero veamos: -----

En este mundo de marcas, nomenclaturas, manipuladores de ficheros y gurús de mercadeo, hay poder en un nombre: ¡marca, imagen corporativa, identidad! Compramos automóviles, ropa, comida, computadoras y hasta papel higiénico, dejándonos llevar por la marca y el nombre. Honramos nombres de artistas, políticos, presidentes, reyes, deportistas y demás. Pero nada es más sagrado ni debe ser más honrado y respetado que el nombre de nuestro Dios todopoderoso. Jesús enseñó a pedir: *Santificado sea tu nombre*.

El nombre en la Biblia señala la verdadera esencia de una persona. Dios, el único santo, nos santifica, y el efecto de su acción es que reflejemos esa misma santidad. ¿Qué significa santificado sea tu nombre? Que no hay nada más santo que el nombre de Dios: «santo es su nombre». No hacemos santo su nombre, que ya es santo, según el clamor del serafín: «Santo, santo, santo es el Señor todopoderoso» (Is 6,3). Santificar su nombre significa hacer justicia a su realidad, ponerlo por encima de todo, reconocerlo, alabarlo, hacerlo respetar y honrar, y vivir conforme a sus mandamientos. Jesús lo enseña como algo que se desea profundamente, y un proyecto en que Dios y el hombre se comprometen. Nos sumergimos en el misterio íntimo de su Divinidad y en el drama de

la salvación de nuestra humanidad. Pedir que su nombre sea santificado nos implica en su designio amoroso propuesto desde el principio para que seamos santos e inmaculados en su presencia.

En los momentos decisivos de su proyecto, Dios revela su nombre realizando su obra. No se realizaría en y para nosotros si su nombre no fuera santificado en y por nosotros. Pedir que su nombre sea santificado es pedir la gracia de vivir en su santidad, estando en Él, y procurar que los demás tengan acceso a la gracia que nos conforma en un solo pueblo; orar por los demás, incluso por aquellos que consideramos enemigos.

Santificando su nombre reconocemos que no es cualquier Dios, sino el Dios santo. En un mundo lleno de decepciones, en una cultura llena de mentiras y engaños, en un tiempo lleno de falsedades de todo tipo, en una era repleta de relativismo y confusión, en una realidad en la cual políticos, deportistas, actores y agentes pastorales fallan, Dios sigue siendo santo. ¡Santo es el Señor, Dios todopoderoso! ¡Santificado sea su nombre!

«Dijo Moisés a Dios: Si me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: Y soy el que soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me envió a ustedes» (Éx 3,13-14). ¿En cuál nombre estamos confiando? ¿Hacia dónde corremos? Yo soy el que soy significa: existo, no cambio, estoy salvando, acudiendo en tu ayuda y no me agoto. ¡Él vive! No cambia ni se cansa de amarnos, bendecirnos, cubrirnos.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2807 El término «santificar» debe entenderse aquí, en primer lugar, no en su sentido causativo (solo Dios santifica, hace santo) sino sobre todo en un sentido estimativo: reconocer como santo, tratar de una manera santa. Así es como, en la adoración, esta invocación se entiende a veces

como una alabanza y una acción de gracias (cf *Sal* 111, 9; *Lc* 1, 49). Pero esta petición es enseñada por Jesús como algo a desear profundamente y como proyecto en que Dios y el hombre se comprometen. Desde la primera petición a nuestro Padre, estamos sumergidos en el misterio íntimo de su Divinidad y en el drama de la salvación de nuestra humanidad. Pedirle que su Nombre sea santificado nos implica en «el benévolo designio que Él se propuso de antemano» (*Ef* 1,9) para que nosotros seamos «santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (*Ef* 1,4).

2808 En los momentos decisivos de su Economía, Dios revela su Nombre, pero lo revela realizando su obra. Esta obra no se realiza para nosotros y en nosotros más que si su Nombre es santificado por nosotros y en nosotros.

2809 La santidad de Dios es el hogar inaccesible de su misterio eterno. Lo que se manifiesta de Él en la creación y en la historia, la Escritura lo llama *Gloria*, la irradiación de su Majestad (cf *Sal* 8; *Is* 6,3). Al crear al hombre «a su imagen y semejanza» (*Gn* 1,26), Dios «lo corona de gloria» (*Sal* 8,6), pero al pecar, el hombre queda «privado de la Gloria de Dios» (*Rm* 3, 23). A partir de entonces, Dios manifestará su Santidad revelando y dando su Nombre, para restituir al hombre «a la imagen de su Creador» (*Col* 3,10).

2810 En la promesa hecha a Abraham y en el juramento que la acompaña (cf *Hb* 6,13), Dios se compromete a sí mismo sin revelar su Nombre. Empieza a revelarlo a Moisés (cf *Ex* 3,14) y lo manifiesta a los ojos de todo el pueblo salvándolo de los egipcios: «se cubrió de Gloria» (*Ex* 15,1). Desde la Alianza del Sinaí, este pueblo es «suyo» y debe ser una «nación santa» (cf *Ex* 19,5-6) (o «consagrada», que es la misma palabra en hebreo), porque el Nombre de Dios habita en él.



2811 A pesar de la Ley santa que da y vuelve a dar el Dios Santo (cf *Lv* 19,2: «Sean santos, porque yo, el Señor, su Dios soy santo»), y aunque el Señor «tuvo respeto a su Nombre» y usó de paciencia, el pueblo se separó del Santo de Israel y «profanó su Nombre entre las naciones» (cf *Ez* 20,36). Por eso, los justos de la Antigua Alianza, los pobres que regresaron del exilio y los profetas se sintieron inflamados por la pasión por su Nombre.

2812 El Nombre de Dios Santo se nos ha revelado y dado, en la carne, en Jesús, como Salvador (cf *Mt* 1,21; *Lc* 1,31): revelado por lo que Él es, por su Palabra y por su Sacrificio (cf *Jn* 8,28; 17,8.17-19). Esto es el núcleo de su oración sacerdotal: «Padre santo ... por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad» (*Jn* 17,19). Jesús nos «manifiesta» el Nombre del Padre

(*Jn* 17,6) porque «santifica» Él mismo su Nombre (cf *Ez* 20,39; 36,20-21). Al terminar su Pascua, el Padre le da el Nombre que está sobre todo nombre: Jesús es Señor para gloria de Dios Padre (cf *Flp* 2,9-11).

2813 En el agua del Bautismo, hemos sido «lavados... santificados... justificados en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (*ICo* 6,11). A lo largo de nuestra vida, nuestro Padre «nos llama a la santidad» (*ITs* 4,7) y como nos viene de Él que «estemos en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros [...] santificación» (*ICo* 1,30), es cuestión de su Gloria y de nuestra vida el que su Nombre sea santificado en nosotros y por nosotros. Tal es la exigencia de nuestra primera petición. «¿Quién podría santificar a Dios puesto que Él santifica? Inspirándonos nosotros en estas palabras «Sean santos porque yo

soy santo» (*Lv 20,26*), pedimos que, santificados por el Bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser. Y lo pedimos todos los días porque faltamos diariamente y debemos purificar nuestros pecados por una santificación incesante... Recurrimos a la oración para que esta santidad permanezca en nosotros» (S. Cipriano, *De dominica Oratione*, 12).

2814 Depende inseparablemente de nuestra *vida* y de nuestra *oración* que su Nombre sea santificado entre las naciones: «Pedimos a Dios santificar su Nombre porque Él salva y santifica a toda la creación por medio de la santidad. [...] Se trata del Nombre que da la salvación al mundo perdido, pero nosotros pedimos que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros *por nuestra vida*. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del apóstol: «el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones» (*Rm 2,24; Ez 36,20-22*). Por tanto, rogamos para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios (San Pedro Crisólogo, *Sermo 71,4*). «Cuando decimos «santificado sea tu Nombre», pedimos que sea santificado en nosotros que estamos en él, pero también en los otros a los que la gracia de Dios espera todavía para conformarnos al precepto que nos obliga a *orar por todos*, incluso por nuestros enemigos. He ahí por qué no decimos expresamente: Santificado sea tu Nombre «en nosotros», porque pedimos que lo sea en todos los hombres» (Tertuliano, *De oratione*, 3, 4).

2815 Esta petición, que contiene a todas, es escuchada gracias a la *oración de Cristo*... La oración del Padre Nuestro es oración nuestra si se hace «*en el Nombre*» de Jesús (cf *Jn 14,13; 15,16; 16,24.26*). Jesús pide en su oración sacerdotal: «Padre santo, cuida en tu Nombre a los que me has dado» (*Jn 17,11*).

Luego actuemos:

¿Se santifica su nombre protegiendo los derechos de autor? Una compañía jamás permitiría a la gente usar su logotipo y su nombre fuera de con-

texto y sin permiso. Pero nosotros permitimos que se use el nombre de Dios como una palabra soez, en bromas y chistes, en juramentos sin sentido y a veces sin verdad, o como impropio o blasfemia. »No tomarás el nombre de Yahvé tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano» (*Éx 20,7*). ¡Protejamos la marca!

Propuesta para la Oración universal

Pidamos a nuestro Padre Dios, que conoce mejor que nosotros nuestras preocupaciones y necesidades, que nos siga llevando de la mano en el vivir cotidiano, para que en nosotros se refleje la santidad de su nombre, y respondamos a cada petición:

R. Enséñanos a santificar tu nombre, Dios Padre nuestro.

- Por todos los cristianos, por todos los que te nombran de otra manera, Padre y por todos los que no te conocen, para que gocemos de saber-nos personas habitadas por Ti. Roguemos al Señor.
- Por la iglesia, que sea cada día más liberadora, alegre, misericordiosa y pastora de todas las ovejas. Roguemos al Señor.
- Por todos los que tienen puestos de responsabilidad en el bien común, para que lo hagan con corazón fraterno. Roguemos al Señor.
- Por los que sufren hambre, soledad, violencia, injusticia, enfermedad y desigualdades, para que nosotros, tu gente, sepamos acompañarles y facilitarles la vida. Roguemos al Señor.
- Por todos los desencantados, desilusionados, mal amados, deprimidos, agobiados y malhumorados, para que tú les calientes el corazón. Roguemos al Señor.

Buen Padre Dios, haz que seamos una presencia tuya, allá donde estemos cada uno y vayamos contagiando tu santidad, tu paz, tu serenidad, tu justicia y tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

8. «VENGA A NOSOTROS TU REINO»

Lecturas a elegir: -----

2 Samuel 5,1-3: Ungieron a David como rey.

Salmo 146. R. El Señor cuida de los humildes.

Colosenses 1,12-20: Dios nos trasladó al Reino de su Hijo amado.

Lucas 23,35-43: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Juan 18,33-37: Mi reino no es de este mundo.

Primero veamos: -----

El Reino de Dios ya está entre nosotros, aunque no completamente. Jesús ya ha venido y nos ha dejado su presencia e inaugurado su estilo de vida. Pero todavía falta algo. Es necesario que el Reino llegue al corazón de cada hombre. Sólo entonces habrá llegado en toda su plenitud.

No se trata de un reino de ejércitos, emperadores, palacios, etc. sino más sutil, menos notorio. Es un gobierno sobre los corazones, cuya ley es la caridad y Cristo es el soberano. Jesús no definió el Reino de Dios; lo describió con parábolas (Mt 13; Mc 4) e imágenes: vida, gloria, gozo y luz. «*El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*» (Rm 14,17). Son conceptos clave que expresan relaciones con Dios, con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con la naturaleza. Donde los cristianos se relacionan en *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*, allí se hace presente el reino. El reino no es otra cosa que justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo

La historia tiene un centro: Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado; que está vivo entre nosotros y tiene por finalidad el Reino de Dios, Reino de paz, justicia, libertad en el amor. La fuerza que la mueve a su fin es el Espíritu Santo, recibido en el bautismo. Nos empuja a avanzar en el camino de la vida y de la historia, hacia la plenitud. Este Espíritu es la potencia del amor que fecundó el seno de María; y anima los proyectos y obras de los constructores de paz. Donde hay un hombre y una mujer constructor de paz, es el Espíritu Santo quien ayuda y lo empuja a hacer la paz.

Podemos distinguir tres enfoques:

- a) **El reino como concepto.** Es la intervención final, escatológica y decisiva de Dios en la historia de Israel para cumplir las promesas hechas a los profetas. Eso podía significar en la enseñanza de Jesús, aunque Jesús mismo nunca definiera el reino en términos precisos.
- b) **El reino como símbolo.** Evoca una serie completa de ideas y significados que no se pueden agotar ni expresar de manera adecuada mediante un único referente: memoria de la actividad de Dios, como creador del cosmos y de Israel en la historia, y la expectación de su intervención al fin de la historia. Es el Dios que actúa en la historia en favor de su pueblo y de la creación entera. Representa una rica experiencia religiosa y una relación personal.
- c) **El reino como liberación.** Relaciona la fe con existencia humana, realidad social, acción política o construcción de este mundo, en una situación marcada por opresión y explotación. Subraya su aspecto dinámico del reino y recupera la dimensión histórica del mensaje de Dios, sensible a la opresión y a las estructuras de un orden social injusto.

Dejar que Jesús reine significa abrirle las puertas para que Él haga lo que quiera con nosotros. Y El sólo entra y se queda a vivir si encuentra un alma limpia. Un alma en pecado es un lugar inhabitable para Dios. Por eso vivimos en continua lucha con nuestro peor enemigo, que es el pecado, porque sólo él nos aleja de Dios, la meta de nuestra vida.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia católica:

2816 En el Nuevo Testamento, la palabra *basileia* se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción). El Reino de Dios es para nosotros lo más importante. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la Muerte y la Resurrección de

Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre: «Incluso [...] puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en él, puede ser también el Reino de Dios porque en él reinaremos» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 13).

2817 Esta petición es el *Marana Tha*, el grito del Espíritu y de la Esposa: «Ven, Señor Jesús»: «Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?» (*Ap* 6,10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino!» (Tertuliano, *De oratione*, 5, 2-4).

2818 En la Oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf *Tt* 2,13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor «a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo» (cf *Plegaria eucarística IV*, 118: *Misal Romano*).

2819 «El Reino de Dios [...] [es] justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (*Rm* 14,17). Los últimos tiempos en los que estamos son los de la efusión del Espíritu Santo. Desde entonces está entablado un combate decisivo entre «la carne» y el Espíritu (cf *Ga* 5,16-25): «Solo un corazón puro puede decir con seguridad: «¡Venga a nosotros tu Reino!» Es necesario haber estado en la escuela de Pablo para decir: «Que el pecado no reine ya en nuestro cuerpo mortal» (*Rm* 6,12). El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: «¡Venga tu Reino!»»

(San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae* 5, 13).

2820 Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz (cf GS 22; 32; 39; 45; EN 31).

2821 Esta petición está sostenida y escuchada en la oración de Jesús (cf *Jn* 17,17-20), presente y eficaz en la Eucaristía; su fruto es la vida nueva según las Bienaventuranzas (cf *Mt* 5,13-16; 6,24; 7,12-13).

Luego actuemos: -----

La Iglesia es una anticipación en el espacio y el tiempo del mundo venidero. Está en «el mundo, pero no es del mundo». Su esencia y su misión deben ser entendidas a la luz del reino presente en ella, pero orientado a la transformación y salvación de la creación entera. Ni el trabajo, ni el estudio, ni las ocupaciones cotidianas, deben ser un obstáculo para estar unido a Cristo. Sólo dejando que gobierne y ordene la vida, podrá venir su Reino. Reconociéndolo como nuestro Rey y Señor, todo nuestro día se convierte en un medio para alabarlo, glorificarlo y amarte, por medio de nuestro amor y servicio a los demás.

El reino es don gratuito de Dios y tarea para los seres humanos. Dios ofrece su amor incondicional a su criatura y le da participación en su propia vida: es un don gratuito al que no tenemos ningún derecho. Lo aceptamos como don de amor de parte de Dios con gratitud y acción de gracias. Es la enseñanza de las parábolas del crecimiento (*Mc* 4 y *Mt* 13). Se puede rezar «venga tu reino» (*Mt* 6,10), gritar a Dios día y noche (*Lc* 18,7), mantenerse en vela como las vírgenes prudentes (*Mt* 25,1-3); pero es Dios quien lo «da» (*Lc* 12,31).

Pero el carácter de don no nos hace meros objetos pasivos. Las parábolas de los talentos (*Mt* 25,14,30) y del tesoro en el campo (*Mt* 13,44)

muestran que somos actores en el reino. Este don viene sólo asumiendo increíbles riesgos. Su venida es total y absolutamente obra de Dios, pero al mismo tiempo es también total y absolutamente obra de seres humanos.

El reino trasciende este mundo y tiene como meta los cielos nuevos y la nueva tierra. Pero el mensaje de Jesús no es un asunto privado, en la prisión del individualismo, sino social. Jesús, en la situación de su tiempo, tiene la misión de restaurar a Israel y anunciar el «gran año de gracia», con implicación política: exigencia de una reestructuración radical de todas las estructuras sociales del presente sobre la base de la alianza. Jesús relativizó toda autoridad ante el Padre y ante el reino. Negó autoridad absoluta a cualquier poder de su tiempo. Toda autoridad legítima debe ser sometida al reino que irrumpe y exige reestructurar y reordenar todas las relaciones humanas.

Propuesta para la Oración universal

Pongamos ante el altar nuestras preocupaciones, peticiones, deseos y anhelos, para que el Señor los bendiga. Y responsamos diciendo:

R. Sé tú, Señor, el rey de nuestra vida.

- Te pedimos, Cristo Rey, en esta fiesta, para que tú Señor seas el Rey de nuestras vidas y todo lo que nos ocurra, nos suceda contigo. Roguemos al Señor.
- Para que no nos distraigamos en ídolos como el orden, el dinero, el trabajo, la perfección, el prestigio, la tecnología, el poder, el placer y el vicio. Roguemos al Señor.
- Que para todos los creyentes tú Señor seas el compañero fiel de nuestros días y nuestras noches, de nuestros descansos y los trabajos, de nuestro gozar y nuestro sufrir. Roguemos al Señor.
- Para que todos los que tienen puestos de responsabilidad mundial se muevan con los valores del Reino, para conseguir un mundo más justo. Roguemos al Señor.
- Para que, por fin, la verdad auténtica se establezca entre los humanos como código de comunicación y de autenticidad, para que vivamos mejor. Roguemos al Señor.

Padre Bueno, concédenos sabernos y sentirnos tus hijos, a todos los que vivimos confiados en ti y en la construcción de tu reino. Por Jesucristo nuestro Señor.

9. «HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO»

Lecturas a elegir: -----

Lamentaciones 3,17-26: Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.

Deuteronomio 6,1-7: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.

Josué 24,1-2.15-17.18-25: Nosotros serviremos al Señor nuestro Dios.

Salmo 84. R. Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Romanos 8,18-30: Todo concurre para el bien de los que aman a Dios.

Hebreos 5,7-9: Aprendió a obedecer y se convirtió en fuente de salvación.

Mateo 16,24-27: Si alguno quiere venir el pos de mí, niéguese a sí mismo.

Lucas 22,39-43: No se haga mi voluntad, sino la tuya

Primero veamos: -----

Toda la vida de Jesús consistió en cumplir la voluntad de su Padre. Al entrar en el mundo dice: «He aquí que vengo para hacer, Dios mío, tu voluntad» (Heb 10,5-7). Durante su vida estaba pendiente de ello: «Debo estar en las cosas de mi Padre» (Lc 2,49); «Yo hago siempre lo que a Él le agrada» (Jn 8,29); era su comida y bebida (Jn

4,34); «Éste es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn 10,18); «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42).

Apoyados en nuestros propios planes, deseos, ideas y capacidades, la tierra no se podrá convertir en cielo: uno quiere una cosa y otro quiere otra. Nuestra felicidad la encontramos cuando queremos conjuntamente lo que Dios quiere. Orar es hacer sitio, paso a paso, en la tierra, a la voluntad de Dios. La conformidad con ella es *una amorosa y entrañable sumisión y concordia de nuestra voluntad con cuanto Dios disponga o permita de nosotros*. Cuando es perfecta, se le conoce como *santo abandono* en la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios es *absoluta* cuando quiere algo sin ninguna condición (ej: la creación del mundo), o *condicionada* cuando lo quiere con alguna condición (la salvación de un pecador si se arrepiente). Es *antecedente* si toma la iniciativa, o *consiguiente* si supone la respuesta humana. Es *significada* cuando se expresa en signos (preceptos, prohibiciones, consejos evangélicos, sucesos) y requiere *obediencia*: ‘Hágase tu voluntad’. Y es *de beneplácito* el acto interno de su voluntad no manifestado ni dado a conocer, sobre el porvenir incierto para nosotros: sucesos futuros, alegrías y pruebas de breve o larga duración, hora y circunstancias de nuestra muerte, etc. Pertenece al *abandono en las manos de Dios*, que sólo permite el bien eterno de los que le aman y perseveran en su amor.

El *santo abandono* se funda en la caridad. No es resignación, sino entrega *amorosa, confiada y filial*, perder nuestra voluntad en la de Dios, pues el amor une estrechamente las voluntades. Esta conformidad es un elevado ejercicio del puro amor. Su *excelencia* está en su eficacia para remover todos los obstáculos que impiden la acción de la gracia, practicar las más excelsas virtudes y establecer el reinado absoluto de Dios sobre nuestra voluntad.

No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Dios (1Co 6,19). Él no puede querer ni permitir algo no conforme a su proyecto en la gloria del Verbo encarnado, su Unigénito (1Co 3,23). El hijo se somete a su padre por amor, y la amistad

produce concordia de voluntades: somos *hijos y amigos de Dios*.

«*Todo contribuye al bien de los que aman a Dios*, de quienes, según su designio, fueron llamados» (Rm 8,28) y perseveran en su amor. Esto no exime de cumplir la voluntad *significada* en los mandamientos, consejos y sucesos, evitando toda inquietud y agitación. En oración discernimos la voluntad de Dios, y obtenemos constancia para cumplirla (cf Heb 10,36). Entramos al Reino no por palabras sino cumpliendo la voluntad del Padre (Mt 7,21). Fue el camino que siguieron los santos. Nos hace llevar una vida de dulce intimidad y abandono en su amorosa providencia, como el niño en brazos de su madre. El alma camina con sencillez y libertad, deseando sólo lo que Dios quiera, constantes, con ánimo sereno en todas las situaciones. Llena de paz y alegría: nada puede sobrevenir capaz de alterar si queremos lo que Dios quiera. Asegura una muerte santa y un gran valor ante Dios en el cielo: Dios cumplirá la voluntad de los que hayan cumplido la de Él en la tierra.

Esta es la vía menos sujeta a ilusiones, que da mayor paz, y mejor hace practicar las virtudes teologales y morales, la más a propósito para adquirir el espíritu de oración, la más parecida al martirio e inmolación de sí mismo y la que más asegura en la hora de la muerte.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2822 La voluntad de nuestro Padre es «que todos los hombres [...] se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1Tm 2,3-4). El «usa de paciencia [...] no queriendo que algunos perezcan» (2P 3,9; cf Mt 18,14). Su mandamiento que resume todos los demás y que nos dice toda su voluntad es que «nos amemos los unos a los otros como él nos ha amado» (Jn 13,34; cf 1Jn 3,4; Lc 10,25-37).

2823 Él nos ha dado a «conocer... el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en Él se propuso de antemano... hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza... a Él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo

designio del que realiza todo conforme a la decisión de su Voluntad» (*Ef* 1,9-11). Pedimos con insistencia que se realice plenamente este designio benévolo, en la tierra como ya ocurre en el cielo.

2824 En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: «He aquí que yo vengo... oh Dios, a hacer tu voluntad» (*Hb* 10,7; *Sal* 40,8-9). Sólo Jesús puede decir: «Yo hago siempre lo que le agrada a Él» (*Jn* 8,29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (*Lc* 22,42; cf *Jn* 4,34; 5,30; 6,38). He aquí por qué Jesús «se entregó a sí mismo por nuestros pecados... según la voluntad de Dios» (*Ga* 1,4). «Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo» (*Hb* 10,10).

2825 Jesús, «aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia» (*Hb* 5,8). ¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en Él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre (cf *Jn* 8,29): «Adheridos a Cristo, podemos llegar a ser un solo espíritu con Él, y así cumplir su voluntad: de esta forma ésta se hará tanto en la tierra como en el cielo» (Orígenes, *De oratione*, 26, 3). «Consideren cómo [Jesucristo] nos enseña a ser humildes, haciéndonos ver que nuestra virtud no depende sólo de nuestro esfuerzo sino de la gracia de Dios. Él ordena a cada fiel que ora, que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice ‘Que tu voluntad se haga’ en mí o en ustedes «sino en toda la tierra»: para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo» (San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum* homilía 19, 5).

2826 Por la oración, podemos «discernir cuál es la voluntad de Dios» (*Rm* 12,2; *Ef* 5,17) y obtener «constancia para cumplirla» (*Hb* 10,36). Jesús nos enseña que se entra en el Reino de los cielos, no mediante palabras, sino «haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 7,21).

2827 «Si alguno... cumple la voluntad... de Dios, a ése le escucha» (*Jn* 9,31; cf *IJn* 5,14). Tal es el poder de la oración de la Iglesia en el Nombre de su Señor, sobre todo en la Eucaristía; es comunión de intercesión con la Santísima Madre de Dios (cf *Lc* 1,38.49) y con todos los santos que han sido «agradables» al Señor por no haber querido más que su Voluntad: «Incluso podemos, sin herir la verdad, cambiar estas palabras: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» por estas otras: en la Iglesia como en nuestro Señor Jesucristo; en la Esposa que le ha sido desposada, como en el Esposo que ha cumplido la voluntad del Padre» (San Agustín, *De sermone Domini in monte*, 2, 6, 24).

Luego actuemos: -----

No esperemos una respuesta sobrenatural; nuestra consulta admite dudas; la respuesta varía según muchos factores y circunstancias. Nos gustaría que Dios enviara un ángel que nos indicara la decisión a tomar, o tener un instrumento como el urim y tumim del sacerdote israelita en que aparecía el oráculo de Dios. No se resuelve mediante un talismán, sino desarrollando percepción espiritual y sensibilidad. Sugerimos las siguientes pautas:

1. **Renuncia a todo prejuicio** e intento de justificar lo que nos gustaría que fuera la voluntad divina. O rechazaríamos cualquier respuesta que no se ajuste a nuestro deseo, con razonamientos de autoengaño. Vamos a Dios abiertos a su voz, sea cual sea su respuesta.

2. **Oración sincera** «que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él; alumbre los ojos de su mente para que sepan cuál es la esperanza de la vocación a que él los ha llamado» (*Ef* 1,17-18), «sean llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Así podrán andar como es digno del Señor, agradándole en todo» (*Col* 1,9-10).

3. **Consideración del tema a la luz de la Palabra viva de Dios.** En algunos casos muy clara; en otros no. La enseñanza global de la Iglesia contiene luz que nos ayuda a tomar nuestras decisiones. No abrir al azar la Biblia buscando el primer versículo. San Agustín se debatía en una gran crisis moral, torturado por su conciencia de pecado, y oyó una voz misteriosa que decía: «Toma y lee». Sólo tenía a mano un ejemplar del Nuevo Testamento. Lo abrió al azar. Sus ojos se fijaron en Rm 13,12-14, tan determinante de su conversión. Pero un creyente abrió al azar y halló el suicidio de Judas (Mt 27,5); y luego: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,37); finalmente: «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (Jn 13,27). El texto al azar dice muy poco como respuesta fiable. No distorsionar la orientación bíblica con interpretación de su mensaje sesgada por nuestras ideas preconcebidas.

4. **Demanda de consejo** a persona capacitada de sabiduría y criterio espiritual. «El que obedece al consejo es sabio» (Pr 12,15). David en su furor por la rudeza hiriente de Nabal; el sabio consejo de Abigail, esposa de Nabal, evitó un episodio trágico y es ejemplo de sensatez y dominio propio, principio de una experiencia apacible y romántica (1Sm 25).

5. **Orientación mediante las circunstancias.** Pueden ser valiosas y orientativas; nos libran de decisiones equivocadas; o facilitan la decisión correcta. Mas no siempre son guía infalible; en casos pueden ser engañosas y llevar a resoluciones que no corresponden a la voluntad de Dios. «Aun el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz» (2Co 11,14). La Iglesia de Antioquía parecía necesitar a Bernabé y Pablo, pero el plan del Señor era prepararlos para emprender la misión que beneficiaría a las Iglesias que iban surgiendo.

6. **La voz interior.** El Señor puede guiar nuestro pensamiento y «hablarnos» de modo que lo que pensamos y decidimos es conforme a sus planes para nuestra vida. No siempre la voz interior procede de Dios, sino del interior del propio creyente. Como los falsos profetas en Israel (Jer 14,14). Es el camino menos garantizado por ser el más expuesto a error. Ninguno es suficiente por sí solo; se complementa con los otros medios.

Hay que ejercitar las facultades intelectuales para discernir lo mejor a la luz de su Palabra. Por atinada que sea nuestra búsqueda de la voluntad de Dios, habremos de adoptar nuestras conclusiones con reservas. Nunca pensar con carácter absoluto: «Ésto es el plan de Dios para mi vida». Siempre queda la sombra de la duda. Lo máximo que puedo decir es: «Creo que, a través de mis reflexiones, limitadas pero honestas, Dios me guía a tomar tal o cual decisión. Si me equivoco, que él me perdone y en su misericordia me haga conocer mejor lo que quiere de mí y para mí». «Por el Señor son ordenados los pasos del hombre y él aprueba su camino. Cuando el hombre caiga, no quedará postrado, porque el Señor sostiene su mano» (Sal 37,23-24).

Propuesta para la Oración universal

A nuestro Padre Dios que nos quiere tanto, le presentamos juntos nuestras necesidades, sueños y vidas. Respondemos a cada petición:

R. Hágase, Señor, tu voluntad.

- Para que nosotros, los que creemos en ti, Dios nuestro, seamos gente alegre, festiva, positiva y provocadora de lo mejor en los demás. R.
- Para que tu Iglesia sea un espacio donde la gente encuentre buenos acompañantes de camino y pistas para vivir con sentido, solidaridad y buen humor, que es una cualidad del amor. R.
- Que nuestra vida de oración y de amistad contigo no solo nos alegre el corazón, sino que nos impulse hacia los hermanos, para construir tu Reino. R.
- Por los hermanos que no tienen lo necesario para vivir, para que trabajemos por la justicia y una equitativa distribución de bienes. R.
- Por las instituciones sociales, los políticos y los gobernantes, los comunicadores y todos los que toman decisiones, para que sean sensibles a los gritos de la humanidad. R.

Ayúdanos, Señor, a cumplir tu voluntad, para servir a nuestros hermanos, siendo incansables en la entrega, alegres en la amistad y generosos en la búsqueda del bien de la comunidad. Por Jesucristo nuestro Señor.

10. «DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»

Lecturas a elegir: -----

Isaías 58,6-11: Parte tu pan con el hambriento.

Salmo 106. R. Escucha, Señor,
el grito e los pobres.

2 Corintios 9,6-15: Cada uno dé,
no con tristeza ni por la fuerza.

Marcos 6,34-44: Dénles ustedes de comer.

Primero veamos: -----

Existe hambre cuando las personas no tienen suficientes alimentos inocuos y nutritivos para un crecimiento y desarrollo normales y una vida activa y saludable, viviendo en un estado de la inseguridad alimentaria que puede ser crónica, estacional o transitoria. Esta puede ser causada por la insuficiencia de alimentos disponibles o por falta de suficiente dinero para comprarlo. La comida también puede ser mal distribuida debido a debilidad de los sistemas o la desigualdad económica.

Existe desnutrición cuando la gente no tiene la combinación adecuada y el equilibrio de nutrientes en su dieta. Incluye la baja y la sobre nutrición. Puede resultar en una persona de peso insuficiente, con retraso en el crecimiento, peligrosamente delgada o deficiente en vitaminas y minerales.

Hay suficiente comida en el mundo, y sin embargo 842 millones de personas padecen el hambre, no por la falta de alimentos, sino de justicia. Es una crisis moral y humanitaria, agravada por políticas y prácticas desleales, como distorsiones del mercado debido a la excesiva especulación financiera sobre los productos alimenticios, los conflictos armados, el desvío de los recursos alimentarios

del consumo a la producción de energía, desperdicio de comida y la falta de acceso a los mercados para los productores en países en desarrollo.

El derecho a alimentación y agua es un derecho humano reconocido por el derecho internacional que protege el derecho de todos los seres humanos para alimentarse con dignidad, ya sea mediante la producción de sus alimentos o mediante la compra de él. Para producir sus propios alimentos, necesita tierra, semillas, agua y otros recursos. Para comprarlo, necesita dinero y acceso al mercado. Los países deben proporcionar un entorno en que la gente pueda utilizar su potencial para producir o adquirir alimentos suficientes para ellos y sus familias, con ingresos adecuados y redes de seguridad social.



La fe cristiana presenta al mundo como una familia humana que se caracteriza por el amor, la solidaridad y la compasión. El trabajo de la Iglesia sobre el hambre va desde el suministro de ayuda alimentaria en época de crisis; la creación de programas a más largo plazo para mejorar pequeña agricultura, ganadería, infraestructura, forestación del campo y reforestación; la participación cívica y promoción de cuestiones sociales y económicas, como acceso a mercados, nutrición, agua y saneamiento para las comunidades vulnerables.

Una persona de cada ocho no come todos los días lo necesario. La forma como se producen, comercializan y distribuyen los alimentos no tiene en cuenta las necesidades de los más pobres. Esa injusticia debemos contribuir a cambiar. Nuestro Señor ha tomado partido y ha hecho causa por los pobres, los hambrientos y todos los abandonados, hasta el punto de identificarse con ellos. «Porque tuve hambre y me dieron de comer» y «cuanto hicieron a uno de mis hermanos más pequeños, a

mí me lo hicieron» (cf Mt 25). ¡Cada persona que muere de hambre nos confronta con la agonía de Jesús en persona!

Garantizar la seguridad alimentaria para todos es parte de la visión de un mundo donde el bienestar y la dignidad humana son primordiales. El desarrollo humano integral debe ser el objetivo de las estrategias de desarrollo sostenible que abarcan las políticas climáticas, la educación, el empoderamiento y la soberanía alimentaria.

El Señor nos ha enseñado a orar para pedir nuestro pan de cada día. Esta oración, si es verdadera, debe impulsarnos a compartir nuestro pan y a no seguir tolerando más que las personas que nos rodean se vean privadas de alimento. La oración no es una forma de evasión, ni repetir palabras, ni quedarse en éxtasis, visiones o revelaciones extraordinarias. Es ponerse a la altura de Dios, acostumbrarse a hacer su voluntad pidiéndole que «haga fructífero el trabajo de nuestras manos» (cf Sal 90). La oración cristiana no soporta la ociosidad. Rogar a Dios es prestar atención al hambre de todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo: hambre de pan, pero también hambre de justicia y dignidad para todos.

El Padrenuestro nos ayuda también a volver a descubrir el misterio de la Eucaristía y a profundizar en el mismo. Por algo es por lo que el Señor nos dejó este memorial y quiso quedarse realmente presente en medio de nosotros bajo las señales de pan y de vino. Desde entonces, no podemos partir el Pan eucarístico, llegar a ser comunidades que celebran la Eucaristía, sacramento de comunión y de alianza, sin hacer todo cuanto podamos para devolver la dignidad de nuestros hermanos y hermanas privados de alimentos suficientes y de buena calidad. La Eucaristía es la expresión por excelencia del amor compasivo, misericordioso y redentor de Dios. Vivir de la Eucaristía es una fuerza enorme para hacer de la opción preferencial por los pobres no sólo un simple eslogan sino una realidad concreta que nos involucre.

Ahora pensemos: -----

Comenta el Catecismo de la Iglesia Católica:

2828 «*Danos*»: es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. «Hace salir su

sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45) y da a todos los vivientes «a su tiempo su alimento» (Sal 104,27). Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es Bueno más allá de toda bondad.

2829 Además, «danos» es la expresión de la Alianza: nosotros somos de Él y Él de nosotros, para nosotros. Pero este «nosotros» lo reconoce también como Padre de todos los hombres, y nosotros le pedimos por todos ellos, en solidaridad con sus necesidades y sus sufrimientos.

2830 «*Nuestro pan*». El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la Montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf Mt 6,25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf 2Ts 3,6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

«A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, Él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 21).

2831 Pero la existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición. El drama del hambre en el mundo llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf Lc 16,19-31) y del juicio final (cf Mt 25,31-46).

2832 Como la levadura en la masa, la novedad del Reino debe fermentar la tierra con el Espíritu de Cristo (cf AA 5). Debe manifestarse por la instauración de la justicia en las relaciones personales y sociales, económicas e internacionales, sin olvidar jamás que no hay estructura justa sin seres humanos que quieran ser justos.

2833 Se trata de «nuestro» pan, «uno» para «muchos»: La pobreza de las Bienaventuranzas entraña

compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cf *2Co* 8,1-15).

2834 «Ora et labora» (Lema de tradición benedictina. Cf. San Benito, *Regla*, 20). «Oren como si todo dependiera de Dios y trabajen como si todo dependiera de ustedes». Después de realizado nuestro trabajo, el alimento continúa siendo don de nuestro Padre; es bueno pedirselo, dándole gracias por él. Este es el sentido de la bendición de la mesa en una familia cristiana.

2835 Esta petición y la responsabilidad que implica sirven además para otra clase de hambre de la que desfallecen los hombres: «No sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios» (*Mt* 4,4, cf *Dt* 8,3), es decir, de su Palabra y de su Espíritu. Los cristianos deben movilizar todos sus esfuerzos para «anunciar el Evangelio a los pobres». Hay hambre sobre la tierra, «mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios» (*Am* 8,11). Por eso, el sentido específicamente cristiano de esta cuarta petición se refiere al Pan de Vida: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía (cf *Jn* 6,26-58).

2836 «Hoy» es también una expresión de confianza. El Señor nos lo enseña (cf *Mt* 6,34; *Ex* 16,19); no hubiéramos podido inventarlo. Como se trata sobre todo de su Palabra y del Cuerpo de su Hijo, este «hoy» no es solamente el de nuestro tiempo mortal: es el Hoy de Dios: «Si recibes el pan cada día, cada día para ti es hoy. Si Jesucristo es para ti hoy, todos los días resucita para ti. ¿Cómo es eso? «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy» (*Sal* 2,7). Hoy, es decir, cuando Cristo resucita» (San Ambrosio, *De sacramentis*, 5, 26).

2837 «Decada día». La palabra griega, *epiousion*, no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de «hoy» (cf *Ex* 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza «sin reserva». Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf *ITm* 6,8). Tomada al pie de la letra (*epiousion*: «lo más esencial»), designa

directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, «remedio de inmortalidad» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Ephesios*, 20,2) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf *Jn* 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este «día» es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregustamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre «cada día». «La Eucaristía es nuestro pan cotidiano [...] La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos [...] Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación» (San Agustín, *Sermo* 57,7,7).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf *Jn* 6,51). Cristo «mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial» (San Pedro Crisólogo, *Sermo* 67,7)

Luego actuemos: -----

¿Compartimos lo que somos, tenemos, sabemos y podemos?

¿Vemos la relación de la Eucaristía con la atención a los pobres?

¿Qué compromiso podemos tomar para ayudar a la solución del problema del hambre?

Propuesta para la Oración universal

Presentamos nuestras peticiones al Señor, para que nos libere de vivir centrados en nosotros y los nuestros, abriendo nuestro corazón al mundo, y al participar de la Eucaristía nos sintamos responsables del alimento de los hermanos. Y digamos:

R. Ábrenos, Señor, el corazón.

Para que nos vayamos liberando del deseo de consumir y tener, como fruto de la empatía con tantos hermanos que hoy pasan hambre. **Roguemos al Señor. R.**

Padre, danos entrañas de misericordia y cercanía de corazón, para adivinar cómo podemos cada uno ayudar a los que tenemos al lado. **Roguemos al Señor. R.**

Para que vivamos comprometidos con la mejora de este mundo y tu mensaje nos fortalezca y dinamice para hacer lo adecuado. **Roguemos al Señor. R.**

Para que los políticos, los creyentes y toda la gente de buena voluntad pongamos todo el interés por que haya un mejor reparto de los bienes del mundo. **Roguemos al Señor. R.**

Para que en el mundo familiar, laboral y de ocio, se cuele la buena noticia del evangelio. **Roguemos al Señor. R.**

Para que luchemos contra la justicia y la desigualdad, siendo austeros y sencillos. **Roguemos al Señor. R.**

Para que la Iglesia y los agentes de pastorales que más se ven y oyen, representen a Jesús, pobre y sencillo, que comparte el alimento. **Roguemos al Señor. R.**

Para que alegremos el corazón de los que tienen la familia lejos, pasando hambres y limitaciones, y se les despierta la nostalgia. **Roguemos al Señor. R.**

Para que la austeridad sea una característica de nuestra actividad pastoral, en esta situación de desigualdades y dificultades económicas. **Roguemos al Señor. R.**

Para que acojamos a los que están solos, visitemos a los enfermos, superemos enfados y resentimientos. **Roguemos al Señor. R.**

Para que en todas las residencias, cárceles, hospitales y entidades donde haya personas con hambre, se traten con ternura y dignidad. **Roguemos al Señor. R.**

Tú, buen Padre Dios, que conoces nuestras buenas intenciones y nuestros corazones un poco raquíuticos, recoge nuestros deseos y haznos cada día más hermanos de los seres humanos, te lo pedimos por Cristo nuestro Señor.

11. «PERDÓNANOS COMO NOSOTROS PERDONAMOS»

(No está en el temario de las fiestas patronales, pero puede ser útil).

Lecturas a elegir:

Mateo 5,38-48: Amen a sus enemigos.

Lucas 17,1-6: Si siete veces al día te dice: 'Me arrepiento', tú le perdonarás.

Primero veamos:

Opciones en un mundo sin perdón.

Perpetuar en sí mismo y en los de más, el daño sufrido: Parte de nuestro ser se vio lastimado, mancillado y violado; la maldad del ofensor alcanzó nuestro yo íntimo y un virus nos contagia. Tendemos a imitar al ofensor: mostrarnos malos respecto al ofensor, a nosotros mismos y a los

demás. Es un mecanismo de defensa y un reflejo de supervivencia; la víctima se identifica con el agresor porque a nivel inconsciente lo considera superior. ¡Cuántos agresores sexuales y abusadores violentos sólo repiten los abusos que sufrieron en su juventud! Más que venganza son reflejos ocultos en el inconsciente individual o colectivo. En el perdón no basta con no vengarnos, sino atrevernos a llegar a la raíz de las tendencias agresivas desviadas, para extirparlas y detener su efecto devastador antes que sea demasiado tarde.

Vivir un resentimiento constante: Muchas personas viven con un dolor insoportable por un gran resentimiento. Divorciados, tras mucho tiempo de separación, siguen alimentando resentimiento

miento hacia su ex cónyuge. Reacciones emotivas desmesuradas reactivan una herida mal curada. La cólera camuflada sigue viva en el corazón, con efectos nefastos para la salud: enfermedades psicosomáticas: Artritis, esclerosis, diabetes etc., son ejemplos de un sistema inmunológico deficiente. La tensión sufrida por la hostilidad constante del resentimiento afecta al sistema inmunológico, sin la fuerza necesaria para luchar con los virus enemigos. La cólera es una emoción sana que desaparece una vez expresada; el resentimiento y la hostilidad se instalan por tiempo indefinido como actitud defensiva, siempre alerta contra cualquier ataque imaginario o real. Entre las mejores estrategias defensivas está el perdón.

Permanecer aferrado al pasado: La persona que no quiere perdonar no disfruta de la vida. Se aferra al pasado con obstinación, echa a perder el presente, y el futuro se cierra y es amenazador. Para ella el pasado es el presente. Ante su incapacidad de perdonar, su vida se paralizó. Ya no hay nuevos vínculos afectivos, ni riesgos estimulantes ni nuevos proyectos. La vida se ha atorado en un rincón del pasado.

Vengarse: Es la respuesta instintiva y espontánea a la afrenta. Pero compensar el propio sufrimiento infligiéndoselo al ofensor da al sufrimiento un alcance mágico que no tiene. Produce un gozo narcisista y extiende un bálsamo efímero sobre la herida sufrida, a costa de una satisfacción patológica. Esa especie de «justicia» proviene de los demonios de nuestro inconsciente en sus capas más primitivas. Desata tormentas de violencia que causan daños incontables en el terreno de las relaciones humanas. Sólo una actitud de perdón orienta los impulsos vengativos hacia una convivencia humana entre nuestros semejantes. La decisión de no vengarse es el primer paso en el camino del perdón.

Desenmascaremos las falsas concepciones del perdón

Hay obstáculos de orden psicológico y espiritual: desalientos, injusticias, ilusiones espirituales, traiciones a nosotros mismos y bloqueos en el crecimiento. En nuestra cultura cristiana valores

tan importantes como el perdón están contaminados de falsedad por falta de un discernimiento profundo. El perdón es parte central de la enseñanza de Jesús.

Perdonar no es olvidar: Algunos dicen: «No puedo perdonarle, porque no puedo olvidar la ofensa?», o también: «Olvídalo, pasa la página, sigue tu vida». Las personas dotadas de buena memoria no podrían perdonar. El proceso del perdón exige una buena memoria y una conciencia lúcida de la ofensa, o no es posible la cirugía del corazón requiere. El mismo perdón ayuda a curar la memoria, y recordar la ofensa pierde sus nefastos efectos.

Perdonar no significa negar la ofensa: Cuando se recibe un golpe duro, una de las reacciones es negar el dolor y las emociones negativas. Esta reacción defensiva es contraproducente si niega la ofensa y persiste su reflejo. La persona adolorida se sentirá tensa sin saber por qué. Ni siquiera experimenta la necesidad de sanar y menos de perdonar. La alquimia del perdón no puede producir sus efectos si la persona se niega a reconocer la ofensa con su secuela de sufrimiento. La persona ofendida no ignora su vergüenza ni su cólera, sino halla modos de expresión aceptables, respeta su emotividad.

Perdonar requiere más que un acto de voluntad: Es vano reducirlo a un acto de voluntad, capaz de resolver todos los conflictos de modo instantáneo y definitivo. Lo pronuncian los labios pero no el corazón. Es un proceso más o menos largo en función de la herida y reacciones del ofensor y los recursos del ofendido. La voluntad debe cooperar en el proceso, pero no sola; hay que movilizar sensibilidad, corazón, inteligencia, juicio, imaginación, fe.

Perdonar no puede ser una obligación: Es un acto libre o no existe. Reducirlo a una obligación moral es quitarle su carácter gratuito y espontáneo. No es un acto de justicia exigida. El perdón de Dios no está condicionado a los «pobres» perdones humanos. ¡Qué imagen tan mediocre la de un Dios calculador sometido a la ley del «toma y daca»! «Si perdonan a los hombres las ofensas, su Padre del cielo les perdonará a ustedes; pero, si no

perdonan a los hombres, tampoco su Padre les perdonará sus ofensas» (Mt 6,14-15): el pensamiento rabínico estaba dominado por el espíritu legalista. «Como el Señor los ha perdonado, así también hagan ustedes» (Col 3,13): Perdona nuestras ofensas, para que nosotros podamos también perdonar a los que nos han ofendido.

Perdonar no significa sentirse como antes de la ofensa: Muchas personas confunden perdonar con reconciliarse: seguir como antes, tener unas relaciones como antes de la ofensa. El perdón en sí no es sinónimo de reconciliación, porque puede tener su razón de ser sin que ésta exista. En ciertos casos de abuso o violencia, se aconseja a la víctima poner término a la relación con su agresor para protegerse, y no significa excluir el perdón.

Perdonar no exige renunciar a nuestros derechos: Pensemos en los malhechores, por ejemplo, agresores sexuales. La justicia restablece sobre una base objetiva los derechos de la persona perjudicada; el perdón responde a un acto de benevolencia gratuita, y no significa renunciar a la aplicación de la justicia. Un perdón que no combata la injusticia no es signo de valor, sino de debilidad y falsa tolerancia, e incita a la perpetuación del crimen.

Perdonar al otro no significa disculparlo: No significa descargarle de responsabilidad. Se aducen muchas «razones», como herencia, educación, cultura ambiental etc. Si así fuera, nadie sería responsable de sus acciones, por falta de libertad suficiente. Estar seguro de que el ofensor no es responsable de sus actos implica que es estúpido o tonto. Esta excusa tiene un matiz de desprecio al agresor: el ofensor no es lo suficientemente listo para ser responsable.

Perdonar no es una demostración de superioridad moral: Un gesto muy sutil y apariencia de benevolencia y magnanimidad esconde un gran desprecio por la persona ofensora. Se intenta dar imagen de grandeza, ocultando su dolor y humillación, con gestos de generosidad y misericordia. Es una caricatura del auténtico perdón que nace de la humildad del corazón. El falso perdón sólo humilla al ofensor. Es una especie sutil de venganza.

Perdonar no consiste en traspasarle la responsabilidad a Dios: «El perdón corresponde a Dios». Como si el ser humano no tuviera nada que ver con el acto del perdón. La aportación humana, por humilde que sea, tiene gran importancia. Dios no hace por nosotros lo que corresponde a nuestra iniciativa humana. Debemos asumir nuestras heridas por penosas que sean. Acudimos a Dios como un factor esencial en el perdón, pero debemos prepararnos en el plano humano, para obtener la gracia del perdón. Emprender la vía del perdón exige valor, y evitar ceder a los espejismos de los falsos perdones no requiere menos.

Práctica cristiana del perdón

Dios mantiene siempre la iniciativa en el perdón, como en el amor. El perdón no es acto de la voluntad que dependa exclusivamente de uno mismo en nombre de algún precepto, sino es, ante todo, fruto de conversión del corazón y apertura a la gracia de perdonar. Esta conversión, aun cuando sea inmediata y espontánea, nace, madura y evoluciona en un período de tiempo más o menos largo. En la parábola del deudor insolvente (Mt 18,23-35) un amo perdona una gran deuda, pero este deudor no se muestra tan clemente con un pobre que le debía una pequeña cantidad. No acogió en profundidad el perdón de su amo, dejándose transformar hasta tener un gesto de clemencia análogo, y se condenó a sí mismo. El misterio de la libertad humana puede llegar hasta el rechazo de la gracia. Dios, pese a su iniciativa de conceder el perdón, no puede forzar a acogerlo, pero se mostrará paciente y esperará el momento favorable para la apertura de corazones, incluso de los más recalcitrantes.

Jesús fue criticado por buscar a los publicanos y pecadores (Lc 7,36-50): busca a la oveja extraviada y, como señal de perdón, la carga en sus hombros (Lc 15,4-7), muestra lo misericordioso del Padre con el hijo pródigo (Lc 15,11-32). Perdona a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,3-11). Invita a ser misericordiosos como el Padre, y da ejemplo al perdonar a sus verdugos. El perdón es lo que nos hace más semejantes a Dios, y en perdonar es en lo que se ocupa más Dios.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2838 Esta petición es sorprendente. Si sólo comprendiera la primera parte de la frase, «perdona nuestras ofensas»- podría estar incluida, implícitamente, en las tres primeras peticiones de la Oración del Señor, ya que el Sacrificio de Cristo es «para la remisión de los pecados». Pero, según el segundo miembro de la frase, nuestra petición no será escuchada si no hemos respondido antes a una exigencia. Nuestra petición se dirige al futuro, nuestra respuesta debe haberla precedido; una palabra la une: «como».

2839 Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios. Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a Él, como el hijo pródigo (cf *Lc* 15, 11-32) y nos reconocemos pecadores ante Él como el publicano (cf *Lc* 18, 13). Nuestra petición empieza con una «confesión» en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, «tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados» (*Col* 1, 14; *Ef* 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (cf *Mt* 26, 28; *Jn* 20, 23).

2840 Ahora bien, lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano, a la hermana a quien vemos (cf *1Jn* 4,20). Al negarse a perdonar a nuestros hermanos, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

2841 Esta petición es tan importante que es la única sobre la cual el Señor vuelve y explícita en el Sermón de la Montaña (cf *Mt* 6, 14-15; 5, 23-24;

Mc 11, 25). Esta exigencia crucial del misterio de la Alianza es imposible para el hombre. Pero «todo es posible para Dios» (*Mt* 19, 26).

2842 Este «como» no es el único en la enseñanza de Jesús: «Sean perfectos ‘como’ es perfecto su Padre celestial» (*Mt* 5,48); «Sean misericordiosos, ‘como’ su Padre es misericordioso» (*Lc* 6,36); «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Que ‘como’ yo los he amado, así se amen también unos a otros» (*Jn* 13, 34). Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida «del fondo del corazón», en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu que es «nuestra Vida» (*Ga* 5,25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (cf *Flp* 2,1. 5). Así, la unidad del perdón se hace posible, «perdonándonos mutuamente «como» nos perdonó Dios en Cristo» (*Ef* 4, 32).

2843 Así, adquieren vida las palabras del Señor sobre el perdón, este Amor que ama hasta el extremo del amor (cf *Jn* 13,1). La parábola del siervo sin entrañas, que culmina la enseñanza del Señor sobre la comunión eclesial (cf *Mt* 18,23-35), acaba con esta frase: «Esto mismo hará con ustedes mi Padre celestial si no perdona cada uno de corazón a su hermano». Allí es, en efecto, en el fondo «del corazón» donde todo se ata y se desata. No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión.

2844 La oración cristiana llega hasta el perdón de los enemigos (cf *Mt* 5,43-44). Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede recibirse más que en un corazón acorde con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación (cf *2Co* 5,18-21) de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí (cf DM 14).

2845 No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (cf *Mt* 18,21-22; *Lc* 17,3-4). Si se trata de ofensas (de «pecados» según *Lc* 11,4, o de «deudas» según *Mt* 6,12), de hecho nosotros somos siempre deudores: «Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor» (*Rm* 13,8). La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (cf *I Jn* 3,19-24). Se vive en la oración y sobre todo en la Eucaristía (cf *Mt* 5,23-24): «Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despiden del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 23).

Luego actuemos: -----

La Biblia nos presenta la necesidad de perdonar, como si fuera una condición para ser escuchados en nuestra plegaria. «Y cuando estén orando, perdonen, si tienen algo contra alguno, para que también su Padre que está en los cielos les perdone a ustedes sus ofensas. Porque si ustedes no perdonan, tampoco su Padre que está en los cielos les perdonará sus ofensas» (*Mc* 11,25-26). «Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (*Mt* 5,23-24). El desea que entre sus discípulos reinen el amor y el perdón. El perdón es como el boleto de entrada a su presencia. Quien ora dice: Señor, ya hice lo que mandaste, ahora cumple lo que prometiste.

Pero no siempre las acciones del hombre son programadas. A veces necesita primero ser perdonado por Dios y llenarse de amor, para tener las fuerzas de dar amor y perdón a sus semejantes. «Sean benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, como Dios también los perdonó en Cristo» (*Ef* 4,32). El perdón es consecuencia de la oración. Quien ha dialogado con Dios y conocido su amor, no puede alimentar sentimientos de rencor contra su prójimo. Sea como preparación a la plegaria o como conse-

cuencia de ella, quien ora debe perdonar. La vida aparece unida a la oración, en complementación y no paralelismo. Quien ora debe transformar su manera de vivir; si no lo hace es porque no capta el sentido comprometedor que tiene situarse en presencia del Dios de amor, escuchar su voz y dejarse penetrar por el querer divino.

Quien dice palabras de perdón ante Dios, suplicándolo y ofreciéndolo, pero no está dispuesto a cambiar sus actitudes con el prójimo ni a permitir que se le restañen las heridas que en su espíritu causa el resentimiento, no puede pretender ser cabal discípulo de Jesús, ni extrañarse de que su oración no sea escuchada, o su vida se alargue sin ningún cambio.

Propuesta para la Oración universal

Pidamos a Dios Padre, que nos creó y está orgulloso de cada uno, que nos ayude a vivir el Espíritu de Jesús, que invocamos juntos en la Eucaristía, y digamos:

R. Haznos más hermanos, Padre.

- Por cuantos en esta crisis sufren necesidades extremas, para que nos comprometamos en acompañar sus vidas y trabajar por un reparto justo de los bienes de la tierra. R.
- Por los que explotan en el intercambio de servicios y tareas, para que dignifiquemos al otro con un agradecimiento y pago justo. R.
- Por los poderosos de la tierra, para que caigan en la cuenta de la desigualdad en que vivimos y escuchen el grito de los pobres. R.
- Para que la celebración de la Eucaristía en esta fiesta nos haga tomar posturas de austeridad, sencillez, solidaridad y justicia. R.
- Para que todos los cristianos, con nuestro comportamiento, denuncia y forma de vivir, vayamos contagiando y construyendo tu Reino. R.

Padre santo, aúna nuestros deseos de hijos, pese a nuestras incoherencias y debilidades, para que juntos vayamos cambiando esta sociedad que tan poco se parece al Reino que tu Hijo nos propone construir. Por Él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

12. NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Lecturas a elegir: -----

Génesis 3,1-24:

Santiago 1,13-15:

Lucas 4, 1-13

Mateo 4, 1-11: La tentación de Jesús

Primero veamos: -----

Tentación es el deseo de realizar una acción inmediatamente agradable pero dañina a largo plazo, por razones legales, sociales, psicológicas o morales. También designa al acto de coaccionar o inducir a una persona la realización de un acto, por manipulación o por influencia de curiosidad, deseo o miedo de pérdida. En las religiones se refiere a la inclinación al pecado: es la provocación o incitación por parte del Diablo a acceder o no, obedecer o no, aceptar o no; hacer o dejar de hacer y decir o dejar de decir, lo bueno.

La tentación **no** es pecado; es anterior al pecado. El pecado es el consentimiento de la tentación. No es lo mismo ser tentado que pecar. A todo pecado antecede una tentación, pero no toda tentación termina en pecado. Las tentaciones tienen como su meta principal persuadir a la persona a pecar: por el descuido de algún deber que Dios le encomienda; por guardar malos pensamientos en su corazón y permitir que los pensamientos ya concebidos den a luz el pecado; por permitir que Satanás le distraiga de su comunión con Dios; por fallar en dar a Dios la obediencia constante, completa y universal a todos sus mandamientos incluyendo el modo de obedecer.

Adán fue creado a imagen de Dios con una naturaleza santa y no sujeto a los deseos pecaminosos de una naturaleza caída. Pero tan pronto como entró en la tentación fue vencido por ella; quedo perdido y arruinado y toda a raza humana con él. Abraham entró dos veces en tentación: temor por la seguridad de su esposa le tentó a mentir (Gn12,12-13; 20,2). David: varón «confor-

me a mí corazón» (Hch 13,22) entró en la tentación y cayó en adulterio y maquinaciones para el homicidio de un hombre bueno. Las tentaciones y caídas de muchos otros como Noé, Lot, Ezequías y Pedro se recuerdan para nuestra instrucción. Evidencian lo fácil de caer en graves pecados como resultado de entrar en la tentación.

Nadie, en ningún momento de su vida, es tentado por encima de las fuerzas que Dios dispone para esa tentación: «Dios que es fiel no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas; antes bien, les dará al mismo tiempo que la tentación, los medios para resistir» (1Co 10,13). Las tentaciones son pruebas que Dios permite para darnos la oportunidad de aumentar los méritos que vamos acumulando para nuestra salvación eterna. La lucha contra las tentaciones es como el entrenamiento de los deportistas para ganar la carrera hacia nuestra meta que es el Cielo (cf. 2Tm. 4,7).

El poder que tiene el Demonio sobre los seres humanos a través de la tentación es limitado. Con Cristo no tenemos nada que temer. Nada ni nadie puede hacernos mal, si nosotros mismos no lo deseamos. Las tentaciones sirven para que los seres humanos tengamos la posibilidad de optar libremente por Dios o por el Demonio. También sirven para no ensoberbecernos creyendonos autosuficientes y sin necesidad de Cristo Redentor.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2846 Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos «deje caer» en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa «no permitas entrar en» (cf Mt 26, 41), «no nos dejes sucumbir a la tentación». «Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie» (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal. Le pedimos que no nos

deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate «entre la carne y el Espíritu». Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza.

2847 El Espíritu Santo nos hace *discernir* entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (cf *Lc* 8,13-15; *Hch* 14,22; *2Tm* 3,12) en orden a una «virtud probada» (*Rm* 5,3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte (cf *St* 1,14-15). También debemos distinguir entre «ser tentado» y «consentir» en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es «bueno, seductor a la vista, deseable» (*Gn* 3,6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte.

«Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrimos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado» (Orígenes, *De oratione*, 29, 15 y 17).

2848 «No entrar en la tentación» implica una *decisión del corazón*: «Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores» (*Mt* 6,21-24). «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (*Ga* 5,25). El Padre nos da la fuerza para este «dejarnos conducir» por el Espíritu Santo. «No han sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. Antes bien, con la tentación les dará modo de poderla resistir con éxito» (*1Co* 10, 13).

2849 Pues bien, este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio (cf *Mt* 4,11) y en el último combate de su agonía (cf *Mt* 26,36-44). En esta petición a

nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya (cf *Mc* 13,9.23.33-37; 14,38; *Lc* 12,35-40). La vigilancia es «guarda del corazón», y Jesús pide al Padre que «nos guarde en su Nombre» (*Jn* 17,11). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia (cf *1Co* 16,13; *Col* 4,2; *1Ts* 5,6; *1P* 5,8). Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la *perseverancia final*. «Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela» (*Ap* 16,15).

Luego actuemos:-----

¿Qué hacer ante las tentaciones?

Primero tener plena confianza en Dios. Tiene dispuesto gracias especiales suficientes para vencer. No importa cuán fuerte sea la tentación, ni la insistencia o gravedad. En todas las pruebas está Dios con su gracia para vencer con nosotros al Maligno.

Decía un antiguo Padre de la Iglesia: tras la venida de Cristo, Satanás es como un perro atado: puede ladrar y abalanzarse cuanto quiera; pero si no nos acercamos, no muerde.

Dijo el Señor: «*Vigilen y oren para no caer en la tentación*» (*Mt* 26, 41). Vigilar consiste en

alejarnos de las ocasiones peligrosas que sabemos nos pueden llevar a pecar.

Esta lucha es contra fuerzas sobre-humanas (*Ef* 6,11-18). Hay que armarse con armas espirituales: confesión y comunión frecuentes, que son los medios de gracia que nos brinda el Señor a través de su Iglesia. Y por encima de todo la oración: «*Vivan orando y suplicando. Oren todo el tiempo*» (*Ef*. 6,18).

Una de las gracias a pedir en la oración, para estar preparados para este combate espiritual, es la de poder identificar la tentación antes de que nuestra alma vacile y caiga.



A veces la tentación no desaparece al rechazarla y el Demonio ataca con gran insistencia. No hay que desanimarse. Esa insistencia prueba que el alma no ha sucumbido. Hay que redoblar la oración y la vigilancia, evitando angustiarse. Esta lucha es una especie de calistenia espiritual que fortalece al alma y mantiene luchando contra la tentación. Si rechaza la tentación una y otra vez, el Demonio terminará por alejarse, aunque buscará otro motivo y otro momento más oportuno para volver: «*Habiendo agotado todas las formas de tentación, el Diablo se alejó de El, para volver en el momento oportuno*» (Lc 4,13).

Una cosa conveniente es desenmascarar al Demonio. Si se trata de tentaciones muy fuertes y repetidas, es útil hablar de esto con el guía espiritual. El Demonio, puesto en evidencia, usualmente retrocede. Ese acto de humildad suele ser recompensado por el Señor con nuevas gracias para fortalecernos ante los ataques del Demonio.

Tenemos todas las gracias necesarias para el combate espiritual: «*Para que no me pusiera orgulloso, después de tan extraordinarias revelaciones, me fue clavado en la carne un agujón, verdadero delegado de Satanás, para que me abofeteara. Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí, pero me respondió: 'Te basta mi gracia'*» (2Co 12,7-9).

Aparte de esta actitud de continua confianza en Dios y de vigilancia en oración, hay conductas prácticas convenientes de tener en cuenta ante las tentaciones: **Durante la tentación**, orar con mucha confianza y resistir con la ayuda que Dios ha dispuesto. **Después de la tentación**: si hemos caído, arrepentirnos y buscar el perdón de Dios en la Confesión. Y si no hemos caído ¡ajo! referir el triunfo a Dios, no a nosotros mismos, pues a El debemos el honor, la gloria y el agradecimiento.

La oración es el principal medio en la lucha contra las tentaciones: «*Vigilen y oren para no caer en tentación*» (Mt 26,41). «El que ora se salva y el que no ora se condena» (San Alfonso María de Liguorio).

¿Qué hacer ante la tentación? Despachar la tentación de inmediato. «Este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración» (CEC

2849). «*No nos dejes caer en tentación*». La oración impide que el demonio tome más fuerza y termina por despacharlo. Sabemos que tenemos todas las gracias para ganar la batalla. «*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*» (Rm 8,31).

Y después de la tentación: Si hemos vencido, atribuir el triunfo a Dios, que no nos deja caer en la tentación. Agradecerle y pedirle su auxilio para futuras tentaciones. Si hemos caído, saber que Dios nos perdona cuántas veces hayamos pecado y, arrepentidos y con deseo de no pecar más, volvamos a El a través del Sacramento de la Confesión.

Propuesta para la Oración universal

El Señor Jesús ha vencido la tentación. Pidamos al Padre que nos haga capaces de intensificar nuestro compromiso de vivir cada día en una continua conversión y lucha contra el mal. Unamos nuestras voces y corazones diciendo:

R. Sé tú, Señor, nuestra fortaleza en la prueba.

1. Por la Iglesia universal, para que siga siendo ante el mundo signo de salvación, donde todos los hombres, necesitados de perdón, la reconozcan como un camino seguro para retornar al Padre. R.
- 2.-Por el Papa, los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, para que el Señor les siga concediendo espíritu de perseverancia y fe en el cuidado de su rebaño y lo orienten por el camino de sentirse amados por Dios. R.
- 3.- Por los gobernantes de las naciones, para que no se afanen por acrecentar su poder y dominio sobre los demás, sino se sientan comprometidos a servir a sus semejantes, animados únicamente, por la razón de conseguir el bien común. R.
- 4.- Por los alejados de la Iglesia, especialmente de nuestra comunidad; para que estas fiestas les sean propicias para reencontrarse consigo mismo en su interioridad y escuchen la voz del Padre que los invita constantemente a regresar, a esta, su Casa. R.

- 5.- Por nuestra comunidad parroquial, para que el Espíritu nos anime y aliente, a aunar esfuerzos para edificar una comunidad viva en el Señor, a fin de que nuestro testimonio, sea fermento evangélico de salvación. R.
- 6.- Por todos los aquí reunidos, para que, renovando nuestra fidelidad a Dios, escuchemos y acogamos con intensidad la voz del Padre, que

nos invita a comprometernos más en la oración, en la penitencia, y en la caridad. R.

Padre misericordioso, concédenos fortaleza para rechazar con firmeza las tentaciones del maligno y aceptar siempre tu absoluta autoridad en nuestra vida. Por Cristo nuestro Señor. AMEN

13. «LÍBRANOS DEL MAL»

Lecturas a elegir: -----

Génesis 2,7-9; 3,1-7: Creación del hombre y pecado.

Salmo 32. R. Vuélvete a nosotros, Señor, que esperamos en ti.

Romanos 5,12-19: Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Mateo 9,1-8: Levántate, toma tu camilla y anda.

Mateo 8,28-34: Jesús arroja los demonios en Gadara.

Primero veamos: -----

Es difícil conciliar el mal con el amor de Dios: el mal moral, de naturaleza espiritual, que comporta culpabilidad y depende de la libre voluntad del hombre; y el mal físico, independiente de su voluntad, aunque causado por su ignorancia, descuido o dolo, como enfermedades o desastres naturales. De su experiencia nace el sufrimiento, que alcanza la dimensión de sus facultades espirituales, se interioriza y plantea interrogantes.

De una u otra forma, en mayor o menor grado, sale a nuestro encuentro la experiencia del mal: sufrimiento, injusticia, enfermedad y muerte. La observación del mal en el mundo y los ataques del mal en la propia carne nos ponen al borde de nosotros mismos y nos sugieren la sospecha de que el fundamento último de lo real es irracional y sin sentido, que en su origen no hay un ser personal que ame su obra y la guarde y dirija conforme a las exigencias del sentido y del bien. Parece negar la fundamental proclamación bíblica: el mundo y la

vida son don de Dios, que es amor. Él no es culpable del mal en el mundo: la raíz más profunda de la miseria humana está en el hombre mismo (Gn 2-3).

Sólo logra responder la Palabra de Dios. En Job, el mal y el dolor son vistos como una prueba a veces tremenda para el justo, pero superada con la certeza, laboriosamente alcanzada, de que Dios es bueno. Tomamos conciencia del límite y caducidad de lo creado. «*Mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día*» (2Co 4,16). Dios no quiere el mal ni creó la muerte, pero los permite con miras al bien global del cosmos. Permite el pecado, radicalmente contrario a su voluntad, porque quiere la libertad, indispensable para la plenitud de la creación que responde al plan eterno.

Cristo, en el contexto del Misterio Pascual, ofrece la respuesta plena y completa a ese interrogante. Su poder se manifiesta en el anonadamiento de la Pasión y Muerte en Cruz. En el plan eterno de Dios y su acción providencial en la historia, todo mal se somete al bien de la Redención y la salvación mediante la Cruz y Resurrección de Cristo. En Él, Dios saca bien del mal. Cristo confirma con su vida que Dios está al lado del que sufre; lo toma sobre Sí y revela que el sufrimiento posee valor y poder redentor y salvífico.

La verdad de la Providencia adquiere su sentido definitivo mediante el poder y sabiduría de la Cruz. Responde a la pregunta sobre el mal y el sufrimiento en la perspectiva de la predestinación.

La Nueva Alianza sellada en la Sangre de Cristo es la culminación de su Providencia. Por la misión proseguimos ese designio providente de Dios.

«Librar» significa rescatar, salvar o proteger a alguien de algo o alguien. Cuando el creyente camina en dependencia del Espíritu, es liberado de la carne. La única forma en que podamos ser liberados de nuestra vieja naturaleza es por el Espíritu trabajando en nosotros (Rm 6,14; 8,2). Sin oración nos exponemos al fracaso en vivir la vida cristiana. Es nuestra responsabilidad caminar en el Espíritu, contar con el poder de la morada de Cristo que vive en nosotros, poniendo fuera el viejo hombre, mortificando la carne y morando en Cristo. La liberación del poder del pecado es a través de Jesucristo (Rm 7,25). La naturaleza caída del creyente ha sido juzgada al ser unidos a la crucifixión, Muerte, sepultura con Cristo, lo que hace posible la morada del Espíritu Santo (Rm 6,1-10). El «Mal» se puede traducir también como «el malo», que significa el diablo, o puede significar el mal en el sentido ético. Aquí probablemente es el mal elemento en la vida. Somos librados de la pena del pecado por el Sacrificio expiatorio de Jesucristo. Al poner nuestra fe en Él como nuestro Salvador, somos perdonados de nuestros pecados, seguros que nuestra deuda ha sido pagada en su totalidad.

Desde el lado humano depende de nuestra actitud de fe en la Muerte de Cristo y la fe en su palabra y el poder del Espíritu Santo para superar la tentación.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2850 La última petición a nuestro Padre está también contenida en la oración de Jesús: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (*Jn 17, 15*). Esta petición concierne a cada uno individualmente, pero siempre quien ora es el «nosotros», en comunión con toda la Iglesia y para la salvación de toda la familia humana. La Oración del Señor no cesa de abrirnos a las dimensiones de la Economía de la salvación. Nuestra interdependencia en el drama del pecado y de la muerte se vuelve solidaridad en el Cuerpo de Cristo, en «comunión con los santos» (cf RP 16).

2851 En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El «diablo» (*diá-bolos*) es aquél que «se atraviesa» en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo.

2852 «Homicida [...] desde el principio [...] mentiroso y padre de la mentira» (*Jn 8,44*), «Satanás, el seductor del mundo entero» (*Ap 12,9*), es aquél por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por cuya definitiva derrota toda la creación entera será «liberada del pecado y de la muerte» (*Plegaria Eucarística IV*). «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle. Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno» (*Jn 5, 18-19*):

«El Señor que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas también os protege y os guarda contra las astucias del Diablo que os combate para que el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta, no os sorprenda. Quien confía en Dios, no tema al demonio. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?»» (*Rm 8,31*)» (San Ambrosio, *De sacramentis*, 5,30).

2853 La victoria sobre el «príncipe de este mundo» (*Jn 14,30*) se adquirió de una vez por todas en la Hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su Vida. Es el juicio de este mundo, y el príncipe de este mundo está «echado abajo» (*Jn 12,31; Ap 12,11*). «Él se lanza en persecución de la Mujer» (cf *Ap 12,13-16*), pero no consigue alcanzarla: la nueva Eva, «llena de gracia» del Espíritu Santo es preservada del pecado y de la corrupción de la muerte (Concepción inmaculada y Asunción de la santísima Madre de Dios, María, siempre virgen). «Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos» (*Ap 12,17*). Por eso, el Espíritu y la Iglesia oran: «Ven, Señor Jesús» (*Ap 22,17.20*) ya que su Venida nos libraré del Maligno.

2854 Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor o instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del

mundo. Con la liberación de todos los males que abruman a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquél que «tiene las llaves de la Muerte y del Hades» (Ap 1,18), «el Dueño de todo, Aquel que es, que era y que ha de venir» (Ap 1,8; cf Ap 1,4): «Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, anhelando el glorioso retorno de nuestro Salvador Jesucristo» (Embolismo).

Luego actuemos:

Señor Jesús, tú has venido a curar los corazones heridos y atribulados. En el Nombre de Jesús entramos en comunión con tu santa Iglesia. Ratificamos nuestra fe en tu Santo Nombre y en tu Preciosa Sangre. En el Nombre de Jesús renunciamos al pecado, a Satanás y a sus trabajos de maldad; y nos entregamos totalmente a ti, Señor Jesucristo, para la Gloria del Padre.

Cura los traumas que provocan turbaciones en nuestro corazón; y en especial cura los que son causa de pecado. Entra en nuestra vida, y cures los traumas psíquicos que nos han afectado en tierna edad y aquellas heridas que los han provocado a lo largo de toda la vida.

Señor Jesús, tú conoces nuestros problemas, los ponemos todos en tu corazón de Buen Pastor. Te rogamos, en virtud de aquella gran llaga abierta en tu corazón, que cures las pequeñas heridas que hay en el nuestro. Cura las heridas de nuestros recuerdos, a fin de que nada de cuanto me ha acaecido me haga permanecer en el dolor, en la angustia, en la preocupación. Cura, Señor, todas esas heridas íntimas que son causa de enfermedades físicas. Te ofrecemos nuestro corazón, acéptalo, Señor, purifícalo y danos los sentimientos de tu Corazón divino. Ayúdanos a ser humildes y benignos.

Concédenos, Señor, la curación del dolor que nos oprime por la muerte de las personas queridas. Haz que podamos recuperar la paz y la alegría por la certeza de que tú eres la Resurrección y la Vida. Haznos testigos auténticos de tu Resurrección, de

tu victoria sobre el pecado y la muerte, de tu presencia Viviente entre nosotros

De la angustia, la tristeza y las obsesiones, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

Del odio, la fornicación y la envidia, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

De los pensamientos de celos, rabia y muerte, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

De todo pensamiento de suicidio y de aborto, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

De toda forma de desorden en la sexualidad, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

De la división de la familia, de toda amistad mala: Líbranos, Señor.

De toda forma de maleficio, hechizo, brujería y cualquier mal oculto, nosotros te rogamos: Líbranos, Señor.

Expulsa de nosotros todas las fuerzas del mal, aniquílalas, destrúyelas, para que podamos estar bien y hacer el bien.

Expulsa de nosotros maleficios, brujerías, magia negra, misas negras, hechizos, ataduras, maldiciones y mal de ojo; infestación diabólica, posesión diabólica, obsesión y perfidia; todo lo que es mal, pecado, envidia, celos y perfidia; la enfermedad física, psíquica, moral, espiritual y diabólica.

Quema todos estos males en el infierno, para que nunca más nos toquen a nosotros ni a ninguna otra criatura en el mundo.

Ordena, con la fuerza de Dios omnipotente, en nombre de Jesucristo Salvador, por intercesión de la Virgen Inmaculada, que todos los espíritus inmundos, las presencias que nos molestan, que nos abandonen inmediata y definitivamente y que se vayan al infierno eterno, encadenados por San Miguel Arcángel, San Gabriel, San Rafael, por nuestros ángeles custodios, aplastados bajo el talón de la Virgen Santísima Inmaculada.

Sí, Señor Dios nuestro ¡ten compasión de quienes llevamos impresa tu tu imagen y salva a tus siervos!, salva a tus siervos de todo daño o amenaza procedentes de maleficios, protégelos poniéndolos por encima de todo mal, por la Intercesión de la más que bendita y gloriosa Señora, la Madre de Dios y Siempre Virgen María, de los resplande-

cientos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, de los Santos Ángeles custodios y de todos tus Santos. Amén.

Propuesta para la Oración universal

Unidos a toda la comunidad de los cristianos, presentamos al Señor nuestros miedos y necesidades, pidiendo al Señor que nos libere de todo mal, y digamos:

R. Libéranos, Señor.

- Para que los cristianos seamos fermento de una sociedad nueva, dinamizados por la Palabra de Dios que nos impulsa a la felicidad y a la mejor vida de todos los hermanos. R.
- Por nuestras familias, para que vivamos más unidos y alegres, ayudándonos mutuamente, sabiéndonos hijos de nuestro Padre Dios. R.

- Para que presentemos el mensaje liberador de Jesús, con alegría y dinamismo, pues Dios nos acompaña en la tarea y estará con nosotros hasta el fin de los días. R.
- Para que la Iglesia sea un espacio de acogida, calor, aceptación e impulso para todos los que tienen dificultades en su vida. R.
- Para que salgamos a la vida dinamizados por esta Eucaristía de fiesta, dispuestos a ayudar a todos y mejorar el mundo. R.

Señor, recoge nuestras intenciones y haznos más tuyos cada día, más hermanos y más transformadores, que es el plan que tienes para nosotros como comunidad cristiana. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

14. «TUYO ES EL REINO»

Lecturas a elegir:

Daniel 7,13-14: Su poder es eterno.

Salmo 92. R. Señor, tú eres nuestro rey.

Apocalipsis 1,5-8: El soberano de los reyes de la tierra ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre.

Juan 18,33-37: Tú lo has dicho: soy rey.

Primero veamos:

Se llama aclamación al grito de júbilo o de entusiasmo con que el pueblo manifiesta su estimación y aprecio a algunas personas eminentes o con que presta su aprobación a los grandes hechos ejecutados por ellas. Procede del latín: *clamare*, que significa gritar; y *acclamare*: proclamar en un grito común, declarar al unísono, invocar a una voz. Es una expresión breve, normalmente jubilosa, que profiere la asamblea en determinados momentos de las celebraciones litúrgicas. Favorecen la

participación activa de la asamblea en las celebraciones.

En Roma acompañaban así los triunfos de sus grandes capitanes; en los principios de reinado de los emperadores, en las entradas públicas de los príncipes y con motivo de algunos acontecimientos dichosos y favorables al imperio como una victoria o conquista. No solo el pueblo romano usó aclamaciones; ya antes las habían empleado los griegos. Los hebreos usaron varias, como *Hosanna*, *aleluia*, etc. Todas estas fórmulas y otras que se habrán quizá perdido en la noche del tiempo manifiestan que los sentimientos de la multitud han sido constantemente emitidos por aclamaciones.

Entraron las aclamaciones litúrgicas en la coronación de un Papa o la elección de un obispo. También eran enviadas a los emperadores como cumplidos de parte de los concejales de la Iglesia

primitiva. Y se encontraron en los ritos de coronación de príncipes y reyes seculares, y como inscripciones en los antiguos sepulcros.

Ya no se diga dirigidas a Cristo. Para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antifonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales, y el silencio sagrado. La constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* se refiere a ellas en el número 30.

Después de las peticiones del Padrenuestro, sigue un embolismo que desarrolla la última petición, y concluye con una alabanza a Dios o doxología, en la cual es honrado el Altísimo, proclamada por todos a manera de aclamación. Él, el Señor de su reino, asiste al creyente con su poder para que pueda compartir su gloria por toda eternidad. Esto hallará cumplimiento para la comunidad en el retorno de Cristo: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col. 3:4).

La doxología «Porque tuyo es el reino, y el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén» fue añadido más tarde al Padrenuestro en los manuscritos de la Biblia, como un cierre apropiado litúrgico a la oración, y no figura en todas las traducciones de la Biblia, ni en los códices más antiguos conocidos (Sinaítico, Vaticano, Alejandrino).

Surgió entre los siglos II y III, pues era inaceptable que la oración del Señor terminara con la palabra *mal*, por lo cual la Iglesia la añadió para el uso litúrgico, basándose probablemente en 1 Crónicas 29,11-13, y la versión original de la Didajé. Está en San Juan Crisóstomo (*Homilia 19 sobre San Mateo*, 10) y las Constituciones Apostólicas.

Todo el poder, el honor y la gloria pertenecen al Señor Dios. En esta partícula se manifiesta el total reconocimiento por parte del orante de que Dios es un ser absoluto y supremo que no tiene principio ni fin.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica, la práctica litúrgica concluyó la oración del Señor con una doxología, cuyo contenido se justifica porque el diablo, príncipe de este mundo, se atri-

buye la realeza, el poder y la gloria (Lc 4,5-6) y Cristo los restituye al Padre a quien corresponden. En la Misa se separa del conjunto del Padre nuestro por el embolismo, una oración específica del sacerdote.

Ahora pensemos: -----

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

2855 La doxología final «Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor» vuelve a tomar, implícitamente, las tres primeras peticiones del Padrenuestro: la glorificación de su Nombre, la venida de su Reino y el poder de su Voluntad salvífica. Pero esta repetición se hace en forma de adoración y de acción de gracias, como en la Liturgia celestial (cf *Ap* 1,6; 4,11; 5,13). El príncipe de este mundo se había atribuido con mentira estos tres títulos de realeza, poder y gloria (cf *Lc* 4,5-6). Cristo, el Señor, los restituye a su Padre y nuestro Padre, hasta que le entregue el Reino, cuando sea consumado definitivamente el Misterio de la salvación y Dios sea todo en todos (cf *1Co* 15,24-28).

2856 «Después, terminada la oración, dices: Amén, refrendando por medio de este Amén, que significa ‘Así sea’ (cf *Lc* 1,38), lo que contiene la oración que Dios nos enseñó» (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, 5,18).

Luego actuemos: -----

Nuestra mayor defensa contra la caída en el pecado es la presencia de Jesucristo que vive en nosotros, y nuestra dependencia de Él. Saber que Cristo está de pie junto a nosotros nos impide ceder a la tentación. El principal objetivo de esta doxología final de acuerdo al catolicismo es la adoración al Padre, rendirle el culto de adoración que se merece como Dios, que después de tratarlo como una persona cercana se le da su lugar como ser absoluto y eterno. También es una acción de gracias al Padre al restituirle los tres títulos que posee:

Reino: Dios es soberano de este mundo y del Cielo, no hay nada que pueda superar su autoridad.

Poder: Dios tiene poder de hacer cualquier cosa puesto que es la causa original de todas las cosas, incluso de la materia.

Gloria: A Dios le rinden tributo los seres celestiales y su pueblo en este mundo. Estos tres títulos Cristo se los restituyó a su Padre para que Dios sea todo en todos.

La partícula *Por Siempre Señor* quiere decir que Dios es eterno, es el Eterno. «Él es el Dios vivo, y eternamente subsiste» (Dn 6,27). «Tú, en cambio, eres siempre el mismo, tus años no se acabarán» (Sal 101/102,26-28). El nombre YHWH, que significa «yo soy el que es» y es una forma del verbo *hava*, existir, denota el carácter eterno de Dios.

Propuesta para la Oración universal

Presentamos en el altar, junto a nuestras vidas, las necesidades propias y ajenas que queremos presentar a Dios, para que nos vaya ayudando a conseguirlas. Vamos a responder a cada petición:

R. Haz, Señor, que seamos de los tuyos.

- Por cada cristiano que hay en el mundo, para que viva su fe con alegría y plenitud, a la luz de tu Espíritu, de forma que sea una persona dinamizadora, festiva, coherente y despierte en los demás deseos de conocerte y seguirte. Oremos unidos. R.

- Por los niños y jóvenes que no han oído hablar de Ti, para que te descubran, te disfruten y puedan sentir el gozo del consuelo, apoyo e impulso de tu espíritu hacia el amor y la justicia. Oremos unidos. R.
- Por los padres y abuelos que quieren transmitir su fe a los suyos y no saben cómo hacerlo de forma adecuada, para que les des sabiduría, espiritualidad y experiencia de Ti que te contagien y transmitan. Oremos unidos. R.
- Por los que apenas saben de Ti y creen que la felicidad está en lo que se tenga o se acumule, para que vivan un encuentro con tu Espíritu que les remueve el corazón. Oremos unidos. R.
- Por los gobernantes, los poderosos y los que tienen influencia en la sociedad y en la Iglesia, para que tu Espíritu haga que trabajen juntos para el bien común de todos los pueblos, especialmente para los más necesitados. Oremos unidos. R.

Tú, Señor, conoces lo que necesitamos y soñamos. Recoge nuestras oraciones y haz de nosotros fieles seguidores de tu Espíritu de Amor, para que donde estemos cada uno seamos un poco mejor. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



ALTERNATIVA 2:

LA SANTIFICACIÓN DE LA JORNADA (LITURGIA DE LAS HORAS)

Es preciso ubicar a todo cristiano, de modo sencillo, en el sentido de la oración del Pueblo de Dios: qué nos ha propuesto la Iglesia acerca de la oración comunitaria, para que todos podamos adquirir un latir común ante este diálogo de Dios con los hombres. Se trata de una oración litúrgica, es decir, la oración que la Iglesia en cuanto Iglesia dirige al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo. Sin oración el Pueblo de Dios no puede vivir.

Esa oración litúrgica era celebrada sólo por algunos miembros de la Iglesia. El Concilio Vaticano II la puso al alcance de todo el Pueblo de Dios sin excepciones, para que los diversos momentos del día sean santificados por todos los cristianos. Permitamos que se devuelva al pueblo su oración. La Iglesia, madre y maestra, nos enseña el modo de vivir con intensidad y con frutos de santidad, como orantes y adoradores del Dios de todo bien. Como hombres de este siglo, nos permite expresarnos, ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanza en espíritu y en verdad, en consonancia con la voz de la Iglesia.

En la Liturgia de las Horas, la Iglesia nos ofrece algunas piezas magníficas tomadas de textos revelados y otras composiciones humanas sacadas del tesoro de la Tradición. No podemos despreciar este alimento, fruto del Espíritu y de su obra en la Iglesia.

La oración de la Iglesia, como figura profética de la oración que toda la creación elevará a la Trinidad cuando Dios sea todo en todas las cosas, es el mejor modo de proclamar la bondad de Dios

y sus maravillas en la historia, ya que sigue actuando en el mundo. Merece nuestra acción de gracias y nos recuerda nuestra condición de creaturas que piden con un corazón pobre en medio de las diversas circunstancias en que transcurre cada día.

El tiempo del hombre se hace tiempo de Dios, y la obra del hombre se empapa de la salvación que

Dios ofrece en Cristo, convirtiendo nuestro acontecer en historia de salvación. El Pueblo de Dios cultiva los momentos de eternidad que el Señor le obsequia, hasta que llegue el fin de las horas y Dios sea todo en todos. Dios, como Señor del tiempo, va santificando los movimientos y relaciones que van tejiendo los tiempos y horas humanas. Y las palabras, gestos, cantos, sudores, silencios y colaboraciones del hombre, participan

de la alabanza de Cristo orante en su Misterio Pascual. El hombre teje un Oficio que va marcando las horas de Dios en nuestro tiempo cotidiano. Se unen en un dueto armónico Cristo y su Esposa la Iglesia, en una alabanza que va santificando el valor sagrado del tiempo, ámbito de nuestra consagración bautismal.

Basándonos en la Ordenación General de la Liturgia de las Horas (OGLH) presentamos algunos temas que podrían usarse en las predicaciones de las fiestas patronales, aconsejando incluir la celebración de algunas Horas en su programa de celebración, lo cual daría un poco de variedad a los actos de la fiesta.

¿Qué ha pretendido la Iglesia con esta renovación de su oración litúrgica oficial?



- a) Que sea la oración de todo el Pueblo de Dios, y no sólo de una porción del mismo. Por eso invita a los laicos a hacer suya esta oración de la Iglesia.
- b) Que se santifiquen todas las horas del día, «teniendo en cuenta las circunstancias en que se desenvuelve en la actualidad la vida de los hombres».
- c) Que la intimidad del hombre esté en adecuación con su expresión externa, y la Liturgia de las Horas resulte «fuente de piedad y alimento de la oración personal».
- d) Que la distribución del Salterio sea más acorde con la búsqueda de una calidad de la oración que la cantidad de textos.
- e) Que la Palabra de Dios llegue con abundancia y eficacia redentora al Pueblo de Dios, constituyéndose en verdadero alimento y estímulo para el crecimiento de la vida del espíritu.
- f) Que la rica tradición de la Iglesia y los escritos de sus hijos más destacados se brinde a sus fieles, como enseñanza que enriquece a quienes la reciben con corazón abierto.
- g) Que todo su contenido, especialmente lo que se refiere a los santos, se revise con sano espíritu crítico respetando la verdad histórica.
- h) Que, añadiendo o recuperando elementos, como preces, máximas, antífonas, plegarias, etc., el Pueblo de Dios personalice esta oración comunitaria, sin perder su valor universal.

En la escala de valores del mundo hay muchos valores trastocados e incluso falsos. Se derriban mitos y se construyen otros. Prescinde de Dios en la práctica. Frente al secularismo, el hombre necesita, en un proceso de conversión, experimentar sus limitaciones, y recuperar los valores espirituales. Los hijos de Dios en la Iglesia de Cristo deben

despertar con vigor su vocación de pueblo de alabanza.

Cristo oró; la Iglesia ora; cada cristiano, en la familia eclesial, debe hacer de la oración una verdadera fuente de vida y la expresión de su vida. El cristiano está injertado en Cristo y en la alabanza eterna que envía a su Padre. Desde la Encarnación, Cristo se ha forjado un Pueblo nuevo, que imita fielmente a su Señor. Es un pueblo orante por excelencia, porque sigue al Señor en lo más propio: unir su ser y su obrar al de Dios Padre. La más excelente vocación del hombre es su comunión con Dios. Cuando un cuerpo está vivo, se produce un extraño fenómeno, en el cual cada uno de sus miembros «desaparece» en cierto modo para que resalte el todo, y, sin embargo, al funcionar el todo, cobra sentido y razón cada parte.

La Liturgia de las Horas, tal como la ofrece la Iglesia hoy, es una sinergia de oración, y la mejor fuente de la que podemos beber para que la vida del cuerpo y de cada una de sus partes se interrelacionen en una común tendencia al crecimiento armónico. Y, como un chip o un gen, todo crecimiento lleva consigo el germen de nuevos y ricos crecimientos.

Los temas que aquí ofrecemos son:

1. La LH como oración de Cristo.
2. La LH como oración de la Iglesia.
3. Importancia de la LH.
4. LH, consagración del tiempo.
5. LH, ejercicio del sacerdocio de Cristo.
6. LH, oración comunitaria.
7. Laudes, oración de la mañana.
8. Vísperas, oración de la tarde.
9. Los salmos, oración cristiana.
10. Los salmos recogen la oración de toda la humanidad.



1. LA ORACIÓN DE CRISTO

Lecturas a elegir: -----

Hebreos 5,7-9: Aprendió la obediencia y se convirtió en causa de salvación.

Salmo 39. R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lucas 11,1-13: Señor, enséñanos a orar.

Lucas 29,39-44: Padre, si es posible pase de mí este cáliz.

Primero veamos: -----

Jesús vivió en ambiente de oración, según los usos de su pueblo y las fiestas del Templo (Lc 2,27-42; 4,16); y enseñó a orar (Mt 6,5-13); orar con confianza (Mt 7,7-11); alabanza y gratitud (Mt 11,25-27); en la angustia (Jn 12,27-28); en comunión (Hch 1,14; 2,1-4.42). cf CEC 2598-2625. Trajo la oración que se canta perpetuamente en el cielo (SC 83), constituyéndose en el Mediador de toda oración. En los Evangelios se nos presenta como modelo de orante frente al Padre.

Reza el «Shemá» (Dt 6,4-9; 11,13-21; Nm 15,4-10) mañana y tarde. Oraba muy temprano (Mc 1,35), al mediodía (Mt 6,5), por la tarde después del trabajo (Mc 6,46), por la noche (Mc 6,46-48; Lc 6,12). Lo hallamos en oración cuando Dios Trinidad se revela en el Jordán (Lc 3,21-22). Pasa la noche en oración antes de la elección de los apóstoles (Lc 6,22). Bendice a Dios en la multiplicación de los panes (Lc 9,16). Se transfigura mientras están en oración en el monte (Lc 9,28-29). Tras su oración pregunta por su identidad y recibe de Pedro la confesión de su mesianismo (Lc 9,18). Estaba orando cuando le pidieron que los enseñara a orar (Lc 11,1). Ora cuando los discípulos regresan de su misión (Lc 10,21). Bendice a los niños (Mt 19,13). Frecuentemente se retira (Mc 1,35) y permanece la noche orando (Mt 14,23.25). Promete a Pedro su oración (Lc 22,32). Ora en la Cena (Mt 26,26.30; Jn 17); en Getsemaní (Mt 26,36); en la Cruz (Mt 26,46); en el encuentro de Emaús (Lc

24,30). Recomendó orar (Mt 5,44; 7,7; Mc 13,33; Lc 6,28) sin desfallecer (Lc 18,1). Dijo que «*es necesario orar siempre y no desfallecer*» (Lc 18,1); «*estén en vela, orando en todo tiempo para que tengan fuerza*» (Lc 21,36).

En cuanto Dios, nada tenía que pedir al Padre, pues compartía su poder. Oraba en cuanto hombre, mostrando su importancia, conviniendo a su naturaleza concordar con la voluntad de Dios, y poniéndose como modelo para nosotros. «La oración es una exposición de los deseos de nuestra voluntad a Dios, para que Él los cumpla... Cristo podía hacer todo lo que quería en cuanto Dios, no en cuanto hombre, pues en cuanto hombre no gozaba de omnipotencia. Y aunque era a la vez Dios y hombre, quiso orar al Padre, no porque fuera impotente, sino para instruirnos y darnos ejemplo» (STh III, 21,1). ¿En qué nos instruí?: En que realmente era hombre; y no le está permitido al hombre querer con su apetito natural alguna cosa que no forme parte del plan de Dios, pues el hombre debe someterse a la voluntad de Dios, siempre sabia (cf STh III, 21,2).

Portándose como hombre, manifestó su voluntad humana particular al decir: ‘Aparta de mí este cáliz’; pues es propio de la voluntad humana el desear un objeto particular y privado. Pero, porque quiere ser un hombre recto y perfecto hacia Dios, añade: ‘Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya’. Como si me dijera: Mírate a ti en mí, porque puedes querer alguna cosa propia aunque Dios quiere otra» (San Agustín, Enarraciones sobre los salmos 8,32,1).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

Cristo intercesor ante el Padre

3. Cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios el Verbo que procede del Padre como

esplendor de su gloria, «el Sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales» (SC 83). Desde entonces resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión: todo ello lo presentó al Padre, en nombre de los hombres y para bien de todos ellos, el que es príncipe de la nueva humanidad y Mediador ante Dios.

4. El Hijo de Dios, «que es una sola cosa con el Padre» (Jn 10,30), y que al entrar en el mundo dijo: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,9; cf Jn 6,38), se ha dignado ofrecernos ejemplos de su propia oración. En efecto, los Evangelios nos lo presentan muchísimas veces en oración: cuando el Padre revela su misión, antes del llamamiento de los Apóstoles, cuando bendice a Dios en la multiplicación de los panes, en la transfiguración, cuando sana al sordo y mudo y cuando resucita a Lázaro, antes de requerir de Pedro su confesión, cuando enseña a orar a los discípulos, cuando los discípulos regresan de la misión, cuando bendice a los niños, cuando ora por Pedro.

Su actividad diaria estaba tan unida con la oración que incluso aparece fluyendo de la misma, como cuando se retiraba al desierto o al monte para orar levantándose muy de mañana, o al anochecer, permaneciendo en oración hasta la cuarta vigilia de la noche.

Tomó parte también, como fundamentalmente se sostiene, en las oraciones públicas, tanto en las sinagogas, donde entró en sábado, «como tenía por costumbre», como en el templo, al que llamó casa de oración, y en las oraciones privadas que los israelitas piadosos acostumbraban recitar diariamente. También al comer dirigía a Dios las tradicionales bendiciones, como expresamente se narra cuando la multiplicación del pan, en la Última Cena, en la comida de Emaús, de igual modo recitó el himno con los discípulos.

Hasta el final de su vida, acercándose ya el momento de la Pasión en la última Cena, en la agonía y en la Cruz, el Divino Maestro mostró que

era la oración lo que le animaba en el ministerio mesiánico y en el tránsito pascual. «Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarlo de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor» (Heb 5,7) y con la oblación perfecta del ara de 12 cruz «perfeccionó para siempre a los santificados» (Heb 10,14); y después de resucitar de entre los muertos vive para siempre y ruega por nosotros.

La oración de la Iglesia: el mandato de orar

5. Lo que Jesús puso por obra nos lo mandó también hacer a nosotros. Muchas veces dijo «oren», «pidan», «en mi nombre», incluso nos proporcionó una fórmula de plegaria en la llamada oración dominical y advirtió que la oración es necesaria y que debe ser humilde, atenta, perseverante y confiada en la bondad del Padre, pura de intención y concorde con lo que Dios es.

Los apóstoles, que frecuentemente nos aportan en las Epístolas oraciones sobre todo de alabanza y de acción de gracias, también insisten en la oración asidua a Dios, por medio de Jesús, en el Espíritu Santo, en su eficacia para la santificación, en la oración de alabanza de acción de gracias, de peticiones y de intercesión por todos.

Luego actuemos: -----

Nuestra comunicación con Dios sólo es posible a través mediaciones, pues Dios trasciende todo lo que se sitúa más acá del horizonte último del ser. Ahora bien, muchas veces, el hombre tiene la impresión de que se relaciona con Dios, cuando en realidad sólo se relaciona con dosificaciones del Trascendente. Las mediaciones pueden ser «centinelas del horizonte último del ser», remitiéndonos a Dios mismo; o se pueden constituir en auténticas objetivaciones de Dios, que lo hacen degenerar en «algo» a nuestra disposición.

Hay tres «mediaciones» fundamentales en la oración: las ideas o sentimientos que barajamos en ella; el tiempo «fuerte» que dedicamos a nuestro encuentro con Dios; el espacio retirado y sagrado para nuestra actividad orante. Muchos, al conjugarlas, tienen la impresión de encontrarse con Dios. Dios no se confunde con un saber, ni con

un tiempo o espacio: la persona se encontró consigo, no con Dios. Hay personas fidelísimas a su oración diaria, sin que les haga tener un corazón más abierto y bondadoso, una sencillez más evangélica, una disponibilidad más incondicional; hace dudar de su validez el ser testarudos, insensibles al dolor ajeno y fincados en sus planteamientos.

Falta conversión de la necesidad al deseo. La necesidad es el movimiento que repliega al sujeto sobre sí mismo: sus propias ideas, intereses, sistemas de interpretación. El deseo saca al sujeto de sí y lo abre hacia los demás y hacia el gran Otro: Dios. Hay quienes no acaban nunca de salir del estadio de la necesidad: sentirse seguros, justificadas, protegidas, etc., atrapados por el engaño y la alienación (falsa conciencia). Quien llega a Dios de verdad, sale de sí mismo, su proceso de conversión le hace superar la etapa de la necesidad y abrirse al deseo. Encontrarse con Dios es abrirse, salir de sí, escuchar, dejarse interpelar: por el hambre y la miseria, la situación desesperada de los crucificados de la tierra. O es lujo espiritual, entretenimiento engañoso y falsa conciencia.

Hay en la historia tendencia a contraponer la experiencia de Dios y la del mundo y la vida. Si Dios está por encima de lo mundano, para acceder a Dios, el hombre debe alejarse del mundo, despegarse de lo terreno, aspirar a lo celestial. En ese planteamiento se oculta la intuición de alejarse del pecado y lo que lleva al pecado. Pero con peligro de alejarse de los hombres, de la creación, de la vida y de todo lo que Dios más quiere. La experiencia de Dios guarda relación directa con la práctica de la justicia y el amor. Hay experiencia de Dios si se practica la justicia y el amor hacia los demás. «Hacia justicia y derecho; eso es bueno; defendía la causa del pobre y del indigente; eso es bueno; ¿No consiste en eso el conocerme? Dice Yahvé» (Jr 22, 15-16). Conocer a Dios es realizar la justicia de los pobres. Se une estrechamente la bondad y compasión de Dios (hesed) con la justicia y el derecho (Jer 9,23; Is 16,5; Miq 6,8; Os 2,21s.; 6,6; 10,12; 12,7; Zac 7,9; Sal 25,9s; 33,5; 36,6s; 36,11; 40,11; 85,11; 88,12s; 89,15; 98,2s; 103,17, 119,62-64). No hay experiencia de Dios sin práctica fiel de la justicia y del amor a los demás, sobre todo a los

que más lo necesitan: los pobres y marginados de este mundo. Donde no se practica la justicia y amor al desgraciado, culto, religiosidad, ofrendas y sacrificios se convierten en ofensa al Padre de todos. La documentación bíblica es impresionante (Is 1,11-18; 58,6-9; 66,1-3; Jer 7,4-11; Miq 6,6-8; Os 2,13-15; 4,11-19; 6,6; 8,5s; 10,8; 13,2; Mal 3,4-5; Prv 15, 8; 21,3.27; Sal 40,7-8; 50,7-15; 51,18-19; Sir 34,18-22). La práctica religiosa no debe ser una forma de ceguera y falso tranquilizante: sentirse honrado y cerca de Dios y no inquietarse por lo que ocurre en la sociedad, la gente que sufre y las alarmantes condiciones socio-económicas injustas. «Queridos, amémonos unos a otros, que el amor es de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios, pues Dios es amor» (1Jn 4,7-8). Existe un estricto paralelismo entre el amor y la justicia: «todo el que hace justicia es nacido de Él» (1Jn 2,29). No es un amor descarnado, impersonal, puro sentimiento estéril, sino efectivo, concreto y práctico (1Jn 3,17-18). Hay experiencia de Dios si hay solidaridad con los pobres y amor evangélico para defender su causa.

En el encuentro con el pobre y la solidaridad con él, es donde el hombre sale más radicalmente de sí mismo; supera, con más facilidad y seguridad, el estadio de la necesidad, para acceder al deseo, a la apertura al otro y, a través del otro, al gran Otro, que es Dios. El hombre sale de su propio amor, querer e interés. Quien más radicalmente nos saca de todo eso es el pobre, en su condición de víctima de la historia y despojo de la humanidad.

Si es un proyecto de Dios, sólo quien sintoniza profundamente con Él puede llevarlo a efecto en su verdadera significación. Sólo con una profunda experiencia de Dios se vive y lleva adelante el proyecto liberador sin desviarse a la derecha o a la izquierda. No se cae en espiritualismo desencarnado, porque la experiencia de Dios arranca de la experiencia de los pobres, de la solidaridad con ellos y del compromiso por su liberación. Tampoco se cae en politización del mensaje, porque la auténtica experiencia de Dios nos arranca de nuestro afán de protagonismo y tentación por el poder, para hacernos humildes

servidores de los últimos de este mundo. Luchar con los pobres, hacer cuerpo con sus anhelos, es comulgar con Cristo pobre y vivir en su seguimiento.

Propuesta para la Oración universal

Acudamos, hermanos, a Cristo, a quien Dios ha puesto como instrumento de propiciación y ha constituido sacerdote y justificador de cuantos creen en él.

R. Señor, enséñanos a orar.

Para que el Hijo de Dios, sumo y eterno sacerdote de la nueva alianza, conceda a los obispos, presbíteros, diáconos y ministros ser maestros humildes y valientes de la oración, de la Palabra divina, de la administración de los sacramentos de la Iglesia y de la caridad. **Roguemos al Señor. R.**

Para que Cristo, constituido sacerdote e intercesor de los hombres en todo aquello que tiene referencia a Dios, con su oración conduzca a la

humanidad al conocimiento y al amor del Padre. **Roguemos al Señor. R.**

Para que Cristo, sacerdote capaz de ser indulgente con los que pecan, pues él mismo experimentó nuestra debilidad, interceda por los pecadores y por los que yerran. **Roguemos al Señor. R.**

Para que los que han sido elegidos y consagrados para hacer visible y presente a Cristo, cabeza de la Iglesia, realicen con fidelidad la misión recibida, y todos descubramos en ellos la imagen de Cristo servidor, sacerdote, maestro y pastor. **Roguemos al Señor. R.**

Señor Jesucristo, que has querido ser sacerdote a favor de los hombres y has establecido que tu sacerdocio fuera ejercida por todo el pueblo sacerdotal en la acción litúrgica, haz que todos nosotros sepamos descubrir en cada Eucaristía tu presencia santificadora y tu intercesión constante a favor de todos los hombres. Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos.

2. LA ORACIÓN DE LA IGLESIA

Lecturas a elegir:

Hechos 2,42-47: *Perseveraban en las oraciones.*

Salmo 22. R. *El Señor es mi pastor, nada me faltará.*

1 Timoteo 2,1-8: *Se hagan oraciones por todos los hombres.*

Efesios 5,18-20: *Alabando al Señor en sus corazones.*

Mateo 7,7-12: *El que pide, recibe.*

Primero veamos:

La comunidad cristiana ha celebrado en la historia las grandezas del Señor:

Edad apostólica y durante las persecuciones (s. I-III)

La primitiva comunidad era constante en la oración (cf Hch 2,42; 1,14; 4,24; 5,12; 2,1-15; Ef

5,19; 1Tm 2,1). Los Apóstoles insistieron: «Aplíquense asiduamente a la oración» (Rm 12,12), «perseveren constantemente en la oración» (Col 3,2), «noche y día» (1Tes 3,10), «sin interrupción» (1Tes 5,17). Es una enseñanza muy reiterada en el Nuevo Testamento (Lc 2,37; 24,53; Hch 1,14; 2,42; 6,4; 10,2; 12,5; 26,7; Rm 1,9s; 12,12; 1Co 1,4; Ef 1,16; 5,20; 6,18; Flp 1,3s; 4,6; Col 4,2-3; 1Tes 1,2s; 2,13; 5,17; 2Tes 1,11; 2,13; 1Tm 5,5; 2Tm 1,3; Flm 4; Heb 7,25; 13,15; 1Jn 2,1). Pentecostés tuvo lugar a la hora tercia (Hch 2,16); Pedro en Haffa oraba en la azotea a hora sexta (Hch 10,9); Pero y Juan curaron al paralítico al salir de hora nona (Hch 3,1). Primaban las Vigilias: encuentros nocturnos de oración comunitaria y jerárquica que concluían con la Eucaristía. Estaban en una cuando Pedro fue librado de la prisión (Hch 12,12).

La Didaché (VIII,3) habla del rezo del Padrenuestro tres veces al día (sustituyendo el Shemá). Plinio el Joven, en carta a Trajano (a. 112), habla de la reunión matinal para cantar a Cristo como Dios. San Clemente Romano (+ c. 100) hace referencia a tiempos y horas establecidos para hacer lo que mandó el Señor: las oblações y los oficios sagrados (*Ad Cor* 40,1). Sobre el molde griego de prosa rítmica surgieron himnos. Hay oración comunitaria (Ef 5,19; Col 3,16) distinta de la privada (1Co 14,28).

A comienzos del siglo III hay encuentros matinales «antes de la luz», y el ágape vespertino. Hipólito de Roma consigna en la Traditio Apostolica (a. 215): «*Todos los días, por la mañana, reúnanse los diáconos y los presbíteros con el Obispo. Deben instruir a la congregación y orar, antes de comenzar los trabajos diarios. Los fieles sean invitados a la instrucción y a la oración en la iglesia. Si no se imparte instrucción, que lean la Escritura en sus hogares. Los días sábado y domingo y cuando el Obispo lo disponga, se celebrará la Eucaristía con la Comunión. Se celebrarán las Vísperas, presididas por el Obispo o por un presbítero... Seguirá el ágape o cena común en la que se bendecirá el cáliz y se cantarán salmos con Aleluyas. Se recomiendan oraciones privadas a las horas de tercia, sexta y nona, antes del sueño, a la media noche y cuando cante el gallo.*

Clemente de Alejandría (+215): «*Puesto que el oriente significa el nacimiento del sol y allí comienza la luz que brota de las tinieblas, imagen de la ignorancia, el día representa el conocimiento de la verdad. Por eso, al salir el sol, se tienen las preces matinales... Algunos también dedican a la plegaria una horas fijas y determinadas, como tercia, sexta y nona, de forma que el iniciado puede orar durante toda su vida, en coloquio con Dios por medio de la plegaria. Esta triple división de las horas, que siempre son santificadas por la oración, recuerda a la Santa Trinidad*» (*Stromm.* 7,7).

Tertuliano (+220): «*Respecto del tiempo, no has de considerar inútil la observancia de algunas horas más, a las que llamo comunes, que señalan los momentos en que se reparte el día... En la hora*

*de tercia fue infundido por primera vez el Espíritu Santo a los Apóstoles cuando estaban reunidos [Hch 2,15]. A la hora de sexta subió Pedro al terrado para orar el día que experimentó la visión de la universalidad de la comunidad en aquel lienzo [10,9]. A la hora de nona el mismo Pedro subía con Juan al templo cuando curó al paralítico [3,1]. No existe precepto alguno que mande observar estas horas; sin embargo, es bueno pensar que en la recomendación de orar se presupone una cierta urgencia, y que, como si fuera una ley, nos apartemos de los negocios y nos dediquemos de cuando en cuando a orar. Lo mismo hacía Daniel, según leemos [Dan 6,10], observando las normas de Israel; lo mismo debemos hacer nosotros, servidores del Dios Trino, a quien debemos adorar por lo menos tres veces al día: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Exceptuamos naturalmente las oraciones mandadas por la ley (*legitimae*) que, por encima de cualquier recomendación, debemos observar: al salir el sol y al caer la tarde*» (*De oratione* 25). Por otra parte, «*¿quién se habría de apartar en las celebraciones nocturnas, cuando las hay?*» (*De uxorem* 2,4).

Hipólito de Roma (+235): «*Si te encuentras en casa, haz oración al llegar la hora tercia, y bendice al Señor. Si estás en otro lugar, ora en tu corazón en este momento a Dios, pues en esta hora fue contemplado Cristo clavado en el madero [Mc 15,25]... Ora igualmente al llegar la hora sexta. Cuando Cristo fue clavado en la Cruz, el día se dividió en dos y sobrevinieron grandes tinieblas. Hay que orar en esta hora con oración intensa, imitando la voz de Jesús que oraba, mientras la creación se ensombrecía a causa de la incredulidad de los judíos [Mt 27,45; Mc 15,33; Lc 23,44-45]... Hay que hacer también una gran plegaria y una gran bendición en la hora nona, para imitar la forma como el alma de los justos alaba a Dios. En esta hora, del costado abierto de Cristo brotó agua y sangre, iluminándose el día hasta las vísperas [Jn 19,33-37]* (Trad. Ap. 41).

San Cipriano (+258). Alude al ejemplo de los Apóstoles y a las horas de la Pasión de Jesús. En tercia, sexta y nona, «la Trinidad es enumerada de forma perfecta por las tres ternas. Estos espacios

de horas determinados por los adoradores de Dios espiritualmente, revelan la invitación a la oración en tiempos establecidos y determinados» (*De oratione dominica* 34). Las Horas matutina y vespertina las relaciona con la Resurrección del Señor y con la imagen de Cristo, sol sin ocaso: «*Por la mañana se debe orar, para celebrar con la plegaria la Resurrección del Señor... Al ponerse el sol y terminar el día, de nuevo es necesario orar. Puesto que Cristo es el sol indeclinable y el día verdadero, al faltarnos la luz y el día naturales, oramos y pedimos que de nuevo la luz venga sobre nosotros. En realidad, pedimos que venga Cristo, portador de la luz eterna*» (ib.).

La paz y libertad de la Iglesia (ss. IV-V)

Cesadas las persecuciones, en los monasterios se configuró la plegaria comunitaria.

El Oficio catedral y parroquial. Se centra en las celebraciones de la mañana y de la tarde (*laudes y vísperas*), acciones litúrgicas, presididas por el obispo o el presbítero, con asistencia del clero y participación de la comunidad local. Conforme a la norma del Apóstol: «Reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados» (Ef 5,19).

El Oficio en las comunidades monásticas. Dedicaban gran parte de la jornada a la oración, una plegaria organizada, distribuida en ciertas horas del día y la noche. Las Reglas las describen con detalle. Junto a laudes y vísperas, tiene tercia, sexta y nona, y luego prima, completas y vigiliias (celebración nocturna cotidiana). Se reza el Salterio completo en dos semanas, una semana, o incluso en un día.

San Benito (480-547), en la *Regula Monasteriorum*, distribuye el Salterio en una semana, e introduce el uso de los himnos (de la liturgia ambrosiana). Su ordenación del Oficio se impuso en las comunidades eclesiales, con obligación de celebrarlo clérigos y corporaciones. Participaba multitud de cristianos que residían junto a los monasterios.

Primera parte de la Edad Media (ss. VI-IX)

El Oficio Divino era la oración de la Iglesia local, clero y pueblo; no hay recitación privada, ni abreviación de Horas. Como no había Misa diaria,

las horas del Oficio llenaban los días feriales, con modos diversos según las distintas Iglesias particulares. En catedrales y monasterios madura el canto salmódico, y hay gran creatividad de elementos no bíblicos (antífonas, himnos, responsorios, colectas). El Oficio Romano-benedictino, y la obligación de celebrarlo en las iglesias por el clero, se extendió en toda Europa.

La privatización del Oficio (ss. X-XV)

La ley carolingia impuso la celebración completa, diaria y solemne del Oficio, a todas las iglesias, para el clero disperso por pueblos y aldeas. El sobrio Oficio romano se fue adornando con la exuberancia germánico-galicana, hasta requerir siete libros. Desde el siglo X se intenta reducirlo y limitar la obligación de su celebración solemne y comunitaria.

En la capilla del Papa se usaba una abreviación de los libros empleados en la basílica de Letrán. Inocencio III lo codificó en el *Breviario de la Curia Romana*. Tras 1230, los franciscanos lo difundieron: *Breviario* romano-benedictino galicanizado y reducido.

Con colaboración de moralistas, juristas y teólogos, se abrió paso la práctica de *sustituir la obligación coral por la recitación privada*, reduciéndose al rezo de monjes y clérigos. El pueblo cristiano asiste al Oficio de catedrales o colegiatas en silencio y sin entender el latín.

Intentos de reforma (s. XVI-XX)

Se complicó con vigiliias, conmemoraciones, octavas, doblajes, etc. Las leyendas de santos motivaron sucesivas reformas, sin participación de laicos, sólo monjes y clérigos. El cardenal Quiñónez lo vuelve a su pureza primitiva y fundamento bíblico, el salterio en una semana, sin hagiografías dudosas. Impreso en 1535, y adoptado por Paulo III para los obligados al Oficio que no puedan acudir a coro, fue suprimido por Paulo IV en 1558.

El Concilio de Trento proyectó reformar el Breviario, pero hasta 1563 se presentaron los primeros esquemas. San Pío V promulgó en 1568 el nuevo Breviario *según los decretos del Sacrosanto Concilio Tridentino*: el Santoral invade el ciclo

del Señor, anulando el domingo, y sin la utilización del salterio según la antigua ordenación romana.

En 1911, la comisión instituida por San Pío X asigna salmos distintos para cada día y hora, abrevia las horas, introduce nuevos cantos bíblicos en Laudes, y recurre al oficio mixto (salmos de la feria, y el resto del propio o del común). Las reformas no pretenden devolver al Pueblo de Dios una plegaria que es suya por naturaleza.

El Concilio Vaticano II impulsa la gran renovación de la Liturgia de las Horas. El *Consilium* en 1967 presenta el proyecto de Liturgia de las Horas al Sínodo de los Obispos y en 1969 consulta al episcopado. En 1971 publica la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, y Pablo VI (Const. Apost. *Laudis canticum*) promulga el primer volumen.

Es la oración del pueblo de Dios. Pide que los laicos, privadamente o en comunidad, santifiquen con la oración común litúrgica el comienzo y el fin del día. «La oración de la comunidad cristiana deberá consistir, ante todo, en los *Laudes* de la mañana y las *Vísperas*: foméntese su celebración pública y *comunitaria*, sobre todo entre aquellos que hacen vida común. Recomiéndese incluso su recitación *individual* a los fieles que no tienen la posibilidad de tomar parte en la celebración común» (OGLH 40,27; SC 100).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

La Iglesia continúa la oración de Cristo

6. Ya que el hombre proviene todo él de Dios, debe reconocer y confesar este dominio de su Creador, como en todos los tiempos hicieron al orar los hombres piadosos. La oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único Mediador, por quien tenemos el único acceso a Dios. Pues de tal manera él une así a toda la comunidad humana, que se establece una íntima unión entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y solo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin.

7. Una especial y estrechísima unión se da entre Cristo y aquellos hombres a los que él ha hecho miembros de su Cuerpo, la Iglesia, mediante el sacramento del Bautismo. Todas las riquezas del Hijo se difunden así de la cabeza a todo el cuerpo: la comunicación del Espíritu, la verdad, la vida y la participación de su filiación divina que se hacía patente en toda su oración mientras estaba en el mundo. También el sacerdocio de Cristo es participado por todo el cuerpo celestial, de tal forma que los bautizados, por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como templo espiritual y sacerdocio sanioso y son depurados para el culto del Nuevo Testamento que brota no de nuestras energías, sino de los méritos y donación de Cristo.

«No pudo Dios hacer a los hombres un don mayor que el de darles por cabeza a su Verbo, por quien ha fundado todas las cosas, uniéndolos a él como miembros suyos, de forma que el es Hijo de Dios e Hijo del hombre al mismo tiempo, Dios uno con el Padre y hombre con el hombre, y así, cuando nos dirigimos a Dios con súplicas, no establecemos separación con el Hijo, y cuando es el cuerpo del Hijo quien ora, no se separa de su cabeza, y el mismo salvador del cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros»

En Cristo radica, por tanto, la dignidad de la oración cristiana, al participar ésta de la misma piedad para con el Padre y de la misma oración que el Unigénito expresó con palabras en su vida terrena y es continuada ahora incesantemente por la Iglesia y por sus miembros en representación de todo el género humano y para su salvación.

La acción del Espíritu Santo

8. La unidad de la Iglesia orante es realizada por el Espíritu Santo, que es el mismo en Cristo, en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados. El mismo «Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza» y «aboga por nosotros con gemi-

dos inefables» (Rm 8,26); siendo el Espíritu del Hijo, nos infunde «el espíritu de adopción, por el que clamamos: Abba, Padre» (Rm 8,15; Cf Ga 4,6, 1Co 12,3; Ef 5,18; Jd 20). No puede darse, pues oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia nos, lleva al Padre por medio del Hijo.

Carácter comunitario de la oración

9. Por tanto, el ejemplo y el mandato de Cristo y de los Apóstoles de orar siempre e insistentemente, no han de tomarse como simple norma legal, ya que pertenecen a la esencia íntima de la Iglesia, la cual, al ser una comunidad, debe manifestar su propia naturaleza comunitaria incluso cuando ora. Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, donde por vez primera se habla de la comunidad de fieles, aparece ésta congregada en oración «con las mujeres y con María la madre de Jesús y sus hermanos» (Hch 1,14), «La muchedumbre de los que habían creído tenían un corazón y un, alma sola» (Hch 4,37), y esta unanimidad se fundaba en la Palabra de Dios, la comunión fraterna, la oración y la Eucaristía. Sí bien la oración hecha en oculto y cerrada la puerta que es necesaria y debe recomendarse siempre, la realizan los miembros de la Iglesia por medio de Cristo y en el Espíritu Santo, la oración comunitaria encierra una especial dignidad conforme a lo que el mismo Cristo manifestó: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).

Luego actuemos: -----

La Iglesia es la comunidad de creyentes que, siguiendo la enseñanza de Cristo, se elevan en constante oración. La Iglesia nació de la oración en Pentecostés. El cristiano no ora nunca solo, pues su oración está enmarcada en la de la comunidad. Cuando sabemos que nuestra oración no es única, podemos hacerla más fuerte y confiada de Dios.

La oración de la primitiva Iglesia era comunitaria. Incluso, cuando uno de sus miembros ora apartado de los otros para recogerse, lo hace en el marco de la comunidad de creyentes. Por ejemplo, Los Hechos de los Apóstoles nos dice que los apóstoles oraban en comunidad» Todos éstos per-

severaban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (cf Hch 1,14).

Como ellos, los cristianos sabemos que al orar no estamos solos, sino que nos acompaña una comunidad, tanto en nuestras intenciones, como en nuestras peticiones y acciones. El cristiano no está sólo en su oración, aunque sea un ermitaño o religioso en retiro del mundo, pues sabe que su oración no obtiene su fuerza en sí mismo, sino en toda una comunidad que se esfuerza por agradar a Dios y tener una vida digna de Él. Quien ora lo hace con el apoyo de la comunidad creyente. Incluso si la oración es personal, la oración tiene un origen comunitario, pues la fe se ha transmitido por la asamblea de los creyentes. Esta fe, que se nos dio por tradición, crece en la esperanza vivida en comunidad. Por eso, quien ora, tiene fe, que es esperanza y confianza en la verdad de lo transmitido.

Nuestra oración debería ser siempre un diálogo amoroso entre los que se saben amados. Dios, en su perfección, es bondad y ama sus criaturas, pues ellas son un reflejo de su perfección. Si emprendemos un diálogo con alguien que nos ama, entonces no tendremos miedo de dirigirnos a Dios, amante de la humanidad. Más bien, podremos dirigirnos a Él con confianza, sabiendo que es un Padre bondadoso. Tampoco tengamos miedo de orar por los demás. La oración de intercesión es un rasgo característico de la comunidad de creyentes. Ellos saben que el amor es el deseo del bien, y la caridad es el amor al otro: el deseo de su bien. Los cristianos intentan ser caritativos como lo es Dios, y no sólo como una meta de perfección personal. Piden el bien incluso para quienes los persiguen y para sus enemigos. La intercesión es una verdadera muestra de caridad ante la que no hay que tener miedo. Abraham pidió la salvación de Sodoma y Gomorra aunque hubiera pocos justos. Pidamos a Dios sabiendo que es justo y misericordioso y que quiere que todos los hombres se salven. Tomando conciencia de nuestra condición bautismal, que nos hace hijos de Dios e Iglesia, Pueblo de Dios creyente. Somos miembros vivos del Cuerpo de Jesús Resucitado, animados y movidos por el Espíritu Santo. Pero hay momentos especiales de

oración, en los que se destaca de forma más viva, esta relación con la Iglesia: la Oración Litúrgica. La Iglesia nació como comunidad orante.

¿Nos interesa la Oración de la Iglesia? ¿Participamos en Laudes y Vísperas? ¿Iniciamos o terminamos nuestras reuniones o actividades con la celebración de alguna de las Horas que corresponda mejor al momento del día?

Propuesta para la Oración universal

En este momento de dirigirnos al Padre, contándole nuestros anhelos, malestares, ilusiones y penas, para que nos mantenga fuertes en la fe y la seguridad de que acompaña nuestras vidas, unámonos a toda la Iglesia en oración por toda la humanidad. Vamos a responder a cada invocación:

R. Que trabajemos por ellos, Padre bueno.

Te presentamos las necesidades de tantos hermanos que no tienen lo mínimo necesario para

vivir, ni conocen la tierra que mana leche y miel. R.

Para que alrededor nuestro no haya desesperanza, desamor ni injusticia entre los hermanos. R.

Que llenemos la vida de las personas que nos rodean de ayudas, detalles, cariño, comprensión y bienes materiales. R.

Que sintamos que el mundo no mejorará hasta que no salgamos de nuestro egoísmo y estemos llenos de compasión hacia los otros. R.

Que tu gente, los cristianos, tu comunidad y sus sectores, seamos personas coherentes, legales, sensibles, comprometidas y encarnadas donde estemos. R.

Recoge Padre nuestros deseos de ser buena gente, tú que conoces nuestras incongruencias, miedos y debilidades, bendiciéndonos en esta Eucaristía. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

3. IMPORTANCIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

Lecturas a elegir:

Isaías 55,1-11: Busquen al Señor mientras se deja invocar.

Salmo 65. R. A ti la alabanza, Dios de la salvación.

Hechos 6,1-7: No podemos descuidar el ministerio de la oración y la Palabra.

Juan 17, 1-11: Padre, glorifica a tu Hijo.

Primero veamos:

No se trata de «rezar el Oficio», sino de «celebrar la Liturgia de las Horas» Celebrar (latín *celebrare*) significa frecuentar un lugar, reunirse, acudir en grupo: la fiesta, el objeto de la concentración, la solemnización o manifestación externa. *Celebración* es el momento expresivo, simbólico y ritual de la liturgia: cuando la liturgia se convierte en acto, realidad y presencia. «Rezar» es recitar fórmulas; «celebrar»

supone una asamblea, una oración en la cual Cristo se une a la Iglesia en alabanza. Elementos tiene una celebración:

1. *Un acontecimiento* histórico y salvífico (un hecho, no un mito o una leyenda), que es su núcleo originario. La celebración actualiza, expresa, hace suyo y recibe los efectos de gracia de *ese hecho* no encerrado en unas coordenadas históricas de espacio y tiempo, sino se hace presente, actual y santificante, sobre todo la Muerte y Resurrección del Señor.

2. *Una asamblea*, comunidad de fieles congregada. La celebración es, por naturaleza, comunitaria (SC 26-27). No una agrupación casual, amorfa o meramente numérica; es una comunidad convocada y presidida, orgánicamente estructurada en sí misma, según diversos carismas y ministerios. No es acción privada, sino *de la Iglesia*. Es acción eclesial la que, ateniéndose a

unas normas y condiciones, expresa realmente el ser total de la Iglesia.

3. *Una acción celebrativa* hace actual el acontecimiento salvífico celebrado. Que sea expresiva y simbólica, sinfónicamente participada y manifestada, educativa, estimulante, y creadora de compromisos reales, individuales y comunitarios, con Dios y con los hombres.

4. *Un clima festivo*, atmósfera vital en que se desarrolla: *fiesta*, ánimo comunitario que, a partir del acontecimiento celebrado se produce y expresa en palabras, cantos y gestos. El resultado no se mide sólo en términos de participación activa y consciente, sino también en términos de comunicación, experiencia y vida.

Distinguimos *dos elementos fundamentales en la celebración de las Horas*:

1. *La presencia sacerdotal de Cristo orante* en medio de los suyos. ‘Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos’ (Mt 18,20)» (SC 7). Aun su recitación individual se hace *en nombre de la Iglesia*. La forma privada es una *excepción*.

2. *El componente simbólico, visible y humano, representativo de la realidad invisible*:

a) *La actualización del acontecimiento salvífico* en torno al Misterio Pascual de Cristo, núcleo de toda la liturgia, hace visible y audible en la Iglesia la oración del Cristo glorioso en el santuario celeste. La referencia a ese acontecimiento se funda en la Palabra de Dios.

b) *La asamblea cristiana*, congregada para orar en el nombre del Señor, y signo visible de la presencia invisible de Cristo Cabeza (Mt 18,20; Jn 14,13; 15,16; 16,23s). En ella el yo y el tú privados se convierten en el nosotros eclesial, en el que nos atrevemos a decir Padre nuestro. No sólo el grupo que está orando, sino la Iglesia entera y toda la humanidad. Las parroquias, células vivas de la Iglesia particular (LG 26, SC 42); las familias cristianas, las comunidades religiosas, celebren las Horas principales, Laudes y Vísperas (SC 89, 100; OGLH 21-27, 31-32, 37, 40), con participación de toda la comunidad: ministros ordenados que presiden revestidos

(OGLH 254-257), lector, solista, cantores, organista (259-260). Cada uno «realiza todo y sólo aquello que le corresponde por su orden o grado» (SC 28). Si preside un no ordenado, como uno entre iguales, no sube al presbiterio, ni saluda y bendice al pueblo, pero desempeña una función litúrgica (OGLH 258).

c) *La acción común celebrativa* consiste esencialmente en la plegaria, llena de variantes y ritmo, con una cadencia de formas diversas, cantos y silencios, que, de acuerdo a la fiesta y al tiempo litúrgico, despliega un dinamismo armonioso y estimulante.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

1. La oración pública y comunitaria del pueblo de Dios figura con razón entre los principales cometidos de la Iglesia. Ya en sus comienzos, los bautizados «perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración» (Hch 2,42). Por lo demás, la oración unánime de la comunidad cristiana es atestiguada muchas veces en los Hechos de los Apóstoles. Testimonios de la primitiva Iglesia ponen de manifiesto que cada uno de los fieles solía dedicarse individualmente a la oración a determinadas horas. En diversas regiones se estableció luego la costumbre de destinar tiempos especiales a la oración común, como la última hora del día, cuando se hace noche y se enciende la lámpara, o la primera, cuando la noche se disipa con la luz del sol. Andando el tiempo se llegó a santificar con la oración común también las restantes Horas, que los Padres veían claramente aludidas en los Hechos de los Apóstoles. Allí aparecen los discípulos congregados a la «hora tercia». El Príncipe de los Apóstoles «subió a la terraza para orar hacia la hora sexta» (10,9); ‘Pedro... y Juan subían al templo a la hora de oración, que era la nona» (3,1); «hacia media noche, Pablo y Silas, puestos en oración, alababan a Dios» (16,25).

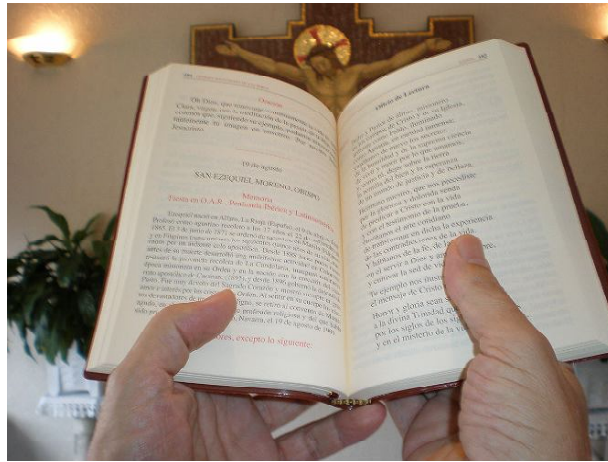
2. Tales oraciones realizadas en común poco a poco se iban configurando como un conjunto definido de Horas. Esta Liturgia de las Horas u Oficio Divino, enriquecida también con lecturas, es prin-

principalmente oración de alabanza y de súplica, y ciertamente oración que la Iglesia realiza con Cristo y que dirige a él.

Y dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1174 El Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, especialmente en la asamblea dominical, penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas, «el Oficio divino» (cf SC IV). Esta celebración, en fidelidad a las recomendaciones apostólicas de «orar sin cesar» (1Ts 5,17; Ef 6,18), «está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche» (SC 84). Es «la oración pública de la Iglesia» (SC 98) en la cual los fieles (clérigos, religiosos y laicos) ejercen el sacerdocio real de los bautizados. Celebrada «según la forma aprobada» por la Iglesia, la Liturgia de las Horas «realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre» (SC 84).

1175 La Liturgia de las Horas está llamada a ser la oración de todo el Pueblo de Dios. En ella, Cristo mismo «sigue ejerciendo su función sacerdotal a través de su Iglesia» (SC 83); cada uno participa en ella según su lugar propio en la Iglesia y las circunstancias de su vida: los sacerdotes en cuanto entregados al ministerio pastoral, porque son llamados a permanecer asiduos en la oración y el servicio de la Palabra (cf SC 86, 96; PO 5); los religiosos y religiosas por el carisma de su vida consagrada (cf SC 98); todos los fieles según sus posibilidades: «Los pastores de almas debe procurar que las Horas principales, sobre todo las Vísperas, los domingos y fiestas solemnes, se celebren en la iglesia comunitariamente. Se recomienda que también los laicos recen el Oficio divino, bien con los sacerdotes o reunidos entre sí, e incluso solos» (SC 100).



1176 Celebrar la Liturgia de las Horas exige no solamente armonizar la voz con el corazón que ora, sino también «adquirir una instrucción litúrgica y bíblica más rica especialmente sobre los salmos» (SC 90).

1177 Los himnos y las letanías de la Oración de las Horas insertan la oración de los salmos en el tiempo de la Iglesia, expresando el simbolismo del momento del día, del tiempo litúrgico o de la fiesta celebrada. Además, la lectura de la Palabra de Dios en cada hora (con los responsorios y los troparios que le siguen), y, a ciertas horas, las lecturas de los Padres y maestros espirituales, revelan más profundamente el sentido del Misterio celebrado, ayudan a la inteligencia de los salmos y preparan para la oración silenciosa. La *lectio divina*, en la que la Palabra de Dios es leída y meditada para convertirse en oración, se enraíza así en la celebración litúrgica.

1178 La Liturgia de las Horas, que es como una prolongación de la celebración eucarística, no excluye sino acoge de manera complementaria las diversas devociones del Pueblo de Dios, particularmente la adoración y el culto del Santísimo Sacramento.

Luego actuemos: -----

La comunidad cristiana no se define no por comportamientos comunes, sino por su interés compartido por una Persona: Cristo; hacer comunidad es el símbolo exterior de ese abandono interior en Dios: su modo característico de estar con Dios al servicio de los hombres. La Comunidad cristiana tiene sentido al reunirse en torno a la persona de **Jesús**.

Como llamó a sus discípulos (Jn 1,35ss, Mt 9,9) para que estuvieran con Él (Jn 17,24), nos llama a cada uno por el nombre, camina al frente, lo siguen quienes conocen su voz. (Jn 10,3-4) «El Buen Pastor da su vida por sus ovejas, el Padre me ama

y yo mismo doy mi vida. Nadie me la quita sino que yo mismo la voy a entregar» (Jn 10,11-17).

Estamos en Comunidad, no porque nos llevamos bien, somos amigos, tenemos la misma mentalidad, o pertenecemos a un mismo grupo social. Más bien, porque hemos sido convocados por el Señor Jesús que no dudó en entregar su vida y tomarla de nuevo para mantenernos reunidos a su lado.

¿La vida de nuestra Parroquia gira entorno a una sola persona y esa persona es Cristo? ¿Sentimos el llamado de Jesús, u oramos porque hallamos amigos, la pasamos bien, satisfacemos una necesidad interna de seguridad o posición? ¿Me siento en familia, comprometido y responsable en las tareas de la comunidad?

La Iglesia encuentra el sentido último de su convocación en la vida de oración, alabanza y acción de gracias que cielo y tierra dirigen a Dios, por sus obras maravillosas (Ap 15,3; 7,9-17). Por eso liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y la fuente de donde mana toda la fuerza. Es la acción del Cristo total, cabeza y miembros, y, como tal, debe expresar el sentido más profundo de su oblación al Padre: obedecer, haciendo de toda su vida la revelación del amor del Padre por los hombres.

La celebración de la última Cena estuvo esencialmente unida a la vida y al Sacrificio de Cristo en la Cruz, y lo hace cotidianamente presente por la salvación de todos los hombres. También los que alaban a Dios reunidos en torno al Cordero muestran en su vida los signos testimoniales de la entrega de Jesús (Ap 7,13ss). El culto cristiano debe expresar la obediencia al Padre (glorificación) y la caridad con los hermanos (redención), pues la gloria de Dios es que el hombre viva. Lejos de alienar, libera y hace hermanos

En la comunidad cristiana primitiva, la oración era algo presente de manera constante. Se reunían los discípulos para hacer oraciones comunitarias, cantar himnos de alabanzas al Señor, orar por los enfermos pidiendo sanación, elevando súplicas por los gobernantes, etc. Los cristianos saben que es el Espíritu Santo quien ora en ellos (Rm 8,26) y ese Espíritu, como a Jesús, establece, en la Iglesia una relación de familia para con el Padre Dios

(Hch 1,14;2,42;3,1;6,4;12,5;16,25; Rm 15,16-26.27; Ef 6,18-19; 1Tm 2,1ss; 4,8; St 5,13-18).

En toda celebración litúrgica ¿estamos atentos? ¿participamos con alegría? ¿es como ir a un «acto social» o celebramos a Jesucristo? En otros momentos de oración comunitaria (grupos de oración, procesiones, rosarios, vigiliass) ¿estamos atentos, participamos? ¿Qué actitudes negativas impiden que seamos una comunidad de amor? (Ambición de poder, soberbia, envidia, falta de responsabilidad, prejuicios, chismes, murmuraciones, autosuficiencia, intolerancia, susceptibilidades, odios, egoísmo, celos, mentira, intereses personales, personalismo). ¿Qué actitudes positivas nos favorecen para ser una comunidad de amor? (servicialidad, responsabilidad, humildad, desprendimiento, solidaridad, nobleza, alegría, discreción, prudencia, paciencia, respeto, fraternidad, comprensión, sinceridad, sacrificio, compasión, confianza, fidelidad, justicia, desinterés) (cf Ga 5). ¿Qué actitudes positivas hacen falta en nuestra comunidad y por qué? ¿Sentimos la necesidad, como bautizados, de proclamar la Palabra de Dios y orar sin descanso? ¿Seguimos el mandato de Jesús: Evangelizar a nuestros hermanos e interceder por sus necesidades?

Propuesta para la Oración universal

Presentamos nuestros sueños y deseos ante el Señor, para que Él vaya haciendo de nuestra vida una historia de amor y de justicia, cada día un poco más auténtica, y respondamos a cada petición:

R. Que todo lo que nos pase, suceda contigo, Padre.

Para que, alimentados por tu pan, Señor, logremos vivir en la sabiduría y la seguridad de tu presencia en el caminar cotidiano. R.

Para que, como dice San Pablo, no vivamos aturcidos, insensatos o con miedos, sino alegres, agradecidos y gozosos. R.

Para que nuestra iglesia sea la auténtica presencia de Jesús entre nosotros. R.

Para que todos los que hacen algo por los demás, descansen en ti y de noche les instruyas en tus sendas. R.

Para que cada uno de nosotros sea una gran persona, padre o madre, hijo o hija, vecino, trabajador y ciudadano, colaborando siempre en el bien común. R.

Recoge Padre nuestros sueños de vivir contigo y en ti y fortalece nuestra estrecha relación contigo, para hacer realidad la construcción de tu Reino. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

4. CONSAGRACIÓN DEL TIEMPO

Lecturas a elegir: -----

Qohelet (Eclesiastés) 3,1-13: Todo tiene su tiempo.

Salmo 33. R. Bendeciré al Señor a todas horas.

2 Corintios 6,1-10.

Mateo 16,1-4: Distinguir los signos de los tiempos.

Marcos 13,28-37: Estar alerta.

Primero veamos: -----

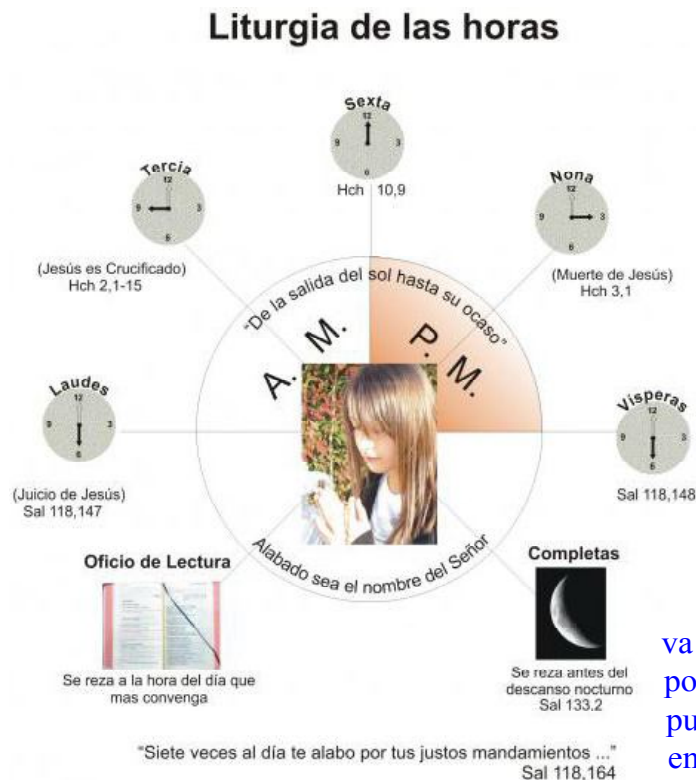
Sujetas al cambio, las realidades de este mundo son temporales. La temporalidad tiene que ver con el movimiento y el cambio. *En el hombre, el tiempo constituye una historia* y no sólo una sucesión de momentos, porque un sujeto consciente y libre permanece en los cambios. Si la persona, en su devenir temporal, no conserva algo permanente, no habría historia sino una sucesión ahistórica de momentos que no podrían atribuirse porque no sería *uno*. La conciencia de sí le permite poseer su pasado y proyectar el futuro, tener una historia personal e intervenir en la historia humana. La historicidad

del hombre es consecuencia de su espiritualidad supra-temporal en el tiempo. Su situación de ser *en* el tiempo y *por encima* de él deriva de su ser espíritu-alma-cuerpo.

Dividimos el tiempo en pasado, presente y futuro. ¿Qué da al tiempo su elemento de continuidad? El pasado está en la memoria; y el futuro en la imaginación. ¿Qué da al presente su carácter especial de fluidez? Lo realmente importante en ese vital y elusivo fluir es el *ahora*. Es el punto en que la eternidad irrumpe en el río del tiempo, como

una brasa de carbón con una corriente de aire enciende y chisporrotea. En el devenir del tiempo, vivimos en el *ahora*, que se mueve junto con nosotros. «*Hoy es el tiempo de salvación*»: el momento propicio para aceptar a Cristo. La única salvación la tenemos momento a momento: estamos *teniendo* vida eterna; vivir sin condenación cada momento sucesivo del *ahora*.

Supongamos que uno va manejando un automóvil por la carretera y llega a un punto donde el camino está en construcción. Detrás quedan cientos de kilómetros de



camino: los antiguos *ahoras* cristalizados en la memoria. Delante sólo hay proyectos de camino en moldes y planos de ingeniero, imaginación y esperanza. El punto principal es el *ahora*: la mezcladora de concreto que va formando el camino a medida que avanza.

Memoria y esperanza sería escape a la realidad si sustituyera la salvación *ahora*. La memoria de las grandes experiencias espirituales no supe el desafío de vivir santamente *ahora*. La salvación es un proceso continuo. La esperanza es parte de la gracia cuando enriquece la vida cristiana, pero es grave peligro si es un escape de la realidad presente. La imaginación es la cuna de la invención, pero también de sueños vanos. Muchos cristianos cubren la falla de su vida presente con la promesa de que *algún día* tendrán vencerán sobre el pecado, un mal hábito o cualquier otra falla. La salvación es un asunto de *ahora*.

La salvación como presente se arraiga en la Cruz. No como memoria; sino en nuestro momento existencial presente. Es fácil gloriarse en la Cruz y no tomar la cruz de cada día. La Cruz entra en nuestra experiencia cuando dejamos de impresionar a Dios con nuestras bondades y recibimos su perdón por la Sangre derramada. Mientras haya un hombre no convertido y el Reino de Jesucristo no cubra la tierra como las aguas el mar, el cristiano debe seguir llevando la Cruz en su corazón. El gozo del momento presente depende de que Cristo, crucificado y resucitado, viva en nosotros y nosotros en Él. Nada inferior contenta. La salvación es viviente, brillante, gloriosa, real, ¡*ahora!* Aunque no hayamos roto la comunión con Dios ni cometido pecado, cuando hay menos entusiasmo y fulgor en nuestra experiencia ¿cómo conservar ese sentido de milagro en nuestra vida cristiana?

Lo creado, también el tiempo, se incluye en la comunicación divinizadora con Dios, en el tiempo de la oración. A través de su Palabra y en el Espíritu, Dios invita al mundo; y en representación de la creación, la comunidad de hermanos del Hijo responde, ejerciendo su sacerdocio real y entonando su alabanza al Amor mostrado en los hechos de salvación. La comunidad hoy, rememora y anticipa la salvación cada vez que cumple el oficio de la

plegaria por el mundo, y los cristianos desempeñan su ministerio sacerdotal de mediación para incluir toda la creación en la salvación divina.

El cristiano sabe que todo fue creado «por Cristo y para Cristo» (Col 1,16), y que la historia tiene un sentido como «historia de salvación». Dios, que «quiere que todos los hombres se salven» (1Tm 2,4), ha intervenido enviando al mundo al Hijo y al Espíritu Santo, y continúa interviniendo para hacer que todo coopere al bien de los que le aman (cf Rm 8,28): conduce la creación entera a la recapitulación de todas las cosas en Cristo (cf Ef 1,10). Los tiempos son de Dios, Señor de la historia, que la dirige a su fin. El amor de Dios está detrás de cada acontecimiento, aunque de una manera a veces oculta para nosotros.

Pero esos caminos no están ya establecidos. La historia está indeterminada, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no quiso cerrar. El curso de hechos depende de nuestra respuesta libre al amor divino. La historia no es como una corriente que arrastra sin poder cambiar su rumbo. El cauce del río no está trazado de antemano. El cristiano ha de abrir camino, encauzar los acontecimientos guiado por la luz de Cristo.

La fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en cada momento de la vida, ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y problemas de la historia, iniciada en la creación y que terminará en la consumación. El cristiano no es apátrida, sino un miembro de la ciudad humana, con el alma llena del deseo de Dios. Dueños de nuestros actos, podemos con la gracia construir el destino eterno.

La Iglesia, enseñada por Cristo y los Apóstoles, permanece en la plegaria, y por la Oración de las Horas va santificando todas las horas de nuestras jornadas. El tiempo de nuestra existencia se impregna de oración, alabanza, súplica, intercesión, acción de gracias y «ofrenda permanente», preparando y extendiendo la Eucaristía. Santificar el tiempo es dedicarlo al servicio de Dios, y vivirlo como instrumento providencial para entrar en relación con él. Es glorificar al Padre, sujetando a su influjo benéfico nuestra historia personal y colectiva. Es introducir la salvación en el tiempo y

humano, y hacer que brille en nuestro valle la luz gloriosa de Dios.

La historia despliega el proyecto divino de salvación que alcanza en Cristo la «**plenitud de los tiempos**» (Ga 4,4), «**el tiempo se ha cumplido**» (Mc 1,15). En Él se unen el tiempo y la eternidad de Dios, consintiéndonos participar en esa unión de modo vital y concreto. Por eso se insiste que el Oficio Divino se haga «en el tiempo más aproximado al verdadero tiempo de cada Hora canónica» (SC 94; OGLH 11). Santificamos el curso de la existencia.

La Oración de las Horas centra en Dios la vida de los fieles, y ajustándose al ritmo biológico y secular de la naturaleza -día y noche, trabajo y descanso, vigilia y sueño-, asegura al Pueblo de Dios la armonía de acción-contemplación, tiempo laborioso y festivo, atención al mundo y expectación del cielo. Hace que los fieles participen de la armonía de la vida de Cristo: «Su actividad diaria estaba tan unida a la oración que incluso aparece fluyendo de la misma, como cuando se retiraba al desierto o al monte para orar, levantándose muy de mañana, o al anochecer, permaneciendo en oración hasta la cuarta vigilia de la noche» (OGLH 4).

Ya no es Breviario (libro abreviado y portátil para rezo privado), sino Liturgia de las Horas, *instaurado* en orden a su celebración litúrgica. Es liturgia, como la Eucaristía o los sacramentos; con su característica de estar constituida esencialmente por oración. Posee una eficacia cierta de gracia salvífica, que brota de la presencia de Cristo orante, prometida a cuantos se reúnen en su nombre (Mt 18,20; Jn 14,23). Una liturgia oracional *de Horas*, para la santificación continua del tiempo humano. Pide una participación consciente y activa, libre, atenta e intencional, no un cumplimiento vacío (SC 11,14-20,30,48,49, etc.).

Los que celebran la Liturgia de las Horas colaboran en ella a la difusión del Reino, como cuando se empeñan en tantas tareas nobles y necesarias,

«pues sólo el Señor, sin el cual nada podemos hacer (Jn 15,5), y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y el incremento (SC 85), para que diariamente seamos edificados como morada de Dios en el Espíritu (Ef 2,21-22), a la medida de la plenitud de Cristo (Ef 4,7), y redoblemos las energías para llevar la buena nueva de Cristo a los que están fuera (SC 2)» (OGLH 18).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

10. Fiel y obediente al mandato de Cristo: «Es necesario orar siempre y no desfallecer» (Lc 18,1), la Iglesia no cesa un momento en su oración y nos exhorta a nosotros con estas palabras: «Ofrezcamos siempre a Dios el sacrificio de alabanza por

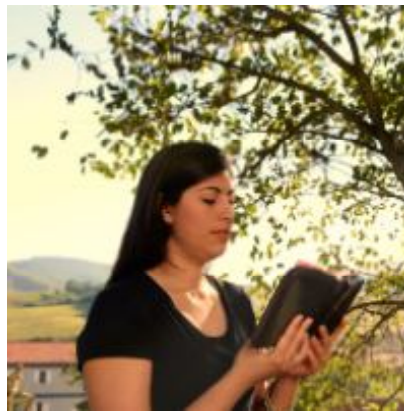
medio de Él (Jesús) (Hb 3,15). Responde al mandato de Cristo no sólo con la celebración eucarística, sino también con otras formas de oración, principalmente con la Liturgia de las Horas, que, conforme a la antigua tradición cristiana, tienen como característica propia la de servir para santificar el curso entero del día y de la noche .

11. Consiguientemente, siendo fin propio de la Liturgia de las Horas

la santificación del día y de todo el esfuerzo humano, se ha llevado a cabo su reforma procurando que en lo posible las Horas respondan de verdad al momento del día, y teniendo en cuenta al mismo tiempo las condiciones de la vida actual. Porque «ayuda mucho tanto para santificar realmente el día como para recitar con fruto espiritual las Horas, que la recitación se tenga en el tiempo más aproximado al verdadero tiempo natural de cada Hora canónica.

Y dice el Beato Pablo VI en la Constitución «*Laudis canticum*» n. 2:

Si el Señor nos *manda* orar siempre, significa que *quiere orar en nosotros* siempre, por la acción de su Espíritu. En la medida en que no oramos y vivimos olvidados de Dios, estamos *resistiendo* al Espíritu de Jesús. *¿Cómo podremos orar siempre?*



Ayudan muchas *prácticas privadas tradicionales*: repetición de jaculatorias, atención a la presencia de Dios, ofrenda reiterada de obras, súplicas frecuentes en las circunstancias de la vida, petición de perdón de pecados nuestros o ajenos, alabanzas y acciones de gracias... Siempre y en todo lugar tenemos que avivar la llama de la oración continua.

Pero la Iglesia, enseñada por Cristo y los Apóstoles, nos enseña la permanencia en la plegaria por la *Oración de las Horas*. Por éstas van siendo santificadas todas las horas de nuestras jornadas, y todo el tiempo de nuestra existencia va quedando impregnado de oración, alabanza, súplica, intercesión y acción de gracias. Así nuestra vida, haciéndose una «ofrenda permanente», se hace toda ella preparación y extensión de la eucaristía.

Luego actuemos:

Las Horas litúrgicas tienen su momento de celebración, de acuerdo al momento del día. Nos basamos en la rotación de la tierra en relación al sol, que marca el rito del día y de la noche. Artificialmente dividimos ese tiempo en horas, minutos y segundos, y sus principales momentos los marcamos con oración.

Los antiguos adoptaron la división astronómica del día para marcar los turnos de trabajo, y los monjes les acomodaron celebraciones al momento de inicio. Había dos momentos fuertes de oración: al iniciar y concluir el trabajo de la jornada; y otros breves al cambio de turno según el cómputo romano. Se adaptan a las personas que viven inmersas en el dinamismo estresante de la vida moderna. La vida se convierte en oración con momentos, pausas u oasis, en lo esclavizante del trabajo, para un diálogo entre Dios, que nos muestra su voluntad, y el fiel que le responde.

Las Horas litúrgicas tienen un movimiento interno. Comienza con una *introducción* o rito de entrada: invocación inicial, invitatorio, himno. Sigue la *salmodia*, elemento peculiar del Oficio Divino («siempre en salmos», Ef 5, 19). Después la *lectura*, y su eco espiritual en el *responsorio*. Y al *final*, la oración del que preside y la despedida de la asamblea.

El canto no es un mero elemento de adorno y solemnidad, sino pertenece a la naturaleza misma

de las Horas, en cuanto oración común y eclesial, participación festiva en la liturgia del cielo, y ayuda a los orantes (MS 37-41; OGLH 268). Todas las partes, especialmente himnos, salmos y responsorios, pueden cantarse (269). Sobre todo en domingos y fiestas (270-272), su canto es un objetivo pastoral (273-278). Y también los gestos, movimientos y actitudes corporales, elementos expresivos de la celebración (263-266).

El clima festivo, fruto de una celebración litúrgica cumplida según las normas. Invitatorio e himno, antífonas que orientan la significación del salmo, aclamaciones y respuestas, todos los elementos que contribuyen más a formar la comunidad y el espíritu de oración deben ser solícitamente cuidados. Los salmos, si no son cantados, se recitan con ritmo, viveza y variedad (OGLH 279). La belleza visual y sonora ha de ponerse al servicio del culto de Dios, creando en la comunidad orante las condiciones mentales y afectivas.

Propuesta para la Oración universal

Presentamos juntos en el altar las necesidades nuestras y de los hermanos, así como nuestros sueños y deseos para la humanidad entera. Respondemos a cada petición:

R. Enséñanos, Señor, a facilitarnos la vida.

Aquí estamos reunidos tus hijos, Señor, diferentes y complementarios, como las partes de un solo cuerpo. Ayúdanos a ver en el hermano un complemento y no un contrincante. R.

Por nuestra Iglesia, para que esté cercana a todos los hombres y mujeres de la tierra y a todas las situaciones, por difíciles y extrañas que parezcan, para liberar y ayudar a vivir. R.

Para que todos los creyentes, como María, sepamos agradecer y reconocer que tu Espíritu, Señor, está siempre en nosotros. R.

Por las personas que rigen el mundo, para que caigan en la cuenta de la importancia de su labor y se tomen más en serio la justicia. R.

Te ofrecemos, Padre bueno, nuestras peticiones, para que las recojas y nos fortalezcas y nos des la sabiduría de saber dar razones de nuestra fe. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

5. EJERCICIO DEL SACERDOCIO DE CRISTO

Lecturas a elegir: -----

Números 3,5-9: *Presentó a la tribu de Leví a Aarón para su servicio.*

Salmo 109. R. *Tú eres sacerdote para siempre.*

Romanos 12,3-13: *tenemos dones diversos según la gracia recibida.*

Hebreos 4,14-16; 5,7-9: *Nuestro sumo sacerdote se compadece de nuestras debilidades.*

1 Pedro 4,7-11: *Cada uno ponga la gracia recibida al servicio de los demás.*

Juan 15,9-17: *Ya no los llamo siervos, sino amigos.*

Primero veamos: -----

«Sacerdote» (del latín: «sacer» = sagrado; y «dotare» = dar) es quien da lo sagrado. Todos los pueblos han tenido personas o una clase que desempeña estas funciones. En todas las religiones ha habido mediadores entre lo sagrado-trascendente y el pueblo. Traen al pueblo oráculos y palabras de la divinidad, y llevan a la divinidad la oración y el sacrificio de parte del pueblo. Ese servicio inmediato a la Divinidad autoriza a celebrar culto público, ofrecer sacrificios, enseñar verdades religiosas y doctrinas esotéricas.

En Israel, el pueblo entero ejerce un verdadero sacerdocio (*Ex 19,6*).

Aunque dentro de la comunidad se estructura un sacerdocio para el culto y la palabra, como la familia de Leví (levitas) y los descendientes de Aarón, sobre todo al organizarse el templo de Jerusalén.

Cristo es constituido único Sacerdote de la Nueva Alianza (*Hb 3,1; 4,14ss; 9,10*). «Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y

puesto en favor de los hombres, instituido para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados» (*Hb 5,1-2*).

Sin embargo, el Sacerdocio de Cristo es original. Hay identidad entre sacerdote y víctima (*Hb 5,1; 8,3*). Jesús no era de familia sacerdotal, ni ejerció actividad en el templo, ni inmoló víctimas (*Hb 9,11*). Hizo la ofrenda eterna de su propio Sacrificio en la Cruz (*Hb 9,7.14; 10,10*), del cual nosotros celebramos el memorial en la Eucaristía (*1Co 11,24; Lc 22,19*), o Fracción del Pan (*Hch 2,42-44*). Cristo es sacerdote por naturaleza: mediador por la Encarnación, sacrificador por la Redención, e intercesor por su glorificación. Toda su obra salvadora es realizada por su Sacerdocio. Ser sumo y eterno sacerdote es el constitutivo esencial del Verbo encarnado, su razón de ser ante Dios y los hombres. La Iglesia, la santificación, los sacramentos, son consecuencias de su Sacerdocio.



Hay una diferencia esencial entre el Sacrificio de Cristo y los sacrificios de las demás religiones. Los sacerdotes de las demás religiones ofrecen víctimas ajenas a ellos, en una acción ritual. Cristo, por el contrario, no desarrolla su vida en el templo, ni ejerce en acciones rituales que llegan a término en un momento, sino estuvo metido en la vida de la gente y en sus ambientes. Toda su vida es un sacrificio de sí mismo, en una fidelidad de vida, que lo lleva hasta la Muerte en Cruz. Cristo ofrece, pues, un sacrificio espiritual, que consiste en el sacrificio de sí mismo, en la ofrenda de su propia obediencia al Padre.

Su ejecución en la Cruz no parece ofrenda ritual, ni muerte de un héroe o un mártir, sino la ejecución de un vulgar agitador iluso y sin derechos. Pero era la conclusión de una vida congruente con sus más hondas convicciones: fiel al Padre en su proyecto de salvarnos. Muere por nosotros: en favor nuestro y en lugar nuestro. Al ser Hombre-Dios, es el único Sacrificio que puede reparar la ofensa infinita, pagando un precio infinito, y conseguir así la unión definitiva de la creatura con Dios. El Padre acepta su Sacrificio espiritual resucitándolo, y sus actos entran en la eternidad para estar disponibles a todo tiempo y lugar. La Pascua de Cristo es así el culmen de su Sacerdocio. La vida surge a partir de la muerte. Y en su tránsito todos pasamos de este mundo a Dios, del pecado a la gracia, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida.

La Iglesia participa del Sacerdocio de Cristo. Los creyentes son ungidos, consagrados, como Cristo, mediante el Bautismo y la Confirmación, y habilitados para hacer de la propia vida una ofrenda, don y sacrificio. Participamos de la unción la Cabeza. Tenemos la misma dignidad sacerdotal, en cuanto hijos y siervos de Dios; la misma vocación a la santidad y al servicio; la misma libertad de hijos de Dios; la misma capacidad de convertir la propia vida en un don para los hermanos; la misma misión profética, sacerdotal y regia. El Sacerdocio de Cristo es el único en la Nueva Alianza. La Iglesia participa de él: «porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía» (SC 83).

Por el Bautismo y la Confirmación, quedamos constituidos como pueblo sacerdotal (LG 10,31): «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su admirable luz» (IP 2,9). Hay dos modos de participar en el único Sacerdocio de Cristo (CEC 1546): el sacerdocio común en virtud del Sacramento del Bautismo y la Confirmación; y el sacerdocio ministerial en virtud del Sacramento del Orden (Episcopado y Presbiterado).

«La doctrina católica, expresada en la liturgia, el magisterio y la práctica constante de la Iglesia, reconoce que existen dos grados de participación ministerial en el Sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado. El diaconado está destinado a ayudarles. Por eso el término ‘Sacerdos’ designa, en el uso actual, a los obispos y a los presbíteros, pero no a los diáconos. Sin embargo, la doctrina católica enseña que los grados de participación sacerdotal (episcopado y presbiterado) y el grado de servicio (diaconado) son los tres conferidos por un acto sacramental llamado Ordenación, es decir, por el Sacramento del Orden» (CEC 1554).

Clemente de Roma (Ep. Cor., 44, 4), la Didajé (14), y Tertuliano (De bapt., 17; «De præsc. hæc.», 41; «De exhort. cast.», 7) reconocen un sacerdocio oficial con el objetivo del Sacrificio de la Misa. El concepto del sacerdocio común puede rastrearse a partir de Justino Mártir (Dial. Trif., 116), Ireneo, (Adv. hæc., IV, 8, 3), y Orígenes (De orat., 28, 9; In Lev. hom. 9, 1), hasta Agustín (De civit. Dei, XX, 10) y León Magno (Sermo, 4, 1), y luego a Santo Tomás (STh III, q 82, a 1) y el Catecismo Romano. «No es de admirar que los fieles sean elevados a tal dignidad, pues por el Bautismo los cristianos, a título común, quedan hechos miembros del Cuerpo místico de Cristo sacerdote, y por el carácter que se imprime en sus almas son consagrados al culto divino, participando así, según su condición, del sacerdocio del mismo Cristo» (MD 87). Todo cristiano tiene carácter sacerdotal (IP 2,4.5.9; Ap 5,9-10); hace actos sacerdotales (Rm 12,1-2; Ef 2,11-21; Hb 4,14-16; 10,19-22; 13,15-16). Participa del sacerdocio real y profético de Jesús (STh III, 63,3).

Se distingue un aspecto espiritual regio, y otro aspecto sacramental y litúrgico, estrechamente unidos. El espiritual regio no es metafórico, sino plenamente real y efectivo. Dice relación al ofrecimiento de sí mismos, la dedicación de la propia vida a Dios, a ejemplo de Cristo, la virtud como expresión del sacrificio espiritual (IP 4,1-2). Es el sacerdocio de la santidad cristiana.

El aspecto sacramental y litúrgico es el que habilita para participar en el culto litúrgico, por medio del carácter recibido en el Bautismo. Es una consagración por la cual puede recibir él mismo y comunicar a otro las cosas relativas al culto. El único Sacrificio cultural es el del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los demás sacrificios han sido abolidos. Cualquier sacrificio no tiene sentido sino como expresión de la donación total de uno mismo a Dios.

Necesitamos momentos en los cuales se concrete y localice esta participación activa del Sacerdocio de Cristo. Al incorporarnos a la Nueva Alianza, Dios se apodera de nosotros para permitir que, por la liturgia, se realice en nosotros el mismo servicio que El realizó al encarnarse, morir e interceder. Por eso la liturgia es el ejercicio del Sacerdocio de Cristo. Nuestra participación en ese sacerdocio original se actúa en la celebración litúrgica.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

La función sacerdotal de Cristo en la Liturgia de las Horas

13. La «obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación de Dios, es realizada por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia, no sólo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos, sino también con preferencia a los modos restantes, cuando se desarrolla la Liturgia de las Horas. En ella Cristo está presente en la Asamblea congregada, en la Palabra de Dios que se proclama y «cuando la Iglesia suplica y canta salmos»

La santificación humana

14. La santificación humana y el culto a Dios se dan en la Liturgia de las Horas de forma tal que se establece aquí aquella especie de correspondencia o diálogo entre Dios y los hombres, en que «Dios habla a su pueblo... y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración». Los que participan en la Liturgia de las Horas pueden hallar una fuente abundantísima de santificación en la Palabra de Dios que tiene aquí principal importancia. En

efecto, tanto las lecturas, como los salmos que se cantan en su presencia están tomados de la Sagrada Escritura y las demás preces, oraciones e himnos están penetradas de su espíritu. Por tanto, no sólo cuando se lee lo que «fue escrito para nuestra enseñanza» (RM 15, 4), sino también cuando la Iglesia ora y canta, se alimenta la fe de cuantos participan y las mentes se dirigen a Dios presentándole la ofrenda espiritual y recibiendo de él su gracia con mayor abundancia.

Cumbre y fuente de la acción pastoral

18. Por consiguiente, los que tornan parte en la Liturgia de las Horas contribuyen de modo misterioso y profundo al crecimiento del pueblo de Dios ; ya que las tareas apostólicas se ordenan «a que todos, una vez hechos hijos de Dios por la fe y por el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor de este modo los fieles expresan en su vida y manifiestan a los otros «el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia, que tiene como propiedad el ser... visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina. A su vez, las lecturas y oraciones de la Liturgia de las Horas constituyen un manantial de vida cristiana. esta se nutre de la mesa de la Sagrada Escritura y de las palabras de los Santos, y se robustece con las plegarias. Pues sólo el Señor, sin el cual nada podemos hacer, y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y el incremento , para que diariamente seamos edificados como morada de Dios en el Espíritu , y redoblemos las energías para llevar la buena nueva de Cristo a los que están fuera.

Que la mente concuerde con la voz

19. Para que se adueñe de esta oración cada uno de los que en ella participan, para que sea manantial de piedad y de múltiples gracias divinas y nutra al mismo tiempo la oración personal y la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la mente concuerde con la voz. Muéstrense todos diligentes en cooperar con la gracia divina, para que ésta no caiga en el vacío. Buscando a Cristo y penetrando cada vez

más por la oración en su misterio alaben a Dios y eleven súplicas con los mismos sentimientos con que oraba el Divino Redentor.

Luego actuemos: -----

Debemos llegar a una nueva comprensión de la Liturgia de las Horas:

- a) Es oración de la Iglesia:** Su oración propia y oficial; la que con más profundidad la expresa ante Dios y ante los hermanos; y la constituye como Iglesia.
- b) Es la oración de toda la Iglesia:** Expresa siempre el «nosotros» comunitario del pueblo de Dios y cuerpo de Cristo (*1P 2,9-10; Ap 5,8; Rm 12,4-5; 1Co 10,16-17; 12,12-24*). Involucra a toda la Iglesia: universal, particular y local. Es la presencia de la Iglesia de Cristo en un determinado tiempo y lugar. Esa asamblea concreta palpita con el sentir universal, se abre a los horizontes de la Iglesia que peregrina por el mundo entero, la que está glorificada en el cielo (*SC 8; LG 49; 66-67*), y la que aún se purifica (*LG 50*).
- c) Educa en el sentido de Iglesia:** Teje el vínculo comunitario de pertenencia a la Iglesia, nos saca del ámbito individual para hacernos sentir pueblo y familia de Dios.
- d) Es una oración para bien de la Iglesia:** Para que la comunidad crezca y se afiance en su comunión con el Señor, su seguimiento como discípulo, y su misión evangelizadora. Los pecadores que la componen necesitan constantemente recibir el beneficio divino. Como sacramento universal de salvación, busca el bien de toda la humanidad.
- e) Hunde sus raíces en la tradición de la Iglesia:** Expresa la viva herencia orante que se transmite de generación en generación. Desde las aclamaciones de la Iglesia primitiva hasta los últimos retoques, cada época ha dejado huella. Se liga a los modelos y fórmulas de los mejores momentos de su historia, en enriquecimientos constantes. Su estructura se ha adquirido a lo largo de siglos.
- f) Oración estructurada por sus pastores:** Muchos pastores de la Iglesia, sobre todo en los

primeros siglos, crearon las fiestas, los himnos, las oraciones, seleccionaron las lecturas, etc. Se ha ido sedimentando a lo largo de los siglos. Los papas y obispos le han dado su estructura definitiva, vigilan la rectitud, para asegurar su eclesialidad.

- g) Expresa y estimula la unidad de la Iglesia:** Participamos en la misma fe y el mismo Bautismo (*Ef 4,4-6*). Expresamos en la unidad los distintos carismas para el bien común (*Ef 4,7-13; Rm 12,3-8; 1Co 12,4-11*). Recoge la oración de Jesús por la unidad (*Jn 17*). Por eso sigue un ritual común, sus oraciones expresan la comunión con toda la Iglesia, y seguimos un calendario común en muchas fechas. Unidad no significa necesariamente uniformidad.
- h) Es una oración pública y comunitaria:** No se limita al ámbito privado. Se hace en comunidad, buscando crearla y fortalecerla. Refleja y alimenta el sentido de comunidad eclesial, mediante la participación plena, consciente y activa (*SC 11*). Asume a la vez todas las voces particulares, sin suprimir la singularidad de expresiones, ni borrar los rostros y necesidades de cada creyente.
- i) Es una pedagogía eclesial de la fe:** Expresa la auténtica fe de la Iglesia, en forma de oración, para hacerla crecer. El depósito de la fe es expresado en forma celebrativa, la fe es celebrada como don. Y la celebración, por la fe orante, se prolonga en la vida cotidiana.

Propuesta para la Oración universal

Como pueblo sacerdotal, presentemos al Señor nuestras peticiones. En cada intención procederemos del siguiente modo: Un servidor de la plegaria expresará la intención; luego, haremos una pausa de oración en silencio; enseguida yo, como presidente de la celebración, expresaré una oración; y al final todos responderán:

***R. Que nunca nos falte tu ayuda,
te lo pedimos por tu Hijo Jesús. Amén.***

1. Oremos por nosotros la Iglesia: por el Papa, los Obispos y todo el pueblo cristiano. (*Pausa de silencio*).

Dios de bondad, que la fuerza de tu Espíritu nos llegue a cuantos integramos la Iglesia, para que no presentemos un rostro de poder y riqueza, sino que estemos siempre del lado de los desheredados de este mundo y sirvamos eficazmente a la implantación de tu Reino. R.

2. Oremos por todas las personas creyentes del mundo, no importa si llaman a Dios Yahvé, Dios, Alá o cualquier otro nombre, para que sean fieles a sus creencias y éstas les hagan crecer como personas justas y responsables. *(Pausa de silencio)*.

Dios único y de todos, que estás por encima de todas las religiones y nos amas a todos por igual, te prometemos profundizar en nuestra espiritualidad y vida interior, para que cada uno de nosotros llegue a la verdadera plenitud humana. R.

3. Oremos por quienes no creen en Dios, por quienes no han podido o no desean reconocer la existencia de la divinidad. *(Pausa de silencio)*.

Dios Padre Creador del Universo, quisiéramos contribuir a que cada hombre y cada mujer, con independencia de su creencia, quiera y pueda construir su vida en el amor y la justicia hacia quienes les rodean y en el respeto hacia la naturaleza. R.

4. Oremos por los que gobiernan, los políticos, quienes detentan poder fáctico, los jueces,

comunicadores, quienes ejercen cualquier poder o responsabilidad sobre los demás. *(Pausa de silencio)*.

Dios de la Libertad, nos proponemos hacer que el destino de todos los habitantes de la Tierra esté en manos de personas responsables y honestas, elegidas libremente, que pongan por encima de intereses políticos o económicos los intereses de sus pueblos y desarrollen políticas que busquen la paz, la cultura y la libertad. R.

5. Oremos por los empobrecidos, los marginados, los que están solos, los que sufren, por todos los crucificados del mundo. *(Pausa de silencio)*.

Dios misericordioso, deseamos fervientemente llevar el consuelo a los que lloran y sufren, acompañarles en su dolor, y ofrecerles compañía y luz solucionar sus problemas y hacerles verdaderamente felices. R.

6. Roguemos por nosotros, para que nuestros lazos en la fe se plasmen en cariño mutuo y como comunidad luchemos en la construcción de un mundo mejor. *(Pausa de silencio)*.

Dios Madre y Padre nuestro, bendice a todos tus hijos, infúndenos alegría de vivir, sed de justicia, perseverancia en la oración, constancia en el compromiso y paciencia en el camino de la Cruz. R.



6. DEL HOMBRE A DIOS Y DE DIOS AL HOMBRE

Lecturas a elegir: -----

Deuteronomio 7,6-11: El Señor los ama
y los ha elegido.

Jeremías 31,1-4: Te he amado con amor eterno.

Salmo 42. Mi alma tiene sed de Dios.

Hechos 17,22-31: Pablo en el Areópago.

Mateo 11,25-30: Te bendigo, Padre,
Señor del cielo y de la tierra.

Primero veamos: -----

El diálogo es una comunicación entre dos seres que abren su interioridad, su misterio, al otro, y esta comunicación íntima crea una comunión de vida y una complicidad de amor o amistad. Eso ocurre entre Dios y nosotros. Él toma la iniciativa y nos abre su intimidad, pero espera que hagamos lo mismo. Quiere vivir con nosotros y que vivamos con él, en una comunión de amor. No es un Dios encerrado en su propia felicidad, indiferente a los avatares de la raza humana.

En un desbordamiento de su vida íntima, que es amor, decidió crear al hombre para compartir su felicidad con él. Y, tan pronto le dio la vida, comenzó a revelarle su designio amoroso, hablándole a través de todo lo creado e invitándole a una íntima comunión con él revestido de gracia y justicia resplandecientes. Los primeros progenitores de la humanidad no aceptaron esta oferta y, al romper las relaciones con Dios, dejaron a sus descendientes separados de Dios, divididos entre sí y dañados en su propio ser. Dios insistió en la oferta y restauró al hombre; cuida del género humano sin abandonarlo a su suerte.

Y Dios comenzó a hablar de nuevo con el hombre con palabras humanas para ofrecerle de nuevo su amistad: «historia de la salvación». Se dirigió a personas concretas, Abrahán, Isaac, Jacob, llamándolas por su nombre, prometiendo un futu-

ro mejor y proponiendo una alianza de amor. El grupo de amigos de Dios constituyeron un pueblo. Dios los liberó de la esclavitud histórica y pactó una alianza colectiva que les convirtió en el «pueblo de Dios», propiedad suya y portador de esperanza para toda la humanidad. A este pueblo Dios le fue revelando su rostro y sus planes a través de portavoces, profetas que, inspirados por Dios, fueron capaces de traducir en palabras humanas su lenguaje inefable. La Palabra divina a través de los profetas fue capaz de iluminar oscuridades, convertir infidelidades y madurar la relación de amistad gracias al amor siempre fiel, compasivo y misericordioso de Dios.

Y el día que él quiso, la comunicación divina dio un viraje inesperado, preparado por Dios e intuido por el hombre: Dios se presentó ante el hombre en la persona de su Hijo, él único que lo conocía. Se hizo uno de nosotros y vivió entre nosotros. En él, su Palabra, nos ha dicho todo lo que quería decirnos. Las palabras anteriores aparecen como preparación de esta última y en ella alcanzan su significación. En Jesús, Dios nos lo ha dicho y nos lo ha dado todo: se dio a sí mismo. Y con ello nos ha abierto su propia vida para que podamos entrar en ella. A partir de este momento, todos los que crean en el Hijo y lo reciban en su vida, serán constituidos hijos de Dios y partícipes de la vida divina.

Esa historia de amor entre Dios y la humanidad sigue y en la propia historia se reproduce. Creados para ser amigos de Dios, llamados personalmente por él, insertados en el pueblo de Dios, liberados de nuestra esclavitud, invitados e iluminados constantemente por su Palabra, rescatados de nuestras infidelidades, acariciados por promesas inefables y llamados por Jesús, presente en nuestra vida, que nos dirige su mensaje y nos ofrece su amistad. En cada uno la historia se reinventa de modo absolu-

tamente original e irreplicable, pues Dios no ama «al hombre», sino a personas concretas, con nombre y apellido. Cada vez que recordamos la historia de la salvación, desde Abrahán a Jesús, esa historia se convierte en clave y luz para descubrir la verdad de nuestra propia historia.

Reunidos con la comunidad creyente, oramos esa historia, escuchando a los profetas y haciendo presente a Jesús-Palabra. En cada Hora Dios me declara su amor: «¿Quieres ser mi amigo?». Y yo le contesto: «No lo merezco, pero... Gracias por tu paciencia y amor incomprensible». Ese diálogo repetido y siempre nuevo va construyendo mi vida.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

Alabanza a Dios en unión con la Iglesia del cielo

15. En la Liturgia de las Horas la Iglesia, desempeñando la función sacerdotal de Cristo su cabeza, ofrece a Dios, «sin interrupción» el sacrificio de alabanza, es decir, la primicia de los labios que cantan su nombre. Esta oración es «la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún: es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre» «Por tanto, todos aquellos que ejercen esta función, por una parte cumplen la obligación de la Iglesia y por otra participan del altísimo honor de la Esposa de Cristo, ya que, mientras alaban a Dios, están ante su trono en nombre de la madre Iglesia».

16. Con la alabanza que a Dios se ofrece en las Horas, la Iglesia canta asociándose al himno de alabanza que perpetuamente resuena en las moradas celestiales; y sienta ya el sabor de aquella alabanza celestial que resuena de continuo ante el trono de Dios y el Cordero, como Juan la describe en el Apocalipsis. Porque la estrecha unión que se da entre nosotros y la Iglesia, se lleva a cabo cuando «celebramos juntos, con fraterna alegría, la alabanza de la Divina Majestad y todos los redimidos por la sangre de Cristo de toda tribu, lengua, pueblo y nación (cf Ap 5,9), congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios Uno y Trino».

Esta liturgia del ciclo casi aparece intuida por los profetas en la victoria del día sin ocaso, de la luz sin tinieblas. «Ya no será el sol tu luz en el día ni te alumbrará la claridad de la luna; será el Señor tu luz perpetua» (Is 60,19, cf Ap 21,23,25). «Será un día único, conocido del Señor, sin día ni noche, pues por la noche habrá luz» (Zac 14,7). Pero «hasta nosotros ha llegado ya la plenitud de los tiempos (cf 1Co 10,11) y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente.» De este modo la fe nos enseña también el sentido de nuestra vida temporal, a fin de que unidos con todas las criaturas anhelemos la manifestación de los hijos de Dios». En la Liturgia de las Horas proclamamos esa fe, expresamos y nutrimos esa esperanza, en cierto modo participamos del gozo de la perpetua alabanza y del día que no conoce ocaso.

Súplica a intercesión

17. Además de la alabanza a Dios, la Iglesia expresa en la Liturgia los ofrecimientos y deseos de todos los fieles, más aún: se dirige a Cristo, y por medió de él al Padre, intercediendo por la salvación del mundo. No es sólo de la Iglesia esta voz, sino también de Cristo, ya que las súplicas se profieren en nombre de Cristo, es decir, «por medio de Nuestro Señor Jesucristo» y la Iglesia continúa las plegarias y súplicas que brotaron de Cristo durante su vida mortal y que por lo mismo poseen singular eficacia. Por tanto, la comunidad eclesial ejerce su verdadera función de conducir las almas a Cristo no sólo con la caridad, el ejemplo y los actos de penitencia, sino también con la oración. Esta incumbencia atañe principalmente a todos aquellos que han recibido especial mandato para celebrar la Liturgia de las Horas: los obispos y presbíteros, que cumplen el deber de orar por su grey y por todo el pueblo de Dios, y los demás ministros sagrados y los religiosos.

Luego actuemos

Todos, desde el instante en que nacemos, estamos invitados al diálogo con Dios, somos interlocutores. Esta afirmación fundamental de nuestra fe no está en la conciencia de nuestros contemporáneos. Muchos no conciben mantener

un verdadero diálogo con Él. Es el diálogo más profundo y completo que puede darse entre Dios y el hombre. El reto de la Iglesia en la Nueva Evangelización, no es solo hablar bien de Dios, sino ser servidora de su Palabra. En un mundo que parece no oír a Dios, e incluso le hace callar, la misión de la Iglesia es vocear la Palabra y ayudar a escucharla y darle respuesta. Los buscadores de Dios aprenden a escuchar la Palabra divina en las palabras humanas y, a través de ellas, mantener un coloquio filial con quien, en Cristo, se reveló como Padre.

Abraham intercedió por los pobladores de Sodoma y Gomorra dirigiéndose a Dios como Señor; Jesús, en cambio, nos enseña que Dios es nuestro 'Padre'. Es la diferencia entre Antiguo y Nuevo Testamento. Ya no una oración de servidor, sino del hijo que le abre el corazón a su Padre, exponiéndole sus necesidades en forma sencilla y espontánea.

La parábola del amigo inoportuno con la que Jesús nos enseña a orar con perseverancia e insistencia, sin miedo a ser indiscretos frente a nuestro Padre y amigo: 'pidan, busquen, llamen'. Dios no tiene horarios frente a la oración de un humilde hijo que le pide ayuda. Debemos saber leer dónde y cómo está respondiendo Dios, tal vez de modo diferente al que esperamos. Descubrir en la misma oración la respuesta oculta de Dios. No debe faltar la gracia de ser fieles a Dios cada día, asegurada al que ora sin cansarse. Tener la certeza de que el que pide recibe siempre, Dios nunca deja de dar a sus hijos lo que necesitan.

Propuesta para la Oración universal

Presentamos ante el Señor los gozos y sombras de toda la humanidad, para que Él las llene de su presencia y de su Amor, las bendiga y nos las haga llevaderas. Respondemos a cada invocación diciendo:

R. Padre bueno, alégranos el corazón.

En estas fiestas de nuestra comunidad, te pedimos juntos por nuestra Iglesia, para que todos los que pertenecemos a ella te anunciemos como buena noticia. R.

Por todos los hermanos necesitados que están pasando hambre, desempleo, soledad, vicios y dificultades, para que los cristianos les tratemos como hermanos. R.

Ponemos también en el altar nuestros miedos, ansiedades e inseguridades, para que descansemos en la seguridad de tu llegada a nuestras vidas. R.

Traemos al altar a los desencantados, desanimados, desilusionados y depresivos, para que entre nosotros y tú les ayudemos a estar más vivos. R.

Por toda la gente que no te conoce, por los que te han querido y te han olvidado. y por los que no consiguen que nazcas en sus corazones. R.

Para que los aquí presentes seamos sal para dar alegría a la vida y luz para iluminar los caminos. R.

Escucha, Señor, las súplicas de tu pueblo, que te escucha y responde con su oración y su vida. Por Jesucristo nuestro Señor.



7. ORACIÓN COMUNITARIA

Lecturas a elegir: -----

Hechos 2,42-47: *Participaban unidos en la oración.*

Salmo 102. *Bendito sea el Señor,
Padre de misericordia.*

Gálatas 4,4-7: *No somos esclavos sino hijos.*

Mateo 7,21-27: *La casa construida sobre roca.*

Juan 17,1-11: *Padre, glorifica a tu Hijo.*

Primero veamos: -----

La Liturgia de las Horas es el conjunto de oraciones (salmos, antífonas, himnos, oraciones, lecturas bíblicas y otras) que la Iglesia ha organizado para orar en determinadas horas de cada día. Como liturgia, constituye la plegaria pública y oficial de la Iglesia. Su fin es consagrar las horas al Señor, extendiendo la comunión con Cristo efectuada en el Sacrificio de la Misa. Quien lo celebra ora con la Iglesia esté físicamente solo. Es necesaria la oración privada, pero también que recemos formalmente unidos como Iglesia.

Se hace en diferentes «horas» del día. Las principales: Laudes, por la mañana antes de comenzar las labores, y Vísperas al atardecer, cuando regresamos a casa. Esos 15 minutos se pueden hacer en familia, uniéndose a la oración de la Iglesia. Es la forma oficial de implementar en la vida diaria la «oración continua» de manera que se mantenga una perpetua comunión con Dios. Siendo oración hecha como Cuerpo de Cristo, es la misma respiración de la Iglesia y expresión de la vida cristiana que es unión con Dios.

Clero, religiosos y religiosas, oran por el pueblo y en nombre del pueblo que se les ha encomendado. Lo ideal es hacerlo con su pueblo. La Iglesia lo recomienda a todos los fieles. San Pío X, en 1903 exhortó encarecidamente al pueblo cristiano a participar en el Oficio Divino. El **Concilio Vaticano II** confirmó esta recomendación. «**Los fieles que celebran la Liturgia de las Horas se**

unen a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, por la oración de los salmos, la meditación de la Palabra de Dios, de los cánticos y de las bendiciones, a fin de ser asociados a su oración incesante y universal que da gloria al Padre e implora el don del Espíritu Santo sobre el mundo entero» (CEC 1196). «Se invita encarecidamente también a los demás fieles a que, según las circunstancias, participen en la Liturgia de las Horas, puesto que es acción de la Iglesia.» (CIC 1174 § 2). Cuando la celebramos lo hacemos no tanto en nombre propio como en nombre de toda la Iglesia e incluso en nombre del Señor Jesús, para bien de la Iglesia y de todo el mundo.

El 15 de Noviembre de 2000, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos precisa su obligación, recitación íntegra y tiempo adecuado de celebración. Aunque la recite solo o privadamente, «estas oraciones se realizan privadamente, pero no imploran cosas privadas» (Gilbertus de Holland, Sermo 23 in Cant. PL 184,120). No son un acto privado sino parte del culto público de la Iglesia; el ministro sagrado cumple con su deber eclesial: en la intimidad de un templo, oratorio, o casa, aunque nadie lo acompañe, celebra un acto en nombre de la Iglesia y en favor de ella, e incluso de la humanidad entera.

Dice el rito de Ordenación del diácono: «¿Quieren conservar y acrecentar en ustedes el espíritu de oración correspondiente a su estilo de vida, y en ese mismo espíritu cumplir fielmente, según su condición, con la celebración de la Liturgia de las Horas en unión con el Pueblo de Dios, para su bien e incluso para el de todo el mundo?». Ahí el ministro sagrado pide y recibe de la Iglesia el mandato de la recitación de la Liturgia de las Horas, en el ámbito de responsabilidades ministeriales, más allá de su piedad personal.

Se encuentran unidos en el ministerio de intercesión por el pueblo de Dios que les ha sido

confiado, como Moisés (Ex 17,8-16), los Apóstoles (1Tm 2,1-6) y Jesucristo que a la derecha del Padre e intercede por nosotros» (Rm 8,34). «Quien recita los salmos en la Liturgia de las Horas no lo hace tanto en nombre propio como en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona del mismo Cristo» (OGLH 108).

«Obispos, presbíteros y demás ministros sagrados que han recibido de la Iglesia el mandato de celebrar la Liturgia de las Horas deberán recitarlas diariamente en su integridad y, en cuanto sea posible, en los momentos del día que de veras correspondan» (OGLH 29). «Están obligados a cumplir cada día con la Liturgia de las Horas, usando sus propios libros litúrgicos, debidamente aprobados» (CIC 276, § 2, n. 3).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

20. La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él. Su celebración eclesial alcanza el mayor esplendor, y por lo mismo es recomendable con grado sumo, cuando con su obispo, rodeado de los presbíteros y ministros, la realiza una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica». Esta celebración, incluso, cuando ausente el obispo, la realiza el cabildo de canónigos u otros presbíteros, téngase siempre de forma que, responda de veras a la hora del día, y en lo posible con participación del pueblo. Lo cual vale también para los cabildos colegiales.

9. Por tanto, el ejemplo y el mandato de Cristo y de los Apóstoles de orar siempre e insistentemente, no han de tomarse como simple norma legal, ya que pertenecen a la esencia íntima de la Iglesia, la cual, al ser una comunidad, debe manifestar su propia naturaleza comunitaria incluso cuando ora. Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, donde por vez primera se habla de la comunidad de fieles, aparece ésta congregada en oración «con las mujeres y con María la madre de Jesús y sus hermanos» (Hch 1,14), «La muche-

dumbre de los que habían creído tenían un corazón y un, alma sola» (Hch 4,37), y esta unanimidad se fundaba en la Palabra de Dios, la comunión fraterna, la oración y la Eucaristía. Sí bien la oración hecha en oculto y cerrada la puerta que es necesaria y debe recomendarse siempre, la realizan los miembros de la Iglesia por medio de Cristo y en el Espíritu Santo, la oración comunitaria encierra una especial dignidad conforme a lo que el mismo Cristo manifestó: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).

21. Allí donde sea posible celebrarán comunitariamente y en la iglesia las Horas principales también las otras asambleas de fieles, que «en cierto modo representarán la Iglesia y visible constituida por todo el orbe de la tierra». Entre ellas ocupan lugar eminente las parroquias, que son como células de la diócesis constituidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo.

22. Por tanto cuando los fieles son convocados y se reúnen para la Liturgia de las Horas, uniendo sus corazones y sus voces, visibilizan a la Iglesia que celebra el misterio de Cristo.

27. Se recomienda asimismo a los laicos, dondequiera que se reúnan en asambleas de oración, de apostolado, o por cualquier otro motivo, que reciten el Oficio de la Iglesia, celebrando alguna parte de la Liturgia de las Horas. Es conveniente que aprendan, en primer lugar, a adorar al Padre en espíritu de verdad. y que se den cuenta de que el culto público y la oración que celebran atañe a todos los hombres y puede contribuir en considerable medida a la salvación del mundo entero. Conviene finalmente que la familia, que es como un santuario doméstico dentro de la Iglesia, no sólo oro en común, sino que además lo haga recitando algunas partes de la Liturgia de las Horas, cuando resulte oportuno, con lo que se sentirá más insertada en la Iglesia.

Luego actuemos: -----

Sacerdotes y religiosos tienen obligación de celebrar la Liturgia de las Horas. Pero la Iglesia invita a todos a hacerlo: también a los fieles laicos, según las circunstancias, puesto que es acción de la Iglesia (CIC 1174 § 2)

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

33. La Liturgia de las Horas se rige por sus propias leyes, estructurando de un modo peculiar los diversos elementos que se dan en las demás celebraciones cristianas; así está dispuesto que siempre se tenga la salmodia, precedida de un himno; seguidamente la lectura, breve o más extensa, de la Sagrada Escritura, y finalmente, las preces. Tanto en la celebración comunitaria, como en la recitación a solas, se mantiene la estructura esencial de esta Liturgia, que es un coloquio entre Dios y el hombre. Sin embargo, la celebración comunitaria pone más de manifiesto la índole eclesial de la Liturgia de las Horas, facilita la participación activa de todos, conforme a la condición de cada uno, con el diálogo, la salmodia alternada y otros medios semejantes, y tiene más en cuenta los diversos géneros de expresión. De aquí el que siempre que pueda tenerse una celebración comunitaria con concurrencia y participación activa de los fieles, haya de preferirse a una celebración a solas y en cierto modo privada. Cuando proceda, será ventajoso, además, cantar el Oficio en coro y en comunidad, teniendo en cuenta la naturaleza y la función propia de cada parte. De este modo daremos cumplimiento a la advertencia del Apóstol: «La Palabra de Dios habite en ustedes con toda su riqueza; instrúyanse y amonéstense con toda sabiduría, canten agradecidos a Dios en sus corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados» (Col 3,16; cf Ef 5,19-20).

253. En la celebración de la Liturgia de las Horas, lo mismo que en las demás acciones litúrgicas, «cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas»

254. Si preside el obispo, sobre todo en la Iglesia catedral, estará acompañado de su presbiterio y de los ministros, con la participación plena y activa del pueblo. No obstante, toda celebración con asistencia del pueblo la presidirá ordinariamente, el sacerdote o el diácono, debiendo estar presentes asimismo los ministros.

255. El presbítero o el diácono que preside la celebración puede llevar la estola sobre el alba o el sobrepelliz e incluso el pluvial en el caso del presbítero. No hay inconveniente en que en las mayores solemnidades varios presbíteros vayan revestidos de pluvial y los diáconos de dalmática.

256. Pertenece al sacerdote o diácono que preside el dar comienzo al Oficio, desde su sede, con el Padrenuestro, empezar la invocación inicial, recitar la oración conclusiva, saludar al pueblo, bendecirlo y despedirlo.

257. Puede recitar las preces el sacerdote o el ministro.

258. Si no estuvieran presentes el presbítero o el diácono, el que preside el Oficio es solamente uno entre iguales; no sube al presbiterio y no saluda ni bendice al pueblo.

259. Quienes desempeñan el oficio de lector recitarán de pie en un lugar adecuado, las lecturas, tanto las largas como las breves.

260. El comienzo de las antífonas, de los salmos y de los otros cantos ha de hacerse por uno o varios cantores. En lo que atañe a la salmodia, obsérvese lo dicho en los nn. 121-125.

261. Mientras se profiere el cántico evangélico, en los Laudes matutinos y Vísperas se puede incensar el altar y, a continuación, también al sacerdote y al pueblo.

262. La obligación coral afecta a la comunidad; pero no al lugar de la celebración, que no es necesariamente el templo, sobre todo tratándose de aquellas horas que no son recitadas de un modo solemne.

263. Todos los participantes estarán de pie: a) durante la introducción del Oficio y la invocación inicial de cada Hora; b) mientras se dice el himno; c) durante el cántico evangélico; d) mientras se dicen las preces, el Padrenuestro y la oración conclusiva.

264. Todos escucharán sentados las lecturas, a no ser la del Evangelio.

265. Mientras se recitan los salmos y los otros cánticos con sus antífonas, la asamblea estará sentada o de pie, según fuere costumbre.

266. Todos harán la señal de la cruz, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho: a) al comienzo de las Horas, cuando se dice Dios mío, ven en mi auxilio; b) al comienzo de los cánticos evangélicos: «Benedictus», «Magnificat» y el «Nunc dimittis». Harán la señal de la cruz sobre la boca al comienzo del Invitatorio al proferir las palabras «Señor, ábrame los labios».

Propuesta para la Oración universal

Presentamos en nuestra mesa de la Eucaristía las peticiones y necesidades de todos los seres de la tierra, para que Él nos impulse a hacer un mundo nuevo. Y respondemos:

*R. Que seamos, Señor,
un regalo para los demás.*

Que como la viuda pobre, José de Arimatea y los Magos de Oriente, te regalemos lo que tenemos y necesitas tú o los demás. Oremos.

Por todos nosotros, que no andemos distraídos con las cosas cotidianas ni dejemos de ver la belleza de lo pequeño, de la vida y de las personas. Oremos.

Hoy queremos ponernos en tu presencia para que nos hagas sencillos como los niños, nos mantengas ilusionados y confiados y demos nuestro amor a los demás. Oremos.

Para que tu Iglesia sea lo que el mundo necesita de acompañamiento, entusiasmo por Ti, consuelo, salud, justicia y optimismo para la humanidad. R.

Que todos nosotros reunidos en torno a tu Mesa sepamos descubrir el regalo que todo el mundo lleva dentro, como ser único e irrepetible. R.

Recoge, Padre, todas nuestras ilusiones de principio de año que hoy, con actitud infantil y profunda te presentamos, para que nos ayudes a hacerlos realidad.

8. LAUDES, ORACIÓN DE LA MAÑANA

Lecturas a elegir: -----

Efesios 5,8-14: Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará.

Salmo 62. R. Exulto de gozo en tu presencia, Señor.

Juan 20,1-10: Vio y creyó.

Primero veamos: -----

Laudes y Vísperas son las Horas *legítimas*, es decir, establecidas por la Iglesia, para que la comunidad se reúna con Cristo en la alabanza y la súplica. El *Oficio de los Monasterios* comprendía otras horas diurnas y nocturnas, el *de las iglesias catedrales* o parroquiales congregaba a los fieles en asamblea de oración al comienzo y al final de la jornada.

«Laudes como oración matutina y Vísperas como oración vespertina, según la venerable tra-

dición de la Iglesia, son el doble quicio sobre el que gira todo el Oficio cotidiano» (SC 89a). *«Los Laudes y las Vísperas...se deben considerar y celebrar como las Horas principales (SC 89a,100)»* (OGLH 37). *«La oración de la comunidad cristiana deberá consistir, ante todo, en los Laudes de la mañana y las Vísperas: foméntese su celebración pública y comunitaria, sobre todo entre aquellos que hacen vida común. Recomiéndese incluso su recitación individual a los fieles que no tienen la posibilidad de tomar parte en la celebración común»* (OGLH 40).

De las tres oraciones diarias acostumbradas en Israel, la matutina y la vespertina pasaron desde el principio a la tradición orante de la Iglesia, en forma comunitaria (Plinio el Joven, Clemente, Tertuliano e Hipólito). Para Clemente, en la mañana Cristo surge como un sol para disipar las tinie-

blas de la ignorancia. Tertuliano calificaba de *legítimas* las realizadas en Cristo «al salir el sol y al caer la tarde». Hipólito, ofreciéndonos la más antigua oración de bendición de la lámpara, esboza una teología de Vísperas. A partir del siglo V, las liturgias romana, ambrosiana, galicana e hispánica, en sus colecciones de oraciones, permiten conocer la significación teológica y litúrgica de estas Horas, presentes en las ferias del Tiempo Ordinario, al final de Laudes y Vísperas.

Simbolismo de la luz y las tinieblas

El progreso moderno ha alterado la relación entre el hombre y la naturaleza, entre el ritmo de la vida humana y las cadencias naturales del mundo. Los efectos negativos de tales distorsiones en la salud psico-somática suscitan un deseo de *volver a lo natural*, sumergirse más fielmente en la respiración misma del cosmos. El hombre actual guarda viva sensibilidad ante la belleza del mundo. Los fenómenos naturales, el renacer primaveral de los campos, la oscuridad silenciosa de la noche, la alegría de la luz mañanera, siguen conmoviendo el corazón humano como hace miles de años. Sólo que esa emoción religiosa se hace en el hombre actual secularizado simple emoción estética.

El día habla de luz y calor, energía y vida; la noche sugiere frío, sueño y muerte, también para el hombre moderno tan analfabeto en el lenguaje simbólico. Día y noche, vida y muerte, luz y tinieblas, tienen una elocuencia dialéctica que conmueve el corazón. Desde el Génesis, que entiende la creación como un triunfo del cosmos sobre el caos, y de la luz sobre las tinieblas (Gn 1,3s), hasta el Apocalipsis, en que el mismo Dios es la luz única de los cielos nuevos y la nueva tierra (Ap 21,23), toda la historia es un lucha dramática entre la luz y las tinieblas. Cristo, en la plenitud de los tiempos, por su Encarnación y su Resurrección, surge en este mundo como «luz verdadera», «luz del mundo», «luz de los hombres» (Jn 1,4.9; 8,12; 9,5; 1Jn 1,5). Si hay hombres tenebrosos que rechazan esa luz y se cierran en sí mismos (Jn 1,11; 3,19), también hay fieles que, recibéndola, llegan a ser «hijos de la luz» (12,36).

Santificación del comienzo del día.

«Los laudes matutinos están dirigidos y ordenados a santificar la mañana, como se ve claramente en muchos de sus elementos. San Basilio expresa muy bien este carácter matinal con las siguientes palabras: ‘Al comenzar el día oramos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado de gozo con el pensamiento en Dios, según está escrito: ‘Me acordé del Señor y me llené de gozo’ (Sal 76,4), ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: ‘Por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa, me acerco y te miro’ (Sal 5,4-5)»» (OGLH 38a).

Los fieles, antes de iniciar las actividades de la jornada, ofrecen anticipadamente a Dios todas sus labores, y buscan *potenciar* su capacidad humana creativa con el impulso santificador de la gracia divina: «Señor, dirige y santifica en este día nuestros cuerpos y nuestros corazones, nuestros sentidos, palabras y acciones, según tu ley y tus mandatos, para que, con tu auxilio, alcancemos la salvación ahora y siempre» (Lunes II; +Lunes III).

Lo que es (cuerpo, corazón y sentidos), lo que él produce (pensamientos, palabras y acciones) lo *dedica* al Señor en la jornada, de modo que su gracia sea el impulso continuo de su actividad. «Tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti, como en su fuente, y tienda siempre a ti, como a su fin» (Lunes I; Viernes IV). Es la *espiritualidad del trabajo*: colaboración con el Creador:

«Señor Dios, que encomendaste al hombre la guarda y *el cultivo de la tierra*, y creaste la luz del sol en su servicio, concédenos hoy que, con tu luz, *trabajemos sin desfallecer* para tu gloria y para el bien de nuestro prójimo» (Lunes IV). «Dios todopoderoso, *de quien dimana* la bondad y hermosura de todo lo creado, haz que *comencemos* este día con ánimo alegre y *realicemos nuestras obras* movidos por el amor a ti y a los hermanos» (Martes III).

«Nuestro espíritu y toda nuestra vida sean una continua alabanza al Señor, y cada una de nuestras acciones le esté plenamente dedicada» (Sábado

II). «Del mismo modo que hemos cantado tus alabanzas en esta celebración matutina, así las podamos cantar eternamente, con la asamblea de tus santos, por toda la eternidad» (Viernes II; +Martes IV).

Memoria de la Resurrección de Cristo, Luz del mundo.

«Esta Hora, que se tiene con la primera luz del día, trae además a la memoria el recuerdo de la Resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (Jn 1,9), y el sol de justicia (Mal 4,2) que nace de lo alto (Lc 1,78). Así se comprende bien la advertencia de San Cipriano: ‘Se hará oración a la mañana para celebrar la Resurrección del Señor con la oración matutina’» (OGLH 38b).

La Pascua de Jesús se conmemora y actualiza diariamente en la Eucaristía y en Laudes. Esta es la hora en que Cristo pasó de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida, de la hora del poder de las tinieblas a la luz gloriosa del Reino celeste. La luz del nuevo día no sólo disipa las tinieblas de la noche, sino que en Laudes se hace *epifanía* de Cristo resucitado, pues la Iglesia celebra en esa hora al Primogénito de los muertos (Col 1,15.18; Ap 1,5), al Esposo que sale del tálamo (Sal 18,6), a la Primicia de una nueva humanidad (1Co 15,20).

Al comenzar el día, contemplamos a *Dios como luz, fuente de toda luz*: «Dios es luz y no hay en él tiniebla alguna» (1Jn 1,5): «Humildemente te pedimos, Señor, que eres la luz verdadera y la fuente misma de toda luz, que meditando fielmente tu ley, vivamos siempre en tu claridad» (Jueves II; +Sábado IV).

Gracias a *Jesucristo, luz del mundo, manifestado como luz en su Resurrección gloriosa*, «el pueblo que habitaba en las tinieblas vio una gran luz» (Mt 4,14; Is 9,2). Al salir de la noche, pedimos: «Humildemente acudimos a ti al empezar el día, a media jornada y al atardecer [Sal 54,18; Dn 6,10], para pedirte que, alejando de nosotros las tinieblas del pecado, nos hagas alcanzar la luz verdadera que es Cristo» (Jueves I; Viernes I, Jueves III). «Que la claridad de la Resurrección de tu Hijo ilumine las dificultades de nuestra vida;

que no temamos ante la oscuridad de la muerte, y podamos llegar un día a la luz que no tiene fin» (Sábado I).

En la preces *piden ser iluminados por la claridad divina* que nos trajo Cristo: «infunde en nuestras almas la claridad de tu luz, y pues con tu sabiduría nos has creado y con tu providencia nos gobiernas, haz que nuestro vivir y nuestro obrar estén del todo consagrados a ti» (Miércoles III; Martes I, Viernes III). «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero»: «Señor Jesucristo, luz verdadera que alumbras a todo hombre [Jn 1,9] y le muestras el camino de la salvación...» (Martes II).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación general de la Liturgia de las Horas:

37. «Los Laudes, como oración matutina, y las Vísperas, como oración vespertina, que, según la venerable tradición de toda la Iglesia, son el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano, se deben considerar y celebrar como las Horas principales.

38. Los Laudes matutinos están dirigidos y ordenados a santificar la mañana, como salta a la vista en muchos de sus elementos. San Basilio expresa muy bien este carácter matinal con las siguientes palabras: «Al comenzar el día oramos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado de gozo con el pensamiento en Dios, según está escrito: «Me acordé del Señor y me llené de gozo» (Sal 76,4), ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: «por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa, me acerco y te miro» (Sal 5,4-5)». Esta Hora, que se tiene con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (cf Jn 1,9) y «el sol de justicia» (Mt 4,2), «que nace de lo alto» (Lc 1,78). Así se comprende bien la advertencia de San Cipriano: «Se hará oración a la mañana para celebrar la Resurrección del Señor con la oración matutina.

40. La oración de la comunidad cristiana deberá consistir, ante todo, en los Laudes de la mañana y las Vísperas: foméntese su celebración pública o comunitaria, sobre todo entre aquellos que hacen vida común. «Encomiéndose incluso su recitación individual a los fieles que no tienen la posibilidad de tomar parte en la celebración común».

181. Como es tradicional en la oración el que, sobre todo por la mañana, se encomienda a Dios todo el día, en los Laudes matutinos se hacen invocaciones para encomendar o consagrar el día a Dios.

Luego actuemos: -----

Laudes y Vísperas son casi idénticas en estructura y dinamismo interno.

a) Apertura de la celebración.

La *invocación* «Dios mío, ven en mi auxilio» (Sal 69,2), con el Gloria y el Aleluya, abre la Hora. No hay saludo, sino una llamada al Espíritu que «ora en nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,26). La voz del Espíritu de Jesús excede la mísera voz de nuestro propio espíritu. Por eso invocamos el auxilio divino...

El *Gloria* a la Trinidad divina, que ya en esta primera invocación aparece, marca la meta del Oficio Divino: la glorificación de la Trinidad. La doxología trinitaria del Gloria aparece en la última estrofa del himno; al final de cada salmo o cántico; en el responsorio; y al final del Cántico evangélico. Es el *norte* que orienta la Liturgia de las Horas.

El *himno* «está situado de forma que dé a cada Hora una especie de colorido propio, y también, sobre todo en la celebración con pueblo, para que el comienzo resulte más fácil y se cree un clima más festivo» (OGLH 42; 173). Dada su índole lírica y musical, son cantos que alaban a Dios, y terminan con una doxología trinitaria (OGLH 174). Situados al inicio de cada Hora, introducen a la celebración, y le dan un colorido propio (42; 58, 62).

Son cerca de 300 en la edición típica latina; la edición castellana ha incorporado 270, siguiendo los siguientes criterios: *traducir o recrear* himnos latinos tradicionales; *Seleccionar* poesías religiosas antiguas o actuales, predominando autores de siglos XVI-XVII; *incorporar* cantos de aceptación universal queridos por el pueblo; *crear* him-

nos nuevos (cerca de un centenar) expresamente destinados a la Liturgia de las Horas.

Todos están de pie. Si un ministro ordenado preside, es el signo visible de Cristo, que es quien realmente preside esa oración. Si falta, el signo de esta presencia de Cristo es simplemente la misma asamblea reunida en su nombre.

b) Salmodia.

Los salmos y los cánticos, con toda la variedad de sus actitudes y sentimientos, expresan la voz de Cristo y de su Iglesia. La asamblea, sentada, entra en la salmodia, que es, con la lectura de la Palabra, la parte central del Oficio. En Laudes la salmodia comprende un salmo, un cántico del Antiguo Testamento, y otro salmo de alabanza; cada uno con sus antífonas respectivas. En Vísperas hay dos salmos y un cántico tomado de las epístolas o del Apocalipsis. Esta ordenación responde a la antigua tradición romana. En las Horas romanas se empleaban 7 cánticos del Antiguo Testamento. Hoy se añadieron 12, más los 7 del Breviario de San Pío X, y 9 del Nuevo Testamento.

c) Lectura breve.

«La lectura breve [o extensa, OGLH 46] está señalada de acuerdo con las características del día, del tiempo y de la fiesta; deberá leerse como una proclamación de la Palabra de Dios, que inculca con intensidad algún pensamiento sagrado y que ayuda a poner de relieve determinadas palabras a las que posiblemente no se presta toda la atención en la *lectura continua* de la Sagrada Escritura» (OGLH 45; 79-80, 88, 156-158). Las *lecturas breves* («*capitula*») son fragmentos selectos de la Sagrada Escritura, en forma de sentencia o de exhortación (OGLH 156), que destacan pasajes que pueden pasar inadvertidos dentro de lecturas más largas. Hay 561 lecturas breves, distribuidas en las cuatro semanas del Salterio; y otras series propias tiempos fuertes, solemnidades y fiestas (OGLH 157).

«Hay libertad para hacer una lectura bíblica más extensa, principalmente en la celebración con el pueblo, tomándola o del Oficio de lecturas o de las lecturas de la Misa. Y nada impide que se elija algunas veces otras lectura más adecuada al caso» (46; 248-249, 251). Puede ir seguida de una *homi-*

lía (47), un *silencio* (48), el canto-respuesta o *responsorio* formado con frases de la Escritura. De este modo, la asamblea recibe la Palabra de Dios, y responde con palabras también divinas. Los *responsorios* ayudan a la meditación orante del texto leído, dan su interpretación litúrgica y su clave cristológica y son una contemplación genérica de la Palabra de Dios.

c) *El Cántico evangélico.*

El *Benedictus*, en Laudes, y el *Magnificat*, en Vísperas, «que la Iglesia Romana ha empleado y ha popularizado a lo largo de los siglos, expresan la alabanza y acción de gracias por la obra de la Redención» (OGLH 50). Son una síntesis preciosa de la historia de la salvación, culminada en Cristo. Deben cantarse de pie, pues son *evangelio* proclamado.

Las *antífonas* tienen especial importancia y dignidad. Son el lazo principal que une el Oficio Divino con la fiesta del día o el tiempo litúrgico. Muchas propias están tomadas del Evangelio de la Misa. Cada domingo del Tiempo Ordinario cuenta con tres antífonas que corresponden a los tres ciclos del Leccionario Dominical.

e) *Las preces.*

Con este nombre «se designan tanto las intercesiones que se hacen en Vísperas, como las invocaciones hechas para consagrar el día a Dios en los Laudes matutinos» (OGLH 182). Cantadas ya las alabanzas del Señor, es un momento muy importante, equiparable al de las preces de la Misa (cf OGLH 180), de interceder y suplicar «por todos los hombres» (1Tm 2,1-6). En la oración cristiana, modelada en la oración bíblica, la petición no anda lejos de la alabanza y de la acción de gracias, y a veces fluye de éstas (OGLH 179). En Laudes las preces consagran el día al Señor, y en Vísperas suplican por las diversas necesidades de la Iglesia y del mundo. Y «en las preces que tienen lugar en las Vísperas, la última intención es siempre por los difuntos» (186). Son cerca de 2.000 intenciones, muchas veces preciosas paráfrasis de textos bíblicos. Cada formulario queda abierto a intenciones personales o locales (188). Permiten tanto la celebración comunitaria como la recitación por uno solo (189, 191).

d) *El Padrenuestro.*

La oración dominical es síntesis y culmen de toda oración cristiana privada o litúrgica, y así, según antigua tradición, «se dirá solemnemente tres veces al día: en la Misa, en los Laudes matutinos y en las Vísperas» (OGLH 195). Es la oración más alta que la Iglesia puede rezar, y la más grata al Padre. Oración de los hijos que, reunidos con el Primogénito, ofrecen al Padre común, *nuestro*, en un solo Espíritu (Ef 4,4-5).

e) *Conclusión.*

La *oración* conclusiva, propia o del curso ferial, tiene gran belleza y profundidad de contenido. El ministro ordenado que preside en el nombre de Cristo, *bendice* a la asamblea y la despide, es decir, la envía (Mt 6,46). No *oculta* a Cristo que él debe expresar en la asamblea litúrgica, *cambiando* la bendición en mera súplica.

Propuesta para la Oración universal

Pidamos al Señor que la ofrenda de nuestro trabajo le sea agradable, útil a su designio de amor y salvación universal, para manifestar al mundo tu redención, y respondamos:

R. De la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor.

Que realicemos todas nuestras acciones por Dios, sin buscar reconocimiento ni gratitud, como para servir al Señor y no a los hombres. **Roguemos al Señor. R.**

Que las obras y obligaciones cotidianas, realizarlas en el nombre de Cristo, sean vividas en su presencia y la gracia del Espíritu Santo resplandezca en nuestras obras, para permanecer en su amor y en su alabanza. **Roguemos al Señor. R.**

Que nos entreguemos a las distintas tareas, con diligencia, laboriosidad, honradez y justicia, con perfección, conscientes de que redundan en beneficio de los demás, sin aprobar nada defectuoso. **Roguemos al Señor. R.**

Que nuestras obras y trabajos sean una ofrenda agradable por la salvación del mundo, unidos al Trabajo del Señor, que es su Cruz; que Él lo guíe y lleve a perfección. **Roguemos al Señor. R.**

Que nuestra propia vida sea una liturgia viva y un culto espiritual agradable a Dios, pues por el Bautismo somos sacerdocio real. *Roguemos al Señor. R.*

Señor, que nos asocias íntimamente a tu vida y misión, partícipes de tu oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres, recibe la ofrenda de toda nuestra

jornada, para que todas nuestras obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, incluso las molestias de la vida, se conviertan en «hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo» (1Pe 2,5), ofrecidas a ti con la oblación del Cuerpo de tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

9. VÍSPERAS, ORACIÓN DE LA TARDE

Lecturas a elegir: -----

Romanos 12,1-13: Ofrezcan sus cuerpos como ofrenda viva.

Salmo 140. R. Suba mi oración como incienso en tu presencia.

Lucas 24,13-35: Quédate con nosotros porque atardece.

Primero veamos: -----

La acción de gracias del día.

Las Vísperas se celebran a la tarde, cuando ya declina el día, «en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto» (OGLH 39a). Si en Laudes pedimos luz y fuerza para las labores de la jornada, al terminar el día sube a Dios la ofrenda de nuestro trabajo convertido en *sacrificio espiritual de acción de gracias*: «Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, porque has permitido que llegáramos a esta noche; te pedimos quieras aceptar con agrado el alzar de nuestras manos como ofrenda de la tarde [Sal 140,2]» (Martes I; Lunes II).

Hipólito de Roma ofrece una *oración lucernaria*: «Te damos gracias, Señor, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, por medio del cual nos iluminas, revelándonos la luz que no tiene ocaso. Cuando completamos la duración de la jornada y nos acercamos al comienzo de la noche, llenos de la luz del día que creaste para nuestra satisfacción,

puesto que ahora, por tu gracia, nos falta la luz de la tarde, te alabamos y te glorificamos por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor, por el cual a ti la gloria, el poder y el honor, con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos» (*Traditio apostolica* 25).

Con la oración agradecida de la tarde -*bendición ascendente*-, se pide a Dios también que continúe enviándonos su ayuda -*bendición descendente*-. «Nuestra oración vespertina *suba* hasta ti, Padre de clemencia, y *descienda* sobre nosotros tu bendición; así, con tu ayuda, seremos salvados ahora y por siempre» (Martes III).

La Iglesia también *pide perdón por los pecados y deficiencias* del día transcurrido: «Dios todopoderoso, te damos *gracias* por el día que termina e imploramos de tu clemencia para que *nos perdone* benignamente todas las faltas que, por la fragilidad de la condición humana, hemos cometido en este día» (Jueves III; +Miércoles III).

Evocación del Misterio Pascual.

«También *hacemos memoria de la Redención* por medio de la oración que elevamos ‘como el incienso en la presencia del Señor’, y en la cual ‘el alzar de las manos’ es ‘oblación vespertina’ (Sal 140,2). Lo cual ‘puede aplicarse también a aquel verdadero *sacrificio vespertino* que el Divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que *cenaba* con los Apóstoles, inaugurando así los

sacrosantos misterios, y que ofreció al Padre en la tarde del día supremo, que representa la cumbre de los siglos, alzando [en la *crux*] sus manos por la salvación del mundo' (Casiano, *De instit. caenob.* 3,3)» (OGLH 39b).

Va identificándonos con el Misterio Pascual de Cristo, que en esta Hora se ofrece con nosotros al Padre para la salvación del mundo: su voz resuena en nuestras palabras, y sus brazos, abiertos en la cruz, se alzan ahora con nuestra oración suplicante. La comunidad cristiana revive las actitudes de Cristo en la hora de la Cena y de la Cruz. Evoca a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-32): «Quédate con nosotros, Señor Jesús, porque atardece; sé nuestro compañero de camino, levanta nuestros corazones, reanima nuestra débil esperanza; así nosotros, junto con nuestros hermanos, podremos reconocerte en la Escrituras y en la facción del Pan» (Lunes IV).

Los *viernes* expresan claras alusiones a la Pasión y Muerte del Redentor: «Los que hemos sido *aleccionados con los ejemplos de la pasión de tu Hijo* estemos siempre dispuestos a cargar con su yugo llevadero y con su carga ligera» (Viernes I; Mt 11,29-30). «De una manera admirable, has manifestado tu sabiduría escondida *con el escándalo de la cruz*, concédenos contemplar con tal plenitud de fe *la gloria de la pasión* de tu Hijo que siempre nos gloriemos confiadamente en *la Cruz* de Jesucristo» (Viernes II; 1Co 1,21-24; Ga 6,14). «Quisiste que Cristo, tu Hijo, fuese *el precio de nuestro rescate*, haz que vivamos de tal manera que, tomando parte en *sus padecimientos*, nos gocemos también en la revelación de *su gloria*» (Viernes III; 1P 1,18; 4,13; 2Co 1,5.7). «Quisiste que tu Hijo *sufriera por la salvación de todos*, haz que, inflamados en tu amor, sepamos *ofrecernos a ti como hostia viva*» (Viernes IV; Rm 12,1; Ef 5,2).

Hacia la luz que no tiene ocaso.

«Para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, ‘oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna’ (S. Cipriano, *De orat. dom.* 35)» (OGLH 39c).

Contemplamos al Señor como *luz sin ocaso*, en la hora en que se encienden las lámparas. Actual-

mente trabajamos con luz artificial, que se enciende instantáneamente al apretar un interruptor. Pero antiguamente tenía gran fuerza simbólica: iluminar las tinieblas, al llegar la hora del descanso y de la reunión familiar, *hora* propicia para la oración. Esta perspectiva escatológica, que orienta hacia la luz eterna del cielo, se aprecia en otras oraciones que emplean palabras del *Magnificat* (Lunes I, Miércoles II).

Es el momento de *pedir al Señor del día y de la noche que nos guarde e ilumine*. «Si en tinieblas estoy, el Señor será mi luz» (Mq 7,8). No le pedimos que ilumine nuestra noche, sino nuestra mente y nuestro corazón. Y no le pedimos iluminación sólo para nuestra vida presente, sino que le suplicamos la luz eterna del cielo. «Señor del Día y de la noche, humildemente te pedimos que la luz de Cristo, verdadero sol de justicia, ilumine siempre nuestras vidas, para que así merezcamos gozar un día de aquella luz en la que habitas eternamente» (Martes III; Mal 4,2; Lc 1,78; 2,32; Jn 1,5.9; 8,12; 2Co 4,4; Miércoles I, Jueves I, Lunes III).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación general de la Liturgia de las Horas:

39. Se celebran las Vísperas a la tarde, cuando ya declina el día, «en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto». También hacemos memoria de la Redención por medio de la oración que elevamos «como el incienso en presencia del Señor», y en la cual «el alzar de las manos» es «oblación vespertina». Lo cual «puede aplicarse también con mayor sentido sagrado a aquel verdadero sacrificio vespertino que el Divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en -que cenaba con los Apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios, y que ofreció al Padre en la tarde del día supremo, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo». Y para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, «oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos -que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna». Precisamente en esta Hora concuerdan nuestras voces con las de las Iglesias

orientales, al invocar «a la luz gozosa de la santa gloria del eterno Padre, Jesucristo bendito, llegados a la puerta del sol, viendo la luz encendida en la tarde, cantamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo...»

40. La oración de la comunidad cristiana deberá consistir, ante todo, en los Laudes de la mañana y las Vísperas: foméntese su celebración pública o comunitaria, sobre todo entre aquellos que hacen vida común. «Encomiéndose incluso su recitación individual a los fieles que no tienen la posibilidad de tomar parte en la celebración común».

179. La Liturgia de las Horas celebra ciertamente las alabanzas de Dios. Ahora bien, tanto la tradición judaica como la cristiana no separan la oración de petición de la alabanza divina; a menudo la súplica es en alguna manera una deducción de la alabanza divina. El apóstol San Pablo exhorta a que se hagan «peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad. Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,1-4). Dicha amonestación fue interpretada a menudo por los Padres en el sentido de que se debían hacer intercesiones por la mañana y por la tarde

180. Las intercesiones que se hacen en la Misa de rito Romano se repiten también a la Hora de Vísperas, aunque de modo distinto, tal como se describe más adelante.

181. Como es tradicional en la oración el que, sobre todo por la mañana, se encomienda a Dios todo el día, en los Laudes matutinos se hacen invocaciones para encomendar o consagrar el día a Dios.

Luego actuemos:

Guiados por la fe, queremos nuestra propia vida provechosa delante de Dios. Y nos preguntamos muchas veces a ver si Dios estará contento de nosotros. Como la secretaria buena y responsable que en la oficina está siempre pendiente de la perfección de su trabajo y de la opinión del jefe sobre su trabajo ¿Estará contento? Todas sus preocupaciones se esfuman cuando el jefe le mira complacido y le asegura el puesto en la empresa, y hasta le promete un ascenso... ¿Por qué? Porque ha cumplido bien la misión que se le confió. Dios

nos ha encomendado un puesto determinado en la vida. Y nos sentimos orgullosos cuando hemos sabido cumplir la misión encomendada, que es hacer bien las tareas de cada día. ¿Hemos pensado en el gran medio que es el trabajo de cada día (el de casa, oficina, tienda, estudio, cualquier trabajo santificado por el Carpintero de Nazaret...?)

Ser inmaculados en la presencia del Señor, hombres y mujeres sin tacha, sin sombra de culpa, como María, la Madre Inmaculada, rebosantes de amor. ¡Ganarse el Cielo vendiendo, hablando, curando, entre verduras, frijoles, documentos, herramientas y refrescos!... Ahí está la misión, tan parecida a la misión de todos. Porque todo era cuestión de poner mucho amor a cada venta, cada saludo, cada movilización, sin avaricia ni sombra tan siquiera de culpa, con inocencia encantadora.

Fallecido Balduino, Rey de Bélgica, ya estaban los belgas pidiendo que la Iglesia lo declarara santo, pues lo fue de verdad. Cuando era un joven apuesto, soltero que no buscaba novia entre las princesas de sus días, y dado a rezar lo mismo que a gobernar, pensaron muchos que iba a ser monje en un monasterio. De repente, la noticia bomba, sobre todo para las revistas del corazón: ¡Balduino se casa con la Señorita Fabiola de Mora y de Aragón!... Para muchos, el santo se había convertido en un hombre vulgar, como los demás: ¡Había cambiado el convento por el trono, más apeteci-



ble! Sólo que, cuando muere, aparece tanto o más santo en el trono que los monjes en sus iglesias. ¿Dónde está el secreto? Que da lo mismo sentarse en un trono de rey, si ésta es la misión de uno, que esconderse en un convento, o meterse en una tienda de comestibles. El caso es cumplir con la misión propia. Al estar pensando en Dios, pensamos también en nosotros mismos: ¿Dónde y cómo encontraremos nosotros a Dios? En el cumplimiento de nuestra misión. Con tal que hagamos todas las cosas con la mayor perfección que podamos, llenándolo todo de amor.

Propuesta para la Oración universal

Invoquemos a Dios, esperanza de su pueblo, diciendo:

R. Escúchanos, Señor.

Te damos gracias, Señor, porque hemos sido enriquecidos en todo por Cristo, tu Hijo; haz que por él crezcamos en todo conocimiento.

En tus manos, Señor, están el corazón y la mente de los que gobiernan; dales, pues, acierto en sus decisiones para que te sean gratos en su pensar y obrar.

Tú que a los artistas concedes inspiración para plasmar la belleza que de ti procede, haz que con sus obras aumente el gozo y la esperanza de los hombres.

Tú que no permites que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, da fortaleza a los débiles, levanta a los caídos.

Tú que nos has prometido la resurrección en el último día, no te olvides de tus hijos que ya han dejado el cuerpo mortal.

Nuestra oración vespertina suba hasta ti, Padre de clemencia, y descienda sobre nosotros tu bendición; así, con tu ayuda seremos salvados ahora y por siempre. Por Jesucristo nuestro Señor.

10. HORA INTERMEDIA, PAUSAS EN EL TRABAJO

Lecturas a elegir: -----

Eclesiastés 3,1-10: Todo tiene su tiempo.

Salmo 24. R. Acuérdate, Señor, de tu misericordia.

Mateo 20,1-16: Vayan también ustedes a mi viña.

Primero veamos: -----

Hacer una pausa en el trabajo es clave para mejorar el desempeño laboral y evitar problemas de salud relacionados con la inactividad. El «ciclo ultradiano» de nuestro cuerpo dura de 90 a 120 minutos en que nos movemos de un estado de alta energía a otro de baja. Al final de cada ciclo el cuerpo inicia un periodo de recuperación poco productivo. Al continuar trabajando, agotamos las reservas de energía. Más que pausas largas, de calidad: romper con lo que estamos haciendo y cambiar el chip unos minutos, para que, al no

pensar en los problemas, nuestra mente inconsciente llegue a soluciones más creativas y encuentre nuevos caminos. Todo nuestro sistema nervioso se reorganiza, reestructura, equilibra, regenera; acomoda la información obtenida en el periodo de actividad, y descansamos para centrarnos en lo que nos ocupa y que sea más efectiva, coherente y disfrutable, en nuestro interior todo actualizado sin funciones de descanso en nuestro organismo.

Además del sistema nervioso, por su relación directa con el estrés, se benefician nuestros órganos y aparatos internos, nuestro sistema endocrino: emociones, cuerpo, mente actúan en armonía, sin andar como coches viejos que traquetean por el camino perdiendo piezas y dándose golpes. Conscientes de esos procesos en nuestro interior, sin forzarnos, bajamos el ritmo de actividad. Objeti-

vos de la pausa activa: prevenir alteraciones psicofísicas causadas por la fatiga física y mental; potenciar el funcionamiento cerebral, incrementando la productividad y rendimiento laboral; disminuir el estrés laboral y físico, generados por lesiones músculo esqueléticas; aumentar la armonía laboral; aliviar tensiones por inadecuadas posturas y rutina laboral; aumentar el rendimiento en el puesto de trabajo.

La Hora Intermedia es una pausa de oración en medio del trabajo, de acuerdo al cómputo romano que marcaba los cambios de turnos de trabajo. La hora prima romana era cuando amanecía y la hora duodécima cuando se ponía el sol. La división en doce horas del periodo de luz, resultaría que en invierno las horas fueran más cortas que en verano. La noche se dividía en otras doce horas de anocheecer a amanecer.

El origen de estos momentos de oración (tercia, sexta y nona), data de tiempos apostólicos. De acuerdo a una antigua costumbre de romanos y griegos, el día y la noche fueron divididos en cuatro partes de cerca de tres horas cada una. La segunda división de las horas del día fue la de terciada desde las nueve hasta el mediodía. Estas divisiones del día también estaban en boga entre los judíos en tiempos de Cristo.

En el Nuevo Testamento se menciona la hora sexta en Mt 20,5; 27,45; Mc 15,33; Jn 19,14; la hora nona en Mt 27,46; Mc 15,34; Hch 10,3.30. La hora terciada: el jefe de familia contrata a los trabajadores a esa hora; Mt 20,3: Jesús es crucificado a esa hora; Mc 15,25; el Espíritu Santo descende sobre los apóstoles en Pentecostés a esa hora (Hch 2,15).

Los Padres y escritores eclesiásticos del siglo III mencionan a menudo terciada, sexta y nona como hora para la oración (Tertuliano; Clemente de Alejandría, «Stromat.», VII, VII; Cánones de Hipólito. «En cuanto al tiempo, no debe haber ninguna observación laxa de determinadas horas —quiero decir, de las horas comunes que durante mucho tiempo marcaron las divisiones del día, la tercera, la sexta y la novena— y que podemos observar en las Escrituras que son más solemnes que el resto» (Tertuliano, De Orat. 33,35). En los

«días de estación» (miércoles y viernes, consagrados a la oración, y el domingo), se recitaban en público (Can. 20, 26). San Cipriano señaló que estas tres horas se observaron en el Antiguo Testamento, y los cristianos deben observarlos (De Oratione, 34).

En el siglo IV la costumbre de orar a estas horas se hizo obligatoria, al menos para los monjes (cf Constituciones Apostólicas, san Efrén, san Basilio; «De Virginitate»). Sus elementos de oración: Salmos, cánticos, himnos y letanías. A partir del siglo IV se difundió la costumbre de orar en terciada. En el «Itinerarium Egeriae» no se menciona un oficio de terciada en los días ordinarios, excepto los domingos y durante la Cuaresma. La terciada se menciona en San Jerónimo (Ep. ad Laetam: PL 22, 875; Ep ad. Eustoch: PL 22,420); en la vida de santa Melania la joven; en Casiano (De institut. coenob.»: PL 69,112.126, etc).

Las tres «horas menores» fueron compuestas al mismo tiempo. Los Salmos de terciada son diferentes de las otras dos. Había también variedades de composición. En ciertos lugares se asignaron tres Salmos a terciada, seis a sexta, y nueve a nona, en virtud del simbolismo.

En la Iglesia Griega la terciada se compone de dos partes, cada una compuesta de Salmos (dos para la primera, tres para la segunda), con invitatorio [Sal. 95(94)], troparios y oración final. En el rito benedictino, terciada consta, en los días de semana, de los Salmos graduales 120(119), 121(120) y 122(121), con una capítula, el verso, Kyrie, Pater y la oración. Domingos y lunes se sustituyen los Salmos graduales por tres octavas (tres secciones de ocho versos cada una) del Salmo 119(118). En el rito hispano-mozárabe se recitan tres octavas del Sal. 119(118), y en lo demás la composición difiere muy poco.

En general, la recitación de tres salmos en las «horas menores» del día, se basa en una tradición universal muy antigua. En la práctica de la liturgia romana se recita una parte del Sal. 119(118) en terciada, así como de las demás «horas menores», y el salmo se divide en tres octavas dobles. Después del Salterio de 1911, los Salmos eran: domingo: Sal 119(118) (tres divisiones); lunes: Sal 27(26)

(dos divisiones); martes: Sal 40(39) (tres divisiones); miércoles: Sal 54(53) (dos divisiones); jueves: Sal 73(72) (tres divisiones); viernes: Sal 40(39) (dos divisiones); sábado: Sal 102(101) (tres divisiones). El himno «Nunc Sancte nobis Spiritus» recuerda el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles en tercia.

Los Padres de la Iglesia y los liturgistas de la Edad Media consideraban la tercia como la hora de la condena a muerte de Cristo. También destacan los misterios del número tres, número sagrado. Le da su dignidad especial su asociación con el descenso del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente el día de Pentecostés («la hora tercia del día»: Hch 2,15). Por esta razón, desde los primeros tiempos, se eligió la hora de tercia para la Misa en los días de fiesta. A veces se le llama *hora aurea* u *hora sacra* (cf Durando, «De rit. Eccles.», c. 8).

El Concilio dispuso mantener las tres en el Oficio coral, y fuera del coro reducir a una, la más acomodada al momento del día (SC 89e). La Hora Intermedia, que insiste en procurar la santificación de la jornada entera, estimula la espiritualidad del trabajo, y hace memoria de los momentos principales de la Pasión de Cristo, como se apreciarse en himnos y oraciones conclusivas del Salterio de las cuatro semanas.

Los que celebran las tres Horas diurnas, en coro, por libre voluntad, o en retiros espirituales o reuniones pastorales (OGLH 76,78), encuentran los elementos propios de cada Hora, y para los salmos recurren a la Salmódia complementaria (81). *El que dice una sola* de las tres Horas diurnas, puede hacerlo en cualquier momento del día, y emplea la salmodia intermedia prevista en el esquema de las cuatro semanas.

Ahora pensemos:

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

74. Conforme a una tradición muy antigua de la Iglesia, los cristianos acostumbraron a orar por devoción privada en determinados momentos del día, incluso en medio del trabajo, a imitación de la Iglesia apostólica; esta tradición, andando el tiempo, cristalizó de diversas maneras en celebraciones litúrgicas.

75. Tanto en Oriente como en Occidente, se ha mantenido la costumbre litúrgica de rezar Tercia, Sexta y Nona, principalmente porque se unía a estas horas el recuerdo de los acontecimientos de la Pasión del Señor y de la primera propagación del Evangelio.

76. El Concilio Vaticano II ha establecido que las Horas menores de Tercia, Sexta y Nona se mantengan en el Oficio coral. Deberá mantenerse este uso litúrgico, salvo derecho particular, por todos aquellos que se consagran a la contemplación; lo cual se aconseja a todos, principalmente los que se encuentran en retiro espiritual o en alguna reunión de pastoral.

77. Sin embargo, fuera del Oficio coral, y salvo derecho particular, cabe elegir una de estas Horas, aquella que más se acomode al momento del día. Los que no dicen las tres Horas, habrán de celebrar una al menos, a fin de que se mantenga la tradición de orar durante el día en medio del trabajo.

Luego actuemos:

Nuestra alma en medio de este mundo, se ahoga y necesita acercarse a Dios fuente de Amor que reanime vivifique nuestro interior. Es fundamental, como en la Eucaristía y las oraciones, verse unidos a toda la Iglesia que ora. Es una alabanza que junto con todos la ofrecemos al Padre, siempre que sea posible, con cariño y respeto.

La hora intermedia se divide en tres momentos del día: Tercia, Sexta y Nona, que corresponden a las nueve de la mañana, el mediodía y las tres de la tarde, señalando los cambios de turno de trabajo romanos. Sigue siendo propio al iniciar el trabajo pesado del día, antes de comer, y al iniciar el trabajo de la tarde.

Aquellos cuyo oficio es la oración, para sus quehaceres para adorar al Señor en estos tres momentos, pero la Iglesia permite «reunir» las tres horas en un único rezo para aquellos que, por su situación laboral o familiar, no les es posible dedicar este tiempo a la oración. Aconseja escoger la Hora que más se aproxime al momento en que se realiza la oración. Al mediodía, difícil de compaginar con el horario laboral, hacen pausa para rezar el Ángelus.

La Hora Intermedia es una hora litúrgica muy breve (himno, tres fragmentos de salmo, una lectura bíblica brevísima y la oración final), que permite interrumpir las tareas del día para recordar al Señor durante el trabajo. Se puede rezar a media mañana (entre las 9/11 hs.), a mediodía (entre las 13/15 hs.) o a media tarde (entre las 16/18 hs.). Para cada uno de esos momentos hay una distribución de lecturas, y la oración se llamará de Tercia, Sexta o Nona (por los antiguos nombres de las horas romanas).

Normalmente no se rezan las tres sino una de ellas, por lo que los salmos de las tres series son los mismos. Quien quiera rezar en un mismo día las tres horas, utiliza en una la salmodia del día, y en la(s) otra(s) la «salmodia complementaria» (de Tercia, Sexta o Nona, según el caso). La Hora Intermedia nunca hace referencia a las memorias de los santos, sean éstas libres u obligatorias.

Propuesta para la Oración universal

Necesitamos la fuerza de la comunidad y el apoyo del Señor, para dar razón de nuestra fe y nuestra alegría y provocar el deseo de vivir en amistad con Dios, que facilita la vida y mejora la ilusión. Respondamos a cada petición:

R. Señor, haznos descanso para los hermanos.

Nos alegra el corazón, Padre, y nos quita todos los miedos, saber que antes de todos los tiempos pensaste en cada uno de nosotros; concédenos imitarte y pensar y velar por los demás. **Oremos. R.**

Haznos sabios en el trato con los hermanos, generosos, dialogantes, y danos esa mirada empática que tenía Jesús para adivinar lo que necesita el otro. **Oremos. R.**

Tú, Señor, nos sacas siempre de la mediocridad, no te conformas con que vivamos sin estar atentos a los hermanos, nos impulsas a generar vida y relaciones. **Oremos. R.**

Haznos profetas a todos los creyentes, que en todos los momentos del día contagiemos alegría, fortaleza, valor y osadía para cambiar las relaciones y tratarnos como verdaderos hermanos. **Oremos. R.**

Recoge, Padre, nuestras necesidades y deseos de vivir en familia con toda la humanidad; sé siempre el maestro que nos marca los pasos, que nos das pistas para vivir. Por Jesucristo nuestro Señor.

11. VIGILIAS Y OFICIO DE LECTURAS

Lecturas a elegir: -----

Romanos 13,11-14: La noche está avanzada, el día se acerca.

Salmo 142. R. Sostenme, Señor, y tendré vida.

Mateo 25,1-13: A medio noche llegó el esposo.

Primero veamos: -----

Las Vigilias

Desde muy antiguo los domingos y grandes fiestas han tenido la noche anterior una Vigilia de preparación: Pascua, Pentecostés, Navidad. Los cristianos se reunían la víspera para disponerse

interiormente a las gracias que supondría la solemnidad del día siguiente. Las celebraciones nocturnas de oración comunitaria, a ejemplo de Jesús, que «pasaba la noche en oración» (Lc 6,12), remontan a la época apostólica, cuando los cristianos querían imitar a las vírgenes prudentes (Mt 25, 1-13), a los siervos atentos, que esperaban el regreso de su señor (Mc 13,35-36; Lc 12,36-40).

La palabra vigilia viene del lenguaje militar: los turnos de cambio de guardia para velar la ciudad. Es un período de falta de sueño con un propósito, y una ocasión para una devoción o celebración. La palabra castellana significar también «víspera» y

aún jornada de ayuno y abstinencia. En fin, se llamaba así a los períodos de la noche, y también a la acción de velar, estar despiertos durante o parte de la noche.

En la Biblia indica cada parte en que se divide la noche. «En mi cama me acuerdo de ti, medito en ti en las vigili­as de la noche» (Sal 62,6). «Me anticipo al alba y clamo; en tus palabras espero. Mis ojos se anticipan a las vigili­as de la noche, para meditar en tu Palabra» (Sal 118,147-148). «Al tiempo de la tarde, he aquí, hay terror. Antes de la mañana ya no existen» (Is 17,14). Los judíos dividían la noche en cuatro vigili­as:

1ª) *de la puesta del sol hasta las 9 de la noche*. Jesús partió el Pan de la Alianza. Hora de apropiarse de su memorial. Tiempo para orar y silenciar las maldiciones de los enemigos. Las Brujas comienzan a actuar en esta vigilia. Preservar el fruto del trabajo del día, «no se ponga el sol sobre su enojo». Tiempo de preparar el nuevo día cambiando el ambiente espiritual en nuestra vida, familia, Iglesia, ciudad y liberar el juicio de Dios

2ª) *hasta media noche* (Hch 23,23): Orar por protección divina (Sal 3; 17, 135), los soldados de Dios estén alerta con la escolta angelical. En películas y diversiones, Satanás corrompe o inhabilita los guardas para que no velen. Orar por provisión de los recursos necesarios para cada proyecto dado por Dios (Ex 35-36).

3ª) *de media noche hasta las 3 de la mañana* (Mt 13,23): El sueño cae sobre los hombres, el enemigo siembra cizaña (aumentan violaciones: Jue 19,25); poca oposición. Tiempo de liberación del hombre oprimido y muerte del opresor (Ex 12,29; 2Re 19,35, Jue 16,3-4, Hch 16,25-26, Is 17,14). Hora de declarar protección divina (Sal 91,5.6) para familia, Iglesia, ciudad y nación. Momento de orar por la libertad de la novia (Mt 25,6; Jue 19,25; Éx 12,29), y un matrimonio feliz (Rut 3,1-10). Tiempo de pedir provisión (Lc 11,5: tres panes a la media noche).

4ª) *hasta las 6 de la mañana*: tiempo de rendir cuenta de los talentos (Mt 14,25), las ruedas de los carros enemigos se atascan y sus planes fracasan (Éx 14,24-28). La aurora sacude a los malvados (Jb 38,12.13; Is 17,14). Los brujos deben volver a

sus cuerpos antes de las 6 (Gn 32,24-30). Tiempo de resucitar (Jn 24,1) y resplandecer (Is 60,1-2).

Inspiradas en las noches que Cristo pasaba en oración, culminan en la Vigilia Pascual de la Resurrección, «madre de todas las vigili­as» (S. Agustín). Fomentan la actitud cristiana de vigili­a porque el Señor viene, pasa, también de noche. «Dichosos los siervos a quienes el Señor, al volver, los encuentre en vela» (Lc 12,38). Lo viven tanto almas contemplativas en el claustro o monasterio, como fieles seglares en medio del mundo actual.

Permanecemos despiertos, «vigilantes», como ejercicio devocional u observancia ritual, ansiosos por que llegue el día festivo, entre salmos, oraciones e himnos, lecturas de Padres, meditación silenciosa. En el cristianismo tradicional, como en el judaísmo, la fiesta litúrgica comienza la tarde antes del día sagrado, a la puesta del sol, no a media noche.

En la antigüedad, los candidatos velaban en ayuno y oración la víspera de su Bautismo. Durante la Edad Media, un escudero en la noche antes de que se espera que la ceremonia de nombramiento de caballero de tomar un baño de limpieza, rápido, hacer una confesión, y luego celebrar una vigilia de oración en la capilla, preparándose de esta manera por la vida como un caballero. Igual, la vigilia de la «noche de Tobías» para quienes iban a casarse.

Cuando una persona muere, familiares y amigos vigilan en oración, con rosarios y preces, hasta el servicio de entierro, sin dejar solo al cuerpo. En el cristianismo oriental, una vigilia se lleva a cabo a menudo cuando alguien está gravemente enfermo o luto.

La Adoración Nocturna celebra *vigili­as* nocturnas. El adorador asiste en el año a doce vigili­as mensuales y tres extraordinarias (Jueves Santo, Corpus y Difuntos). «Cada turno de vela es de *una hora*» (mitad para el Oficio de lecturas, y la otra oraciones). Es una Hora litúrgica meditativa, contemplativa, alimentada por los salmos, la Sagrada Escritura y la lectura de «las mejores páginas de los autores espirituales» (*ib.* 55). Está alimentada por la presencia real del mismo Cristo, que es Luz y Verdad, Camino y Vida. Cobran

conciencia de representar a la Iglesia y a todos los hombres. Un *tiempo prolongado* para alabar al Señor, darle gracias por tantos beneficios materiales y espirituales recibidos; pedir por la familia, parroquia, diócesis, conocidos más necesitados, vocaciones, misiones, etc. Y también para expiar el pecado del mundo, como se indica en las *Preces expiatorias*.

La Vigilia Pascual es una noche de vela en honor del Señor; la Iglesia espera y celebra la Resurrección en los sacramentos de la iniciación cristiana. La Resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe y esperanza; por el Bautismo y la Confirmación somos injertados al Misterio Pascual de Cristo, morimos con él, somos sepultados con él y resucitamos con él, para reinar con él para siempre (cf SC 6; Rm 6,3-6; Ef 2,5-6; Col 2,12-13; Tm 2,11-12).

Son comienzo de la celebración del domingo y de las solemnidades, muy recomendadas desde antiguo (OGLH 70-73). Son distintas de las *misas vespertinas* que permiten el cumplimiento del precepto dominical o festivo. Conservan el carácter de alabanza nocturna de los antiguos *maitines*. Son un Oficio de lectura prolongado: siguen su orden de celebración hasta las lecturas, se añaden cánticos y evangelio, según apéndice, homilía si conviene, y *Te Deum* (OGLH 73).

El Oficio de Lecturas

El *Oficio de Lectura* representa la última etapa de plegaria durante la noche, siguiendo el ejemplo de Jesús (Mt 14,23.25; Lc 6,12) y de la Iglesia primitiva (Hch 16,25; 20,7s); y de acuerdo a los consejos del Señor y los Apóstoles sobre la necesidad de vigilar y orar en todo tiempo (Mt 26,41; Lc 21,36; Rm 13,11; 1P 4,7), *noche y día* (Lc 2,37; 18,7; Hch 26,7; 1Ts 3,10; 1Tm 5,5; 2Tm 1,3). No sabemos bien cómo se configuró en la antigüedad, ni en qué medida era frecuente, privada o comunitaria. En la Edad Media era una de las Horas más importantes, en el Monacato y en las principales iglesias de Roma, Jerusalén y Milán. Comprendía varios *Nocturnos* o divisiones, según las *vigilias* o partes de la noche. Por lo regular, comenzaba en plena noche, antes del canto del gallo, y duraba hasta el alba.

Poco a poco se fue desplazando hasta celebrarse antes de la aurora (*matuta*), de ahí el nombre *Matutinum* o *Maitines*. Cuando el clero abandonó la celebración del Oficio en común (siglo X), apareció la práctica de *anticipar* los Maitines a la tarde del día precedente. El actual *Oficio de Lectura* «puede recitarse a cualquier hora del día, e incluso en la noche del día precedente, después de haberse celebrado las Vísperas» (OGLH 59).

Se mantiene como un Oficio litúrgico, con salmos y un curso amplio de lecturas, sobre todo de la Sagrada Escritura: «La Hora llamada *Maitines*, aunque en el coro conserve el carácter de alabanza nocturna, compóngase de manera que pueda *rezarse a cualquier hora del día*, y tenga *menos salmos y más lecturas*» (SC 89c).

Oficio de Lectura es su nombre: *Oficio*: celebración litúrgica, no lectura devocional; *de lectura*: asimilación orante de la Palabra de Dios, como *lectio divina*, lectura y oración. Responde a la voluntad conciliar de fomentar en el pueblo cristiano *la lectura asidua de la Escritura* (DV 25, PO 13), y *aumentar en la liturgia la Palabra de Dios*, acrecentarla en importancia, variedad y extensión (SC 24,35,51).

Su base son *las lecturas bíblicas*, precedidas de salmos, y acompañadas de lecturas de Padres u otros autores. Es una verdadera celebración litúrgica de *la Palabra*, a la que se une siempre *la oración*: «*La oración debe acompañar a la lectura de la Sagrada Escritura*, a fin de que se establezca un coloquio entre Dios y el hombre, puesto que ‘*con él hablamos cuando oramos, y a él escuchamos cuando leemos los divinos oráculos*’ (S. Ambrosio)» (DV 25); y por lo mismo, el Oficio de lectura consta también de salmos, de un himno, de una oración y de otras fórmulas, y tiene de suyo carácter de oración» (OGLH 56).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

71. A semejanza de la Vigilia pascual hubo la costumbre de iniciar la celebración de algunas solemnidades con una vigilia en el templo: sobresalen, entre ellas, el Nacimiento del Señor y el día de

Pentecostés. Tal costumbre debe conservarse de acuerdo con el uso de cada una de las Iglesias. Si en algún lugar determinado se ve la conveniencia de dar realce a otras solemnidades o peregrinaciones mediante una vigilia, obsérvense las normas generales para las celebraciones de la Palabra divina.

72. Los Padres y autores espirituales con muchísima frecuencia exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración en la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver «En medio de la noche se oyó un clamor que viene el esposo, salid a su encuentro» (Mt 25,6). «Vigilen pues, porque no saben cuándo va a venir el señor de la casa: si a la tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o al amanecer, no sea que viniendo de improviso los encuentre durmiendo» (Mc 13,35-36). Son, por tanto dignos de alabanza los que mantienen el carácter nocturno del Oficio de lectura.

73. Además, como quiera que en el Rito Romano, y en atención principalmente a los que se dedican a una tarea apostólica, el Oficio de lectura mantiene siempre la misma brevedad, los que deseen una celebración más extensa de la vigilia del domingo, de las solemnidades y de las fiestas, procederán del modo siguiente: Celébrese en primer lugar el Oficio de Lectura Según figura en el libro Liturgia de las Horas hasta las lecturas inclusive. Terminadas ambas lecturas, y antes del *Te Deum*, añádanse los cánticos que se han puesto en el Apéndice con este fin; léase a continuación el Evangelio, sobre el que podrá tenerse la homilía, si conviene; luego se canta el *Te Deum* y se dice la oración.

En las solemnidades y fiestas el Evangelio se tomará del Leccionario de la Misa, y los domingos de la serie del misterio pascual que aparece detallada en el apéndice del libro Liturgia de las Horas.

55. El Oficio de Lectura se orienta a ofrecer al pueblo de Dios y principalmente a quienes se han entregado al Señor con una consagración especial, una más abundante meditación de la palabra de Dios y las mejores páginas de los autores espirituales. Pues si bien es verdad que en la misa de cada día es más rica la serie de lecturas bíblicas, no puede negarse que el tesoro de la revelación y de

la tradición contenido en el Oficio de lectura es de grande provecho espiritual. Traten de buscar estas riquezas, ante todo, los sacerdotes, para que puedan transmitir a otros la palabra de Dios que ellos han recibido y convertir su doctrina en «alimento para el pueblo de Dios»

56. La oración debe acompañar «a la lectura de la Sagrada Escritura, a fin de que se establezca un coloquio entre Dios y el hombre, puesto que con él hablamos cuando oramos y lo escuchamos a él cuando leemos los divinos oráculos» y, por lo mismo, el Oficio de lectura consta también de salmos, de un himno, de una oración y de otras fórmulas, y tiene de suyo carácter de oración.

57. El Oficio de lectura, conforme a la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, «aunque en el coro conserve el carácter de alabanza nocturna, compóngase de manera que pueda rezarse a cualquier hora del día menos salmos y lecturas más largas».

58. Por tanto, los que están obligados por sus particulares leyes a mantener el carácter de alabanza nocturna en este Oficio y los que cosa laudable quieran hacerlo así, y reciten de noche, ya al anochecer y antes de los Laudes, en el tiempo «per annum» elegirán el himno dentro de la serie destinada a este fin. En los domingos, solemnidades y en ciertas fiestas habrá de tenerse en cuenta, además, lo que se dice en los nn. 70-73 acerca de las vigiliias.

140. La lectura de la Sagrada Escritura, que conforme a una antigua tradición se hace públicamente en la Liturgia, no sólo en la celebración eucarística, sino también en el Oficio divino, ha de ser tenida en máxima estima por todos los cristianos porque es propuesta por la misma Iglesia, no por elección individual o mayor propensión del espíritu hacia ella, sino en orden al misterio que la Esposa de Cristo «desarrolla en el círculo del año, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectación de la dichosa esperanza y venida del Señor». Además, en la celebración litúrgica, la lectura de la Sagrada Escritura siempre va acompañada de la oración, de modo que la lectura produce frutos más plenos y a su vez la oración, sobre todo la de los salmos, es

entendida, por medio de las lecturas, de un modo más profundo y la piedad se vuelve más intensa.

Luego actuemos: -----

La Palabra de Dios en el Oficio de lectura

El uso de la Biblia en las asambleas de oración era práctica sinagoga judía: en lectura continua de tres ciclos anuales se leía la *Torá*, en hebreo, y parafraseada en arameo (el *Targum*). Se leían profetas y escritos sapienciales, y concluía con el canto de salmos y la recitación de la *Tephillah*. Jesús lo asume: «Vino a Nazaret, y según costumbre, entró el día de sábado en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura» (Lc 4,14-21). La Iglesia primera hereda esta práctica, añadiendo Evangelios y escritos apostólicos.

La comunidad cristiana, o cada fiel en la recitación privada, no selecciona los textos de la Biblia a leer según sus gustos, inclinaciones, o circunstancias, sino recibe el alimento de la Palabra que le da la Madre Iglesia, en la celebración del Misterio Pascual. No es lectura realizada con criterios subjetivos o devocionales, sino una celebración continua de la Palabra, en un marco litúrgico y mistagógico, que despliega y actualiza la *historia salutis*.

Toda la Escritura tiene su clave en el Misterio de Cristo. A medida que se contempla a lo largo de ciclos y fiestas, va hallando cumplimiento e iluminación del aspecto del misterio celebrado. «Comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a él se refería en todas las Escrituras» (Lc 24,27). Esta presencia de la Biblia en la liturgia hace de ésta una *epifanía* continuada de Cristo: una permanente «manifestación de la bondad y amor de Dios a los hombres» (Tit 3,4). Por la lectura litúrgica de las Escrituras, Cristo se hace *presente* a los discípulos: «¿No ardían nuestros corazones mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?» (Lc 24,32).

A diferencia de la Eucaristía o los sacramentos, la proclamación de la Palabra se realiza en forma exclusivamente orante y dialogal. Se proclama en medio de la asamblea litúrgica, congregada precisamente para escucharla, recibirla, respondida y orada. Este modo *in medio Ecclesiae* hace más

inteligible las Escrituras, y más profunda y luminosa la oración. Tiene como fin «ofrecer al pueblo de Dios, y principalmente a quienes se han entregado al Señor con una consagración especial, una más abundante meditación de la Palabra de Dios» (OGLH 55), en un clima de oración (OGLH 56).

Se ha procurado cierta *correlación con el leccionario de la Misa*. El Nuevo Testamento se lee cada año íntegramente; del Antiguo Testamento sólo se lee una selección (OGLH 146); procurando no producir coincidencias de lecturas (146). En *Adviento* se lee Isaías, en *Navidad* parte de Isaías y Colosenses, en *Cuaresma* Éxodo y algo de Números y Levítico, en *Pascua* selecciones de 1 Pedro, Apocalipsis y Cartas de Juan. En el *Tiempo Ordinario* se incluyen libros del Antiguo Testamento según la historia de la salvación, libros del Nuevo, generalmente en el orden en que fueron escritos, y que no coincidan con las lecturas de la Misa (OGLH 152). Para *solemnidades y fiestas* se asignan lecturas propias.

La lectura de los Santos Padres

El anterior Oficio Divino, de 650 lecturas sólo 24 eran de Padres Griegos. La Iglesia, deseosa de conocer, guardar y continuar viva su tradición, siente *gran aprecio por la lectura de los Padres* y grandes autores cristianos. Por eso el Concilio decide una cuidada selección (SC 92b). «Según la tradición de la Iglesia Romana, en el Oficio de Lectura, a continuación de la lectura bíblica, tiene lugar la lectura de los Padres o de los escritores eclesiásticos... En esta lectura se proponen diversos textos, cuidando de conceder el primer lugar a los Santos Padres, que gozan en la Iglesia de una autoridad especial» (OGLH 159-160). «La finalidad de esta lectura es, ante todo, *la meditación de la Palabra de Dios tal como es entendida por la Iglesia en su tradición*» (163). «Mediante el trato asiduo con los documentos que presentan la tradición universal de la Iglesia, los lectores son llevados a una meditación más plena de la Sagrada Escritura y a un amor suave y vivo hacia ella» (164). Por otra parte, «la lectura de los Padres conduce a los cristianos *al verdadero sentido de los tiempos y de las festividades litúrgicas*, les hace accesibles *las riquezas espirituales* de la

Iglesia... y pone al alcance de los predicadores ejemplos insignes» (165).

Los Padres, dóciles al Espíritu Santo que posee la inteligencia de las Escrituras, y meditándolas en función del misterio de Cristo (Lc 24,45; DV 8,9,12), la comentaron en su dimensión litúrgica y espiritual, conscientes de que «toda Escritura está inspirada por Dios y es provechosa para enseñar la verdad, para rebatir el error, para reformar las costumbres, para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios esté perfectamente equipado para toda clase de obras buenas» (2Tm 3,16). Por eso el Oficio de lectura participa en esa profunda y luminosa meditación que hicieron los Padres, bajo la guía del Espíritu.

El Leccionario patrístico procura textos de gran valor espiritual para la vida cristiana. Sigue el año litúrgico con sermones y homilias que acentúan su dimensión sacramental y su eficacia espiritual. Junto a los Padres, presenta Doctores de la Iglesia, y páginas de Concilios y Papas. Recoge textos sobre oración y culto que ayuden a la vida pastoral y la espiritualidad litúrgica. Quita textos problemáticos por su fondo o expresiones: cuestiones debatidas, antisemitismos, moralismos pietistas, alegorismos exagerados, etc.

Conforme a la tradición romana, enlaza con la lectura bíblica (OGLH 159). A veces hay lectura continuada, como las *Catequesis* de San Cirilo de Jerusalén, el *Sermón sobre las bienaventuranzas* de San León Magno, o *Sobre los pastores* de San Agustín. Una frase a modo de *título* va al inicio de la lectura para favorecer su comprensión.

En esa *excelente antología de textos cristianos* están presentes Padres y escritores de todas las épocas, de Oriente y Occidente, tocando variedad de temas. Hay Leccionario *ad libitum* «que contiene una mayor abundancia de lecturas» (OGLH 161). Las Conferencias Episcopales pueden añadir textos propios de la tradición patrística local (162).

La lectura hagiográfica

La Iglesia estima la lectura de la vida de los santos, pues en ellos los fieles encuentran ejemplo y estímulo en el seguimiento de Cristo. Ya en el siglo VIII el Oficio incluía las *Pasiones* de los

santos. Por falta de sentido crítico, eran más próximas a la leyenda que a la historia. Por eso en todas las reformas se procuró mejorar su calidad. El Vaticano II decidió «devolver su verdad histórica a las pasiones o vidas de santos» (SC 92c).

«Con el nombre de *lectura hagiográfica* se designa ya el texto de algún Padre o escritor eclesiástico que o bien habla directamente del Santo cuya festividad se celebra o que puede aplicársele rectamente, ya un fragmento de los escritos del Santo en cuestión, ya la narración de su vida» (OGLH 166). Están al servicio del culto litúrgico a los santos, que, como lo entiende y vive la Iglesia, tiene un valor muy grande (LG 49-51, SC 8, 104, 111). Haciendo memoria litúrgica de los santos, el pueblo contempla en ellos la fuerza santificante del Misterio de Cristo, da gracias a Dios que obra tales maravillas en los hijos de los hombres, ve en ellos exégesis vivas y estimulantes del Evangelio, honra su memoria y acude a su intercesión.

Era difícil cuidar «la verdad histórica de las pasiones o vidas de los santos» (SC 92c). Los procesos de beatificación o canonización, y las fuentes documentales más seguras, comenzaron en el siglo XII (la Santa Sede encomendó esta facultad en 1558 a la Sagrada Congregación de Ritos). Se optó por una solución doble: *Una breve reseña histórica*, con datos ciertos referentes al santo y a su culto, se pone al comienzo del oficio correspondiente. *La lectura hagiográfica* elaborada con estos criterios: En unas 70 lecturas (la mitad) el mismo santo habla por alguna página de sus escritos. En unas 30 se emplean biografías contemporáneas bien informadas. De las *Actas de los Mártires* sólo se emplearon 4 antiguas documentalmente ciertas, y en unos 40 casos se tomaron escritos de Padres que hablan del mártir, o del martirio en general. En 4 casos son lecturas nuevas con buenas bases históricas.

Estructura de la celebración del Oficio de lectura

a) Apertura de la celebración: Si se celebra antes de Laudes, como inicio de todo el Oficio del día, comienza con la invocación *Señor, abre mis labios* (Sal 50,17), y en seguida se reza o canta

antifonalmente el *invitatorio* con el Salmo 94, que exhorta a la alabanza del Señor, a escucharle, y a entrar en su descanso (Heb 3,7-4.16). Pueden usarse los salmos 23, 66 o 99, como entusiasta invitación a la alabanza.

b) *Salmodia*: Hay «tres salmos, o fragmentos, cuando los salmos que corresponden son más largos» (OGLH 62). A un tiempo oración y Palabra inspirada, son ya una primera aproximación contemplativa al mensaje de la lectura bíblica. Por eso son salmos *meditativos*, de carácter histórico a veces (+104-107), de colorido penitencial los viernes, o de tonalidad pascual los domingos. En las grandes fiestas de Pascua y Navidad los salmos elegidos tienen un uso litúrgico largamente tradicional.

c) *Las lecturas*: Constituyen el cuerpo central de la celebración y dan el nombre a la Hora. Entre la salmodia y las lecturas se dice *el verso*, que sirve para enlazar ambas partes. A las dos lecturas en las Vigilias se añade un evangelio (OGLH 73).

La primera lectura es bíblica, y se toma generalmente del propio del Tiempo, excepto en solemnidades o fiestas de los santos, en que se toma del Propio o del Común. Se realiza una *lectura continua* de la Sagrada Escritura, de acuerdo al tiempo litúrgico (SC 51, OGLH 248). Si se interrumpe, el texto omitido puede unirse al propio del día (249).

«El texto [del *responsorio*] ha sido seleccionado del tesoro tradicional o compuesto de nuevo de forma que dé nueva luz para la inteligencia de la lectura que se acaba de hacer, ya sea insertando dicha lectura en la historia de la salvación, ya conduciéndonos desde el Antiguo Testamento al Nuevo, ya convirtiendo la lectura en oración o contemplación, ya, finalmente, ofreciendo la fruición variada de sus bellezas poéticas» (OGLH 169).

La segunda lectura es patrística, o hagiográfica en solemnidades y fiestas de los santos. También lleva *responsorio*, pero no va tan ligado a la lectura, de forma que deja más abierto el tema posible de meditación (OGLH 170).

c) *Conclusión del Oficio*: En domingos fuera de Cuaresma, en fiestas y solemnidades, y en las

octavas de Navidad y Pascua, se recita el *Te Deum*, himno solemne que despliega una amplia doxología trinitaria, la mejor coronación de un Oficio de lectura de especial dignidad litúrgica. Este himno, a comienzos del siglo VI, estaba presente en esta Hora (cf *Regla* de San Benito). El Oficio termina con la *oración* propia del día y con la aclamación *Bendigamos al Señor: Demos gracias a Dios*.

Es una fuente continua de espiritualidad litúrgica. Celebrado como Vigilia, sobre todo en las grandes solemnidades, puede ser sumamente precioso para la vida de la comunidad cristiana (OGLH 71).

Propuesta para la Oración universal

Presentamos ahora, antes que el pan y el vino que recarga nuestras energías, las peticiones por nuestros hermanos del mundo entero y por todos nosotros. Respondemos:

R. Haznos buenos discípulos, imitadores tuyos, Señor.

Para que tu alimento, que compartimos en cada Eucaristía, nos dinamice, nos aliente, nos dé osadía y fortaleza para seguir siendo tus seguidores con rostro alegre, gesto optimista y entusiasmo vital, como los primeros cristianos. R.

Para que sepamos manejar bien las emociones y desterrar de nosotros la ira, acortar los enfados, frenar las críticas y los resentimientos. R.

Para que todos los cristianos vivamos el espíritu de las bienaventuranzas, siendo alegres, misericordiosos, compasivos y comprometidos con el bien común. R.

Por todos los que se dedican a la vida contemplativa y por todos los que distraídos con los ídolos del mundo moderno, no tienen tiempo para contemplarte. R.

Por todos los que viven atentos a los hermanos, se comportan solidariamente y gastan parte de su vida en que los demás vivan mejor. R.

Atiende nuestras oraciones, Padre bueno, y ve cambiando nuestros corazones para hacerlos más parecidos al de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

12. LAS COMPLETAS, ÚLTIMA ORACIÓN DEL DÍA

Lecturas a elegir: -----

1 Tesalonicenses 5,1-10: No somos de la noche ni de las tinieblas.

Salmo 131. R. He aquí la morada de Dios entre los hombres.

Lucas 23,39-46: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Primero veamos: -----

Nuestro primery último pensamiento del día es para Dios. Orar es un dialogo de amor con Dios que a través de la palabra activa compromete al corazón. Un cristiano no lo pasa por alto antes de acostarse. La jornada se convierte en oración de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, y hasta el sueño se hace oración. El sol se fue, los animales están en sus guaridas, las sombras invaden la tierra, terminamos nuestras labores, es tiempo de acercarse al Señor y pedirle se quede con nosotros como luz que alumbra nuestra noche y el fuego dé calor. Terminados nuestros juegos y trabajos, es hora de pedir que no acabe la alegría de sentirnos amigos.

El descanso y el sueño son esenciales para la salud y calidad de vida. O disminuye la capacidad de concentración, enjuiciamiento y actividad cotidiana, con fatiga, trastorno de mente, comportamiento anormal del sistema nervioso, lentitud de pensamiento, irritabilidad y psicosis. El sueño restaura los niveles normales de actividad y el equilibrio entre las partes del sistema nervioso central (equilibrio natural de centros neuronales), restableciendo la energía y bienestar de la persona. Es un proceso periódico común a todos, no estado de inconsciencia, sino de conciencia en que baja la percepción y reacción al entorno; la actividad física es mínima, hay niveles variables de conciencia, cambios en los procesos fisiológicos del organismo y disminución de la respuesta a los estímulos externos. Ese conjunto de procesos fisiológicos complejos resulta de la interacción de muchos

sistemas neuroquímicos del sistema nervioso central, con modificaciones en los sistemas periférico, endocrino, cardiovascular, respiratorio y muscular. El ritmo circadiano regula la fluctuación de la temperatura corporal, la frecuencia cardiaca, la secreción hormonal, y el estado de ánimo. Son los ritmos más influidos por la luz, la temperatura, hábitos sociales y trabajos.

Nuestros relojes biológicos sincronizan su ciclo rindiendo mejor en distintos momentos del día. Este oscilador interno se sitúa detrás del hipotálamo; su ritmo se adapta gracias a factores como luz, oscuridad o actividad social: sincronizadores. El control del sueño no está en parte del cerebro; muchos sistemas neuroquímicos interactúan en su regulación. Seguir despierto o dormir depende del balance entre impulsos procedentes de la corteza cerebral (pensamientos), de los receptores sensoriales periféricos (ej: sonidos o luz) y del sistema límbico (emociones), identificando los valores desde la unicidad de la persona:

- *Biofisiológicos*: condiciones genéticas de la persona y funcionamiento de sus aparatos, sistemas, órganos según su edad, etapa de desarrollo y estado general de salud.
- *Psicológicos*: sentimientos, pensamientos, emociones, inteligencia, memoria, psicomotricidad, nivel de conciencia, sensopercepción, habilidades y relación.
- *Socioculturales*: entorno físico y sus aspectos socioculturales que influyen a la persona: valores y normas que proporciona la familia, escuela, las leyes....

Muchos no descansan. Trabajan dos o tres turnos; tienen hijos, se levantan temprano y van corriendo de cosa a cosa; no tienen trabajo y están muy afanados por conseguirlo; afanados en este trajín ni hay tiempo para comer. Podemos tener una vida con descanso interior en vez de vidas afanadas cuando andamos corriendo. Las Com-

pletas «son la última oración del día, que se ha de hacer antes del descanso nocturno, aunque haya pasado ya la media noche» (OGLH 84). Reciben este nombre por celebrarse de noche antes de dormir: se ha completado el día. Su estructura es similar a la de las otras Horas, con posibilidad, al comienzo, de realizar un breve examen de conciencia y un *acto penitencial* (86). La salmodia es breve, un salmo o dos muy cortos, y está permitido usar todos los días los salmos del domingo (88).

Es un *ensayo diario de la propia muerte*: el sueño es imagen de la muerte (Jn 11,13; 1Ts 4,15); el sueño nocturno da fin a la vigilia del día, y la muerte dará fin a esta vida temporal. Durmiendo, acompañamos a Cristo en el sepulcro, y despertando, participamos de su Resurrección (Or. Viernes). Antes de entregarnos al sueño oramos: *Entus manos, Señor, encomiendo mi espíritu* (Sal 30, Completas Martes; Lc 34,46; Hch 7,59). Igual el *Cántico de Simeón*: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz» (Lc 2,29-32).

Es una hora íntima, en que los fieles rehúyen al Maligno, príncipe de las tinieblas (1P 5,8-9; Ef 4,26-27; lect. Martes, Miércoles), y con confianza se acogen al amparo infalible del Altísimo y de sus ángeles (Sal 90). Él es la Luz, y en su reino «ya no habrá noche» (Ap 22,4-5, lect. Domingo II). Verdadera celebración, incluye una bendición final, *El Señor nos conceda una noche tranquila y una muerte santa*. Y termina, dando así fin al curso diario del Oficio Divino, con la antífona a la Virgen María (OGLH 92).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

84. Las Completas son la última oración del día que se ha de hacer antes del descanso nocturno, aunque haya pasado ya la media noche.

85. Comienzan, como las demás Horas, con la invocación inicial «Dios mío, ven en mi auxilio» con el Gloria «Como era» y el Aleluya (que se omite en tiempo de Cuaresma).

86. A continuación es de alabar que se haga examen de conciencia, que en la celebración común se hace en silencio o bien según alguna de las

fórmulas que propone el Misal Romano para el acto penitencial.

87. Después se dice el himno correspondiente.

88. En cuanto a la salmodia, el domingo, después de las I Vísperas, se dicen los salmos 4 y 133; después de las II Vísperas, el salmo 90. Los demás días se eligieron salmos que estimulen la confianza en el Señor, y pueden ser sustituidos por los del domingo, principalmente para comodidad de aquellos que prefieran recitarlas de memoria.

89. Después de la salmodia se hace la lectura breve, a la cual sigue el responsorio «A tus manos, Señor»; después se dice el cántico evangélico «Ahora, Señor» con su antífona. Con él podemos decir que culmina esta Hora.

90. La oración conclusiva es la correspondiente al día de la semana.

91. Después de la oración, incluso en la recitación privada, se dice la bendición El Señor todopoderoso nos conceda.

92. Después se dice una de las antífonas de la santísima Virgen María. Pero en tiempo pascual será siempre «Reina del ciclo alégrate». Además de las antífonas que se contienen en el libro Liturgia de las Horas, pueden ser aprobadas otras por la Conferencia Episcopal.

Luego actuemos: -----

«Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo los haré descansar» (Mt 11,28-30). Aceptar la salvación es encontrar descanso en Jesús. Libera del látigo de la ambición, codicia, pasión e inquietud, esclavitud con que trabajamos. Nos sobrecarga un peso de pecado, temor, desasosiego, remordimiento y temor a morir. Él nos libra de la carga; llevó sobre sí el peso abrumador de nuestros pecados, para no sucumbir. Portador de cargas, para que los cargados no se doblarse bajo su enorme peso.

La noche es el momento de acudir a Jesús, renunciando a toda otra esperanza y depositando en Él todos nuestros afanes. Con estas disposiciones, el descanso es profundo, seguro, santo y eterno, signo y anticipo de la entrada en el cielo. No importa el desgaste del día, Él tiene descanso

para nuestra alma angustiada y nuestra mente sofocada, y traerá vida a nuestro espíritu. En la Cruz lo consiguió para nosotros y nadie nos lo podrá quitar.

Moisés condujo a los Israelitas desde Egipto cruzando el Sinaí, hasta el borde de la tierra prometida. Al regresar los 12 espías enviados para verificar su bondad, 10 tenían miedo por el tamaño y fuerza de su gente, haciendo que el pueblo no quisiera ir. Dios llamó a este rechazo «endurecimiento de corazón», descalificó esa generación y perdieron el reposo del Señor por incrédulos (Heb 3,16-19). No era una siesta; sino una vida de batalla victoriosa. Nuestro reposo también es batalla, bajo el liderazgo de Dios y su poder para ganar. Jesús invita, no a una inactividad o pasividad, sino trabajo fructífero con su guía. Como un buey joven e inexperto junto a otro fuerte y dócil aprende a trabajar la yunta. La clave para entrar en el reposo del Señor es creer en la promesa de Dios (Heb 3,19 – 4,3). «Un descanso para mi pueblo» (Is 30,15). «En descanso y en reposo alcanzarán salvación; en quietud y en confianza será su fortaleza». Jesús duerme en la barca durante la tormenta. Se afanan los discípulos: «¿No te importa que muramos?» Jesús reprende la tormenta y hay paz. Tras caminar mucho se sienta junto un pozo tranquilo, buscando agua y ahí evangeliza a una necesitada de escucha de la Palabra de Dios. Le pidieron sanar una agonizante de 12 años, hija del jefe de la Sinagoga: «Debemos llegar para salvarla». Ante una señora le salió poder y sanó. «Quién me tocó». «Mira, hay mucho quehacer: una muchachita muriendo, a sanarla». «Espera. Alguien me tocó y tengo tiempo para ella». Tranquilo.

La manifestación del Espíritu sobre Jesús cuando salió de las aguas fue una paloma que reposaba sobre Él. Jesús se cansa; pero Dios no. Después de la Creación: ¡descansó! El reposo es de Dios; el afán e inquietud no. Los demonios buscan dónde hallar algún reposo. «Si el Señor no construye la casa en vano trabajan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Es inútil levantarse de madrugada e ir muy tarde a reposar y comer pan de dolores, pues Dios lo da a sus amigos durante el sueño» (Sal 126).

En Getsemaní: ‘Quédense aquí a orar un poco’. Al hallarlos durmiendo: ‘Vigilen para no caer en la tentación’. La parábola del dueño de una casa que vuelve a la medianoche y encuentra a su mayordomo durmiendo en lugar de trabajar. Despierto, velar, la antena puesta y alta, conectado con el Espíritu Santo. El descanso espiritual es todo lo opuesto. Baja la guardia, no al enemigo sino a Dios, pues hay interferencia entre nosotros y Dios. Hay que limpiar los aires para recibir las señales del Espíritu. Al descansar regresamos al Señor. No significa ser pasivo. No es igual aguas de reposo (quietas) que aguas estancadas. Un cristiano sirve a Dios, pero no sólo a Dios. Descansar no es estar sin moverse, sino estar trabajando con el yugo de Jesús. Él carga la mayoría, nosotros sólo un poco con Él. Si no vamos a su paso, sino adelante o detrás, terminamos con más carga.

Muchas cargas no vienen de Jesús, las pusimos nosotros, o Satanás. Trabajar para Dios cansa, hay que trabajar con Dios y permanecer en Él. ¿Qué te quita el descanso? ¿Estás enojado? Hay que perdonar. ¿El afán y preocupación por qué va a pasar? ¿El orgullo: Yo puedo yo sólo? «Tiemblen y no pequen, mediten en su corazón estando en su cama y callen y ofrezcan sacrificios de justicia confiado en el Señor» (Sal 4,4). Quita la paz el afán por tener algo más. «Aún de noche rico su corazón no reposa, todo el trabajo del hombre es para su boca y con todo eso su deseo no se sacia» (Qh).

Es momento de descansar, perdonar, dar gracias, renunciar al pecado, descansar en los brazos de nuestro Papá celestial y recibir el regalo de descanso espiritual para luchar.

Propuesta para la Oración universal

Bendigamos al Señor porque nos ofrece el sueño diario como medio de restauración, y pidámosle que la noche sea tiempo de alabanza, diciendo:

R. Que no temamos al espanto de la noche.

Te bendecimos, Señor, por el sueño profundo de los niños y los jóvenes, por todos los que descansan plácidamente en las altas horas de la noche. R.

Te pedimos por todos aquellos que no pueden dormir, doloridos en el cuerpo o atormentados en el espíritu. R.

Por todos los enfermos a quienes el dolor mantiene en vigilia forzosa y todos los que los cuidan por amor u obligación. R.

Te pedimos por todos los que en las horas de la noche trabajan, los vigilantes que velan, los que cuentan las horas ansiando que pase la noche y amanezca. R.

Que rodeados por el misterio de la noche, adivinemos en la oscuridad los ojos divinos que nos miran cariñosos, silenciosos y atentos. R.

Que invitemos cada día al Señor a dormir en nuestra cama, y acostarnos sobre la palma de su mano. R.

Cuida Señor, a cuantos trabajan, sueñan, espera o lloran esta noche; que tus ángeles acerquen palabras de esperanza a cuantos permanecen en vigilia. R.

Da descanso a los fatigados y bendice a los que cierran sus ojos para siempre, y protege el gozo de aquellos que todavía pueden sonreír. R.

Arrópanos, Señor, con tu benevolencia, para que pongamos nuestro corazón en ti y descansemos siempre en ti; y que aún en medio del insomnio y de las sombras turbadoras de la noche, te alabemos más que el centinela a la aurora, esperando el Día sin ocaso. Por Jesucristo nuestro Señor.

13. LOS SALMOS, ORACIÓN CRISTIANA

Lecturas a elegir: -----

Sofonías 3,16-20: *Exulta porque el Señor está en medio de ti.*

Salmo 28(29). R. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica.

Hechos 2,36-42: Los que oyeron el anuncio perseveraban.

Marcos 16,14-16.20: Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda la creación.

Primero veamos: -----

De los elementos del Oficio Divino el más importante es *el Salterio*, que da fisonomía propia a la Oración de las Horas (OGLH 100-139). Estas «composiciones poéticas de alabanza» (103), elaboradas «bajo la inspiración del Espíritu Santo» (100), han sido oración continua de Israel y de la Iglesia. Desde los comentarios patrísticos hasta los modernos estudios exegéticos, son objeto de valiosos estudios como elemento primordial del Oficio.

El salterio, de inspiración divina, expresa la fe y la oración del pueblo de Dios, y responde a características histórico-teológicas particulares propias de Israel. Elementos vivos del culto en el templo y en las sinagogas, se utilizaron en la oración por Cristo y las primeras comunidades cristianas; la Iglesia se sigue sirviendo de ellos en el culto oficial y en la oración personal, y se ha mantenido pese a la dificultad de pertenecer a un estadio de revelación anterior a Cristo. A lo largo de la historia hay esfuerzos en profundizar para hacerlo elemento válido y eficaz de oración cristiana (cf SC 90; OGLH 102).

Sus divisiones y títulos indican ya su utilización litúrgica *en el Antiguo Testamento*. En la plenitud de los tiempos, en el corazón y en los labios de Cristo adquieren la plenitud de su sentido: Él es su supremo orante; hace suyos sus sentimientos, alabanzas y súplicas; y el protagonista de las promesas que contienen. En los evangelios *Jesús ora con los salmos* en 21 pasajes, 6 citas explícitas, 10 implícitas, y varias reminis-

cencias. Participaba en la sinagoga y el Templo, en la bendición de las comidas. Celebró su Misterio Pascual orando salmos: en la última Cena, el «gran Hallel», 112-117 (Mt 26,30 *pp*); en Getsemaní, «Triste está mi alma hasta la muerte», 6,4 o 41,6-7, (Mt 26,38; Mc 14,34; Jn 12,27)); y en la Cruz, «Tengo sed», 69,22 (Jn 19,28); «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», 21,2 (Mc 15,34 *par.*); «A tus manos encomiendo mi espíritu», 30,46 (Lc 23,46).

Varios salmos contienen profecías acerca de la vida y misión del Salvador: Mt 22,41-46; Heb 5,1-6; Sal 118,21-22 (rechazado pero piedra angular); Lc 20,9-19. Sal 16,9-10 (resucitaría: Hch 13,34-37); Sal 22,1 (se sentiría desamparado: Mt 27,46); Sal 22,7-8 (se burlarían: Mt 27,43); Sal 22,16 (le horadarían manos y pies: Jn 20,24-27); Sal 22,18 (sus torturadores se sortearían su ropa: Mt 27,35); Sal 31,5 (encomendaría su Espíritu en mano de Dios: Lc 23,46); Sal 34,20 (ninguno hueso sería quebrado: Jn 19,31-33.36); Sal 41,9 (sería traicionado: Jn 13,21-27); Sal 65,7 (sosegaría el mar: Mt 8,26; Lc 8,24); Sal 68,18 (subiría a lo alto: Ef 4,7-10); Sal 69,21 (le darían hiel y vinagre: Mt 27,34); Jn 19,28-30); Sal 91,11-12 (Sería protegido por ángeles: Mt 4,5-6; Lc 4,10-11).

Si hubiéramos vivido en tiempos del Salvador ¿lo habríamos reconocido por las pistas de los salmos? ¿Por qué no reconocieron que el Salvador cumplía esas profecías? ¿Fueron precisas? ¿Un profeta actual puede ayudar a prepararnos a la segunda venida del Salvador?

La Iglesia primitiva continúa orando los salmos que Jesús hizo suyos. Los apóstoles los usaron y cantaron (2,1-2 = Hch 4,23-30; 16,25), y recomendaron orar con salmos y cánticos inspirados (Rm 15,9-11; 1Co 14,15.26; Ef 5,19; Col 3,16) en las reuniones litúrgicas y en toda circunstancia (St 5,13). Los escritores del Nuevo Testamento los consideraron inspirados por el Espíritu Santo (Hch 1,16; 4,25; Heb 4,7), como profecías de Cristo (Lc 20,42-43; 24,44). Numerosas citas se aplican a Cristo y su Iglesia (ej. Hch 1,20 = 68,26 y 108,8; 2,25-28 = 15,8-11; 2,34-35 = 109,1; etc.). *La Iglesia* en Oriente y Occidente los ha empleado de modo continuo en su oración litúrgica.

Quienes cantan o recitan los salmos deben conocer *sus diversos sentidos* en la Biblia (OGLH 102). El primero es el que tiene para el compositor y quienes los usaron. Al paso de los siglos, los hechos salvíficos en favor de Israel lo fueron ampliando con nuevas luces. «Los salmos no son más que una sombra [Heb 8,5; 10,1] de aquella plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la que recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia» (101). En Cristo y en su Iglesia los salmos hallan su sentido pleno.

Sentido histórico. «Cada uno de los salmos fue compuesto en circunstancias peculiares [una victoria, una enfermedad, la entronización de un rey, etc.], como nos lo indican los títulos que los preceden en el salterio hebreo».

Sentido literal. «Sea lo que fuere de su origen histórico, cada salmo tiene un sentido literal que incluso en nuestros tiempos no podemos desatender. Pues aunque tales cánticos traigan su origen de los pueblos orientales de hace bastantes siglos, expresan, sin embargo, de un modo adecuado el dolor y la esperanza, la miseria y la confianza de los hombres de todas las edades y regiones, cantando sobre todo la fe en Dios, la revelación y la redención» (OGLH 107). Este sentido es importante sobre todo en el rezo privado de los salmos.

Sentido pleno. «Quien recita los salmos en nombre de la Iglesia, debe dirigir su atención al sentido pleno de los salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de relieve al hablar a los Apóstoles: ‘es necesario que se cumplan todas las cosas que fueron escritas de mí en la Ley de Moisés, los profetas y los salmos’ (Lc 24,44). Es un ejemplo conocidísimo el diálogo que nos refiere san Mateo acerca del Mesías, Hijo de David y Señor suyo (Mt 22,44s), en el que el salmo 109 es aplicado al Mesías» (109; +sobre la unidad de toda la Biblia, DV 12).

«Tanto los Padres como la liturgia procedieron rectamente al oír en los salmos a *Cristo* que clama al Padre o el *Padre* que habla con su Hijo, reconociendo incluso en ellos la voz de la *Iglesia*, de los Apóstoles o de los mártires» (OGLH 109). El uso

de los salmos en la Liturgia de las Horas es *el medio principal para hacer nuestra la oración de Cristo y de la Iglesia y hace presente y audible la voz del Cristo glorioso, Sacerdote eterno*.

Por eso, «quien recita los salmos en la Liturgia de las Horas» ha de hacerse cada vez más consciente de que «no lo hace tanto en nombre propio, como en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona del mismo Cristo» (OGLH 108).

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

100. En la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos insignes que bajo la inspiración del Espíritu Santo compusieron los autores sagrados del antiguo Testamento. Pues por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos santos y piadosos, les ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan consuelo y firmeza de espíritu en la adversidad.

101. Sin embargo, los salmos no son más que una sombra de aquella plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la que recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia; por lo cual no es de extrañar que, a pesar de la suma estima de los salmos, en la que se muestran concordes todos los fieles, surja a veces alguna dificultad cuando alguien al orar intenta hacer suyos tan venerables poemas.

102. Sin embargo, el Espíritu Santo, bajo cuya inspiración cantaron los salmistas, asiste siempre con su gracia a los que «creyendo con buena voluntad» cantan estas composiciones poéticas. Pero es necesario, ante todo, que «adquieran una instrucción bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos», y cada cual, conforme a su

capacidad, considere de qué modo y con qué método puede orar rectamente cuando los recita.

109. Quien recita los salmos en nombre de la Iglesia debe dirigir su atención al sentido pleno de los salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de manifiesto al hablar a los Apóstoles: «es necesario que se cumplan todas las cosas que fueron escritas de Mí en la ley de Moisés, los profetas y los salmos» (Lc 24,44). Ejemplo conocidísimo es el diálogo que nos refiere San Mateo acerca del Mesías, Hijo de David y Señor suyo, en el que el salmo 109 es aplicado al Mesías.

Los Padres comentaron todo el salterio a modo de *profecía acerca* de Cristo y su Iglesia; por eso se eligieron los salmos para su uso en la Liturgia.

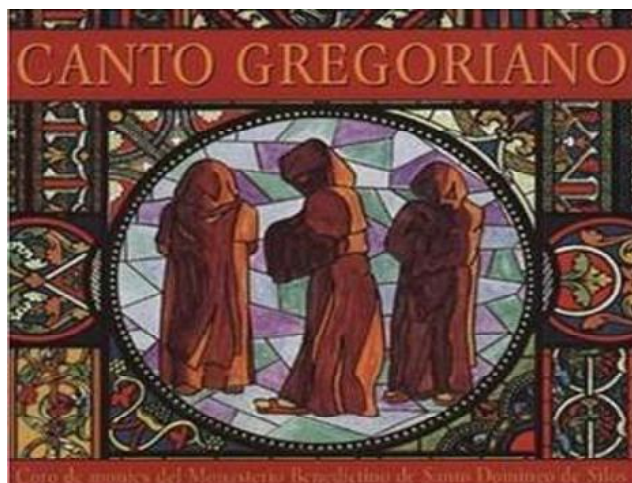
Aunque a veces hay interpretaciones artificiosas, tanto los Padres como la Liturgia procedieron rectamente al oír en los salmos a Cristo que clama al Padre o *el* Padre que habla a su Hijo, reconociendo incluso la voz de la Iglesia, de los Apóstoles o de los mártires. Este método interpretativo floreció en la Edad Media: en muchos códices de este período se

propone a los que los recitan su sentido cristológico en sus títulos. No se limita a los salmos mesiánicos, sino a muchos otros, con apropiaciones refrendadas por la tradición de la Iglesia.

En los días festivos, los salmos fueron elegidos con cierto criterio cristológico, para cuya ilustración se proponen generalmente antifonas sacadas de los mismos salmos.

Luego actuemos: -----

Los salmos se han leído en el culto cristiano como profecías del misterio de Cristo, el cual permite interpretar su sentido último. La tradición cristiana patrística y litúrgica aprendió a leer a Cristo en los salmos y a los salmos en Cristo. Dice



san Agustín: «Como el Cristo total es cabeza y cuerpo, en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del cuerpo. Pues no quiso hablar separadamente el que no quiso separarse, conforme lo atestigua: *Vean que yo estoy con ustedes hasta la consumación de los siglos*. Si está con nosotros, habla con nosotros, de nosotros y por nosotros; como también nosotros hablamos en él, y por eso hablamos verdad, porque hablamos en él». Por ello no debe olvidarse el papel de válida ayuda que, para una recta interpretación de los salmos, tienen las antífonas, las frases bíblicas y los títulos que aparecen en los libros litúrgicos, sin olvidar las colectas sálmicas. Los problemas derivados del contenido de los salmos pueden superarse con un trabajo de mentalización y de conocimiento del salterio dentro de la historia de salvación que se actúa en la liturgia.

La distribución y ordenación del salterio en el Oficio Divino ha conocido variaciones considerables a lo largo de la historia. El Concilio vio conveniente distribuir los salmos «no en una semana sino en un período de tiempo más largo» (91). Criterios que se adoptaron:

a) *Reparto de los salmos y cánticos en cuatro semanas*. Para ello: *omitir* ciertos salmos imprecatorios (57, 82, 108), difíciles de asumir por el orante cristiano actual (OGLH 130); emplear algunos salmos *históricos* (77, 104 y 105) en Adviento, Cuaresma y Pascua (130); *reducir* el número de salmos de cada Hora (88); *dividir* en dos o más secciones los salmos especialmente largos, como el 118, lo cual se hizo con 47 salmos (124, 132); *repetir* 35 salmos en casos aconsejados por la tradición (126).

b) *Atención a las exigencias de los tiempos litúrgicos*. Según la significación de cada Hora y cada celebración del Calendario: En *Laudes*, el primer salmo hace alusión a la mañana, a la luz, al día que comienza. El viernes se reza siempre el salmo 50. Después del cántico del Antiguo Testamento, el salmo tercero es de alabanza, como los clásicos *laudate* (OGLH 43). En *Visperas* se emplean salmos que la tradición considera vespertinos. Suelen ser de acción de gracias. Su tercer elemento es un cántico del Nuevo Testamento. En *Completas* se han elegido salmos de confianza

(OGLH 88). Toma en cuenta los días litúrgicos con especial referencia al Misterio Pascual: *Domingo*: Sal 23, 113, 117, 144, etc. *Viernes*: Sal 50 y penitenciales: 21 (rezado por Jesús en la Cruz), 34, 37, 58, 64, etc. (OGLH 129). Al iniciar ciclo litúrgico nuevo, comienza la semana I (OGLH 133). *Solemnidades y fiestas*: salmos del domingo de la I semana para Laudes, y algunos salmos consagrados por la tradición (OGLH 134).

c) *Atención a las características literarias y teológicas de los salmos*. Alternando coros, *por versículos o por estrofas* (OGLH 122). *Los modos de salmodiar* en la recitación o el canto, tienen importancia para expresar la índole de cada salmo (OGLH 121-122).

Propuesta para la Oración universal

Escucha Padre los ruegos de tu pueblo, que hoy te dirigimos en la alegría de la mesa compartida, para que nos ayudes a conseguirlos, y respondamos:

R. Haznos profetas, Señor

Por tus hijos alejados, aquellos que no te conocen, no te disfrutan y viven la vida distraídos en falsos dioses, para que tengan un encuentro contigo. R.

Ponemos en el altar a nuestra Iglesia, para que sepa hablar el lenguaje de los tiempos, conociendo a fondo al ser humano de hoy, para ofrecer a Jesús como propuesta de vida apasionante. R.

Haz de nosotros profetas que sepamos hablar bien de ti y contagiemos el deseo de vivir tu proyecto de fraternidad y plenitud universal. R.

Entusiasma a tus seguidores para que sean buenos transmisores de tu mensaje, que potencia lo mejor de las personas y con su comportamiento vayan sensibilizándonos a todos con los más pobres. R.

Buen Padre, Dios, que sabes mejor que nosotros que nadie es profeta en su tierra, acoge nuestras peticiones y danos valentía para dar limosna de lo de dentro, contando lo que creemos y celebramos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

14. LOS SALMOS, ORACIÓN POÉTICA Y MUSICAL

Lecturas a elegir: -----

1 Crónicas 15,16-24: *Designación de los cantores y músicos.*

Salmo 46(47). *R. Toquen para el Señor con aclamaciones y al son de trompetas.*

Efesios 5,15-20: *Exhórtense con himnos y cánticos.*

Lucas 10,21-24: *Jesús exultó de gozo en el Espíritu Santo.*

Primero veamos: -----

Si en la historia han surgido tantas composiciones de oración y hoy tantos escriben oraciones con lenguaje actual según las situaciones ¿por qué utilizar los salmos en la oración de la Iglesia? ¿son aptos para la oración del hombre contemporáneo? ¿por algún motivo especial la Iglesia los elige como pilares de su alabanza a Dios? ¿su poesía estimula la capacidad de afecto que debe estar en el acto de la oración? A lo largo de la historia de Israel se crearon, recogieron o adaptaron oraciones de los pueblos vecinos; se fueron formando colecciones y, con el el tiempo, dieron lugar al Salterio o Libro de los Salmos. Era el libro de oración de Israel, y el más extenso de la Biblia. La palabra «mismor» significa: canto con acompañamiento de instrumentos de cuerda; «tehillim» significa: himnos; se tradujo al griego como «psalmos»: plegaria. El «psalterion» (latinizado como Salterium), era el nombre del instrumento de cuerdas (entre lira, arpa y cítara) con que se acompañaba la oración inspirada, y designó al libro.

Tres colecciones lo formaron: Yahvista o davídica (salmos 2 a 41); Eloísta (42-83); y última incorporada (84 a 150). En el siglo III a.C. el

proceso estaba concluido. El libro se tiene 150 salmos, cuya numeración tiene dos versiones; las Biblias presentan dos números: el texto hebreo (cifra superior), y la versión griega de los LXX traducida en la Vulgata y utilizada en la liturgia (número inferior). La Vulgata lo dividió en cinco libros, en relación con el Pentateuco: I (Sal 1-41); II (42-71); III (72-89); IV (90-105) y V (106-150).

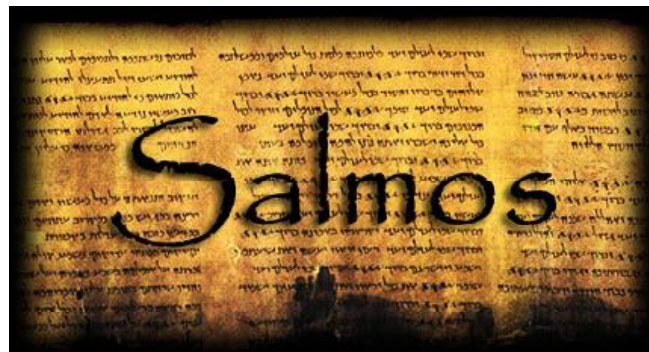
Su interpretación es muy difícil, por tener autores tan diversos, ser escritos en tiempos muy diversos y reinterpretados en varias ocasiones, y porque el género de poesía entraña muchas sutilezas y una riqueza simbólica mayor que otros estilos. En las composiciones poéticas lo intuitivo y afectivo priva sobre lo lógico y lo didáctico. Los salmos son oraciones poéticas que aprovechan al máximo las posibilidades del lenguaje con el fin de expresar la experiencia religiosa de un pueblo y de sus miembros en su relación con Dios. Como poesías, se valen de todos los recursos literarios y ponen de relieve las distintas mentalidades existentes en cada época.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

103. Los salmos no son lecturas ni preces compuestas en prosa sino composiciones poéticas de alabanza. Por lo tanto, aunque posiblemente hayan sido proferidos alguna vez en forma de lectura, sin embargo, atendiendo a su género literario, con acierto se les llama en hebreo:

«Tehillim», es decir «cánticos de alabanza», y en griego: «psalmoi» es decir, «cánticos que han de ser entonados al son del salterio». En verdad, todos los salmos están dotados de cierto carácter musical



que determina el modo adecuado de recitarlos. Por lo tanto, aunque los salmos se reciten sin canto, e incluso de modo individual y silencioso, convenirá que se atienda a su índole musical: ciertamente ofrecen un texto a la consideración de la mente, pero tienden sobre todo a remover los corazones de los que los recitan y de los que los escuchan, e incluso de los que tocan «el salterio y la cítara».

104. Quien, por tanto, gusta de la salmodia, medite verso tras verso, dispuesto siempre en su corazón a responder conforme a la voluntad del Espíritu que inspiró al salmista y sigue asistiendo también a todo el que con piedad esté dispuesto a recibir su gracia. Por lo cual, la salmodia, aunque exija la reverencia debida a la majestad divina, debe realizarse con alegría de espíritu y dulzura amorosa, tal como conviene a la poesía y al canto sagrado y sobre todo a la libertad de los hijos de Dios.

105. A menudo valiéndose de las palabras de los salmos podemos orar con mayor facilidad y fervor, ya que se trate de dar gracias y alabar a Dios en el júbilo, ya de invocarlo desde lo profundo de la angustia. No obstante -sobre todo si el salmo se dirige inmediatamente a Dios- surgen a veces ciertas dificultades. Pues el salmista como poeta que es, habla al pueblo trayendo a la memoria la historia de Israel, a veces interpela a otros sin exceptuar siquiera a las criaturas irracionales. Es más: nos presenta a Dios y a los hombres hablando entre sí, e incluso a los enemigos de Dios, como sucede en el salmo segundo. Con lo cual se manifiesta que el salmo no tiene el mismo argumento de oración que las preces o colectas compuestas por la Iglesia. Además, la índole poética y musical de los salmos no exige necesariamente que se dirijan a Dios, sino que se canten ante Dios como advierte San Benito: «Consideremos de qué modo conviene estar en la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y recitemos los salmos de modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz».

106. Quien recita los salmos abre su corazón a los sentimientos que éstos inspiran según el género literario de cada uno, ya sea de lamentación, confianza, acción de gracias u otros que acertadamente señalan los exegetas.

Luego actuemos: -----

El salmo es un canto poético que no podemos degradar a una lectura más. Sería como en un cumpleaños, en lugar de cantar la «Mañanitas», alguien tomara la palabra y la recitara. Para el canto de los salmos no se ha inventado nada comparable con los tonos o modos gregorianos. Tratemos de devolverle al salmo la cualidad de pieza musical así:

Existe gran número de formas salmódicas (melodías de fórmula gregoriana) que pueden sostener el salmo. No siempre se ajustan al carácter del salmo, pero mantienen distancia entre texto leído y cantado, hasta sonar como canción. El salmista va modulando el texto adaptándolo, para que el pueblo también pueda responder entonando la salmodia.

Muchos salmos son cantos ya elaborados y rítmicos, como «*Este es el día*» (117), «*Tu Reino es Vida*» (71) o «*Tu Palabra me da Vida*» (118). Es apropiado para fiestas.

Si no hay quien lo cante o lo entone bien, un organista o guitarrista puede hacer un trasfondo musical discreto mientras un buen lector lo declama. Tocar algo conocido distrae a la asamblea. Pueden ser arpeggios simples de piano u otro instrumento. La idea es mantener la sencillez, centrar la atención a la plegaria o texto, no a la música, que haga relación con la atmósfera creada en el texto del salmo. Usar tonos mayores cuando se trata de júbilo y alegría, alabanza y demás, y tonos menores para perdón, piedad, súplica, plegaria, etc. Si no hay otra opción, un interludio musical entre la lectura y el salmo puede resaltar el cambio de género literario, y se deja la responsabilidad al salmista.

El salmista tiene la obligación de «vivir» lo que lee para transmitirlo a los demás, pues es canto poético. Un salmo aprendido de memoria y declamado sin leer (viendo sólo a momentos) es muy atrayente, cuidando no robar protagonismo al texto ni al Señor. Un salmo dialogado entre dos personas, según el género literario, también es posible. Un salmo leído a media voz por todos y declamado al mismo tiempo por uno solo. Si la asamblea responde al salmo, preferible sea cantado. Un buen lector es capaz de llevar a la asamblea

por una respuesta bien entonada, que suene como canción aunque no utilice salmodia.

Se debe respetar el género literario. No se leerá (o cantará) un salmo de alabanza de la misma manera que un salmo de súplica o plegaria; un salmo individual de la misma forma que uno colectivo. El Salmista y los músicos deben estar preparado para cada género. En cada parroquia, el grupo encargado de la Liturgia tomará la mejor opción para seguir dentro de la Liturgia. Esto incluye hablar con los músicos y lectores. Los músicos están llamados a crear nuevas melodías para los salmos, sencillas, tan fuertes para sostener el peso literario. Y ejecutar instrumentos adecuados como apoyo. Es deber de los salmistas prepararse, abandonarse al Espíritu que inspiró tan bellas canciones que miles de años después, sólo Dios, el mismo ayer, hoy y siempre, es capaz de mantener su riqueza para nosotros.

Propuesta para la Oración universal

Ponemos juntos nuestras mejores intenciones en el regazo de nuestro Padre Dios, respondiendo a cada invocación:

R. Señor, no nos dejes de tu mano.

Te ponemos en el altar, Señor, a todos los seres humanos de la tierra, para que nos hagas sentir la sed de transcendencia e inmortalidad y nos saques de la frivolidad en la que a veces vivimos. R.

Te presentamos a nuestra Iglesia, para que sea liberadora, impulso de solidaridad y compromiso, para hacer de nuestro mundo un espacio justo, humano y fraterno. R.

Ponemos en nuestra mesa a políticos, gobernantes, responsables de empresas y de comunicación, y a todos los que tienen la posibilidad de mejorar el mundo, para que tengan una mirada global y solidaria, que rompa diferencias y desigualdades. R.

Para que cada uno de los que participamos en la Eucaristía, salgamos tocados de tu ternura y fraternidad y nos comprometamos a que a nuestro alrededor se viva mejor. R.

Haz de todos nosotros una comunidad viva que ama, comparte, mejora y embellece la vida que tú nos has regalado, recogiendo las peticiones que con toda confianza te presentamos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

15. LOS SALMOS RECOGEN LA ORACIÓN DE TODA LA HUMANIDAD

Lecturas a elegir: -----

2 Samuel 6,12-15: *David danzaba ante el arca.*

Salmo 104(105). *R. El Señor sacó a su pueblo con alegría.*

Colosenses 3,12-17: *Canten a Dios, dándoles gracias de corazón.*

Mateo 11,16-19: *Tocamos y no bailaron.*

Primero veamos: -----

Un momento privilegiado del encuentro y diálogo con Dios es la oración. Si se reviste de poesía

y música, rozamos las fronteras de lo divino. El Salterio es plegaria, poesía y canción; expresión inigualable de la experiencia religiosa de Israel y de la Iglesia, y una de las joyas poéticas de la literatura universal. El gran protagonista de los salmos es Dios. Para los distintos actores Él es el motivo de la alabanza, el destinatario de la súplica, y el origen de las maravillas de la naturaleza, del hombre y de la historia. Se describe con su fidelidad, justicia, misericordia y generosidad, perfilando el rostro de Dios. Representan los caminos privilegiados que tiene Israel para dirigirse a su

Señor. Mediante ellos, el pueblo establece un diálogo personal con su Dios y experimenta su consuelo a través de su amor infinito.

Jesús de Nazaret y la Iglesia de todos los tiempos han orado con estos mismos salmos al Padre. Los recitaron Jesús, María, los apóstoles y los primeros mártires. Pero lo han hecho de manera nueva a partir del Padrenuestro, la oración que les otorga todo su sentido.

El primitivo pueblo cristiano alababa a Dios en el Templo con los salmos. Apenas la Iglesia comenzó de modo visible a actuar, no olvidó la alabanza a Dios siguiendo la costumbre de sus mayores. El Salterio fue el libro más usado por la Iglesia en su liturgia. Hizo de ellos, sin cambiarlos, su oración oficial. Esos gritos de alabanza, súplica o acción de gracias, arrancados a los salmistas en sus circunstancias y experiencia, tienen un eco universal, porque expresan la actitud que todo hombre debe adoptar ante Dios.

No cambió las palabras, pero enriqueció el sentido: en la Nueva Alianza, el fiel alaba y agradece a Dios que le ha revelado el secreto de su vida íntima, le rescató con la Sangre de su Hijo, le infundió su Espíritu. La recitación litúrgica de cada salmo concluye con la doxología trinitaria: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo». Las viejas súplicas se hacen más ardientes después que la Cena, Cruz y Resurrección han mostrado el amor infinito de Dios, la universalidad y gravedad del pecado, la gloria prometida a los justos. Las esperanzas cantadas por los salmistas se realizan, el Mesías ha venido y reina, y todas las naciones son llamadas a alabarlo.

Dolor, gozo, pecado, infidelidad, perseverancia de Dios, pobreza, miseria alma, injusticia, piedad, odio, justicia, deshonor, amor, desesperación, confusión, confianza, afecto, guerra, vida y muerte, y todo lo que el humano puede ser, hacer o sentir, se plasma en el salterio con tal vigor e ímpetu que difícilmente escapamos a sus emociones. La Iglesia de hoy, ayer y siempre, toma la Palabra de Dios, siempre actual, y la devuelve a los tiempos, manteniéndola viva, tan viva como el Dios viviente que la profiere.

Un niño comienza a pronunciar con sentido sus primeras palabras (papá, mamá), porque las ha pronunciado primero su madre, han descendido por su interior, hasta tocar su instinto que las apropia y las hace rebotar hacia afuera. En boca de la madre eran un agacharse enseñando; en boca del niño son una llamada que distingue y une. Se repite el movimiento con nuevas palabras y sus conjugaciones, con frases que se desmontan y recomponen. Ya no basta el instinto: el niño tiene que entrar en situación, escuchar las palabras del padre y los conocidos, para ir aprendiendo así manera la lengua de ellos. Los hijos mayores van ayudando a los siguientes en el aprendizaje de la lengua.

¡Qué difícil entender a un infante (infante: el que no tiene habla): ¿qué pide, le duele algo, de qué se queja, qué significa su risa, su llanto? Bienestar y malestar son datos demasiado genéricos y vagos, incluso para la fina intuición de la madre. Pero cuando el niño aprende el lenguaje materno, puede darse a entender. Ya puede pedir y contar, preguntar y contestar, comunicar y comunicarse. Y cuando se queda solo, aprende a comunicarse consigo mismo, y su fantasía se hace a la mar del lenguaje descubierto.

«Como un padre educa a su hijo, así Dios educa a su pueblo» (Dt 8). Esencial es enseñarle a hablar para entenderse con Dios. No falta un como instinto que responde confusamente a Dios; con Él llega a emitir quejas inarticuladas de infante, Dios mismo le enseña el lenguaje para entenderse con Él, para que sepa quejarse articuladamente, decir qué le duele y qué necesita, saber razonar su sonrisa y gozo, unirse a sus hermanos en canto al unísono, y sepa a solas ante Dios derramar en palabras el desborde de su corazón.

«Israel es mi hijo primogénito» (Ex 4,22). Como pueblo escuchó a Dios que le hablaba por boca de los profetas y aprendió a contestar. Fue un aprendizaje lento, a través de varias situaciones, hasta que las palabras le salieran de dentro sin ser repetición de memoria de una lección. Como la vida de Israel es su historia, su oración recoge las varias situaciones: se repetían y eran únicas; abarcaban a toda la comunidad y a individuos particu-

lares. A esas experiencias comunitarias de alabanza, agradecimiento, arrepentimiento o súplica, algunos escritores le dieron voz y forma, convencidos de que el lenguaje poético era el más apropiado. Se escribieron una y otra vez, se ensayaban en vivo, para no sonar en falso.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

107. Adhiriéndose al sentido literal, el que recita los salmos fija su atención en la importancia del texto para la vida del creyente.



En efecto, consta que cada uno de los salmos fue compuesto en circunstancias peculiares, como nos lo indican los títulos que los preceden en el salterio hebreo. Pero sea lo que fuere de su origen histórico, cada salmo tiene un sentido literal que incluso en nuestros tiempos no podemos desatender. Pues aunque tales cánticos traigan su origen de los pueblos orientales de hace bastantes siglos, expresan, sin embargo, de un modo adecuado el dolor y la esperanza, la miseria y la confianza de los hombres de todas las edades y regiones, cantando sobre todo la fe Dios, la revelación y la redención.

108. Quien recita los salmos en la Liturgia de las Horas no lo hace tanto en nombre Propio como en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona de] mismo Cristo. Teniendo esto presente se desvanecen las dificulta-

des que surgen cuando alguien, al recitar el salmo advierte tal vez que los sentimientos de su corazón difieren de los expresados en el mismo, así, por ejemplo, si el que está triste y afligido se encuentra con un salmo de júbilo o, por el contrario, si sintiéndose alegre se encuentra con un salmo de lamentación. Esto se evita fácilmente cuando se trata simplemente de la oración privada en la que se da la posibilidad de elegir el salmo más adaptado al propio estado de ánimo. Pero en el Oficio divino se recorre toda la cadena de los salmos, no a título privado, sino en nombre de la Iglesia, incluso cuando alguien hubiere de recitar las Horas individualmente. Pero quien recitare los salmos en nombre de la Iglesia, siempre puede encontrar un motivo de alegría y tristeza, porque también aquí tiene su aplicación aquel dicho del Apóstol: «Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran» (Rm 12,1) y así la fragilidad humana, indisputada por el amor propio, se sana por la caridad, que hace que concuerden el corazón y la voz del que recita el salmo.

des que surgen cuando alguien, al recitar el salmo advierte tal vez que los sentimientos de su corazón difieren de los expresados en el mismo, así, por ejemplo, si el que está triste y afligido se encuentra con un salmo de júbilo o, por el contrario, si sintiéndose alegre se encuentra con un salmo de lamentación. Esto se evita fácilmente cuando se trata simplemente de la oración privada en la que se da la posibilidad de elegir el salmo más adaptado al propio estado de ánimo. Pero en el Oficio divino se recorre toda la cadena de los salmos, no a título privado, sino en nombre de la Iglesia, incluso cuando alguien hubiere de recitar las Horas individualmente. Pero quien recitare los salmos en nombre de la Iglesia, siempre puede encontrar un motivo de alegría y tristeza, porque también aquí tiene su aplicación aquel dicho del Apóstol: «Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran» (Rm 12,1) y así la fragilidad humana, indisputada por el amor propio, se sana por la caridad, que hace que concuerden el corazón y la voz del que recita el salmo.

Luego actuemos: -----

Hemos de asimilar en nuestra vida las oraciones que escribieron otros, inspirados por el Espíritu Santo, para nosotros, y que tantos han hecho de ellas su propia oración cristiana en las diversas situaciones históricas. Hemos de abrimos a sus sentimientos, hasta que sus palabras nos compenetren y nos salgan desde dentro como nuestras.

El Espíritu Santo nos sugiere la primera invocación cristiana, que es llamar «Abbá= Papito» a Dios, pues nosotros «no sabemos expresarnos» (Rm 8). Pone en nuestras manos y en nuestra boca las oraciones inspiradas de la Escritura.

No podemos desterrar de nuestra espiritualidad actitudes como la alabanza, la sed de justicia, el sobrecogedor respeto. Pero con libertad hemos de reconocer el momento de nuestra vida, de nuestra comunidad y del ciclo litúrgico en la Iglesia.

Demos tiempo a que esas palabras y sentimientos resuenen y se dilaten. Nos enseñarán a componer otras oraciones a su semejanza que las complementen y concreten.

Recitar juntos el mismo texto que, sin ser de ninguno, recoge la oración de todos, nos hace, incluso externamente, comunidad. La oración común, en efecto, no es la simple suma de las oraciones personales, sino una realidad mucho más rica, que tiene además la promesa de la presencia del Señor (donde dos o tres están reunidos en mi nombre...).

Orar el grupo debe notarse también externamente: con una sola voz. No como un coro desafiado, en que cada voz interpreta la partitura a su modo, sino fundiéndonos todos para formar la única voz de la comunidad orante. No es momento de que los eufóricos griten y los tímidos susurren, ni de que cada uno dé su peculiar entonación, enfatizando lo que a él más le dice... Cada cual modera su volumen de voz al nivel de sus vecinos inmediatos, leyendo el salmo sin entonaciones enfáticas, sino más bien silabeando, de modo que el eco interior quede ahí, en nuestro interior.

Ayuda también la personalización, por medio de adecuados silencios al final u otros medios, pues tampoco somos una máquina ni un rebaño, sino una comunidad de personas... Eso no se favorece cuando la recitación es precipitada, sin sus debidas pausas.

Es importante, pues el lenguaje nos puede resultar difícil, hacer breves moniciones que expliquen el sentido del salmo en el Antiguo Testamento, en su lectura cristológica y eclesial, y en nuestro grupo o situación particular.

Cabe una enorme variedad de formas a la hora de rezar juntos un salmo: leerlos todos juntos, «a dos coros» (que es el menos adecuado), que lo lea un solista (que le dé entonación y calor, expresividad), cantarlo, semitonarlo, etc.

Los textos sálmicos, enriquecidos con otros textos bíblicos y oraciones, están dispuestos según un orden, no al azar, orden cuyo sentido hemos de percibir con la práctica. Al no elegir los textos, nos puede costar más identificarnos con ellos. Pero su

valor está en que nuestra oración acoge las situaciones y sentimientos de todos los hombres. Si estoy feliz y rezo un salmo de lamentación, presto mi voz a tantos que sufren en el mundo para presentar su dolor a Dios, uniéndome al grito de Jesús en la Cruz. Si estoy deprimido y rezo un himno de alabanza, doy gracias por la felicidad de mis hermanos, uniéndome al gozo de la Resurrección de Cristo. Mi propia vida interior es la primera beneficiada con ello.

Rezar los salmos al celebrar la Liturgia de las Horas no es primariamente acto mío, decisión nuestra, sino un servicio a los demás, un ministerio, un ejercicio de amor. Y el amor al prójimo es la mejor expresión de nuestra unión con Dios.

Propuesta para la Oración universal

Junto al pan y al vino, hoy elevamos nuestra petición por los hermanos, queriendo tener un corazón universal, más atento a los otros que a nosotros mismos:

R. Que nos tratemos como hermanos, Padre.

Te pedimos por todas las víctimas de la crisis que están pasando necesidad, estrecheces y desempleo, para que abramos caminos nuevos de austeridad, compartir y luchar. R.

Por los que no pueden tener vacaciones, por los que tienen jornadas interminables, por los que lo están pasando mal. R.

Por los que están fuera de su tierra y lejos de los suyos, por los que están siendo perseguidos, por los que viven en desamor o en el dolor. R.

Por los que tienen conflictos con su horario, su economía, su tiempo y su vida, para que les suavicemos o facilitemos la vida. R.

Por todos tus hijos, a los que amas con pasión, especialmente a los más débiles, pobres o enfermos, para que vivamos atentos a sus necesidades. R.

Acoge los gritos de la humanidad que hoy te presentamos y nuestro deseo de vivir como auténticos hijos tuyos, te lo pedimos desde nuestra incoherencia, fragilidad y pobreza. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

16. ELEMENTOS QUE FACILITAN LA ORACIÓN CRISTIANA DE LOS SALMOS

Lecturas a elegir: -----

Números 10,1-10: Haz dos trompetas de plata para convocar a la asamblea.

Salmo 65(66). *R. Vengan a escuchar, les contaré lo que ha hecho conmigo.*

Filipenses 4,4-7: *Con agradecimiento sus peticiones sean presentadas a Dios.*

Lucas 2,46-52: *La madre de Jesús meditaba todo en su corazón.*

Primero veamos: -----

El libro de los Salmos ha sido elemento insustituible de la oración cristiana desde los primeros tiempos, sobre todo a partir del s. III. Por su dificultad como libro de oración para el cristiano, las generaciones han ideado auxilios para ayudar a comprender el texto sagrado y facilitar su lectura cristiana: títulos, antifonas y colectas sálmicas.

Los títulos de los salmos.

Encabezan la mayor parte de los salmos, en la biblia (hebrea y de los LXX). Su origen y valor son muy discutidos, pero ofrecen indicaciones para la historia del salterio y su utilización litúrgica en Israel. En manuscritos latinos de salterios para uso litúrgico cristiano se dan *títulos* al comienzo de los salmos, diferentes de los bíblicos. Son breves sentencias, con la finalidad de facilitar la interpretación cristiana del salmo y ayudar a la plegaria del orante. Fueron objeto de investigación por dom Pierre Salmon. Contiene seis series, cuya composición va desde las postrimerías del s. II o comienzos del III hasta el final del s. VI.

Son obras anónimas, a excepción de las series de Eusebio de Cesarea y de Casiodoro y Beda.

Intentan dar una explicación e interpretación del texto con los principios de una exégesis espiritual: los salmos como profecías de la obra redentora de Cristo, y un texto vivo, plegaria actual, canto inserto en el misterio de Cristo y de la Iglesia. El nuevo libro de oración litúrgica tiene títulos semejantes a los de las antiguas series (cf OGLH 111).

Dan el sentido propio, original y literario del salmo; las circunstancias en que se compuso; el sentido cristológico del salmo: o Yavhe es Cristo o el salmista es Cristo. No cambian con los tiempos. En el tiempo ordinario pueden suplir las antifonas. No se dicen (letra roja). Ayudan a elegir la forma de rezarlo y la monición.

Moniciones

Con la antifona, el título y la sentencia se pueden hacer moniciones que ayuden a la profundización, sintonización y aplicación personal del salmo. Ayuda a darle un color cristológico (Cristo en su Pasión, o la Iglesia en sus momentos de persecución) y su relación con las circunstancias actuales o de los orantes. Deben ser breves. Sitúan el salmo para decirlo desde nuestra vida y su comprensión humana y cristiana. No son una exégesis ni comentario. Intentamos sintonizar con el salmo que vamos a orar.



Las antifonas.

Desde el s. IV se conocía su uso. Es un estribillo cantado a intercalarse entre el salmo, con doble función: designa el tono en que se module el salmo: a ejecutarse al principio o al final, o repetirse entre los versículos en forma responsorial; y sugerir el sentido preciso que del salmo en la

celebración. Se forman con breves frases del *incipit* o de los versículos más característicos. «Ayudan a poner de manifiesto el género literario del salmo; lo transforman en oración personal; iluminan mejor alguna frase digna de atención y que pudiera pasar inadvertida; proporcionan a un determinado salmo cierta tonalidad peculiar según las diversas circunstancias» (OGLH 113).

Su misión es fomentar la participación activa y la aclamación de los salmos. Se toman: del mismo salmo; de pensamientos bíblicos, expresiones de alabanza y gozo, sentido teológico; históricas: de la vida de un santo, del Evangelio (cánticos evangélicos), del tiempo litúrgico (las antífonas «O» de las ferias mayores de Navidad). Manifiestan el género literario; dan su interpretación tipológica o festiva; proporcionan una tonalidad peculiar; ayudan a transformarlo en oración personal.

Son para cantarse. Si no, se puede elegir una de contenido parecido (como las de Misa). Se pueden intercalar en el salmo. Salmos divididos se pueden unir con una sola antífona. Se dice al principio, y hecha una pausa (da ritmo a la oración), comienza el salmo. Después del Gloria se puede repetir (conviene si se canta: OGLH 123). En el tiempo ordinario se pueden sustituir por las sentencias para destacar la cristología de un salmo; y no se repite al final. No se dice antífona y sentencia; mejor una monición con el contenido de la sentencia.

Las colectas sálmicas.

Desde el s. IV, en Oriente y Occidente, sobre todo en ambientes monásticos, se sintió la necesidad de introducir una pausa de oración silenciosa entre un salmo y otro, para profundizar sus ideas. De esa pausa se pasó a la improvisación de una oración en voz alta que resumiera en pocas palabras el resultado de la meditación. En un momento posterior, esta praxis originó la redacción de colectas para ser rezadas durante la celebración.

El nombre de *colecta* deriva de la expresión «colligere orationem». A pesar de su gran éxito, por su difusión, encontraron dificultad para penetrar en la liturgia oficial. Sólo la hispánica conservó su uso. Las series o colecciones que se conser-

van tienen rico contenido teológico y espiritual. La más antigua, del s. V, es la serie «*Visita nos*»; del s. VI es la serie *romana o itálica*, atribuible a Casiodoro. De la época carolingia quedan algunas de origen hispánico. Las de origen hispánico se reunieron en el *liber orationum psalmographus*. Sus autores se inspiraron en comentarios patrísticos, series de *títulos*, *antífonas* y el salmo mismo. Son ejemplo de actualización de una espiritualidad litúrgica vivida e interpretación cristiana del salterio. Constituyen una catequesis de la sacramentalidad litúrgica.

«Concluido el salmo y observando un momento de silencio se concluye con una oración que sintetiza los sentimientos de los participantes» (OGLH 112). Recogen las intenciones de todos y las hace oración. Hacen que los salmos no sean dichos uno tras otro sin un momento de oración y asimilación. Dan ritmo y ambiente oracional a la celebración.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

110. Tres cosas hay en la tradición latina que contribuyeron grandemente a la inteligencia de los salmos o a su adaptación para la oración cristiana, a saber, los títulos, las oraciones sálmicas y, sobre todo, las antífonas.

111. En el Salterio de la Liturgia de las Horas, cada salmo va precedido de un título que denota su sentido e importancia para la vida del creyente. Estos títulos se proponen en el libro de la Liturgia de las Horas tan sólo para utilidad de los que recitan los salmos. Para fomentar la oración a la luz de la revelación cristiana, se añade una sentencia del Nuevo Testamento o de los Padres invitando a orar en sentido cristológico.

112. Las oraciones sálmicas que sirven de ayuda para su interpretación específicamente cristiana, se proponen en el apéndice del libro de la Liturgia de las Horas para cada uno de los salmos y pueden ser utilizadas libremente según la norma de la antigua tradición: concluido el salmo y observando un momento de Silencio, se concluye con una oración que sintetiza los sentimientos de los participantes.

113. Aunque la Liturgia de las Horas se celebre sin canto, todo salmo tiene su antifona, que deberá recitarse incluso en privado. Las antífonas, en efecto, ayudan a poner de manifiesto el género literario del salmo; lo transforman en oración personal; iluminan mejor alguna frase digna de atención y que pudiera pasar inadvertida; proporcionan a un determinado salmo cierta tonalidad peculiar en determinadas circunstancias; más aún, siempre que se excluyan arbitrarias acomodaciones, contribuyen en gran medida a poner de manifiesto la interpretación topológica o festiva y pueden hacer agradable y variada la recitación de los salmos.

114. Las antífonas en el salterio están redactadas de tal forma que puedan ser traducidas a las lenguas vernáculas, e incluso ser repetidas después de cada estrofa según lo que se especifica en el núm. 125. Pero en el Oficio sin canto del tiempo ordinario, en lugar de estas antífonas se pueden utilizar según la oportunidad, las sentencias añadidas a los salmos (cf n.111).

Luego actuemos: -----

Los salmos fueron himnos de la Iglesia entre los hebreos; por eso ese libro se cita más que ningún otro en el Nuevo Testamento. Los hebreos dividieron los 150 salmos en 5 libros, poniendo al final de cada uno una doxología, declarando el poder y gloria de Dios (Sal 41,13; 72,19; 89,52; 106,48). El Salmo 150 es una doxología, con el vocablo hebreo *Hallelujah* («Alaben a Dios»): conclusión adecuada para el Tehillim, o cantos de alabanza.

Expresan una amplia gama de emociones humanas. Al escuchar una canción triste o alegre, una marcha militar o un himno sagrado ¿qué sentimiento motiva esa pieza musical? La música inspira emociones diferentes. ¿Por qué podría ser valioso el poder de la música? ¿Hay peligros asociados a ese poder sobre nuestras emociones?

Hoy no tenemos música para los salmos, pero podemos comprender las emociones que transmiten los autores. Ej: Sal 23; 42; 51; 73; 137; y 145. Sentimos esperanza, desaliento, dolor, dudas, ira, gozo y gratitud. ¿Qué sucedía cuando nos sentimos así? ¿Por qué pueden serles útiles los mensajes de esos salmos? Muchos contienen profecías

mesiánicas o describen la vida y misión de Cristo (Sal 22; 110; 118). El pecado trae sufrimiento y desesperación; la obediencia a la alianza trae paz en mente y corazón (Sal 23-25; 34; 51).

Tuvo influencia la buena música en Saúl (1Sm 16,23). Los cantos demuestran el poder de la música para inspirarnos y elevarnos. Música apropiada nos acerca al Salvador; música inapropiada invita al mal a nuestra vida. ¿Cómo saber qué música es apropiada? Letra positiva y sana; ritmo, compás, volumen e intensidad invitan al Espíritu y elevan nuestros pensamientos. El nombre del grupo musical y la presentación del CD no deben tener apariencia de algo malo; la música que tengan o escuchen los lleve a Cristo; evitar música que ofenda al Espíritu.

Propuesta para la Oración universal

Imploremos al Señor que nos haga solidarios con toda la humanidad, diciendo:

R. Danos un corazón semejante al tuyo.

Jesús, manso y humilde de corazón, tú visitas a todo ser humano para revelarle el amor del Padre. R.

Jesús, bondad sin medida, tú liberas a los cautivos, tú perdonas nuestras faltas. R.

Jesús, nuestro descanso y nuestro refugio, tu yugo es suave y tu carga ligera. R.

Jesús, enviado del Padre, tú sanas nuestra ceguera. R.

Jesús, pan vivo, tú alimentas nuestro corazón con tu palabra. R.

Jesús, tú has venido para encender un fuego en la tierra. R.

Jesús resucitado, tú nos haces partícipes de tu alegría. R.

Jesús, tú eres el Camino, la Verdad y la Vida. R.

Jesús, luz de nuestros corazones, desde tu Resurrección siempre vienes a nosotros. Dondequiera que nos encontremos, siempre nos estás esperando y nos dices: Ven gan a mí los que estáis cansados y encontrarán el descanso. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

17. MODOS DE RECITAR LOS SALMOS

Lecturas a elegir: -----

Jeremías 31,10-13: *Entonces se alegrará
la doncella en la danza.*

Salmo 149. *Canten al Señor, bendigan su nombre.*

Efesios 3,14-19: *Doblo mis rodillas ante el Padre
para conocer su amor.*

Mateo 7,7-11: *Pidan y se les dará.*

Primero veamos: -----

La poesía hebrea usa como constante el paralelismo: un contrabalanceo de miembros, movimiento pendular del pensamiento en que los versos en dísticos son como dos platillos de la balanza que mutuamente se equilibran. Tiene tres formas:

a) Sinónimo: una misma idea se repite pero formulada de modo diverso. Ejemplo: «No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal» (Sal 37,1).

b) Antitético: por contraste, se quiere aclarar el contenido del verso contraponiendo dos ideas. Ejemplo: «Ellos cayeron derribados, nosotros nos mantenemos en pie» (Sal 20,9).

c) Sintético: La primera idea se desarrolla con otra comparación. Ejemplo: «Como busca la ciería corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío» (Sal 42,2).

Distinguimos familias de salmos por su contenido, aunque pocos estén en estado puro, pues tienen características de varios géneros. Interesan por su uso en las Horas:

A) 17 Salmos de alabanza (8, 18, 28, 103, 104, 110, 112, 116, 134, 135, 144, 145, 146, 148, 150): himnos de glorificación a Dios, nacidos en las grandes fiestas de Israel, a acompañarse con diferentes instrumentos musicales (cítara, arpa, laúd, trompetas, cornos, flautas, platillos sonoros, tambores, címbalos). Expresan una intensa alegría ante los eventos salvíficos de Dios, acrecentado ante sus bondades; expresan una adoración pro-

funda; contrasta la presente salvación de Dios con la nada del pueblo de Dios; se basan en la experiencia de los hechos salvíficos de Dios.

B) 25 Salmos de acción de gracias (individual: 9a, 17, 21b, 22, 29, 31, 33, 39a, 40, 62, 65, 91, 93b, 102, 106, 114-115, 117, 137; nacional: 45, 47, 64, 66, 75, 123): reconoce los beneficios recibidos, describe la tribulación sufrida y la intervención divina, y llama a recordar y agradecer lo que Dios ha hecho. Es una proclamación de las maravillas de Dios y su presencia activa, un acto de fe y de esperanza, ofrecen una visión universal y escatológica del Reino, e involucran a toda la comunidad.

C) 53 Salmos de súplica (individual: 3, 5, 6, 7, 12, 16, 21a, 24, 25, 26b, 27, 30, 34, 37, 38, 39, 41, 42, 50, 51, 53, 54, 55, 56, 58, 61, 63, 68, 85, 87, 101, 108, 119, 129, 139, 141, 142; nacional: 43, 59, 73, 76, 78, 79, 82, 84, 88, 89, 105, 125, 128, 136): Con una riqueza de elementos psicológicos ante la variada gama de circunstancias y formas de indigencia ante Dios: templo devastado, justicia ultrajada, persecuciones, penas y miserias, enfermedad, muerte, guerra, sequía, hambre, exilio, peligros; el ambiente creatural de los pobres de Yahvé. Con abundancia de detalles expresan su lamentación cuando sólo queda Dios ante su dolor y desesperación. Confiesan su fragilidad y pecado y confían en la cercanía de Dios que interviene; manifiesta la solidaridad del pueblo en las calamidades.

D) 3 Salmos de retribución (36, 48, 72): Ante la prosperidad de los malos, ve lo pasajero del triunfo y la permanencia fiel de Dios.

E) 15 Salmos de peregrinación (14, 21a, 37, 49, 77, 80, 83, 86, 90, 94, 99, 113, 120, 121, 132): La Ciudad Santa era tipo de la Jerusalén celestial, y el templo, digno albergue de Dios, símbolo de la identidad del pueblo por su culto, el Arca de la Alianza, el sacerdocio y los sacrificios. Caminar hacia ella y el retorno a sus hogares en fiestas

anuales expresaba el sentir del pueblo unido y marcan hitos en el recuerdo de la historia de salvación.

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

121. Según las exigencias del género literario, de la extensión de cada salmo; y según se reciten por uno solo o por muchos o se celebren con el pueblo, pueden proponerse distintos modos de recitación que ayuden a percibir mejor la fragancia espiritual y literaria de los mismos. Porque el empleo de los salmos no se establece por una especie de criterio cuantitativo de oración, sino que se ha atendido a la variedad del salterio y a la índole propia de cada salmo.

122. Los salmos se cantan o recitan bien sea en forma seguida (o «en directo»), bien sea alternando los versos o estrofas entre dos coros o dos partes de la asamblea, bien sea en forma responsorial, según las diversas modalidades que nos brinda la tradición o la experiencia.

123. Al comienzo de cada salmo recítese siempre su antífona; pero al final de cada salmo se mantiene en vigor el concluir con el Gloria al

Padre y Como era. Pues el Gloria es la conclusión adecuada que recomienda la tradición que da a la oración del Antiguo Testamento un sentido laudatorio, cristológico y trinitario. Recitado el salmo, se repite la antífona, según convenga.

124. Cuando se emplean salmos de mayor extensión, las divisiones de los mismos vienen señaladas en el salterio, dividiendo los miembros de la salmodia de forma que hagan patente la estructura ternaria de la Hora, y teniendo en cuenta, sin embargo, el sentido objetivo del salmo en cuestión. Conviene observar dicha división, sobre todo en la celebración coral en latín, añadiendo el Gloria al Padre al final de cada una de las partes. Es lícito, sin embargo, mantener este modo tradicional o interponer una pausa entre las diversas partes del mismo salmo, o recitar todo el salmo sin interrupción acompañado de su antífona.

125. Además, cuando así lo aconsejare el género literario del salmo, se indicarán las divisiones estróficas de modo que, sobre todo si los salmos se han de cantar en lengua vernácula, puedan ser recitados interponiendo la antífona después de cada estrofa, en cuyo caso bastará con decir el Gloria al Padre cuando haya finalizado todo el salmo.



Luego actuemos: -----

Favorece un rezo pausado, sereno, con silencios, moniciones y oraciones, canto y ritmo que permita personalizar los sentimientos del salmo. Elegir una forma no busca algo espectacular o sólo estético, sino ayudar a que se gusten los salmos, la fe se alimente, sus palabras descendan al corazón y desde ahí suban hasta Dios. Variando el modo de recitación de los salmos se ayuda a una salmodia más consciente y fructífera. Hay que tener en cuenta su género literario y buscar su mejor forma de rezarlo.

Modo dialogal entre dos coros: Esta forma popular de recitación no necesita solista, adecuada a salmos procesionales y aclamatorios, y de lamentación comunitaria. Establece una dinámica de diálogo muy eficaz en el canto o la oración de una comunidad.

Forma responsorial y antifonal: Es más antigua, un solista alterna con la comunidad. Se usaba en las sinagogas judías antes de Cristo. Hasta el siglo IV fue la más generalizada. Establece un diálogo entre el solista y la asamblea, que al repetir una breve respuesta o la antífona va interiorizando el sentimiento que expresa. Hay salmos que por su estructura la piden (ej. Sal 66). A otros se puede ir intercalando la antífona, cantada. Es la mejor forma de cantar los cánticos del Nuevo Testamento intercalando aclamaciones a Cristo entre las estrofas, proclamadas con énfasis.

Salmodia seguida o «en directo»: El salmo se dice o canta sin interrupción de respuestas ni alternar protagonistas. San Benito recomendaba hacerlo cuando eran pocos. Es la forma mejor para cantar o recitar los salmos más entusiastas y breves, como el 116.

Salmos «escuchados»: Esta «escucha meditativa» por parte de la comunidad resulta eficaz y ayuda a una oración más profunda, sobre todo en los salmos más poéticos, personales, e históricos. «Será mejor escuchar los salmos sapienciales o históricos» (OGLH 279). La intervención esté en proporción con mayor sintonía. Asegurar una buena proclamación, lenta, expresiva y amable. Ej: Salmo 48 («Oigan esto todas las naciones»), 100 («Voy a cantar la bondad y la

justicia») y 138 («Señor, tú me sondeas y me conoces»).

Forma litánica: Hay salmos que contienen una respuesta a modo de letanía. El diálogo en ellos se hace muy vivo y conviene respetar su género también cuando se canta. Ejemplo: salmo 135 («Den gracias al Señor») y el cántico de los tres jóvenes (Dn 3).

Salmos dramatizados dialogados: Algunos Salmos contienen un diálogo entre varios actores, y puede ser pedagógico recitarlos en forma dialogada. Ejemplo: salmo 109 («Oráculo del Señor a mi señor»), 117 («Den gracias al Señor porque es bueno»).

Propuesta para la Oración universal

Llenos de alegría y gozo por sentirnos llamados a la gran misión de anunciar la Buena nueva a todos los hombres, dirijamos al Padre nuestra oración confiada y digamos:

R. Te rogamos, óyenos.

Por la Iglesia de Dios, para que ore siempre como Cristo nos enseñó. **Roguemos al Señor.**

Por los consagrados, para que encuentren siempre tiempo dedicado a la oración. **Roguemos al Señor.**

Por los cristianos del mundo, para que la oración sea seguridad en las horas de angustia y duda. **Roguemos al Señor.**

Por la juventud, para que busque en la oración la fuerza y el camino de la verdad. **Roguemos al Señor.**

Para que sean muchos los que sientan la llamada a la vida cristiana, y nosotros sepamos ser ejemplo y modelo para ellos. **Roguemos al Señor.**

Por todos nosotros, para que en la oración busquemos espíritu de servicio a los demás. **Roguemos al Señor.**

Señor Jesús, que con tu ejemplo nos enseñaste a unir nuestra vida a la voluntad del Padre, para salvación del mundo: haz que seamos, por nuestra oración, testigos de la fe y salvadores de nuestros hermanos. Tú, que vives y reinas, por los siglos de los siglos. Amén.

18. EL CANTO EN LA LITURGIA DE LAS HORAS

Lecturas a elegir: -----

1 Crónicas 15,16-24: *Designación de los cantores y músicos.*

Salmo 46(47). R. *Toquen para el Señor con aclamaciones y al son de trompetas.*

Colosenses 3,12-17: *Canten a Dios, dándole gracias de corazón.*

(O bien): Efesios 5,15-20: *Exhórtense con himnos y cánticos.*

Lucas 10,21-24: *Jesús exultó de gozo en el Espíritu Santo.*

Primero veamos: -----

Entre las manifestaciones del espíritu humano, la música desempeña una función elevada, única e insustituible. Cuando es bella e inspirada, habla más que las demás artes de bondad, virtud, paz, y lo santo y divino. Por eso es parte esencial de la liturgia, no ingrediente y ornamentación: sin música no hay liturgia.

La Iglesia desea llevar a todos a una participación plena, consciente y activa en la acción litúrgica, por derecho y obligación en virtud del Bautismo; la música está al servicio de la participación. Canto y música son un servicio para promover la participación activa de todos: realzan los textos y rituales y mueven a la asamblea a la unidad. Abandonamos el individualismo para unirnos en una comunidad de creyente que canta su fe en unidad.

En los primeros tres siglos, los Padres enseñaban que la música está al servicio de la religión. Era sacra si abría las mentes a las enseñanzas cristianas y preparaba sus corazones a la vivencia de lo sagrado. Música instrumental estaba prohibida en las iglesias: sin texto no convierte corazones. Himnos paleocristianos: «Luz gloriosa», «Gloria a Dios en el cielo», «Santo Dios, santo Fuerte», etc.

Jesús y sus discípulos cantaron los Salmos-himnos antes de salir a Getsemaní (Mt 26,30; Mc 14,26). Los primeros cristianos los cantaron en cárceles, casas, y sinagogas. San Pablo exhorta a entonar salmos, himnos y cánticos espirituales (Ef 5,19; Col 3,16). La popularidad del Arrianismo (siglo IV) se atribuye a sus canciones pegadizas. San Efrén sirio compuso una serie de himnos para difundir la doctrina ortodoxa. Son expresión formal de alabanza o declaración de las verdades.

Entre los siglos VI y IX era sagrada la música que se utilizaba en la liturgia, y profana la popular. Con la ayuda de investigaciones y los Benedictinos, Gregorio I organizó la liturgia asignando cantos propios durante el año litúrgico. Los compositores escribieron cantos simples para los salmos, cánticos, e himnos de la liturgia y la Sagrada Escritura. Más que un género musical es una forma de evangelización, donde con sonidos monódicos y fuerte presencia vocal, se relata un pasaje bíblico o se destacan virtudes y valores cristianos.

Entre el siglo IX y el XII, el canto gregoriano, derivación de la música carolingia (mezcla canto romano y gallego), suplanta los demás estilos musicales. Se clasificó en 8 modos, influenciado por el canto bizantino. Ha habido periodos decadentes y avivados. Los monjes de Solesmes han producido el *Liber usualis*. Al introducir el órgano y alternar con los cantantes, escritores medievales usan: «cantant organa» y «cantare in organis».

A partir de los siglos IX-X, con la solemnidad litúrgica de la orden de Cluny, la música litúrgica intenta imitar la perfección del cielo, anticipando la belleza y alegría celestial. Los coros de ángeles son modelo de los coros humanos. Como argumento antropológico, en el encuentro con Dios de una celebración litúrgica, toda persona intenta dar lo mejor de sí, mostrar los mejores sentimientos y deseos, sacar su alegría, y utilizar la belleza como medio de expresión. La importancia de Dios obli-

ga a palabras y gestos dignos. Al visitar a alguien importante y querido, cuidamos la ropa que llevamos, nuestras palabras y postura del cuerpo. Para cantar a alguien grande, elegimos algo bello, sentido y acorde.

Pio X (1903-1914) delineó la forma en que compositores implementaran música para la liturgia. Roma desarrolló un sistema de criterios y estándares para juzgar objetivamente la naturaleza sacra o profana de la música.

«Para promover la participación activa, la gente debe ser motivada a tomar parte en la celebración por medio de aclamaciones, respuestas, salmodia, antífonas y cantos, así como por medio de acciones, gestos y presencia» (SC 30). Reemplazó al coro como protagonista del canto en la liturgia. Esta nueva perspectiva amplió la idea de música litúrgica. El texto cantado puede activar una conversión más profunda en el corazón al cantar en su propio idioma en vez de latín. Abrazó la opción de que la música se hiciera por la gente de las varias culturas en el mundo: la música católica es multicultural.

El hombre debe empeñarse en ofrecer a Dios lo mejor de sí, y lo menos desmerecido por la Divinidad. Pide arte verdadero y santo. No lo es si carece de arte, por pobreza de concepción, o ruptura de leyes de composición; o si es dada a usos profanos (bailes, teatro, ... para entretener. Aun el trabajo del mejor maestro, bellísima, es superada.

Música empleada en cultos no católicos nunca puede ser vista como sagrada y litúrgica. Sería impropia del Sacrificio del Nuevo Testamento y del espíritu de la Nueva Ley (cf STh II-II, q.91 a2 ad4). La dignidad del culto católico dista mucho de los servicios protestantes. Los actos y oraciones para satisfacer sus devociones privadas no forman parte del culto litúrgico, aun cuando se realicen como un solo cuerpo, en público o lugares de culto, o conducidos por un sacerdote (Rosario, Via Crucis, Horas de Agonía, Hora de la Misericordia, Hora del Santísimo, mes de María, novenas preparando fiestas, etc.).

Es más litúrgico lo que más directamente se una al texto sacro como indispensable. Órganos e instrumentos son permitidos solo para apoyar al

canto, y no son por si mismos parte integral del acto litúrgico. La música vocal es reconocida como propia de la Iglesia: su contacto directo con el significado del texto litúrgico, lo reviste con melodía y le expone al entendimiento de las gentes. El canto Gregoriano es el modo supremo de música sacra. Una composición que más lo asemeje en tono, inspiración y efecto, es sacra y litúrgica.

La música en las funciones litúrgicas es parte integrante y no sólo ornamental; en funciones extra litúrgicas es secundaria y accidental, para entretener devotamente y proporcionar relajación espiritual placentera tras la tensión de un sermón o una oración. Por eso admite mayor libertad, limitada sólo por el respeto a la casa de Dios y la santidad de las oraciones que acompaña. La belleza no es el fin de la música litúrgica. Un corazón vacío jamás transmite belleza; es vacía y falsa. La canción mal cantada de un niño a su madre es para ella la más hermosa del mundo: la ilusión del niño pinta de belleza el gesto más simple, y el amor de la madre transforma cada nota en canción. La belleza como fin nos hace elitistas o excluyentes. ¿Hay sitio para una voz que desafina en una asamblea de voces educadas? La belleza como fin excluye pilares de la fe cristiana como la muerte en cuanto camino a la Vida, el sacrificio, la opción por los pobres, la liturgia como actualización de la entrega de Jesús. La solidaridad cristiana con los pobres y sufrientes, la espiritualidad de la Cruz, sospecha de la belleza, porque la belleza de Dios trasciende la belleza mundana, y se manifiesta incluso en lo inútil, feo o deformado. El esteticismo puede falsear o distraer.

Pero la comunidad reunida caminando hacia Dios sí es un fin. Si la música ayuda, bienvenida sea; si distrae, mejor prescindir de ella. No es sólo estética, sino también ética. Una música litúrgica sólo caracterizada por la belleza nos puede distanciar de lo poco atractiva que es la Cruz, y de la fealdad de la pobreza de los «pobres de Yahvé». ¿Nos ayudan los silencios o rupturas del ritmo a encontrarnos con un Dios que rompe nuestros esquemas? ¿Serán las melodías sencillas o accesibles a todos las que unan a los miembros de una comunidad en una sola voz y un solo corazón?

Ahora pensemos: -----

Dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

268. «Se recomienda vivamente a los que rezan el Oficio en el coro o en común el uso del canto como algo que responde mejor a la naturaleza de esta oración y que es además indicio de una mayor solemnidad y de «una unión más profunda de los corazones al proferir las alabanzas divinas» .

269. Pues si es aplicable a toda acción litúrgica lo especificado por el Concilio Vaticano II cerca del canto litúrgico, lo es de un modo especial tratándose de la Liturgia de las Horas. Pues aunque todas y cada una de las partes han sido ordenadas de forma que pueden recitarse, con provecho incluso individualmente, muchas de ellas pertenecen al género lírico y, por tanto, sólo mediante el canto alcanzan un sentido más pleno, sobre todo tratándose de salmos, cánticos, himnos y responsorios.

270. Por ello, el canto no ha de ser considerado en la Liturgia de las Horas como cierto ornato que se añade a la oración, como algo extrínseco, sino más bien como algo que dimana de lo profundo del espíritu del que ora y alaba a Dios, y pone de manifiesto de un modo pleno y perfecto la índole comunitaria del culto cristiano. Son de alabar, por tanto, los grupos cristianos de cualquier género que se esfuerzan por adoptar esta modalidad de plegaria el mayor número de veces posible; para ello se los ha de proporcionar tanto a los clérigos y religiosos como a los fieles la debida instrucción catequética y práctica, de modo que, especialmente en los días festivos, estén en disposición de cantar con gozo las Horas. Pero, dado que resulta difícil cantar todo el Oficio y, por otro lado, no se ha de considerar a la alabanza de la Iglesia como algo que por su origen o por su naturaleza sea exclusivo de los clérigos o de los monjes, sino como algo que atañe a toda la comunidad cristiana, se han de tener presentes a la vez varios principios para que la celebración de la Liturgia de las Horas con canto pueda a la vez ser realizada adecuadamente y resplandecer por su autenticidad y belleza.

273. Además, aunque se recomiende la celebración íntegra con canto, siempre que se señale por su arte y unción, puede, sin embargo, adoptarse a veces con provecho el principio de la solemnidad «progresiva» tanto por razones prácticas como en atención al hecho de que los distintos elementos de la celebración litúrgica no se equiparan entre sí de un modo indiscriminado, sino que cada uno vuelve a alcanzar su sentido originario y su verdadera función. De ese modo la Liturgia de las Horas no es contemplada como un monumento insigne de una época pretérita que casi exija ser conservado de un modo intangible para provocar la admiración hacia sí, sino que, por el contrario, puede revivir e incrementarse con un sentido nuevo, y ser otra vez verdadero signo manifestativo de la vida pujante de algunas comunidades. El principio, pues, de la solemnidad «progresiva» es el que admite varios grados intermedios entre el Oficio cantado íntegramente y la simple recitación de todas las partes. Este modo de proceder produce una variedad grande y agradable, cuya medida ha de ser calculada atendiendo a la tonalidad del día o de la Hora que se celebra, la naturaleza de cada uno de los elementos que constituyen el Oficio, y, por último, el número o índole de la comunidad y asimismo al número de cantores de que se dispone en tales circunstancias. Mediante esta mayor posibilidad de variación, la alabanza pública de la Iglesia podrá realizarse con canto con más frecuencia que antes y adaptarse de muchos modos a las diferentes circunstancias, existiendo un sólo fundamento para esperar que se habrán de encontrar nuevas vías y nuevas formas para nuestro tiempo tal como ha ocurrido siempre en la vida de la Iglesia.

Luego actuemos: -----

- ¿Qué ha sucedido para que prácticamente sólo cantemos cantos de nuestra época y hayamos olvidado los cantos de la Tradición de la Iglesia?
- ¿Por qué cada vez se cantan menos los textos de la liturgia? ¿No sabemos cantarlos?
- ¿Por qué apenas se cantan los salmos y otros himnos bíblicos, que son los cantos cristianos por excelencia?

- ¿Qué cantos latinos usamos los de que todos los fieles debemos conocer?
- ¿Por qué cantamos tantos cantos que apenas son vagamente cristianos, o propios para convivencias, actos piadosos o recitales de evangelización?
- ¿De dónde ha venido la costumbre de cantar cantos que deforman totalmente las fórmulas litúrgicas en sus textos originales)?
- ¿Cuál es el valor catequético de nuestros cantos? ¿Se aprovecha su función mnemotécnica?
- ¿Qué instrumentos son aceptables para la liturgia hoy?
- ¿Se ensayan los cantos con los fieles?

Propuesta para la Oración universal

Adoremos a Dios, que por su Hijo ha dado vida y esperanza al mundo, y digamos:

R. Escúchanos, Señor.

Señor, Padre de todos, tú que nos has hecho llegar al comienzo de este día, haz que toda nuestra vida unida a la de Cristo sea alabanza de tu gloria. R.

Que vivamos siempre arraigados en la fe, esperanza y caridad, que tú mismo has infundido en nuestras almas. R.

Haz que nuestros ojos estén siempre levantados hacia ti, para que respondamos con presteza a tus llamadas. R.

Defiéndenos de los engaños y seducciones del mal, presérvanos de todo pecado, y danos la alegría de sabernos hijos de Dios. R.

Dios todopoderoso y eterno, luz esplendente y día sin ocaso, al comenzar, avanzar y terminar cada día acudimos a ti y te pedimos que nos visites con el esplendor de tu luz y disipes así las tinieblas de nuestros pecados. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



Dios Misericordioso

Dios misericordioso, que has iluminado las tinieblas de nuestra ignorancia con la luz de tu palabra: acrecienta en nosotros la fe que tu mismo nos has dado; que ninguna tentación pueda nunca destruir el ardor de la fe y de la caridad que tu gracia ha encendido en nuestro Espíritu.

Por nuestro Señor Jesucristo,
tu Hijo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios, por los siglos
de los siglos



Amén...

